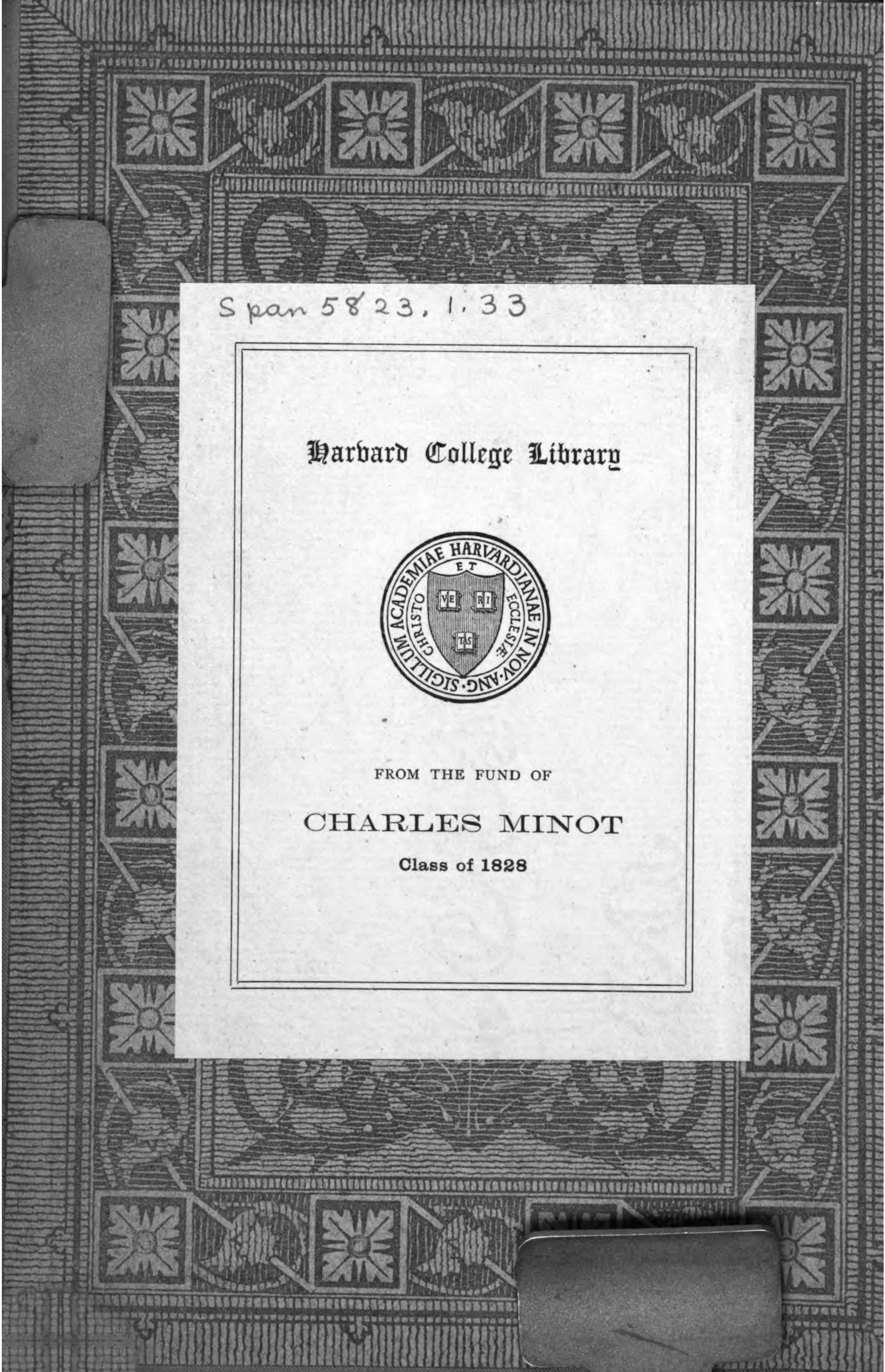
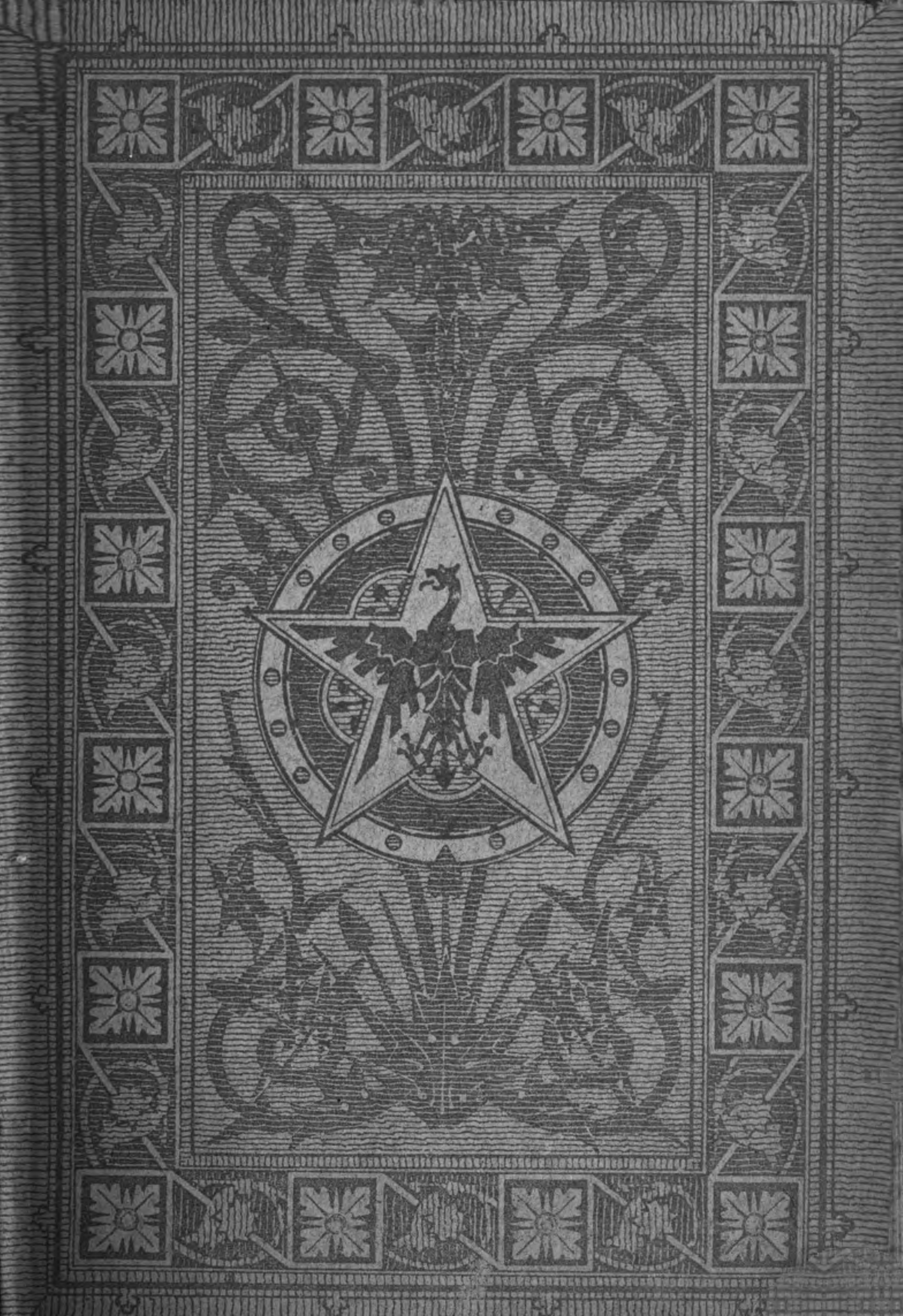
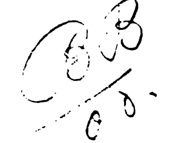

J. R. MÉLIDA
A
ORILLAS
DEL
GUADARZA







Á ORILLAS DEL GUADARZA

J. RAMÓN MÉLIDA

Á

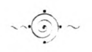
ORILLAS DEL GUADARZA

IDILIOS SOÑADOS

LAS ALAS ROTAS — UNA NOCHE EN POMPEYA

ILUSTRACIÓN DE

ARTURO MÉLIDA



BARCELONA

BIBLIOTECA «ARTE Y LETRAS»

DANIEL CORTEZO y C.ª - Calle de Pallars (Salón de S. Juan)

1887



Establecimiento tipográfico-editorial de Daniel Cortezo y C.ª



DEDICATORIA

Á MI QUERIDÍSIMO AMIGO

ANTONIO AGUILAR Y CUADRADO

POR qué en la zahurda de locos que yo llevo en la cabeza nació el idilio de Manuelilla y Faquimo, cuando mis manos pecadoras, haciéndose *señoras de industria*, estaban fabricando *Diamantes Americanos?* ¿Qué encanto hallé en esos rústicos, para hacerme abandonar el idilio de Angelita y Julio, idilio cortesano y aristocrático por añadidura, entre personajes de tono y de buen gusto, rodeado de perfumes, de galas, de trenes lujosos y de caprichos mundanos, y transportarme *á orillas del Guadarza*, en medio de la extensa campiña donde no se halla sombra para una triste hormiga, siéndole lícito al sol casi morisco tostar el rostro y derretir la sesera como manteca en sartén: donde no se ve sino gente zafia, inculta, mal vestida y que ni hablar bien sabe: donde huele á establo y á pocilga, las viviendas son incómodas y feas, y las costumbres demasiado sencillas?—No lo sé, querido Antonio. ¿Quién sabe por qué sugestiones misterio-

sas la inquieta y voladora imaginación arrastra al alma, á veces, por derroteros extraños y desconocidos, en pos de un algo no definido, algo que se siente y no se razona, cuyo algo es, en suma, lo bueno y lo bello, que unidos en un todo consustancial y tangible busca sin cesar el hombre como complemento necesario para su felicidad?—Porque buscar eso es el fin del arte.—Quizá desengañado de no encontrar en la corte más que *Diamantes Americanos*, quise ver si los hallaba finos, aunque en bruto, *á orillas del Guadarza.*

Y no salió fallida mi empresa, por cierto; ni tengo motivos para arrepentirme de mi brusca desaparición de los salones de la corte, á donde volví después con mejor suerte. Aunque tales motivos no tuviera para alegrarme de haber narrado la historia de Manuelilla y Faquimo, hay una cosa, que sólo ella me haría dar por bien empleado el tiempo que invertí en escribir este libro: tu amistad, querido Antonio.—No sé por qué, te cayeron en gracia esos lugareños desde que los conociste; y con paciencia digna de Job y de todos sus émulos hasta el presente, viniste repetidas veces á orillas del famoso río para escuchar de mis labios esta historia. Cuando comencé á narrártela éramos el uno para el otro personas casi, casi, de cumplido: al terminar, éramos dos inseparables que se habían apeado el tratamiento. Bien hayan los rústicos enamorados, y todos los villembrineses, que por medio de conjuros de saludador ó hechicerías de brujas nos encerraron en el encantamiento de la amistad, ramo de chifladura cultivado en estos tiempos con muy poca fe y menos constancia, por lo cual creo que nosotros somos un caso modelo.

Y no sabiendo yo cómo pagarte la devoción que desde un principio mostraste por los villembrineses, ahí te los envío, vestidos de día de fiesta, regocijados y ansiosos de saludarte. Ahí tienes á la inocente Manuelilla, sentada, como una sultana, sobre los lomos de la borrica *Luceña* trayéndote un manojo de tomillo silvestre del que se cría en casa de su tío; ahí tienes al bueno de Faquimo poniendo en tortura su aguzado ingenio para inventarte alguna coplica como él suele echarlas; ahí están también el bondadoso y orondo don Ezequiel, el encopetado y ceremonioso don Lucas Igualada, su hijo, el enfatuado abogadillo y hasta el tacaño señor Homo-

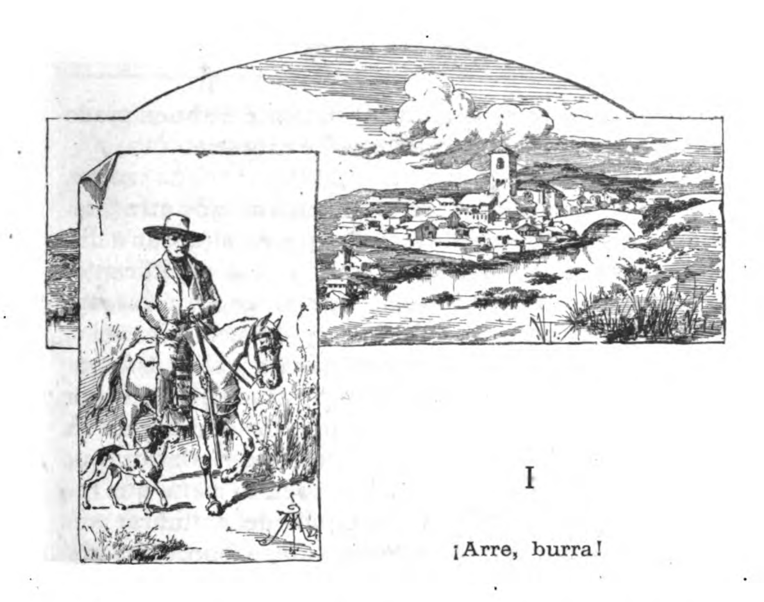
bono. No vienen lejos la tía Victoria, su hermana la tía Antonia y el honradote señor Gaspar, todos tres cargados con cestas que ya me dan en la nariz con el tufillo de los quesos, que de fijo vendrán acompañados de tiernas gallinas, exquisitas rosquillas vestidas de blanco como novias ante el altar, confituras y Dios sabe si dorados racimos de la última vendimia, de todo lo cual piensan hacer ofrenda á tu ilustrísimo estómago; y sin duda para que nada descienda á él en frío, te trae el truhán de Membrillo, secretario del Ayuntamiento de Villembrines, aquel frasco de aguardiente con que él viaja por los *desiertos de Castilla*, néctar que estima como el más revolucionario y levantador de cascos que se conoce. Por si gustas de consejas, ahí viene el sacristán, decidido á escopetarte la estupenda historia del *Moro Faquimo;* por si quieres oraciones y escapularios, ahí está el ermitaño que cuida la Virgencica de Abroca; y en fin por si te crees *aojado* y pretendes que te saquen los demonios del cuerpo, cerrando la marcha, el último, después de los mozos y las zagalas—entre las cuales quizá halles alguna que te parezca mejor regalo que cuantos se proponen presentarte—ahí se alza empingorotado en una mula tan negra como sus ropas, el grave y medroso *Saludador*.

Harto sé cuán bien los recibirás. Ya me contentaría con que así como tú los has de pasar á tu sala y hacerlos sentar, dejando que te estropeen la alfombra y la cortesana sillería y llevando con laudabilísima tolerancia las torpezas y groserías de esas pobres gentes, los demás lectores los recibiesen, siquiera, siquiera, en la antesala; que mucho me temo no les dén (y dispénsame la frase) con la puerta en los hocicos.

¡Ojalá que tú y los lectores halléis en este libro suficiente atractivo para olvidar las penillas de la vida, esparcir el ánimo y recrear los sentidos de la inteligencia! Á este fin, y solamente á éste, caminó mi pluma, aunque por sendas tortuosas y con hartas fatigas y paradas. Ni pretendí copiar el natural estudiándole con pretensiones de maestro, ni consentí á mi pobre imaginación que alzase el vuelo por los espacios de la fantasía. Real, verosímil é ingenuo quise que fuese este idilio; y procuré que el fondo, las figuras, los detalles, todo tuviese carácter, verdad y belleza. Un ensayo fué,

nada más que un ensayo. Pero un ensayo que en el archivo de mi memoria tendrá siempre un valor indiscutible, porque su recuerdo vendrá unido al de aquellas lecturas matinales en el Retiro y vespertinas en casa, las cuales aseguraron más y más el sincero cariño que te profesa

José Ramón.



I

¡Arre, burra!

Quién te había de decir, amado lector, que cuando menos te lo pensabas, al volver de despachar tus negocios y discurrir por la ciudad, codeándote con las gentes de viso y de suposición, tú que viajarás en reservado para irte á las poblaciones veraniegas de tono, te habías de ver de pronto, al comenzar la lectura de este libro, mal caballero en una burra cansina y cachazuda, sin más guía ni compañero que mi pobre persona, caminando por una polvorienta carretera desnuda de árboles, de monótono paisaje y horizonte dilatadísimo, en que no se ven más que lomas achatadas y apenas si se vislumbra tal cual torrecilla de alguna aldehuela miserable, sin más resguardo sobre nuestras cabezas que la azul y diáfana bóveda del firmamento, y sufriendo el dorado fuego del sol primaveral y africano por extensión y añadidura? Pero ¿qué remedio? Si eres curioso y te importa la comedia humana tal como se representa en la aldea retirada de todo el bullicio del mundo y del torbellino de pasiones que se agita en los

grandes centros de la cultura, sígueme de buen grado y disponte á observar cuanto yo te muestre.

—¡Arre, burra!

Pues amigo lector, toda esta comarca que atravesamos, y las demás circunvecinas, que no alcanzan á distinguir nuestros ojos, tan ignoradas é insignificantes como parecen, son dignas de que te enorgullezcas al visitarlas si, como me figuro, eres buen español y amante por ende de las glorias patrias; todo esto que te muestro y de que te hablo fué principal teatro de las lides famosas mantenidas por los comuneros de Castilla contra aquel invicto emperador Carlos que tenía al mismo Sol contratado á sueldo, para que no dejara, ni tan sólo por un segundo, de alumbrar sus dilatados dominios. Y ¿á dónde vamos por estos históricos lugares? preguntarás. Se encaminan los pasos de nuestras cabalgaduras hacia el humilde pueblecillo de Villembrines, el cual, aunque te dés de calabazadas no le encontrarás en ninguna carta geográfica de la Península, ni en el censo de la población de España, ni en ningún otro documento, librote ó cosa tal; porque para distinguirle de un modo real ó figurado, es menester otra vista más clara y perspicaz que la que nos dan los ojos de la cara, siempre sujetos á engaños y que las más de las veces miran sin ver. Queda sentado, pues, que Villembrines es un pueblo de existencia real, enclavado en el corazón de España, con habitantes de carne y hueso y que está rodeado de otros pueblecillos como Zarazales, que es el que ahora mismo divisamos hacia la derecha, Artal y Villatorreznos, que caen de la otra parte, todos ellos regados por el Guadarza, cuyo nombre delata bien la huella de la planta mahometana por estas comarcas.

Ya que hemos dominado el repecho de los antecedentes geográficos, puedes contemplar la pintoresca vista del ya próximo término de nuestro viaje. La

extensa loma que en el fondo recorta el cielo: centenar y medio de casas de color de tierra, con tejados bermejos: en medio, alzándose como pastor de ese rebaño de humildes hogares, la iglesia, fábrica de piedra oscura, con ventanas ojivas, recios contrafuertes y empingorotado campanario, coronado por su correspondiente veleta, cuya aguja desafía el firmamento: en las vastas llanuras que nos separan aún del pueblo admira las doradas mieses llenas de ricas promesas para nuestros lugareños, y mira cómo lamiendo el ábside de la iglesia baja á nuestra mano derecha el cristalino y sonriente Guadarza.

Debo advertirte que no llegan á doscientos los vecinos de Villembrines, los cuales, sea dicho en su honor, unos sobresalen por la virtud de la tacañería, muchos por la más disculpable de la envidia y otros se ejercitan en la hipócrita disimulación, con éxito portentoso, sin que por esto valga creer que faltan corazones bien inclinados y pacíficos en el lugar; pero es sabido, amado lector, que en las sociedades humanas, por poco numerosas que sean, abundan menos los seres virtuosos que los mal inclinados. Por ser achaque general de todos los pueblos y de todas las ciudades, no he tomado en cuenta el aguijoneo que sienten los villembrineses de enterarse de lo ajeno y comentarlo por cuenta propia, de modo que andan no poco murmuradores los labios y de sobra aguzados los oídos. Estoy por apostar, que el único que no murmura y á su vez está exento de los tiros de la murmuración es el cura: el santo varón don Ezequiel, cuya llaneza y chistoso decir encanta, y que goza fama de inmejorable cazador en cinco leguas á la redonda. Sólo le recuerdo grave y no festivo como es de ordinario en la misa que dice al rayar la aurora y en el rosario que guía cuando se oculta el Sol, pues en el púlpito no abandona su proverbial buen humor.

Mucho oirás hablar en el pueblo de D. Lucas Igualada; como que es el potentado Creso y orgulloso cacique del lugar; buena parte de las heredades que tenemos á la vista, de su pertenencia son, sin que falte quien diga que si mucho es el ruido no son tantas las nueces, que tiempos atrás era otra cosa, y quien le tache de déspota é iracundo, voluntarioso en demasía, y, lo que es aún peor, quien le señale como negociante que juega con dos barajas. Todo esto me murmuró no há mucho tiempo el posadero de Villembrines, hombre que tiene más de avisado que de lerdo, y que por su oficio é inclinación natural está muy al tanto de lo que pasa en el pueblo, y del por qué y el cómo de todos estos negocios, ó por lo menos cree estarlo, sin duda para remedar al Criador de las cosas. Dice el tal posadero que el tal Igualada pretende casar á su hijo Esteban, quien pronto debe recibirse de abogado en la villa y corte, con la más linda muchacha de Villembrines. Esta prometida ó deseada es una huérfana llamada Manuelilla, la cual vive sin más arrimo que dos tías, la señora Antonia y la señora Victoria, las dos casadas, la Antonia con el señor Homobono, tacaño de raza y de buena ley como los ochavejos bien sonados y remirados que guarda bajo siete llaves, si no miente la opinión; y la señora Victoria con el señor Gaspar: este matrimonio, espejo de honradez y de paz que les luce en su gordura y buena salud, habita aquella quinta que hemos dejado á la espalda al otro lado del río. Al contrario de ellos, la Antonia y el Homobono están flacos y siempre regañones y avinagrados. Cuando la chica quedó huérfana, mucho porfiaron uno y otro matrimonio sobre cuál la llevaba á su casa, venciendo por último la vanidad de generosos con que Antonia y Homobono encubren su avaricia.

Justamente esa casita que se nos ofrece á la derecha mano con fachada blanca, cinco ventanas arriba, cua-

tro debajo y en medio el portón pintado de verde, era la vivienda del Homobono. La última ventana alta de la izquierda, que está coronada por la parra, es la del cuartito de Manuelilla; estos cercados contiguos son los corrales, y esa buhardilla tan grande que cae sobre la puerta es el granero, y para subir el grano está aquella polea encima del ventanón. No hay cuidado que bien de mies se engullirá este año la tal troje, pues luego de Igualada no existe en Villembrines mejor hacendado labrador que el señor Homobono.

Ya que te separaste, amado lector, de tu habitual residencia, ya que todo lo abandonaste por seguirme, ¿qué te importa rejuvenecerte y trasladarte conmigo á los tiempos en que pelean encarnizados el fanático carlista y el liberal consecuente ó inconsecuente? Adelante pues; no olvides que estamos en la víspera de San Antonio, día célebre y celebrado en el lugar y... silencio, que va á comenzar la comedia: el portón verde de casa del tío Homobono acaba de abrirse.





II

Donde San Antonio toma cartas en el asunto

El portón verde dió paso á *Luceña*, borrica rucia de buen porte que llevaba un serón, el cual servía de jamuga á la gentil y apuesta Manuelilla, que iba á mujeriegas hecha una reina. Desde la puerta, la señora Antonia despidió á su sobrina con las siguientes frases:

—¡Oye! dile á la Victoria que si quiere venir á la fiesta de mañana, que no hago más que aguardarlos. No digan luego que no se les convida. Y á Padre le das el escapulario; sin que te se olvide, muchacha.

—Sí, tía, pierda usted cuidado, que con toda puntualidad tengo de decirles todo eso.

Así diciendo, Manuelilla tiró del ronzal para poner la pollina en rumbo á la carretera.

Era la huérfana una trigueñita castellana de diez y seis mayos, cuya sazonada pubertad y desenvuelta apostura la hacían semejante á las salvajes amazonas de la antigüedad. Sus blondos cabellos estaban trenzados y recogidos en rodete, cruzado éste por largas y gruesas agujas negras de cristal; el rostro redondo y arrebolado como manzana, lleno de singular atractivo, porque á sus ojos garzos se asomaban todas las picardías mujeriles de la doncella, y en sus labios, siempre sonrientes, cuyos extremos se sepultaban en dos lindísimos hoyuelos, retozaban todas las burlas del regocijo juvenil. Vestía refajo encarnado, bajo el cual asomaban algo más que los piés cubiertos por blanca media de las que hacía á punto de aguja la tía Antonia, y calzados con zapatos de punta fina y con un lacito en la escotadura, que era bien grande. Llevaba una chaqueta negra bien ceñida al esbelto cuerpo con mangas que acusaban el codo y botoncillos de plata en la costura abierta de la boca manga; cubriendo los hombros y cruzado sobre el pecho, un pañolito rameado.

Castigaba á la Luceña, para que aligerase el paso, con una vara que llevaba en la diestra, no porque la pollina fuera vieja y achacosa, sino joven y bravía como su dueña; pero con la gramática parda de todos los asnos del Universo, estaba en el secreto de lo provechoso que le era andar cansina y á regañadientes al salir de casa, y volar de muy buen grado al volver al pesebre.

Las cinco de la tarde acababan de sonar en la torre de la Iglesia y Manuelilla iba temerosa de que se le hiciera tarde para volver al lugar antes de anochecido; sin embargo, como por su natural alegre estaba siempre dispuesta á distraer los sentidos, recreábase durante la caminata contemplando los trigos que se extendían á la derecha del camino, anunciando buena cosecha aquel año, cosa que regocijaba mucho á la

moza, haciéndole acariciar la esperanza de que su tío Gaspar, que no era tacaño como su tío Homobono, le comprara en la feria, con los cuartejos de la venta del grano, algunos pendienticos de coral ó de plata.

En la falda de las montañas se destacaban sobre la herbosa vertiente las blancas ovejas de don Lucas Igualada, que las tenía merinas y churras; y poco más abajo, en los prados inmediatos al cerrillo del Diablo, pacían y saltaban las cabrillas que apacentaba Ramón, el pastor.

Daba mayor realce á la belleza de este panorama el purísimo cielo, cuyo azul venía haciéndose más intenso desde el horizonte y cuya limpidez interrumpían albas nubecillas que el sol argentaba con sus refulgentes destellos. Y la lozanía de los campos, y la frescura del ambiente, y la diafanidad del cielo, y el cántico de los pajarillos y hasta las bermejas amapolas y blancas margaritas de que estaban salpicadas las mieses, todo hablaba al alma de la zagala de la venida de esa expansión de la naturaleza que se llama estío, despertándole secretos anhelos que sin saber por qué le hacían pensar en los más apuestos mozos de Villembrines.

Como obedeciendo á conjuros de la imaginación de Manuela, ofreciósele de pronto un muy gallardo lugareño que subía cantando. Venía en mangas de camisa, con chaleco negro como los calzones, ambas prendas guarnecidas con numerosos botoncillos dorados; botines negros que ajustaban las piernas y calzaba alpargatas; en la cabeza sombrerón de anchas alas que le agraciaba mucho el rostro, ó al menos así le pareció á Manuelilla, cuando tuvo al mozo tan próximo como para escucharle la siguiente copla:

«San Antonio bendito,
ramo de flores,
á las descoloridas
dales colores.»

Había junto al lindero izquierdo del camino dos muchachos, afanados en subir una cometa, que así subía como el granizo al cielo, pues ni uno ni otro sabían de semejante juego, poco usado en el pueblo, y no fácil de ejecutar con lucimiento. Partió uno de ellos con el cabo del cordelillo, á través del camino, por ver si á este nuevo intento subía, al fin, la cometa; pero quiso la mala suerte que así como el otro rapazuelo la soltó, como no se elevaba más de una vara, hízole cien visajes ante los ojos á la pollina de Manuelilla, que á esta sazón llegaba ya á aquel sitio, y, espantada la rucia, hizo un desvío hacia la izquierda, tal, que dió de patas en una hondonada. Manuelilla zozobró y en poco estuvo que no viniera al suelo.

Todo esto visto por el mozo que subía, dejó el cantar en el punto que le tomara el suceso, y buscando una buena piedra lanzóla con ímpetu hacia los muchachos exclamando:

—¡Malditos del diablo! que así os comiera el Moro Faquimo. ¿No veíais que se iba á espantar la burra?

Los muchachos, pies para que os quiero, se libraron de las piedras, que algunas otras les mandó el lugareño; y á fe que si les coge la primera, no subieran muchas cometas. También les envió un pedrisco de tremebundos vocablos, que no todos se pueden transcribir.

Pasado este primer arrebato, acudió á ayudar á la borrica, que, á pesar de los gritos é instigaciones de su dueña, aún se estaba con las patas en la hondonada, atribulada y tristona como si fuera su suerte el colmo de las desdichas que á toda su raza pudieran sobrevenir. Tomóla el mozo por el ronzal y la sacó al camino.

—¿Te has asustado?—preguntó á Manuelilla.

—No; no ha sido nada. Gracias, Faquimo—dijo la muchacha.

Y no se espanten los lectores, pues este Faquimo no era el moro que se comía los chicos, por él invocado

poco hacía, sino que le daban este apodo en el pueblo, por motivos que diremos más adelante.

—Si cuando el Diablo no tiene que hacer, con el rabo espanta las moscas—añadió Manuelilla:—cógeme la vara.

Faquimo recogió la vara, y alargándosela á su dueña preguntó:

—¿Vas á la Granjilla, muchacha?

—Sí. ¿Cómo va por allá?

—Pues todos sin novedad particular: sólo que está aojada una caballería y voy á la posada del pueblo á donde ha llegado un diestro saludador poco hace, que según dicen, desaoja por maravilla. Y como mi amo quiere que baje antes de oscurecer, llevo prisa.

—Pues corre, corre.

—Vé con Dios y sin miedo, que como alcance á esos mochachos, tengo de quedarlos sin hueso sano.

—No hagas tal, borrico, que son rapazuelos, y al fin todos hijos de Dios, como dijo mi agüelo.

Se cambiaron saludos y partieron ambos en las opuestas direcciones que seguían.

—¡Oyé!—dijo aún Manuelilla al oir que Faquimo entonaba de nuevo la copla—¿se llama Antonia tu novia?—Y la alegría le saltaba al rostro al decirlo.

—Otra! por qué?—contestó Faquimo, deteniéndose y poniendo muy seria la expresión de su moreno rostro, y muy brillantes los ojos, que eran negros como moras.

—Como le cantas al santo...

—Si fuera tan bonica como tú, más que tuviera el nombre más feo del calendario, la querría.

Celebró el dicho Manuelilla con risadas bullangueras, y arrimando leña á la pollina continuó su camino, no sin advertir que Faquimo volvía la cabeza de cuando en cuando, para mirarla.

Continuaron las miradas hasta que la zagala, desviándose del camino real, bajó por un estrecho sendero

á un puentecillo de piedra. Manuelilla vió bajo sus pies el Guadarza, que sonriènte y bullicioso bajaba, bajaba, sin detenerse un punto; y tomando después del puente una sendita, que haciendo eses, y subidas, y descensos, abría paso hasta el valle donde se extendía la Granjilla, aligeró la marcha y alborozóse toda cuando el llano de la heredad se le ofreció ante la vista. Los recuadros donde florecían los ramitos equidistantes de las hortalizas, todas verdes aunque de tonos distintos, y los espantajos de palo y trapos que parecían dispuestos á devorar el primer gorrión incauto que les viniese al alcance; los arbustos, plantados á distancias convenientes para no quitar sombra á la hortaliza, entre los que se distinguían perales, albérchigos, cerezos y almendros, todos lozanos y frondosos; y, en fin, la casita construída con adobes y tejado encarnado con manchas de verdín, sobre el cual se levantaba el palomar y la tosca chimenea, ennegrecida, tal era aquel bellísimo cuadro que realzaba el sol del ocaso.

¡Todo era luz, expansión y juventud lozana! ¡Todo amorosa sonrisa!





III

Donde San Antonio pasa á vías de hecho

Así como la moza afrontó la entrada de la granjilla, se irguió tras de las bardas de la baja cerca de tierra y quijo, un perrazo de orejas tiesas como un lobo, el cual encarándose con cabalgadora y cabalgadura comenzó á ladrar y más ladrar bronco y furioso, pugnando con envites y saltos poderosos por romper la cadena, que sujeta al ancho y erizado collar le aprisionaba á un grueso poste.

—Calla, Mahoma—le dijo Manuelilla, al entrar en el arenoso camino que á la casa conducía.

En esto apareció al final de dicho camino un hombre muy obeso, con pantalón oscuro, camisa blanca, pañuelo en la cabeza á modo de turbante moruno, y rostro muy tostado del Sol, formando pantalla con la mano para distinguir á la viajera.

—¡Tío Gaspar!

—¡Muchacha!

—¡Anda, y no me había conocido!

—Como vienes hecha una princesa, sobre la pollina...

Luego que llegó la moza delante de la casa, se apeó de un brinco con gran desenvoltura, y con locos gritos y ademanes se precipitó en brazos de la tía Victoria, quien atraída por las voces de su marido había ya salido á escena para recibir á la sobrina, á la cual quería como á las niñas de sus ojos. Era de ver cómo apretaba sus labios contra los encendidos carrillos de Manuelilla, y cómo la estrechaba entre sus brazos, y qué modo de lenguaje usaba para acariciarla.

—¡Cuatro meses sin verte, corderica mía, lucerito de mi alma, pimpollo de mi huerto!—le decía.

El tío Gaspar daba golpe desde el punto en que se ofrecía ante los ojos: parecía al dios chino que se representa en una figurilla recostada en el suelo para mejor descansar la esférica y abultada panza, y sonriendo en el colmo del júbilo y la satisfacción animal, con rostro mofletudo y alegrillos ojos; sólo que el tío Gaspar no llevaba el vientre al aire como la divinidad china, sino empaquetado en la ancha faja, y por las ventanas de su encendido rostro se le salía en forma de sonrisa franca y llanota toda la bonachería de su corazón..

Era el matrimonio del Gaspar y de la Victoria como aquellos de los patriarcas de la remota edad de oro, salvo que no tenían prole ni era de esperar la tuvieran, pues la Victoria frisaba en los cuarenta. Por lo demás, la levítica rectitud y sencillez de costumbres que en aquel hogar reinaba, no tenía otras expansiones que aquellas á que brindaba la naturaleza con sus místicos encantos y periódicas evoluciones, y las que traían consigo las cuotidianas faenas de una casa de

labor. Mutua honradez y sencillo é inquebrantable afecto unía á nuestros patriarcas, y aunque la Victoria decía del Gaspar que tenía la sangre de horchata, y el Gaspar decía de ella que la tenía de polvorilla, se llevaban muy bien, sin otro trabajo que conllevar que el genio vivo de ella, quien por un quítame allá esas pajas traía el infierno á casa y todo lo descomponía y alteraba, hasta que apaciguados los humos volvía á su espíritu la paz y quietud con que el bueno de Gaspar contagiaba á todos los seres bien inclinados que tenía á su alrededor. Eran de esos matrimonios que estando muy unidos, siempre andaban desacordes; Gaspar hacía todo con despacio, ella con priesa; Gaspar no se alteraba en los malos sucesos, antes los deploraba; ella se ponía hecha un predicador y quería reformar las leyes divinas y humanas, lo presente y lo porvenir; Gaspar era de hablar calmoso y dulce, ella vehemente y ruda. Al cabo ella era mujer, y no hay que olvidar que á no haber sido por Eva, Adán hubiera sido un bendito toda su vida.

Victoria, si no llegaba á las lucidas carnes de su cónyuge, tampoco estaba de mal año; á tal hembra tal hombre. Tenía en su rostro, de cutis áspero y encendido, las señales de unas viruelas que pasó cuando joven. Vestía zagalejo azul rameado, corpiño negro, medias también azules, y llevaba el pelo, negro como el azabache, pegado junto á las sienes, á modo de dos pabellones y recogido atrás formando cerrojo.

Tomando el hilo del cuento, diremos, que pasado el acceso de cariño estrangulador padecido por la tía Victoria, la muchacha, con la cara como una amapola, después de respirar libremente, dijo:

—Pues como mañana son los días de la tía Antonia, me envía para decirles que... pues... lo de todos los años; que es la fiesta de casa, y que si ustedes gustan de ir...

—No creas—dijo Victoria—que recelaba que no venías ya, porque tu tía, hija, es como Dios la hizo: si te ví no me acuerdo, y á no ser por padre, apuesto á que no nos convidaba enjamás.

—Aquí traigo—continuó Manuelilla—unos quesitos y no sé qué otras frioleras que puso la tía; voy á sacarlo.

—Pero ven á ver á padre, muchacha—repuso Victoria.

—Sacaré antes los quesos.

—Deja, ya los sacará Gaspar.

—¿Para qué tengo yo estas manos?—gritó el aludido mientras se remangaba la camisa, descubriendo los morcilludos brazos.—Quita allá, chica.

Y mientras Gaspar ponía por obra su intento, tía y sobrina entraron en la casa, donde á pocas vueltas dieron en la cocina. Era un aposento espacioso, cuadrado y de muros lisos y amarillentos: escasa luz le entraba y menos á aquella hora: sobre el hogar, que no levantaba un pié del suelo, agrupábanse tres pucheros toscos al amor de un fuego que modulaba plácido murmullo de paz, reverberándose apacible sobre el vidriado barro: en el muro del fondo, negro del humo, brillaban cacillos, espumaderas y sartenes; y en el vasar de la enorme campana y en los demás que corrían por las paredes, extendíase grande batería de pucheros, ollas, cazuelas, cuencos, tazas, platos, escudillas y otros utensilios.

Allí estaba el pobrecito abuelo sentado, como siempre, en el antiguo sillón de vaqueta, gozando de la frescura de la huerta, que entraba por una ventana próxima.

Era el abuelo, delgado, enjuto, encorvadito y ya temblón; surcaban muchas arrugas su rostro, curtido por los azotes del viento y los ardores del sol, y en sus azules ojos había taciturnos vislumbres de la llama de la vida próxima á extinguirse.

Manuelilla corrió hacia él, y arrodillándosele delante, cual si fuera el confesor, comenzó á besarle ambas manos. El anciano las separó, y tomando el rostro de la muchacha contemplóle con ternura.

—¡Qué hermosa está! ¡Si se parece á su madre!—balbuceó.

Y saltándosele las lágrimas, imprimió un beso con sus labios inciertos en la frente de Manuelilla.

—Cómo ha crecido! ¿verdad, padre?—decía la tía Victoria.—Si está hecha una mujercica! ¿A que ya tiene novio la picarona! ¿Eh?

Manuelilla callaba como un santo de piedra.

—Ya estará pensando en mañana, que elige San Antonio un buen novio á cada moza del lugar. Ya tiene tarea el santo bendito. Pero la Antonia puede ser que le quiebre el gusto, pues yo no sé qué tengo oído de ciertos planes é intenciones de Igualada con su hijo y ésta. Anda, allá se las avenga Antonia; pero si tal consiente, como me llamo Victoria que no verá más el pelo á la hija de mi madre; porque Igualada es como dice aquel refrán: «La cruz en los pechos y el diablo en los hechos.» Bien que ni la cruz en los pechos tampoco, porque no se confiesa ni recibe á Dios jamás.

Después la tía Victoria preguntó á Manuelilla cómo estaba el cura, don Ezequiel, cómo la sesentona de su ama, cómo Paquíloco, el sacristán, cómo el señor Frutos, el boticario, cómo el tío Anselmo y la muy orgullosa de su mujer, cómo, en fin, otros muchos vecinos de Villembrines; á las cuales preguntas contestó la sobrina con su natural desenfado muy puntualmente. Todavía continuó un buen rato el interrogatorio, ora sobre el estado de las cosechas, ora acerca de la fiesta de San Antonio en casa de la hermana de Victoria, y de otras menudencias.

—Deja á la chica, mujer—dijo el tío Gaspar, que hacía rato presenciaba el interrogatorio.—A tal pre-

guntarla, le vas á poner la cabeza más tonta que un molino de viento.

—Justo: como á ti te importa un cardo que se muera Roque ó rey.

—Vaya, mujer, déjala venir á la huerta, que tengo de elegirla unos albaricoques bien maduros para que se los lleve á la Antonia.

—¿Y los quesos?

—Pues ya los saqué todos, y la cara es de comerme.

Manuelilla, que continuaba delante del anciano sentada en el suelo, se incorporó, y sacando del pecho un escapulario, dijo:

—Agüelo, este escapulario, que es de las monjas de Abroca, me le ha dado la tía Antonia para usted; y cuando me le dió, díjome que se le entregara á usted sin falta, para que se le ponga y le use, que tiene aquí la Virgencita del Molino: esa Imagen tan milagrosa que hay en término de Abroca y Zarazales.

El abuelo besó el escapulario y las manos que se le ofrecían, y dió las gracias enternecido.

—Tío Gaspar—dijo Manuelilla levantándose—¿vamos á ver los albaricoques antes que oscurezca?

Todavía acometió la tía á la sobrina, ya en la puerta, para encajarle otra docena de besos acompañados de las siguientes frases:

—Pero qué graciosica es para echar el paso! ¡Pimpollo! Anda, anda á coger albaricoques.

La tía Victoria casi lloraba de enternecida.

—¡Qué hermosa está! ¿verdad, padre?—añadió cuando la muchacha hubo salido del aposento.—¡Cien penas me quita de encima el verla! Si no fuera la Antonia como es de terca, ¡qué bien estaría conmigo la niña! Pero ya sé yo lo que quiere Homobono: casarla con el hijo de Igualada y aprovecharse de lo que aquél traiga.

Entre tanto el tío Gaspar llevaba y traía á Manueli-

lla por los senderos de la huerta, haciéndole minuciosa explicación del estado del plantío, hablando tan despaciosamente como acostumbraba, mientras la zagala que, como es natural, tenía más viva la sangre, le escuchaba, con los ojos muy abiertos y muy fijos, impacientándose, sin poderlo evitar, de semejante cachaza.

Cuándo el buen campesino le hacía ver la lozanía del garbanzo, ó de la haba, ó de la almorta, ó del mijo; cuándo le enseñaba lo provechoso del regadío con las nuevas acequias que había construído aquel año; cuándo detenía el paso para llamarle la atención sobre los perales, que ya tenían fruto, aunque hasta San Juan no debían cogerse; y todo era ir y venir, y vuelta á ir y vuelta á venir, sin que lograran cortar el discurso del tío Gaspar las razones de la muchacha, la cual decía, y decía bien, que el sol se había ya puesto y su casa estaba muy lejos para hacer el camino de noche.

Por fin cortó los albaricoques, que Manuelilla fué reuniendo en su delantal. Luego pretendía también cortar unas guindas, y cuando porfiaban, ella por no consentirlo y él por llevarlo á cabo, se oyeron fuertes ladridos de Mahoma. Pronto conocieron la causa, pues entraba en la granjilla un hombre flaco como don Quijote, con rostro de ensimismado y catadura de lunático ó poseído, montado en una mula alta como un castillo y sirviéndole de guía el bueno de Faquimo.

Al punto comprendieron tío y sobrina que era el quijotesco el saludador. Gaspar recibió á tan extraño personaje con gran respeto y cumplidas ceremonias, es decir, que ni por un cristo se acercó á él ni á distancia de dos varas, y que todo se le volvieron saludos y contemplaciones con que mal escondía su recelo supersticioso. Al cabo, diciendo á Faquimo que cortara las guindas, se llevó al saludador hacia la cuadra.

Comenzó Faquimo la encomendada tarea, pero hallóle Manuelilla tan agitado y tan torpe, que le dijo:

—Pero ¿qué te pasa? ¿Es que te amaga alguna alferecía?

Faquimo miró á la moza con los ojos fijos, como espantados, y al cabo de un rato respondió:

—Entodavía me dura el susto.

—¿De qué, muchacho?

—Ahí es nada: si llega á oscurecer cuando venía con ese hombre ú demonio ú lo que sea... yo no sé lo que me hubiera pasado. Irse se irá él solo, á Dios gracias.

—¿Le tienes miedo?

—Otrá! pues si sabe brujerías para desaojar á las bestias, á la cuenta que no las aprendió en la escuela, dando el Cristus, y será brujo ú encantador.

Terminó Faquimo de coger guindas cuando no quiso más la muchacha; y ésta, que con el recelillo tomado al saludador, más pronto quería irse, encargóle que acoplara la fruta cogida en el serón de la Luceña y, entre tanto, entró á despedirse del abuelo y de la tía Victoria.

Vino á tomar la rucia, acompañada de la tía, quien todavía la besó y abrazó cien docenas de veces. Cuando Manuelilla hacía probaturas para montar, Victoria dijo al mozo:

—Anda, mastuerzo, ayuda á la chica.

Entonces Faquimo, hincando una rodilla en tierra, como aquellos galantes caballeros de la Edad media, ofrecióse de estribero á la moza, presentándole las manos para que tuviese más seguro apoyo. Manuelilla pudo así, haciendo hincapié en la rodilla de Faquimo, quedar de un salto sobre el serón, más arrogante que una reina en su trono; pero ¿qué temblor y resistencia nerviosa las manos, qué súbito rubor las mejillas, qué titilar los ojos pugnando por mirar y recatándose de ello, qué extraña conturbación en los corazones al tibio hálito de la vigorosa juventud! Por ambos pasaron estas impresiones rápidas, si bien ella sólo sintió cando-

rosa vergüenza, y él, al ver á la gentil zagala en el aire dominándole vencido, sintió algún misterioso poder, el de San Antonio quizá, aguijoneando todas sus energías con un deseo, un frenesí, que á estar solos tal vez se hubiera manifestado en un atrevido beso sobre el rostro de la moza.

Partió la rucia, ligera, y Faquimo, con los ojos puestos en la cabalgadora, se quedó muy triste.



IV

Segunda encarnación del gran tacaño



TE debo poner en más antecedentes, lector, antes de seguir contando.

Desde el punto y hora en que conocimos al señor Homobono, creímos á pies juntillas en la transmigración de las almas. Porque ¿cómo á no admitirlo así puede comprenderse que nuestro personaje fuese el vivo retrato moral de aquel licenciado Cabra, espejo de la tacañería, cuyo culto ferviente á la bolsa retrató con sin igual gracejo el inmortal Quevedo?

El señor Homobono era el hombre más feo del lugar: chiquitín, flaco de miembros y endeblillo de aspecto, pero de mucha fibra, que tenía escondida, como otras cualidades que le eran propias: cargado de espaldas y peor encarado que Judas: con ojos pequeñuelos y recatados, los cuales no había ejemplo que hubiesen mirado á nadie de frente; y soberbia nariz picuda que ponía pleito á la famosa nariz de que cantaba el citado Quevedo:

«Érase un hombre á una nariz pegado,
érase una nariz superlativa, etc.,»

nariz que casi le ocultaba los labios, por cierto cerrados á torcidas á causa de la falta de dientes, contribuyendo á darle extraordinaria semejanza con la lechuza. Rostro era el del señor Homobono tan desdibujado (valga la frase) y ceñudo, que con mirarle una vez sola se adivinaba lo atravesada que debía tener el alma hombre de catadura tan mísera y raquítica. Y no se crea que este nuestro lenguaje es inmoderado y maldiciente, pues el punto capital de las imperfecciones morales del sujeto que nos ocupa, no era otro que el vicio, por todo extremo vituperable, de la codicia.

El tal vicio, si le había traído á casa muchos de los que suenan y relucen, también llevó al ánimo de sus vecinos tanta aversión por él, que si se preguntaba á cualquiera de ellos (aunque fuese de los menos murmuradores) qué casta de pájaro era el señor Homobono, al punto decía que tenía peor genio que pudieran tenerlo cincuenta mil enjambres de condenados, y temple peor que acero toledano falsificado; que era ladino más que un prestamista, falso más que todas las mulas de alquiler juntas y maleadas, y socarronazo, egoísta, hipocritón, maldiciente: en suma, aborrecido y despreciado del pueblo entero. Por donde se ve que el señor Homobono (usando de una frase corriente), estaba *á matar* con su nombre.

Su proverbial tacañería le hacía vivir con un tan mísero pasar, que no se hubiera pensado otra cosa sino que le *hacía falta* para comer. Se ahorraba criados á costa de sus huesos, vivía con ridículas escaseces, comía menos y peor (relativamente) que sus bestias, vestía á lo pobretón, sucio y desaseado, siendo así que podía llevar muy buena ropa; tenía á lo mejor barbas de una semana. Lo mismo era para con su mujer y la

sobrina, bien que ésta era muy limpica y arreglada, pero no las consentía lujos, llamaba despilfarro á la necesidad aconsejada por el bienestar y quería que, como él, todos representaran el pápel de pobres y desgraciados, para tras el telón de esta comedia guardar y guardar, atesorar y atesorar, contar y recontar. Si la cosecha era buena, se lamentaba de haber malvendido el grano, se quejaba continuamente de las contribuciones, llamaba ladrones á los que tenían (ó parecían tener, según él de ellos hablaba) más suerte que él, y, en fin, era pájaro, que aunque todos le conocían, continuaba, por sistema, haciendo de comediante. Así en los negocios como en las cosas de poca monta se mostraba muy blando, muy asequible, muy bondadoso, y entre tanto, paso á pasito, iba derecho á su interés. La única persona que dominaba al tío Homobono, que le predicaba, que le convencía, que le llevaba y traía, sino á su antojo, á la común conveniencia: la única persona también en quien Homobono se confiaba y cuyos consejos no echaba en saco roto, era la señora Antonia. Ésta, revés de aquella medalla de tan mal cuño, era viva, fácil á incomodarse é impaciente: vivía tan á disgusto consigo mismo como su hermana Victoria: tenía un tesón como el del viento cuando intenta impetuoso penetrar por una puerta cerrada; siempre andaba sermoneando, hallando todo mal menos lo suyo, y era vanidosa; pero tenía mucha mejor alma que su marido, compadecía más las desdichas ajenas, se inclinaba á la justicia con mejor fe y hasta solía ser generosa y desprendida, en cuyas ocasiones se llevaba Pateta al señor Homobono.

No sólo se asemejaban las dos hermanas en el genio sino también en la figura, cosas ésta y aquél ambas invariables, según un refrán castellano, y que en ellas constituía el aire y carácter de familia. Antonia no estaba en aquel tan lucido estado de carnes de Victoria,

antes era delgada; mas conservaba frescura, pues ya tenía arrugadillo el rostro á causa de los cincuenta corriditos (que con otros tantos de su marido componían un siglo largo de talle); pero cuando el señor Homobono se casó con ella, avaricioso en esto como en todo, estuvo, á lo que parece, muy prendado de sus ojos, negros como cuentas de azabache; del encendido color de sus mejillas, de lo gracioso y sonriente de sus labios, del gentil desenfado con que andaba y de lo sazonado de sus veinte abriles; aunque diz que más prendado estaba de los cuartéjos que traía la muchacha, además de la casa que le tocó en herencia por ser la mayor de las hermanas.

Tan codiciada vivienda constaba de dos pisos, según que ya hemos dicho: en el bajo, cocina, dormitorio de los criados, cuadras, pocilgas y otros aposentos; en el alto, cuartos de los cónyuges y de Manuelilla, piezas de diversos usos y una espaciosa sala, lo menos sucio y feo de la casa, pues en lo demás las paredes estaban amarillas, los pisos solados del peor ladrillo y el mobiliario era viejo y miserable.

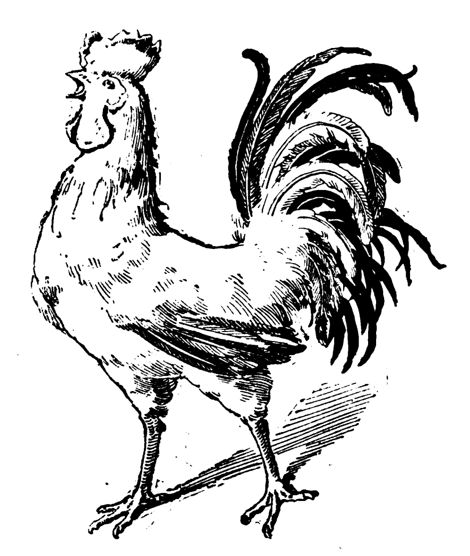
En dicha sala se conservaba una efigie de San Antonio, del tiempo de los moros, según la señora Antonia; pero bastaban ojos un poco avispados para entender que era una escultura de gusto *barroco*, desproporcionada, con mucho de hábito flotante, manos *no mal puestas* (como diría un artista) y nubes por peana, sobre las cuales se erguía arrogante y teatral el santo con el Niño Dios en los brazos. Servíale de altar una mesilla colocada en un testero de la pieza y le cobijaba dosel de damasco carmesí, galoneado de amarillo, ya muy pálido y deslucido.

Este San Antonio venía de padres á hijos en la antigua casa de los Horcajos, donde, por esta tradicional devoción, siempre hubo un individuo en ella, varón ú hembra, que al santo tuviera por el de su nombre. Al

presente amenazaba concluirse la descendencia de Antonios y Antonias, pues el señor Homobono y su consorte ni habían tenido hijos ni llevaban camino de tenerlos.

La preciada efigie había dado lugar á una costumbre inmemorial en la familia, que se perpetuaba bien á disgusto del señor Homobono, y consistía en adornar é iluminar al Santo, el día de su fiesta, y convidar á los vecinos para celebrar con baile, tortas y buen vino los días de la consabida ó consabido.

El año de que relatamos (como todos los anteriores desde el yugo Homoboniano), el señor Homobono dijo que la fiesta no debía celebrarse, y la señora Antonia porfió que sí y fué triunfando poco á poco de los escrúpulos de su marido. Los últimos diretes (aunque estos ya eran el derecho del pataleo) fueron antes de acostarse, la víspera del santo, cuando Manuela, que llegó muy cansada de la Granjilla, dormía á más y mejor; pero se acostaron y durmiendo también ambos cónyuges, hasta que el garrido gallo con arrogancia de triunfador anunció el alba con voz de *mezzo-soprano*.





V

«San Antonio trae novio»

De antiguo venía en Villembrines el uso del refrán que sirve de epígrafe al presente capítulo, y con arreglo á él, se tenía por cierto que toda moza casadera encontraba el deseado futuro en la fiesta de San Antonio, pues el santo se ocupaba, según opinión de los villembrineses, en encender los corazones, des-

empeñando análogo papel que el Cupido de los mitos antiguos. Ignoramos el por qué de esta virtud y patrocinazgo atribuído al santo; pero es lo cierto, que así como el conocido adagio: «Abril y Mayo, llave de todo el año», significaba á los labradores que las lluvias y templanzas de ambos meses son el barómetro de una buena cosecha, así se decía á las muchachas como segura profecía en el lugar: «*San Antonio trae novio.*»

Llegó el santo en efecto con el consabido enjambre de pretendientes, y todo fueron chanzonetas y bromas desde el rayar del alba, cambiados entre mozos y mozas. No era, aquél, día de fiesta en Villembrines; pero con todo, se celebraba con misa mayor, tan solemne como puede figurarse el lector, dado que don Ezequiel la amenizó con un divertido panegírico; las faenas no habían de durar más que hasta una hora antes de oscurecer, y entonces de los bailes y zambras y enamoramientos en la plaza del pueblo!

Y dicen los escritos en que está apuntada esta verdadera historia, que cuando apenas clareaba el día, Manuelilla estaba vistiéndose á la luz mortecina de un candilejo, con mucha priesa y aturullo, pues sin que supiera por qué, le había cogido el sueño con tanta fuerza aquella madrugada, que no despertó hasta que hubo oído los gritos más desaforados que jamás oyera, y visto junto á su cama la espantable figura de la tía Antonia gesticulando furibunda y amenazadora, gritos y gestos que enteraron bien pronto á Manuelilla de cómo la pesadez del sueño fué causa de no dejarla escuchar el pito de Ramón, el pastor, quien de este modo anunciaba su partida al campo, para que cada vecino diera suelta á su cabrilla ú oveja.

Fuése al cabo la tía, y la sobrina, que corría de cada vez más, poniéndose estaba un zagalejo, cuando sintió el ruido de un fuerte altercado en la calle: al punto

conoció en el metal de las voces la de su tía y la de Ramón, y abriendo en seguida la ventana, vió a la luz pálida é indecisa del alba á la tía en la puerta de casa, como quien no quiere más cuestión, y á él, como quien está reacio para marcharse, pero sumiso.

La señora Antonia, montada, ó mejor empingorotada, sobre la serpiente de la cólera más tremebunda que el monstruo apocalíptico, gritaba al muchacho:

—Me gusta el desvergonzado; ¡que á la cabra la he herido yo! Bodoque, ¿crees que comulgo con ruedas de molino?

—Pues si tiene herida ú no la tiene—decía Ramón—tanto me da, que yo no se la hice. Démela usted, que yo sé curar á las bestias con unas yerbicas que hay en el monte.

—¡Dártela! ¡Qué más quisieras tú, bestión! Anda de ahí, que mi cabrilla no volverás á apacentarla.

—Vamos, señora Antonia, yo la prometo de ser más cuidadoso otra vez.

—Anda, así *te coma el moro Faquimo.*

Y la tía Antonia se entró sin querer escuchar una palabra más al pastor; el cual, al fin, tuvo que irse sin la cabra.

Buena parte de la mañana le duró á la tía el sofocón; pues por cualquier cosa se le subía el humo á la buhardilla, y más de una vez pegó con la pobre sobrina por pequeñeces que no merecen contarse. Bien que Manuelilla, maquinando realidades ilusorias, quizás andaba algo torpe y distraída.

Las faenas domésticas de aquel día pasaron de lo acostumbrado, y gracias al auxilio de una vecina, pudieron cumplirse con poca sobra de tiempo, pues era tarea larga aquello de sacudir el polvo á toda la casa, confeccionar tortas, almíbar y cuajada para obsequiar á las visitas que vendrían á felicitar y curiosear, y en suma, todos los preparativos de rúbrica exigidos por

el acostumbrado ceremonial de la fiesta del santo. De todos los preparativos, el más importante y extraordinario fué el de lavar la cara al San Antonio, ponerle un escapulario bordado, sobre el que ya tenía de talla, en las manos flores de trapo y lazos de vivos colores; engalanar al Niño Dios con una banda encarnada, que parecía con ella capitán general ó guarda de campo, y adornar el altar con manojos de oloroso tomillo y florecillas silvestres, puestos en jarros de loza talaverana, que hubieran puesto los dientes largos á cualquier coleccionador de antiguallas.

Concluídas todas estas operaciones, que produjeron á la de los días horrorosos berrinches, alguno de los cuales proporcionó buenos pescozones á la sobrina, ésta se peinó, lavó y engalanó primorosamente con un vestidito de percal blanco rameado, que por ser nuevo estaba muy recio, un pañolito de talle, de seda, y unos pendientes de plata.

Cuando el sol fué de caída, dieron principio los bailes, y allí de cánticos, rasgueo de guitarras, bulla, chicoleos, finezas y requiebros entre los enamorados villembrinenses. Pero Manuelilla no fué á la plaza, aunque buenos deseos se le pasaron de ello, pues la tía dijo que no le estaba bien andar en jolgorios de enamoramientos á la que, si Dios fuese servido, pronto sería la esposa del hijo del alcalde.

Desde poco antes de oscurecer, empezó el jubileo de los felicitantes. La señora Antonia, muy hueca y bien vestida, entre señoril y lugareño, de pie en medio del concurso, peroraba con más fuego que un orador parlamentario; pues por motivo de ser sus días, y tener la honra de recibir á todo el pueblo, se creía en la precisión de no callar en toda la noche.

Era esta recepción en la sala, donde lucían muchas velas delante del santo, y había en medio una gran mesa, sobre la cual, en grandes fuentes y escudillas,

ofrecíanse bollos espolvoreados, roscos de boda, alfajor y alajú (dulces de origen moruno sin duda), rosquillas y confituras, además de platos con cuajada, arroz con leche ó almíbar.

La concurrencia, que poco á poco fué aumentándose, la formaba lo más escogidito del lugar; pues allí estaba don Ezequiel tan pacífico como de costumbre, allí el boticario, señor Frutos, tan disputador; allí el tío Gaspar tan campechanote, la tía Victoria tan frescota, y otros muchos vecinos y vecinas, todos contentos, y todos muy cumplidos, y todos habladores en aquella ocasión.

Era objeto principal de las conversaciones el estado de la cosecha; y decían los más francos é imparciales que venía buena, y los tacaños, que mala: hipocresías de propietarios. Inútil parece decir que al bando de los últimos se aferró con ahínco el señor Homobono, y al de los primeros el señor Frutos, éste no más que por llevar la contra y meterse de hoz y de coz en su elemento favorito: la disputa. Las muchachas, que con la agitación del bailoteo tenían todavía dos rosetas de grana en las mejillas, mucha alegría en los ojos y retozona risa en los labios, comentaban por lo bajo, y con frecuencia al oído entre estrepitosas carcajadas, los dichos y agudezas de los mozos en la plaza, tiroteándose, á hurtadillas con ellos, á miradas y á pullas. Las casadas y jamonas ¿qué hacer sino escuchar á la señora Antonia?; aunque también había aquello de meter el cucharón las pocas veces que era posible, amén del sayo que, unas para su camisa, otras con su vecina, todas cortaban á la anfitriona. Era tema obligado de la perorata de ésta dar disculpa de lo pobremente que se celebraba aquella fiesta, otros tiempos tan lucida, ponderar las infinitas tareas de aquel bendecido día, y eso que ella lo había dispuesto todo en un periquete, mientras otra hubiera necesitado diez

manos (disposición que atribuía á los buenos principios con que fué criada), y por último echaba de menos el auxilio de una hijica ó dos, á cuya gracia el cielo no se mostraba favorable. Las abuelas recordaban tiempos pasados y los rapazuelos acariciaban con miradas ansiosas los preparativos del festín de golosinas dispuestos sobre la mesa. Tan animada se hallaba la fiesta, cuando un mozo, que recostado en el quicio de la puerta dirigía mil floreos á las mozas, se cuadró con mucha gravedad y dijo:

—El señor alcalde.

Y entró un hombre de miembros recios, gesto neroniano, rostro encendido y traje al uso de la ciudad, pero de moda atrasada; pues traía gran levitón y pantalón de boca estrecha, y en la mano derecha lucía el bastón de autoridad, que ni en ocasiones como la presente abandonaba.

Algunas mujeres se pusieron de pie, que los hombres ya lo estaban á causa de no haber sillas para todos, y á una voz el concurso saludó al orgulloso cacique.

—Señor alcalde—gritó la tía Antonia—muy bienvenido por esta casa, con Dios y con sus santos. Siéntese, siéntese acá. Manuelilla, acerca el sillón.

El alcalde se arrellanó en el de vaqueta, y con voz muy acampanada:—siéntense todos—dijo.

—Zopenca, coge el sombrero del señor alcalde, ¿no ves que le tiene en la mano? Anda, llévale al zaguán —repuso la tía.

Y la sobrina cumplió el mandato. Por cierto que el sombrero, que merecía un aumentativo por lo desmesurado de sus alas, le halló la moza húmedo y pegajoso del sudor, lo cual le repugnó.

—Con que, mire usted, mire usted, y diga que le parece el San Antonio; está más guapo y más elegante que todos esos noviacos, que juntos no valen un comino.

Alborotóse toda la sala con el dicho de la señora Antonia, quien prosiguió:

—Hija, pues no faltaba otra cosa (esto iba á una vecina), sino que estuviera feo después de haber pasado el día lavándole la cara y poniéndole florecicas. Vamos, ¿qué dice don Lucas?

El alcalde hizo una risita de conejo antes de hablar:

—Pues digo que, á tales requiebros como usted le echa, va á pensar Homobono que le pide usted al santo nuevo marido. Y si así es, tenga en cuenta que aquí estoy yo. (Don Lucas guiñó el ojo con malicia.) Que aún tengo buen ver.

—¡Usted! ¿con los sesenta y los que anduvo á gatas? Pues hijo, valiente novio.

—Hija, son algunos menos—corrigió el don Lucas algo amostazado.

Y mientras tales bromitas gastaba el alcalde con la tía Antonia, el señor Homobono dirigíase á la sobrina, diciendo:

—Pero ¿aún no has preguntado á don Lucas por su hijo, tu novio, muchacha...?

—Ven aquí—dijo don Lucas al escuchar estas palabras—ven aquí, arrapiezo.

La muchacha se acercó.

—¡Qué hermosa que está!

Y la acarició la barba con delectación. Manuelilla se puso como una amapola y bajó los ojos.

—¿Sabes lo que me dice Estebanillo en la carta que recibí ayer? Pues, que dentro de pocos días toma la... licenciatura, como él llama.

—Vamos, que se recibe de abogado?—preguntó la tía Antonia.

—Justamente. Y que enseguidita se viene aquí á casarse contigo. Di: ¿le quieres, muchacha? ¿Piensas en él?

Manuelilla callaba, y miraba al suelo llena de ru-

bor; tan confusa la ponía aquella pregunta á quema ropa. El señor Homobono tomó la palabra por ella, diciendo:

—Pues, ¿qué tiene que hacer sino pensar en él? Vaya, pues así que se encuentran muchos mocitos de tan buenos principios y tan estimables calidades como el hijo del señor alcalde. Y que es lerdo el tal Esteban. Un discurso nos echó el otro verano, sobre el refugio universal y la libertad de bultos y... no me acuerdo qué otras cosillas, tan bien dicho, que, en fin, parecía los candidatos que hablan cuando hay elecciones.

—Ya ve usted, señor alcalde—interrumpió la tía Antonia que estaba reventando por hablar—como esta muchachica es tan buena como un corderico, le tiene mucha voluntad al Esteban. Máxime que ella demasiado entiende que, á no ser por el aquel que usted nos tiene, no se mereciera tan buen partido.

Don Lucas se esponjaba al escuchar semejantes piropos, y con gravedad fingida, ambas manos sobre el puño de su bastón, como si estuviera en el ejercicio de su respetable cargo de autoridad, preguntó á su futura nuera:

—De manera que ese ruborcillo del rostro quiere decir que le quieres, y que aguardas su llegada con impaciencia, eh?

Manuelilla no desplegó sus labios.

—Vamos, melindrosa, contesta, que te pregunta el señor alcalde.

—Sí, señor...—respondió con timidez la muchacha, como si aquello fuera el interrogatorio de un juez, y esta respuesta la confesión del crimen.

Por fortuna, el juez se satisfizo con dos ó tres monosílabos más, obligadas contestaciones á sus impertinentes preguntas, y, al cabo, la muchacha fué á sentarse en el corro de mozas donde no cesaban las bromas, dichos y agudezas, por lo bajo. Estas mozas

estaban cerca de la puerta, y espaldas á ella, lo que dió ocasión á un hecho que puso en bullanga la sala toda, del cual y de todo lo demás que luego pasó, daremos puntual noticia en el capítulo siguiente.





VI

Donde el refrán consabido se cumple

Cuando con más misterio contaba una muchacha secretillos de amor y las demás la escuchaban inclinadas, hasta el punto de tocarse las cabezas de unas y otras, para no perder ripio, se introdujo de súbito en medio del corro un rostro morenote, y se oyó en toda la sala una gran voz que dijo así:

—¡Anda!... y qué á gusto que lo escucho yo también!

Fué cosa de chiste los respingos y exclamaciones de las asustadas mozas, y el asombro de la concurrencia. Todos, suspensos, volvieron los ojos hacia el sitio del suceso, donde se irguió muerto de risa el dueño de la cara y la voz, causa de aquel trastorno, y al verle todos gritaron, mudando el susto en divertimiento:

—¡Faquimo!... ¿pues quién había de ser?... ¡Si este inventa con el demonio!...

Allí vino el desternillarse de risa las sorprendidas enamoradas, hasta el punto de tener que beber agua al cabo del hartazgo de hilaridad para reponerse del paroxismo.

El bueno de Faquimo estaba más contento que unas pascuas: los ojos le relucían como lumbre, tenía las mejillas teñidas de subido color de vino, y los labios no podían menos de dar franca expansión al júbilo que le embriagaba y enardecía.

No había fiesta en el pueblo donde él no se hallara y fuera principal actor, ya punteando la guitarra, cosa que hacía á maravilla, como cantando coplas, muchas veces improvisadas: que memoria é ingenio eran en él cualidades tales, que sólo por ellas era famoso, no sólo en Villembrines, sino también en los lugares circunvecinos; mas la alegría de aquel momento le daba á su rostro una expresión particular, que revelaba ser un modo de júbilo propio de algo mejor que la fiesta de San Antonio. Sin duda porque así hubo de comprenderlo, preguntóle la señora Victoria, su ama:

—Pero, Faquimo, ¿qué te sucede? Tienes los ojos más vivos que gato á lo oscuro. Por fuerza empinaste el codo algo más de lo menester.

—No, señora, no empiné sinó muy poco; pero es que vengo de la plaza, donde aún está vivita la hoguera, y allí estos, estos, toda esta familia que usted ve, no ha cesado de echar bailoteos de lo firme, y estas manos no han dejado un momento de rasguear la presente—y presentó la guitarra,—ni esta boca de echar coplitas. Anda, que lo que es Paquíloco... poco que nos ha hecho de reir. Se empeñó en soplar á uno de patitas en la hoguera; Luciano bien de zapatetas y esperrenques ha hecho—y señalaba al aludido en medio de las risas y burlas de toda la concurrencia.—Y

viendo Paquíloco que no podía con él, ¿qué hizo? frabicó un papanatas con pantalones y faja y camisa; nada, como una persona, y lo quemó llamándole carlistón, y endemoniado y bandido, dándole antes una soba mediana con un garrote tamaño. ¡Qué risa con él! Ustedes no saben qué bueno estaba aquello. Lo mismo que un comediante, se ponía furioso, y voceaba, y repartía zambombazos contra aquel bendito, que á todo callaba y se quedaba tan fresco; y lo bueno es que Paquíloco le pegaba en mitad de la tripa, y él hacía una reverencia: así. Vuelta otro trancazo: dale otra reverencia... y Paquíloco exclamaba: «Entodavía lo agradece el muy ladrón. ¡Toma, hipócrita...» Todos reventábamos de risa.

—Pero, callarás!—interrumpió su ama—¿ó quieres que estemos escuchando tus simplezas hasta mañana? Cuando yo digo que estás un poco alumbrado!

—No señora, sino que estaba contando el sucedido por satisfacer la curiosidad de todos los presentes, y ahora, si el señor Homobono me quiere dar un traguito... Porque aunque usted dice, señora, que estoy alumbrado, á fe mía que tengo el cuerpo por dentro más escuro que boca de lobo, y con tanto reir y cantar me encuentro desfallecido.

—Acércate, hablador, acércate—dijo á esta sazón la tía Antonia—y bebe y calla.

—Eso de callar, no, señora, que en templando la vigüela de la garganta y la que en las manos traigo, voy á cantarle unas seguidillas al Santo para ver si me quiere dar novia; que aquí tiene usted mocicas muy reteguapas y todas tienen de bailar está noche.

—Sí. ¡Eso, eso, á bailar!...—dijeron las lugareñas.

—Pues á buscar pareja, muchachos—dijo un mozo de los más divertidos y enamorados.

—No señor—dijo Faquimo suspendiendo el trago;—las chicas solas, que hasta la fecha, ninguna ha queri-

do ser mi pareja, y ahora todas han de bailar para mi, para mí solito.

—Dice bien Faquimo. Solas, solas — repitió el señor Frutos.

Y fallado el pleito por tan respetable autoridad, retiróse la mesa del *gaudeamus* y se pusieron por parejas, unas frente á otras, hasta ocho villembrinesas de gentil apostura, entre las cuales se hallaba Manuelilla, á la cual no quitaba ojo el alegre Faquimo, quien sentado en el suelo, á la moruna, junto al altar del santo y cerquita de la zagala, disponiéndose á empezar,

—Dé usted la señal, señor alcalde—gritó.

—Pues vaya—dijo don Lucas pegando con su bastón en el suelo.

Y Faquimo, rasgueando la guitarra, rompió á cantar con la siguiente improvisación:

San Antonio me ha dicho,
rojica mía,
que te gusta el oirme
las seguidillas.

Las parejas rompieron con un fandango.

Era de ver la ligereza de los inquietos pies, el donaire con que se movían los brazos, la gentileza con que flotaban los vestidos en las rápidas vueltas.

Toda la concurrencia celebró el baile con requiebros y palmoteos.

Luego se cambió el fandango en una jota acompañada de castañuelas, cuya copla, que echó Faquimo con toda la fuerza de sus pulmones, era como sigue:

Morena, si bien me quieres,
no se lo digas á nadie ;
ponte la mano en el pecho,
dile al corazón que calle.

Manuelilla miraba de cuando en cuando al cantor

con el rabillo del ojo, y el cantor contemplaba á la moza con inocente franqueza, como si la desusada gracia de la bailarina fuese imán irresistible.

Aún continuó el bailoteo un buen rato, hasta que se les acabaron la fuerzas á las lugareñas, y con los carrillos como cortes de remolacha cayeron en las sillas, fatigosas y sudando. Faquimo no podía más: la muñeca de lá mano rasgueadora se le partía, habíasele enronquecido la voz y todo su cuerpo estaba dolorido; pero, con todo, él protestó de la conclusión del baile, y hubiera deseado pasar en tal diversión la noche entera sólo por el placer íntimo é incomparable de que disfrutaba en ver á Manuelilla danzar al són de sus coplas: ¡qué bonitas las hubiera echado!

Vino el momento de dar ataque al castillo de la indigestión, que otra vez ocupó su puesto en medio de la sala. Allí fué el atiborrarse bien de golosinas y beber de lo añejo, y allí los ofrecimientos á vida ó muerte, y allí la dentera de los rapazuelos, que de buena gana se hubiera engullido, cada uno, cuanto sus ojos abarcaban y mucho más que trajeran.

Faquimo no lo hizo mal con el alajú, pero aún lo hizo mejor con el retinto que, como oro en paño, conservaba el tío Homobono; y luego, completó el alumbramiento interior con no sé cuántas copillas del de anís.

Con el benéfico rocío del vino se levantó en aquellos espíritus, ya inclinados al jolgorio, la polvareda de chistes y agudezas más divertida que se puede imaginar. Chispeaban muchos ojos, enrojecían muchos carrillos, y no todos de vergüenza, y muchas bocas daban muestras de un ingenio improvisador inaudito.

Á Faquimo le entró por cantar coplas y tocar la guitarra y bailar y tutear al santo en varios discursos disparatados que le echó pidiéndole novia. Tal hizo y dijo, que su ama exclamó:

—Mira, Faquimo, salte al patio á que te dé el aire, que me va pareciendo mucho calor el que tienes en la cabeza y en el estómago.

—Justamente, mi ama—contestó el mozo—aquí siento una hoguera, más atizada todavía que la que está en la plaza.

Y acompañaba la frase con la acción de acariciarse el vientre.

—Anda, anda, muchacho: á fuera; ven conmigo—dijo el tío Gaspar.

Con efecto le llevó al patio, donde quedó solo.

Las muchachas, que tanto habían celebrado los disparates del mozo, fueron á observarle desde el corredor del patio. Le atisbaron junto al pozo, y con gran sorpresa, halláronle como pensativo ó triste, y hablando solo; mas como no le entendieran palabra, pues toda la carcamusa era entredientes, volviéronse á la sala, donde dijeron que Faquimo se disponía á dormir la mona.

Entre tanto, en la sala, en medio de aquel bullicio y jolgorio, Manuelilla no estaba contenta ni mucho menos. ¿Ella tan sonriente y dichosa, de ordinario, poníase triste luego de los bailes, dulces y chanzonetas? Así era en efecto. Alguien que lo advirtió le dijo si se sentía indispuesta, si el calor la desvanecía, ó si estaba cansada de las danzas de la noche y las faenas del día. Ella aprovechó esta última suposición para disculparse sin hacer más que confirmarlo; pero muy otra era la causa de su disgusto. Empezó á sospechar formalmente que no estaba buena, pues las mejillas le ardían y la cabeza se le partía de dolor; pero disimulando como mejor pudo, con mucha cautela se escurrió de la sala sin ser advertida, y sin ruido fué hacia el patio, cuya puerta abrió muy despacito, protestando para su camisa del chirrido de los goznes.

—¡Maldita puerta!...—dijo.

Dió algunos pasos con mucho sigilo, dejando pasar un siglo del viaje de un pie al del otro, paseando, al mismo tiempo, miradas recelosas en derredor. En todo el patio no se escuchaba un mosquito. La luna, cual linterna sorda, arrojaba su luz blanca sobre el grupo principal de aquel cuadro: el ángulo donde estaba el pozo; el mozo sentado en el escalón de piedra, con ambos codos sobre las rodillas y ambas sienes sobre las manos, quieto como un muerto; la polea sujeta á una palomilla y de ella pendientes las dos cuerdas que dibujaban dos líneas negras sobre la pared. Manuelilla, avanzando de la sombra á la luz, recogióse la falda para no hacer ruido, y muy de puntillas se acercó, por junto á la pared, al sitio donde descansaba el mozo, quien, adormilado por la sobra de alcohol, continuaba hablando solo. Con tal cautela hizo esta maniobra la zagala, que de fijo no la hubiera sentido Faquimo en toda la noche, si ella no le llama con estas palabras:

—Faquimo... Faquimo... Muchacho... Oye... ¿ Estás malo ?

El mozo no contestó ni apenas dió muestras de haber advertido tal presencia.

—Faquimo—volvió á decirle siempre quedo y con ansiedad y disgusto fáciles de adivinar en el temblor de su voz.—Faquimo, ¿no me conoces? Si soy yo, Manuelilla. ¿ Quieres beber agua, di ?

Viendo que nada conseguía, recurrió al medio de llamarle por su verdadero nombre.

—Tomás... Tomás... ¿no me ves? Oye: alza la cabeza: mírame; soy Manuelilla.

Y al decirle todo esto se encogió para poner su rostro á la altura del de Faquimo, quien al oirse llamar por su verdadero nombre y parar mientes en lo dulce de la voz que le hablaba, y quizás también porque hubo de fijarse en el nombre de la moza, levantó el rostro al cabo: sus ojos inquietos y encendidos, de un

fuego que daba espanto, la palidez cadavérica de la frente y mejillas, la estúpida risa de los labios, hicieron estremecer a la pobre zagala.

Después entre risas, pausas y gestos, el mozo dijo así:

—Sí, justo... yo, Tomás... Me llamo Tomás... Lo que le voy á decir á San Antonio: eso... que el moro Faquimo me ha de dar todos los majuelos... Los majuelos que están junto al cerrillo del Diablo, porque me llamo Tomás... Y porque soy hijo del Moro... hijo suyo, yo... Y cuando me dé los majuelos, me caso... me caso con ella... con ella... Y si no quieren dármela... los mato... ¡los mato!... ¡los mato!...

Y al llegar á este punto, el desgraciado, levantó la voz con tanta fuerza, que el grito de *¡los mato!* fué escuchado en toda la casa.

Manuelilla, asustada, y temiéndose que la sorprendieran, presto, presto, atravesó el patio, del cual no bien salía, cuando se topó con el tío Homobono; dió un grito lleno de confusión y espanto, y retrocediendo, exclamó:

—¡Ay! Si no le había á usted visto. ¡Ave María Purísima!

—Pero ¿qué hacías tú aquí, muchacha? Y ¿por qué pega tales voces ese animal?

—Vine á ver si seguía amodorrado ó no—balbuceó Manuelilla.

—¿Y á ti qué te importaba eso, mastuerza?

La muchacha se puso más encendida que la grana, pues á este punto ya había testigos delante y luz que les alumbrara á todos las caras; que un mozo de mulas, como escuchara la voz del amo, aprontóse á sacar el candil de la cuadra.

—Anda, anda arriba—dijo el tío Homobono—que ahora voy á hacer callar á ese maldito. No vale él el vino que se ha bebido y los vasos que se han roto por su causa.

Estas últimas palabras las dijo entre dientes entrándose en el patio.

Manuelilla subió dirigiéndose hacia la sala, pero la detuvieron cien veces varias personas para ponerla en otros tantos aprietos, preguntándola qué fué el suceso y cómo venía tan encarnada. Mientras duraba esta carrera de baquetas, escuchó desde la galería alta la espantable voz de su tío que gritaba así:

—¿Qué carcamusa traes ahí? ¡Faquimo de demonios! ¿Te parece bien haberme escandalizado la casa? ¡Borrachón! La culpa tengo yo que no te eché cuando llegaste haciendo borricadas. Muchachos, llevarle al pajar para que duerma la mona.

Mucho angustió á Manuelilla los malos tratamientos de que el mozo fué objeto; y más los sintió que unos pellizcos muy retorcidos, obsequio hecho á hurtadillas por su tía Antonia.

Todo se apaciguó y á muy poco desfiló la concurrencia, pues se escucharon las once en el reloj de la iglesia, hora desusada y hasta escandalosa para los honrados villembrineses. Cuando se quedaron solos, la tía Antonia mandó acostarse á Manuelilla, dándola por vía de buenas noches un soberbio pescozón por curiosa y chismosa, según la dijo; razones por las que entendió la muchacha que nadie sabía el móvil secreto que á remediar el triste estado del mozo la llevara, como si semejante basca fuera tribulación que se consolara con buenas palabras.

Se acostó y no pudo dormir en toda la noche: le apenaba mucho haber visto á Faquimo en aquel estado, causa de tanto escándalo, burlas y desprecios por parte de todo el pueblo. A tal extremo llegó su hondo disgusto que suspiró, sollozó y lloró, toda enternecida, diciendo repetidas veces y de maneras distintas este pensamiento: «¡Pobre Faquimo! ¡Tan bueno y tan honrado y todos le miran mal!...» Y como consecuen-

cia inmediata pensó también que sus tíos Homobono y Antonia eran unos tiranos, y el alcalde, con todos sus planes, una especie de secuestrador más temible que el moro Faquimo.

El lector puede apreciar cómo San Antonio trajo novio, en efecto. Pero... ¿por qué para presentarlo necesitó ponerlo como una uva? Esto es lo que Manuelilla deploraba con toda el alma; pero es menester convenir en que la turca no era obra del Santo, sino de la alegría inexplicable de Faquimo. Alegría más inexplicable para él que para Manuelilla.





VII

«Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré...»

Despuntó el alba: saludáronla los gallos, perfumáronla las florecillas de los prados, reflejó su luz el cristalino río, los jilgueros, pardillos y otra gente de pluma esperezó sus alas y abandonó sus dormitorios de hojas para saltar, diablear y gorjear el día entero: entre tanto, por el camino real se alejaban del pueblo dos lucidas pollinas conductoras de una mujer una, y de un hombre otra; y seguíalas á pie un mozo encargado de conducir otra tercera jumenta, ésta cargado con un serón. Victoria y Gaspar eran los cabalgadores y no caballeros, y Faquimo el mozo, quienes

habían partido tan de madrugada para no quitar tiempo á las faenas que les esperaban en la Granjilla.

Los honrados cónyuges conversaban pacíficamente. Faquimo iba triste, silencioso y como preocupado; ¡pobre mozo! pensaba en los disparates hechos y dichos la noche anterior, en lo mucho que de él se habrían reído y burlado, y en los desprecios de que tales torpezas habrían sido causa; que aunque él no se acordaba de todo esto más que de una manera vaga, su ama cuidó de hacérselo saber por entero en un buen sermón que le echó por vía de despertador, en el cual le riñó mucho, afeándole tan soez conducta.

Bien que de todos modos hubiera él reconocido motivos sobrados de sonrojo y culpabilidad, pues Tomás, aunque rústico, tenía buen juicio y natural penetración, y por razonamiento instintivo, adivinaba qué le estaba bien y qué no; cuál era su deber y cuál no; en qué se había propasado ó faltado y en qué no. Ciertamente, era humilde, sencillo, honrado, compasivo y tan ingenuo é inocente, á veces, como no lo fuera más un muchacho de la doctrina; y al mismo tiempo decidor, bullanguero y amigo de loquear. Claro está, falto de educación, inculta su inteligencia, solamente adiestrado su ingenio en las prácticas rústicas, tenía más noble y limpio que muchos ese tesoro inapreciable que hace al hombre sér racional: el alma; y allí llevaba grabado Faquimo el sentimiento de lo bueno y de lo justo, de lo bello y hasta de lo ideal.

Por eso sentía más su pecado. Pero ¡ay! si era motivo de formal disgusto el descrédito en que cayera en la opinión del señor Alcalde, del señor Cura, del señor Frutos, de la señora Antonia, del señor Homobono y de los demás circunstantes, testigos de su mal vino, ¡el pueblo entero! más, mucho más le apenaba y era causa de mayor vergüenza, y confusión, y remordimiento, que de tan lastimoso modo le hubiera visto

Manuelilla. ¡ Ella, tan prudente y discreta, que en todo se miraba tanto! y ¡ él, que se había puesto más incapaz que una caballería! ¡ Esto era horrible! ¡ desconsolador! Porque Tomás cayó en la cuenta de que aquel regocijo que todo le embargaba, en la fiesta, aquel frenesí por cantar y rasguear la guitarra, aquel insaciable y deleitoso anhelo de sus ojos, por contemplar á Manuelilla, todo era la misma cosa, reconocía por móvil el mismo sentimiento: ¡ la amaba! En esta idea vinieron á concentrarse los razonamientos del mozo; idea que le pareció como repentino encuentro de algo que ya se sospecha. Efectivamente, era la revelación de un secreto que le había guardado su alma, pero del cual tuvo él á modo de presentimiento. Mas ¡ ay! semejante conclusión encerraba complacencias de incomparable dicha y motivos de profunda pena y amargo desconsuelo. Tomás no supo ni pudo darse cuenta de esta discordancia, y no menos suspenso que entristecido fué todo el camino dando vueltas á aquellas cosas tan nuevas y particulares.

Arribaron al cabo á la Granjilla, y enseguidita comenzó el señor Gaspar á disponerse y disponer todo para las faenas que muy luego dieron principio. ¡ Qué torpezas tuvo en ellas el pobre Tomás! ¡No parecía sino que se había olvidado de aquellos trabajos en cuyo ejercicio y práctica se criara!—¿Qué te sucede, Faquimo? estás como atortolado, decía el bueno del señor Gaspar. ¿ Te dura aún el mal vino? ¿ Á que estás aojado tú también, como el macho?

Y el mozo no contestaba, ni levantaba los ojos del suelo.

Llegó la hora de la siesta, y Faquimo, en lugar de tenderse á la sombra de la casa, con los demás camaradas, fué á hacerlo en el pajar, donde si estaba más caluroso, en cambio podía estar á solas con sus melancolías, lo cual era justamente su ansiado deseo.

Escasa luz, blando lecho, silencio sólo turbado por tiernos gorjeos de los pardillos y suaves rumores de las hojas de los cercanos árboles... Todo convidaba á meditar, todo á dar expansión al secreto.

Cuando estas impresiones se le entraron en el espíritu á Tomás, sintió saludables consuelos é impulsos como de verter lágrimas. Si en vez de ser un rústico patán, con ser tan sencillo, hubiera sido hombre de mayor cultura, y por consecuencia de mayor sensibilidad, Tomás hubiese llorado; pero ya que no lágrimas, rebosóle en el corazón un penar oculto, con todos los amargores de la pasión infortunada, aunque ni en ideas claras, ni mucho menos en palabras precisas, podía por el pronto razonarse su estado. Ocupábale todo una queja amarga y desoladora.

Aquietóse poco á poco su ánimo y cayó en un marasmo como reposar de un estado febril. Sintió pesadez y atontamiento en la cabeza, languidez en todo su cuerpo, acabando por caer en un duerme-vela en que el batallar encarnizado y constante de la cabeza y el corazón se manifestó en sueños que fantaseando la realidad forjaron en la exaltada imaginación del mozo catástrofes presentidas y aventuras deseadas como imposibles, formando aquellas y estas rudos contrastes que aumentaban su cuita. Por último dejáronle en paz los sueños y pudo descansar.

Al cabo de un buen rato abrió los ojos y encontróse más aliviado de las molestias físicas, y la mente más serena y despejada. Entonces con voz callada, cual si él estuviera enfrente de sí mismo y fuera su espíritu quien hablara, formuló el siguiente razonamiento:

«¿Para qué engañarte por más tiempo, Faquimo? ¡la quieres! ¿qué remedio? la quieres, y arrojarte al pozo ó del campanario abajo sería operación sencilla para ti si por ella se ofreciese hacerlo. Que ella es la sobrina de tu ama; que es la moza más bonica y el

mejor partido de todo Villembrines; que tú eres un bestión peor que los jumentos y las mulas: ¡pues la quieres, la quieres y la quieres! ¿Y se la darán al hijo del Alcalde? No hay más. Pero lo que es como ella te quisiera, ni el hijo del Alcalde, ni el hijo del Rey, ni el hijo de Dios se la llevaba. ¡Ay, Faquimo, Faquimo! ¡qué infelizote y qué bruto eres! ¡por fuerza tienes los demonios en el cuerpo! ¿Quién te mandó emborracharte ayer, para que ella te viera hacer barbaridades y te oyese decir disparates? ¿Cómo no ha de tenerte repugnancia y asco? Además eres un rústico, pobretón y bobo, y por añadidura todos te dicen hijo del moro Faquimo, porque ni padre ni madre conociste jamás. Nada, lo dicho, eres un bruto y vanidoso por añadidura; debías aporrearte contra la pared para quitar de tu cabeza loca este empeño que te va á vender y á hacer más despreciable y bajo á los ojos de todos. ¿Quién eres tú para compararte con ella? Si ella se parece á la Virgen de los Cardos y tú mereces menos cuidado que los cerdos de tu amo. Y no hay modo de quitármela de delante. Ahí mismamente me parece que la veo tan natural y hermosota como es. ¡Ay Manuela, Manuelilla, si tú supieras cuánto te quiere este Tomás, más que sea hijo del moro, y más que sea criado tuyo, y más que ayer le hayas visto hacer tantas borricadas!... Pues no hay más que chitito, Tomás, y que ni el cuello de tu camisa se entere de estas locuras ó no locuras; que lo que es quererla como yo, ni el Esteban con ser hijo del Alcalde, ni San Esteban, ni nadie; pero ¿qué quieres, si eres hijo del moro?...»

Con un suspiro terminó aquel discurso en que rebosaba todo el amargo despecho que Faquimo sentía.

Después nada dijo sino fué con el pensamiento, y siempre repitiendo lo ya dicho y afirmándose en aquella resolución de callar á todo trance aunque envene-

nara con todas las hieles de su despecho aquel amor tan puro que llevaba en el corazón.

Acabaron la siesta los que tranquila la tuvieron y las faenas comenzaron, que eran el laboreo y preparación de las tierras para los sembrados que debían hacerse en otoño. Á Faquimo le cupo en suerte otra mejor, pues como el tío Gaspar había prometido al señor cura unos albaricoques maduros, elegiditos, confió al mozo la comisión de llevarlos. Eligiéronlos primero, y puestos luego en un cesto, y el cesto sobre la cabeza de su conductor, partió éste con dirección al lugar.

Picaba el sol como en plena canícula, abrasaba la tierra como si echara fuego, y de pesada, la atmósfera parecía zumbar como enjambre de abejas mareante y enojoso; pero Faquimo no reparó en nada de esto, que aunque se sentía perezoso y comenzaba á sudar, sólo atendía á aquellas secretas mudanzas operadas en su espíritu, y no discurría ni reflexionaba, pues como si la pesadez del ambiente le obligara á suspender semejantes especulaciones, le era más gustoso saborear en silencio sus amarguras (y saborear decimos porque en medio de tanto apenamiento había íntima é inexplicable complacencia). Entregado á tan plácidas y suaves melancolías, ora le venía á la memoria el encuentro que con ella tuvo en el camino real, cuando los rapazuelos espantaron la rucia con la cometa, ora se representaba el feliz momento en que la ayudó en la Granjilla á montar, ora en fin recordaba los bailes en casa del señor Homobono; y todas estas imágenes le deleitaban y le hacían suspirar. Algunas veces veníale á los labios sin saber cómo alguna copleja, que cantaba al descuido, y no con las voces que solía, sino quedito y despacio: le encantaban más así.

Una copla decía:

«Tengo una pena conmigo
que á nadie se la diré:
en el fondo de mi pecho
su sepulcro labraré.»

Y también cantó la siguiente:

«¡Ay de mí qué triste estoy
y triste siempre estaré!
¡Yo nací para estar triste
y triste me moriré!»

Y esta otra:

«Quisiera verte y no verte,
quisiera hablarte y no hablarte,
quisiera no conocerte
para poder olvidarte.»

Y como si la última canción fuera conjuro de saludador ó evocación de bruja, al volver la cara hacia la orilla del río, según que subía por la carretera, toparon sus ojos ni más ni menos que con la gentil zagala objeto de tales poéticos entretenimientos. Y lo más curioso del caso es que, como en confirmación de la verdad tan grande que encerraba la copla, sucedió que el mozo vió y no quiso ver á la moza; la moza advirtió y no quiso mirar al mozo; ambos se hicieron los distraídos, y ambos deseaban con toda el alma verse y hablarse.

Y aunque nada de esto sucedió, Tomás no pudo menos de leer en su memoria cierto antiguo cantar que es como sigue:

«En el río la encontré
asentadita en la arena;
ella no me dijo nada;
yo le dije: abur, morena.»

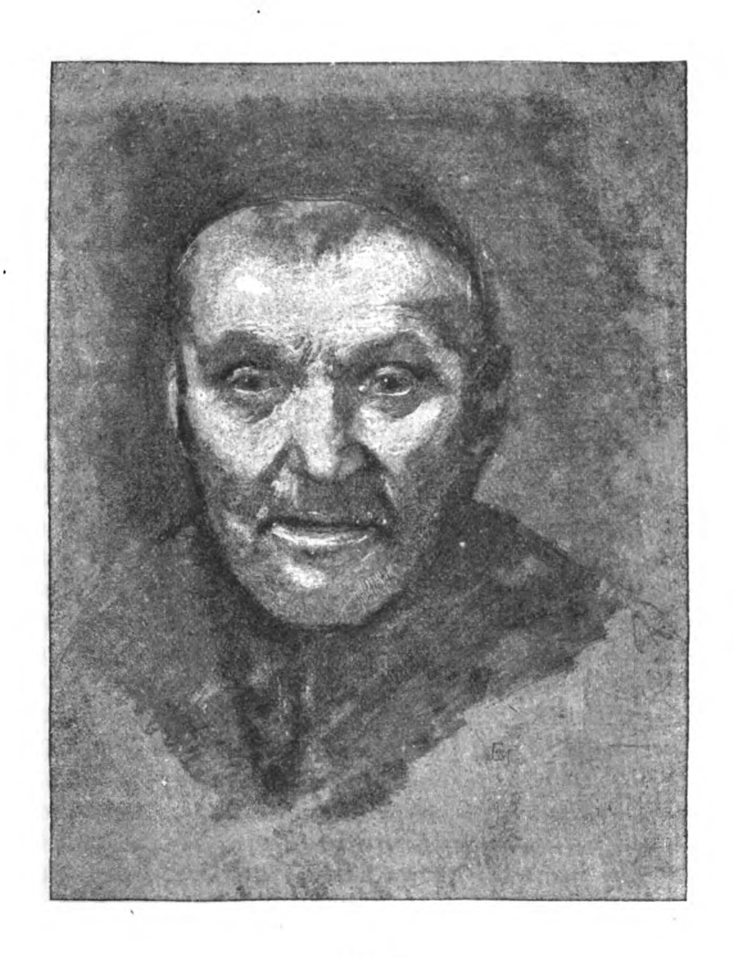
La copla interpretaba sus deseos de haberla dicho algo..... Mas, sin embargo, sus labios ni aun siquiera tararearon el cantar. Manuelilla iba sola, río abajo, llevando consigo la cabra, y mientras ésta pastaba, di-

vertíase ella cogiendo dónde una florecica, dónde otra, cuándo una yerba olorosa, cuándo otra y haciendo con ellas un ramo de cuyo olor gustaba á cada paso y en cuya vista se recreaba de continuo.

Faquimo vió todo esto, luego que estuvo distante una buena pieza y se hubo apaciguado la emoción de su pecho y pasádole la vergüenza horrible que el recuerdo de la última vez que había visto á la moza le produjera. Ánimos tuvo de detenerse, pero faltóle atrevimiento y se contentó con mirarla á hurtadillas.

¡Ay, si él hubiese podido averiguar cuyo era el linaje de pensamientos en que Manuelilla se preocupaba entonces!... Pero, precisamente Faquimo creía entender bien, entendiendo todo lo contrario, esto es, que ella no le había mirado porque le despreciaba y aborrecía, y quizá nunca volviera ya á mirarle ni atenderle... ¡Pobre Faquimo: en qué angustia y lastimoso desconsuelo subía hacia casa del cura!...





VIII

In fraganti

HABITABA el bueno de don Ezequiel una casa pequeña, de dos pisos, con balcón de madera sobre la puerta, y en el dintel de ésta, los sagrados nombres, abreviados, de Jesús, María y José; levantada, según las trazas, por los de setecientos y tantos, formando

ángulo con la fachada de la iglesia del lado de poniente.

Había en el piso principal de esta morada un aposento espacioso, de paredes blancas, elevada techumbre de vigas negras y piso de ladrillo: amueblábanle sillas y un sofá de cuero, de igual fecha, por lo menos, que la casa: litografías de un gusto artístico deplorable, encuadradas en marcos de caoba, adornaban las paredes con imágenes de santos y vírgenes milagrosas: cuatro rinconeras, ocupando sus sitios propios, servían de sostén, respectivamente, á un Niño Dios y un San José (ambos con trajes de tela, muy majos), un Cordero Pascual y una Virgen del Pilar, de plata, traída del propio Zaragoza, todas cuatro efigies pequeñas y puestas bajo fanales; y, por último, además de otros cuadritos con flores de mano y bordados (manufacturas de los conventos de monjas comarcanos), había un estupendo reloj. Y por cierto que, ese famoso inglés que gasta los tesoros de Creso comprando antigüedades ignoradas y preciosas en los pueblos y aldeas de España, quiso comprar el dicho reloj, ofreciendo hasta 3000 reales al mismísimo don Ezequiel, según contaba el ama, doña Cleofé, añadiendo, que ni éste quiso dárselo, ni el desatino de enagenarlo le pasó jamás por las mientes: tan estimable hacía á aquella torre que arrancaba del suelo y estaba adornada con paisajes, ya pálidos, y ornatos de talla, dorados, todo de gusto de Luís XV, haber pertenecido á las dos generaciones de Romeral, de las que por línea recta descendía el cura de Villembrines.

En esta habitación estaba de espera, junto á la puerta por donde entró, sin osar ni aun toser, el pobre Faquimo, con el cesto de albaricoques puesto en el suelo, junto á sí, y el sombrero en la mano, miroteando los cuadros, las esculturas sagradas y el celebérrimo reloj, cuyo grave resuello era el único ruido que en la

pieza se advertía; cuando una puerta, que para Faquimo era la del foro, se abrió, permitiendo deslizarse la oronda, respetable, modesta, cándida y simpática figura del amo de la casa, que traía sobre las ropas de seglar un balandrán con las mangas de reemplazo. Don Ezequiel frisaría en los cincuenta y ocho y el pico, andaba despacio, y su rostro todo era bondad y dulzura, pues por aquellos ojos pardos, pequeñuelos y vivos, por aquellos carrillos, siempre de tan buen color, y por aquellos labios, que no consentía se juntaran ni se fruncieran la más encantadora alegría, materialmente se le salía el alma á aquel bendito. Alma que era espejo de sencillez.

—Hola, caballerete, caballerete—dijo.—¿Á qué se me viene por aquí? A que yo le eche un buen sermón para enseñarle á usar de más compostura en casa de los amos, ¿no es verdad? ¿A que le diga que los enemigos del alma son cuatro: el mundo, el demonio, la carne, y aquello que tanto nos gusta y no nos debía de gustar? Pues si viene á eso su merced, sepa que yo no me ando con paños calientes, que al que no se enmienda le doy duro, duro, con el catecismo en la mollera, por atestada que la tenga; y que no soy amigo más que de los buenos, que no beben, ni se achispan, ni hacen locuras, ni dicen sandeces.

Faquimo no sabía si tomarlo por lo serio y ponerse en mayor vergüenza de en la que ya estaba, ó si dar al traste con ésta para reirse de la incomodidad de mentirijillas con que el señor cura le reñía. Tentado estaba en vista del final de la homilia por tomar el primer partido, cuando don Ezequiel continuó:

—Vamos, pues venga acá, hijo, venga descuidado, que ya sabe don Ezequiel que se le escurrió la mano á su señoría y que otra vez andará más parco, y tendrá más respeto y circunspección. Acérquese, vamos á ver esos albaricoques; pero dígame antes

cómo quedaron allá todos y qué novedades ocurren.

—Pues ninguna particular: todos para servir á usted—dijo el mozo, mientras obedeciendo las órdenes de don Ezequiel, le presentaba el cestón, donde la clerical mano tomaba á peso, acariciaba y comparaba con perita inteligencia.

—Todos son elegiditos, señor cura.

—Buena gente es, buena gente.

—Y de hueso dulce.

—Como á mí me gustan; ya lo sabe Gaspar. Bueno, pues deja ahí el cesto y dime ahora cómo está la huerta y los sembrados.

Faquimo estaba en tal estado de vergüenza y confusión, que no entendiendo la pregunta del cura, tosió por ver si desataba un nudo horrible que tenía en la garganta, y dijo casi á media voz:

—Pues... todos bien... bien todos.

—¿Cómo todos? Si te pregunto la hortaliza: que si está crecida.

—Ah!...

— Bé!...

—Pues... la cebada empezaremos á segarla pa el veinte.

—Otra, pero si no te pregunto por la cebada. ¿Es que todavía estás... pues. Pero no—añadió don Ezequiel, dándose una palmada en la frente—yo sé lo que te pasa... vamos, sí...; por eso tiemblas todo, y tienes los ojos tan mustios y medio llorosos, y estás tan pálido. (Faquimo se estremeció de piés á cabeza, creyendo sorprendido su secreto.) ¡Tonto de mí, que no he caído antes! Que te llevan á ser soldado; ya, vamos, al venir te lo habrá dicho Remigio, el alguacil, en el portal de don Lucas. Claro, si ya has cumplido los diez y nueve. No me acordaba.

Faquimo respiró viendo el cielo abierto, y aunque para él era esta noticia nueva poco agradable, dijo:

—Sí señor, eso tengo.

—Pues, hijo, ¿qué remedio tiene? ¡Ya ves, esa guerra! ¡Esa guerra que nunca se acaba! Azote de la España; azote de los hombres de bien; azote de casas y familias, de donde sacan á los hijos, á los muchachones, que si á mano viene, son el sostén de ellas, el consuelo de los padres y de los abuelos... ¡Y los sacan para llevarlos á pelear! ¡Válgame Dios! Pero tú, al cabo, no sales mal librado, pues aunque te llegue el número, que todo puede suceder, no dejas padres desconsolados, ni hogar empobrecido. Hijo, peor que tú estarán otros muchos; con que consuélate. El sorteo será hacia el 30, según me han dicho; pero Villembrines no da más de cuatro mozos. Y no creas, que también le toca á Estebanillo, el hijo de don Lucas.

—Es verdad...—dijo el mozo pensativo: y entristeciéndose visiblemente, añadió: —Pero... á ese... le librará su padre.

—Sí...—murmuró el sacerdote, como el que se atraganta con la contestación, que fué acompañada de una tos sin gana y ligera descomposición en las facciones del rostro.

Faquimo nada entendió.

—Pero no creas, que en el ejército—continuó el cura—se espabilan y hacen hombres muchos zanguangos que no saben ni el Cristus en el lugar.

En esto se escuchó una voz femenil que venía acercándose, y acabó por colarse en la pieza diciendo:

—Y á eso lo llamarán luego tener caridad. ¡Válgame Dios y las once mil vírgenes!

La dueña de la voz daba punto y daca á todas las Quintañonas habidas en los tiempos en que tal plaga era frecuente. Figúrensela mis lectores con ojos redondos, busconeros y disimulados, nariz picuda y encorvada, boca de repliegues, merced á los fallos de la dentadura, berruga con su mechoncito negro, por

bajo de la mejilla izquierda, y, para completar la ilusión, figúrense su casta y respetable mole (que de las siete arrobas no bajaba), vestida toda de negro, con pañuelo también negro en la cabeza, por esconderse (que no escondía) un escaso centenar de pelos de matices diversos, entre gris y blanco.

No exageramos, no; así era doña Cleofé, quien avanzando por el aposento, hecha un basilisco, exclamaba:

—Don Ezequiel, don Ezequiel, mire quién es el avaro y miserable señor Homobono.

—Pero, ¿qué es eso? Sosiégate, mujer—dijo el manso presbítero.

—Pero si clama á los cielos lo que están haciendo con esa criatura. Faquimo lo sabrá: oye, muchacho, cuando salías por junto al río, hallaste allí á Manuelilla con la cabra?

Á Faquimo se le puso el rostro arrebolado, y los ojos, de avergonzados, querían escondérsele; pero á duras penas contestó:

—Sí que la ví.

—¿De qué se pondrá éste tan colorado? Pues bien, admírese usted, señor, admírese; la señora Antonia regañó ayer con Ramón. Manda hoy al campo la cabra, y ¿á quién envía para apacentarla? Pues á esa inocente muchacha, á esa sobrina que es la mártir de semejante casa. ¡Vamos! ¿qué le parece á usted? ¿Teniendo criados, no hay uno para sacar la bestia más que Manuelilla? ¡Qué miserables! Tanto guardar, tanto guardar y tantas hipocresías, cuando podían hasta tener coche y cincuenta criados si se ofreciera. ¿No da enfado, tacañería como ésta? Apuesto á que la trifulca con Ramón ha sido un pretexto para no gastar en esa miseria tampoco. Pero ya lo sabe todo el pueblo, y todos hablan del señor Homobono las pestes que se merece. Anda, que cuando lo sepa mi señor don Lucas, el alcaldito, bueno se va á poner.

—Pero vamos á ver, Cleofé—dijo al cabo el señor cura—¿á ti qué te importa todo eso?

—Señor, pero está bien que á una muchachica tan buena, que parece un ángel, me la envíen...

—Bueno, bueno—interrumpió don Ezequiel—convenido que no está bien; pero ¿es ese bastante motivo para condenar lo que pasa en casa ajena, y llenar de improperios al prójimo?

—Señor, ¡qué quiere usted! estas cosas se le salen á una de los labios.

—Nada, lo del adagio: oir, ver y callar, recias cosas son de obrar. ¡Qué verdad tan grande!

—¡Válgame el cielo! ¡qué cosas se ven en estos tiempos!—rezaba para su sayo el ama del cura.—¡Que para esto la conserve á una Dios en el mundo!...

Mientras tal sermoneo tenía doña Cleofé, su amo procuró enterarse por Faquimo del estado de la Granjilla, lo que no consiguió más que á medias, pues el mozo no sabía lo que le pasaba.

—¿Con que se les ofrece á ustedes alguna cosa?—dijo éste cortando por fin.—Manden lo que tengan voluntad.

—Nada, Faquimo; pero aguarda. Cleofé, dale para... para un traguillo, no, muchacho, que yo me incomodo.

—Pero no me dé usted nada, señor cura!

—Toma... y no tengas tanta devoción al retinto—dijo doña Cleofé;—y le echó en la mano unos cuartejos.

Tomando el cesto vacío, Tomás partió, no sin dar las gracias y hacer saludos cien, atribulado cual no pensó estarlo jamás.

Su mismo rostro delataba su amor, amor que se avergonzaba de abrigar, viéndose huérfano, despreciado, y, últimamente, amenazado de la mayor desdicha que acontecerle pudiera: la quinta. Y al pensar

que Esteban se libraría de ella por dinero y él no, considerábase más bajo, mísero é indigno de pensar en Manuela.

Estuvo á informarse en casa del alcalde, y supo por Remigio, el alguacil, cómo era cierto cuanto oyera de labios del señor cura. Aún estaba en el portalón de don Lucas cuando éste apareció en lo alto de la escalera; y viéronle descender con tan mal gesto y tan orgulloso empaque como de costumbre, y aun peor si cabe, pues parecía como preocupado y triste. Remigio, que se las estaba dando de personaje, cambióse en mansísimo cordero y se descubrió hasta los pies y se cuadró, á un lado, dejando paso como para una carreta, no que para don Lucas. El pobre Faquimo le imitó, pero de tan buena fe, que parecía ratón asustadizo ante el felino enemigo, é inclinada la cabeza estuvo en reverencia hasta que su señoría acabó de bajar, y contestando unas «buenas tardes» muy secas, salió del portal hiriendo el suelo con el bastón de borlas.

Faquimo se despidió de Remigio, y tomó el camino de regreso.

Durante él, no faltó algún osado muchacho ó mozuela chancera que le recordara el mal suceso de la noche anterior, usando para ello de burlas y cuchufletas que no poco le corrieron y molestaron.

Según bajaba por la carretera, vió á la zagala sentada cara al río, y como en aquel campo que separaba el camino de la orilla hubiera frecuentes matorrales, vino á las mientes del mozo una invención que le pareció digna de ponerse en práctica. En efecto, agachándose, hasta quedar oculto por los dichos matorrales, fuése acercando muy lindamente de uno en otro hacia el lugar donde se encontraba la moza, y cuando estuvo de él como medio tiro de honda, estúvose quedo, mirando sin ser visto ni advertido por ella. Encontróla triste, sin color las mejillas, apagados los ojos,

laxo y como desmayado de su juvenil vigor, que tanto le hermoseaba, el cuerpo. ¿Qué tendría? No supo adivinarlo el mozo, ocurriéndosele solamente que, avergonzada sin duda del oficio á que la forzaban sus tíos, de aquí la pena y la tristeza; y tomando pie en esta idea, con toda el alma puesta en la gentil zagala de sus pensamientos, Faquimo hizo un discurso tan por lo callado y misterioso como los anteriores, en el cual, considerándola cual duquesa, reina ó emperadora, digna de palacios suntuosos y criados apuestos, y á él, como pobre, zafio y miserable campesino, sin pizca de seso, ni merecedor de gracias ni favores, vino á concluir por llamarse loco y orgulloso, jurando y perjurando quitarse la vida antes que descubrirle sus extraviados sentimientos. Afirmándose en esta resolución, hízole desde allí una como despedida que no acababa nunca, la admiró más que hasta entonces hermosa, y como revestida de un candor celestial ó algo superior á lo humano, que le llevó á compararla de nuevo con la Virgen de los Cardos que estaba en la iglesia, antojándosele que Manuela se parecía mucho á la efigie sagrada.

Cuando tan embelesado se hallaba en estas imaginaciones, sintió una voz que venía de no muy lejos y decía así:

—¡Ah picarón, Faquimo, te cogí *in fraganti!*

Describir el asombro, estupefacción, susto, despecho y vergüenza horrible que se pintaron en el rostro del sorprendido enamorado, cuando se puso en pie, cosa que hizo en un pestañear, fuera negocio imposible. Quedó mudo, mirando por un buen rato á quien tal le había dicho, que no era otro sino el bueno del señor cura, el cual, dibujando una sonrisa de paz y perdón, dijo al cabo:

—Casi te he venido siguiendo, te he visto esconderte y al punto he comprendido el pie de que su merced cojea.

Faquimo, pasado el primer estupor, bajó los ojos, procurando volverlos con disimulo hacia donde estaba Manuelilla, receloso de saber lo que sólo á medias consiguió, esto es, si también ella había descubierto lo que hacía poco juraba él no revelar á nadie.

En efecto, también oyó la muchacha la voz de don Ezequiel, aunque no pudo entender lo que dijo; pero sí entendió que habría sorprendido á Faquimo en alguna secreta ocupación.

Comprendiendo el cura cuánta era la tribulación del mozo, cortó por lo sano diciendo:

—Anda, anda, vé con Dios, que dentro de un par de días tengo que bajar á la Granjilla, y entonces, los dos solitos, hablaremos sobre el particular.

Faquimo se alejó, más avergonzado y confuso que nunca.





IX

Donde se cuenta la estupenda historia del Moro Faquimo, y la no menos maravillosa del que en el lugar llamaban su hijo.

Por poca estancia que haga en Villembrines un viajero, sea rústico ú hombre de letras, pobre ó hacendado, no deja de visitar la iglesia, cuya fama de antiguo y hermoso monumento pregonan allí hasta los chiquillos. No nos detendremos á poner en claro la verdad con que lleva la tal fama, que al cabo nunca hay nada estimado como mejor que lo propio; pero sí consignaremos que al curioso visitante se incrusta de grado ó por fuerza el entendido *cicerone,* agudo villembrinés y celebérrimo sacristán, Paquíloco, hombre de cuyo buen humor ya tenemos noticias. Este tal propina al neófito forastero un bautismo histórico-anecdótico-arqueológico, mostrándole los, según él, inapreciables tesoros que allí se encierran, de imágenes, reliquias, etc., con lo que consigue meterle muchas maravillas en la imaginación y sacarle del bolsillo no

pocos cuartos, y aun monedicas de plata, según la calidad del visitante ó la fuerza de su curiosidad.

Por supuesto que allí pasa lo que acontece de ordinario en sitios semejantes: se aprecia más como joya artística la Virgen de los Cardos, efigie del siglo XVII, hecha con muy poca gracia, que un cuadro que representa la Magdalena, debido según parecer de un amigo nuestro, al pincel del Greco; el cual lienzo tenían y quizás tengan aun colocado en el trascoro, pasadizo sucio y de escasísima luz. Y así en todo. Además, el inolvidable inglés pretendió arramblar con tamañas y nunca vistas preciosidades, cosa que no permitieron ni el cura ni el sacristán, y eso que por *el Greco*—á pesar de lo sucio que le tienen y de que para ellos no entra en el catálogo de los objetos preciosos, atribuyendo, por esta causa, á monomanía la proposición—ofreció hasta mil duritos.

Pero vamos al cuento: entre tantas cosas que admirar, como enseñan al visitante, ninguna tan famosa, sorprendente, desusada y extraña que cierto monigote, que representa un morazo, por circunstancia rara colocado bajo el coro, á los piés de la iglesia, dentro de una hornacina labrada en el muro en tiempos más modernos que la edificación de aquella fábrica. Figúrense mis lectores al moro, vestido con bragazas blancas, cerradas sobre el tobillo, botas de seda color de salmón con botones dorados, semi-chaleco con mangas, encarnado, con lentejuelas y galones dorados, faja de tul verde, y descomunal turbante blanco, adornado con tiras de azul terciopelo. Figúrensele con piernas rígidas en forma de compás, pecho jorobado, hombros erguidos, brazos también rígidos y cuello envarado de puro derecho. Figúrensele de rostro blanco, como buen cristiano, pero con barbazas de judío entrecanas, crespas pobladas y luengas (hechas de cerdas), boca descomunal dilatada por una risa espantable, con lo que

descubre dos filas de apretados y tremendos dientes, abultados y rojos de coraje, nariz hebrea por lo acaballada; y bajo los dos felpudos que tiene por cejas, dos ojancos más miedosos que el miedo, por lo redondo y desmesurado de las órbitas y lo inmóvil y penetrante de la mirada. Y figúrensele, por último, con un colosal alfanje en la derecha, amenazando exterminio.

En Villembrines son niños de teta el coco, el sereno y hasta el mismo Lucifer, al lado del Moro, terrible infanticida y cruel antropófago. Todas las abuelas guardan como supremo antídoto contra la terquería la horrible evocación de aquel asmodeo, puesto en la iglesia para tormento de los muchachos que en ella entran y también de los que se quedan fuera, por no verle, que no son pocos.

Y corre, como indubitable cosa, entre esta gente menuda, que, cuando se incomoda, echa fuego por boca y ojos, brama, tira coces y reparte mandobles con el alfanje y mojicones con la zurda que es un placer.

Se preguntarán mis lectores á qué viene encajar semejantes zarandajas, sin pizca de meollo, en mitad de esta relación, si pobre de puro sencilla, al cabo, de hechos reales y verdaderos, y aquí viene como anillo al dedo, según que dijo aquel ingenio inmortal, hacer transcripción fiel y entera del discurso que el bueno de Paquíloco escopetó al que esto escribe; discurso que escopeta á cuantos visitantes caen bajo su dominio y que siempre es, ha sido y será hasta que se muera el *cicerone* (aunque para entonces es de esperar que tenga digno continuador), tan el mismo, que no parece sino que en algún libro lee historia tan extraordinaria. Dice así la tal historia: «Había un moro, manchego por haber nacido en la Mancha, pero cafre por descendencia, el cual moro habitaba un castillo famoso enclavado en lo alto de un cerro que está á la derecha mano, según que bajamos por la carretera (y su merced habrá visto), cuyo cerro lleva el nombre de *Cerri-*

llo del Diablo. Cuentan que el castillo, que era á modo de torre, no tenía más de quince ventanas, y esto contando una que caía sobre la puerta; pero todas tan cerradas, por celosías verdes, que no parecía otra cosa sino mansión de brujas ó casa de duendes: nadie, ni pastores ni labriegos vieron jamás persona alguna asomada, aunque fuera tras de las celosías; conocían al moro de oídas. Pero andando el tiempo, alguno que otro dió en decir que le había visto á hora desusada, empinando la jeta por encima de las almenas, y estos tales, pintábanle ceñudo, miedoso, barbado de cerdas que no de cabellos y de igual catadura que aquí se le ve: y diz que miraba hacia al pueblo, y que aun cuando se oscurecía el cielo no se apartaba de detrás de las almenas. Era su objeto, según se supo más tarde, espiar la llegada de un caballero muy gallardo y noble, famoso por su valor en las cortes y reinos de entonces; que en guerra contra moros, fué don Roderico de Arlaza (así se llamaba) esforzado y grande, tanto casi como el Cid Campeador. Y el caballero iba al castillo á tales horas porque andaba enamorado de la hija del moro que era una hermosísima doncella, cuya voluntad tanto se conquistó, que hubo de convertirla á la religión de Cristo y enseñarla el catecismo, cosa que, según dicen, aprendió como un muchacho de la escuela. Los amantes se veían secretamente, entrando él por una puerta excusada donde le esperaba el único que estaba en el ajo: un mameluco ó eunuco que también era cristiano; y por supuesto que don Roderico, espejo de honestidad, no osó ni aun besar más que en las manos á la doncella. Entre tanto, el moro padre, espiaba en balde y luego que le dolían los piés de tanto estar á derechas, puesto en cólera, asía el mismo chafarote que ahí ve su merced y haciendo tomar al mameluco un hachón de viento, requisaba el castillo todo por muchas veces, jurando y perjurando, á pesar de las protestas del mameluco y de su hija, que alguien

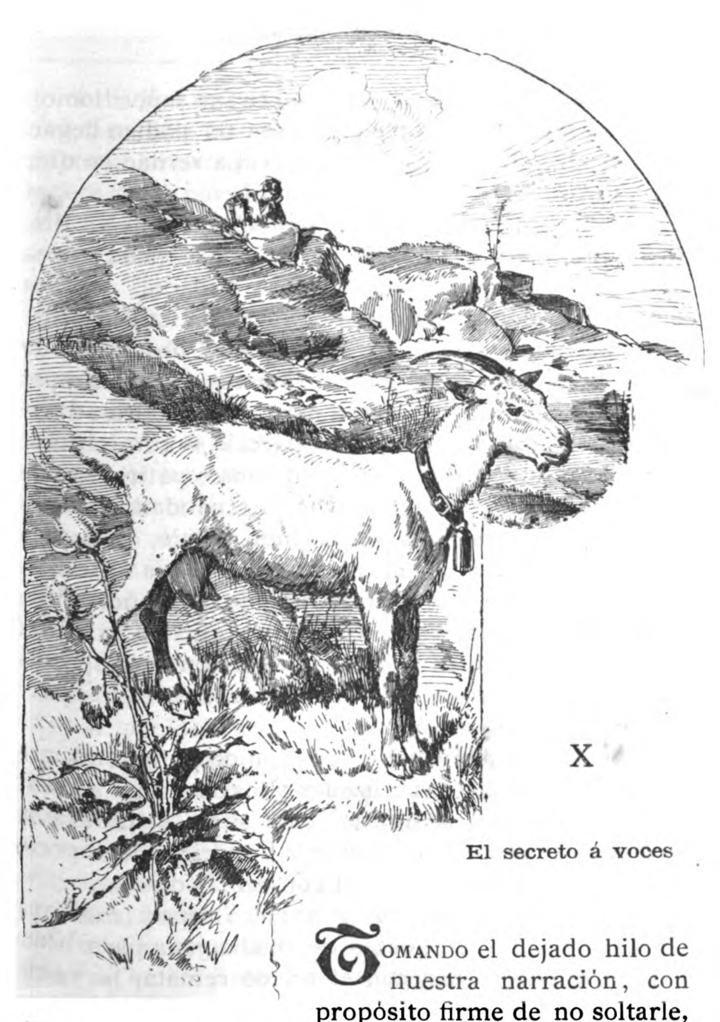
había en él y que como le hubiera le daría muerte, mientras el de Arlaza se ponía á buen recaudo. Y así fueron las cosas hasta que un día se le hincharon más pronto las narices al moro, y cátate que sorprendió á los enamorados en el momento de despedirse: don Roderico huyó antes de ser conocido del airado padre, no por miedo de que le conociera el caballero, sino por no comprometer al rey á quien servía. Entretanto el moro, asiendo á su hija por el pescuezo, intimóla que le confesara lo que aquello era, pues si no la mataría. La muchacha, comprendiendo que el muy gaznápiro era capaz de hacerlo como lo decía, confesó todo, y fué tal la furia del empecatado morazo al saber que era cristiana, que descargándola un tajo sobre el pescuezo, le separó la cabeza del tronco; y él echando cóleras por la boca y llamas por los ojos, se disponía á hacerse la misma operación cuando dicen que vió venir fuego del cielo con lo que al punto se incendió el castillo, y él y el cadáver de su hija, destruyéndose todo por la posta. El caballero, que vió el incendio del castillo, volvió allí y encontró al moro que todo desesperado le pedía bautismo diciendo que aquel fuego era castigo que el Dios verdadero le enviaba por haber asesinado á una cristiana, y que así, cristiano quería ser él. Pero murió abrasado sin que lo pudiera evitar el caballero con sus esfuerzos. Don Roderico dispuso entonces que aquí se colocara esta efigie del moro Faquimo (que este fué su nombre); y mandólo poner á los piés de la iglesia, porque este es el sitio de los catecúmenos que no han recibido el bautismo, lo cual decía él que serviría de ejemplo, escarmiento y aliciente para convertirse á cuantos judíos, moros, paganos, indios ó mamelucos vinieran por esta tierra, y surte tan buen efecto que casi no pasan dos años sin que se encuentre á los pies del moro, sin que se sepa de dónde vino, ni de dónde no, alguna criaturica, aun sin bautizar; y á los que de tal suerte son hallados, los dicen

en el pueblo, Faquimos, es decir, hijos del Moro.»

Ya habrán caído en la cuenta los lectores, de que el Moro Faqüimo desempeñaba el papel de trapantojo de deslices amatorios, y que todos los *malos frutos de la tierra* se los atribuían como hijos pegadizos, descendencia ya muy larga en la época á que nos referimos; aunque incluso Paquíloco, todo Villembrines estaba hasta el cabo de la calle de que el tal padrazgo era postizo. Bajo tal supuesto sépase sin asombro que cierto día hallaron un niño de pocas horas de nacido que recogió y crió el cura con mucho celo y cuidado, bautizándole con el nombre de Tomás Lupercio (porque en el día de este santo se le halló), y que el muchacho creció en edad á la par que en la costumbre y ejercicio de las faenas agrícolas. Á la edad de diez años se lo llevó tomándolo bajo su cuenta y protección el honrado señor Gaspar, y el niño se hizo mozo, siempre querido y protegido de los amos de la Granjilla.

Tal es la historia de Faquimo y de su padre el Moro.





X

El secreto á voces

Tomando el dejado hilo de nuestra narración, con propósito firme de no soltarle, diremos, que así como supo la señora Victoria, por boca de Faquimo, cómo su pobre sobrina estaba en el prado haciendo oficio de pastora, sujeta á los rigores del sol y las penalidades y sonrojos de un oficio que no la pertenecía, tomó una fuerte incomodidad rompiendo en denuestos y reconvenciones contra su

hermana, y más todavía contra el tirano señor Homobono, aunque semejantes discursos no podían llegar á oídos de éste ni á los de aquella. La verdad es que tenía razón.

El flemático señor Gaspar también manifestó disgusto, aunque á su modo, mostrándose más compasivo con la chica que enojado con su cuñado.

Al día siguiente, después de la siesta, Victoria ordenó á Faquimo que saliera al camino y observara de lejos, si también Manuelilla había venido al campo, encargándole mucho cuidado para que no fuera advertido de ella. Buena y mala le pareció la comisión al mozo por motivos que no necesitamos repetir, de manera que la cumplió con mayor puntualidad y sigilo que pudo pensarse su ama. Cuando volvió, dijo, que la moza allí estaba con la cabra, como el día anterior, cosa que causó nuevo y mayor enfado á la señora Victoria, pues sacaba en consecuencia que las hablillas del pueblo no habían hecho mella en Homobono, y así no se podía esperar sino que de entonces para lo sucesivo sucediera lo mismo.

El señor Gaspar estaba escuchando estos razonamientos con las manos cruzadas y los ojos muy afincados en la arena de la huerta, cual si allí estuviera la solución del problema, cuando la Victoria se le acercó, y dándole una palmada en el hombro, le dijo:

—Oye, mira lo que vas á hacer, Gaspar: mañana tienes que subir al pueblo de madrugada para alargarte á Villatorreznos con el fin de rematar la venta del espárrago, ¿no es así? Pues bien, al dil, entras en casa de Antonia y dices: que como en cuanto venga el Esteban la chica ya no podrá venir más por acá, que me he empeñado yo en tenerla á mi lado más que sea por cuatro días; que la pongan lista, pues que tú la recogerás al venirte. Y lo haces así, con lo cual evitaremos ese suplicio en que me la tienen. ¡Pobrecica

mía! ¡Si levantara su madre los ojos y la viera como una rapazuela cualqüiera!...

Gaspar objetó que semejante pretensión podría no ser aceptada por Homobono y dar lugar á un altercado que ellos debían evitar; pero Victoria hizo punto redondo en la cuestión, repitiendo lo dicho con mayor energía.

Faquimo, que oyó todo esto, le pareció que el cielo y la tierra se juntaban ó sucedía otra perturbación análoga en el orden de las cosas, pues no recordó haberse hallado jamás en parecido embroque como el que le aguardaba con la venida de Manuelilla. ¿Cómo, teniéndola en casa, á todas horas delante, como quien dice, evitar la contemplación y éxtasis de los ojos, y el sonrojo si por ella eran advertidas tales miradas? ¡Qué angustias iba á pasar y qué cruda guerra á empeñar con su loco y extraviado corazón! Pero nada, no había remedio. Por otro lado temía la visita del cura; pero aquella tarde no vino, felizmente.

Apenas clareaba el día siguiente cuando el señor Gaspar se partió hacia el pueblo, con lo cual ya pueden figurarse mis lectores lo triste que se le pondría á Faquimo el rostro y el alma y qué linaje de reflexiones le servirían de alivio de penas, igual por la mañana, que durante la siesta, que por la tarde. Sobre las seis, los ladridos de Mahoma anunciaron el suspirado y temido arribo de la princesa del lugar. Casi, casi, dando al traste con todos los reparos y consideraciones, se ponía alborozado Faquimo, cuando vino á aguarle la fiesta la figura de don Ezequiel, quien despojado de hábitos, pero vestido de negro de los pies á la cabeza, venía caballero en un macho, al opuesto lado de Manuelilla que el tío Gaspar. Ella y su tío caminaban sobre jumentos.

Pusieron fin á la caminata y se apearon, recibiendo cien saludos y agasajos de la Victoria; Faquimo no se

atrevió á saludar á Manuelilla ni al cura, y tuvo como feliz suceso que todos se entraran en la casa, quedándose él para llevar á la cuadra los jumentos, dejando antes amarrada á una reja la caballería de don Ezequiel. Hecho esto, parecióle prudente, para evitar el temido sermón, irse con los otros mozos de labor que continuaban preparando las tierras para los sembrados de la segunda cosecha. Tomó una laya de tres dientes, y con actividad asombrosa comenzó de muy buena fe á remover la tierra y á cantar, con todos sus pulmones, coplas disparatadas como la presente:

«Yo he visto á un pavo segar,
á un gallo coger espigas,
y á una gallina trillar.
No lo creas que es mentira.»

Con esto movió á risa y buen humor á todos los presentes, sin que él se explicara por qué en tales circunstancias le venían deseos de bullanga.

—Chico—le dijo un mozo—¿cómo ayer estabas tristón, que no quisiste probar bocado de la cena, y ahora cantas como un descosido?

—Á la cuenta—añadió otro—la novia le habría hecho guiños con el izquierdo, y hoy se habrán arreglado otra vez.

Faquimo, sin hacer caso, siguió cantando con mayores gritos; pero con enojosos recelillos de que andándose los mozos en semejantes suposiciones, viniesen á caer en la cuenta de su malhadado amor.

En esto sintió que le llamaban desde lejos: volvióse y ¡horror! la figura de don Ezequiel se destacaba cual miedoso y colosal aguilucho, haciéndole señas de que se acercase. No tuvo otro remedio que hacerlo así; pero con tan pícaro temblor en todo el cuerpo y tal congoja en el espíritu, que en ninguna de ambas cosas cabía disimulación.

El cura tomó pacíficamente por una senda que apartaba de la casa y de los labradores, y con aquel hablar reposado que le era propio dijo así:

—Vamos á ver, buen Tomás. No todos los males nos los envía Dios, que también el diablo, por meterse donde nadie le llama, echa su cuarto á espadas trastornando á los hijos de Adán, lo cual consiente el Señor para escarmiento nuestro; á diferencia de otros males que Él nos envía para ejercitar nuestra virtud y nuestra paciencia: como las enfermedades, pongo por caso. Bien: tú eres de natural rústico, pero no eres tonto ni soberbio, y amén de algún puntillo negro que tenemos, eres bueno; pero hijo, el pícaro Pateta te atrapó de lo firme. Y como yo tengo tan buena vista, ¿estamos? como yo *guipo* siempre lo que se ve y lo que no se ve... pues: don Ezequiel no tuvo otro remedio sino verlo. Advertí que estabas muy contento la noche de San Antonio, y me chocó que te emborracharas, tú que jamás traspasaste la medida del mosto; bien que la pusieras ras con ras muchas veces; y luego tantas turbaciones y tristezas me alarmaron, hasta que la casualidad hizo que te sorprendiera *in fraganti*. Pero ahora vamos á cuentas. ¿Por qué te escondías entre las matas? ¿Qué pretendías?

Faquimo no contestó.

Don Ezequiel se detuvo á la sombra de un peral, miró por mucho rato al mozo, que estaba cabizbajo y confuso, y al cabo de esta pausa continuó:

—Vamos á cuentas; porque conmigo no valen engaños, muchacho. Satanás te dijo al oído, la noche de marras, muchas cosas malas, ¿verdad? Y lúego, durante todo el día siguiente... tú diste mil vueltas en la cabeza al empecatado plan, y después... como la hallaste sola, en el campo... las matas eran crecidas... Eh? Vamos, confiesa.

Al pobre Faquimo un sudor se le venía y otro se le

iba, golpeábale el corazón como mazo sobre yunque, temblaba como azogado, y cual si fuera sordo-mudo de nacimiento, no osó despegar los labios durante la larga pausa que siguió á las palabras de don Ezequiel.

—¡Ah, empecatada criatura!—continuó éste.—¿Con que callas? ¿con que es verdad? ¡Vestiglo! ¿Y no sabes que aquello que mienta el sexto mandamiento es la mayor y más horrible ofensa que cabe hacer á Dios y á su Santísima Madre? ¿y que no admite parvedad de materia?

Este discurso fué para el mozo rayo de luz y chispa eléctrica al mismo tiempo, pues haciendo un enérgico ademán dijo:

—Padre, juro por ésta—é hizo la señal de la cruz con la mano derecha,—y Dios que me escucha bien sabe que digo verdad, que la miro con un respeto y un... vamos, que mismamente se me figura, cuando está delante, que es la Virgencica de los Cardos. Y aunque la quiero mucho, mucho... vamos, señor cura: le juro á usted que no tuve nunca esos pensamientos.

Pueden figurarse los lectores la estupefacción del buen cura al oir lo que decía el ingenuo penitente. Pasó un rato en que sólo chistaron las moscas, y, por último, el acusador tomó nuevamente la palabra:

—¿De manera que no es aquel demonio grosero y monstruoso el que nos ha picado, sino ese otro travieso y parlero que dice floreos y habla de amores? Pero hijo... Faquimo... tú, que siempre fuiste humilde, pones los ojos en la sobrina de tu amo? ¿No ves que esto es un orgullo sin disculpa? ¿Le has dicho algo?

—No señor, nada.

—Pero cuando estás delante de ella, ¿están esos ojos quedos?

—Sí, señor.

—¿No se escurren con disimulo? Vamos...

—Un poco, pero...

—¿Qué pero?

—Que yo procuro de que no me vea; por eso me escondía entre las matas. No crea usted, que aunque tengo tan pocas luces, ya veo yo que no me está á mí bien el quererla; y cuando platico yo solo, conmigo mismo, ¿entiende usted? me digo muchas perrerías y me doy muchos regaños; pero nada, nada basta: ahora me aflijo y avergüenzo y luego me estoy embobado como una criatura, con que si es bonica y tiene los ojos garzos. Pero no tenga usted cuidado, pues he dicho que no ha de saber ella ni esto, y no lo sabrá.

El lector comprenderá el ademán que acompañó á esta frase, marcando aquel *esto* tan pequeño como un canto de uña.

—Te encuentro más razonable de lo que pensaba—repuso el cura;—pero es menester que todavia entiendas más claramente lo inferior que tú eres al lado de ella y de todos los suyos, para que apartes de tu imaginación todas esas fábulas y sueños; que eso, no es más que aire, aire, Faquimo, aire. Al diablo le dió por soplar, y ahora, quien debe soplar eres tú, tú, ¿me entiendes? Debes soplar para que se alejen esas nubes de tempestad. Es preciso que la olvides y te acostumbres á mirarla con respeto y compostura: como si la estuvieras pidiendo perdón de tus locuras.

—¿Pero cómo voy á hacer eso?

—Pues haciendo un poder.

—Padre, pero si cierro los ojos cuando estoy solo para no verla (que mismamente parece estar delante de mí en carne y hueso), y la veo; y tomo una laya y me pongo al trabajo, y allí me la encuentro; y hasta en el jarro cuando voy á echar un trago, y entre la paja en el pajar, y á donde quiera que vaya me parece verla? Cuanto más me empeño en no verla, más claramente está su retrato plantificado delante de mis ojos. ¿Cómo quiere usted que la olvide?

—¡Ah, miserable que estás trastornado por Belcebú! Si tú entendieras latines y yo tuviera mejor memoria para acordarme de lo que dicen aquellos Santos Padres de la Iglesia sobre el amor mundano, ¡qué de cosas te diría, tan á propósito, para que vieras el daño que te haces con esas locuras! Pero no importa que no me acuerde, pues tal vez tu corto magín no podría entender razones tan altas. Vamos á ver: ven aquí, mentecato, y dime si puedes ver á nadie que no esté delante y más con los ojos cerrados; y si porque nos acordemos de una persona puede nacer en medio de la tierra como un pepino ó una calabaza; y si nadie puede hallar dentro del jarro á sus conocidos; y dime, por último, si no es una manifiesta sandez figurarte que la encuentras en el pajar; sitio por demás bajo, para admitir su presencia. ¿Ves cómo todo esto son mentiras de la pícara imaginación? Lo que decía Jesucristo: Hay hombres que tienen ojos y no ven, que tienen oídos y no oyen: esto te pasa á ti.

—No, si no es eso: quise decir que la tengo siempre en la memoria, y por eso me parece que la tengo delante á todas horas. Pero, bueno; diga usted: ¿es pecado que yo la quiera porque es sobrina de mi ama?

El cura se quedó muy perplejo, pues los argumentos con que él abultaba la cuestión á los ojos de Faquimo para desterrar el fatal cariño, venían al suelo con tan inesperada pregunta, y al cabo de un rato contestó en estos términos:

—Mira, muchacho; si tus amos lo supieran, ¿qué piensas que te harían?

—Reñirme y tal vez echarme de su casa.

—Pues he aquí la cuestión: tú ofendes á tus amos y aun á la muchacha; de manera que ofendes á Dios, porque los amos son Dios en la tierra; y más para ti que no tienes padres. Con que, olvídala, y no seas loco.

—Bueno, pues yo procuraré olvidarla, como usted me dice—repuso con la cara muy triste.

—Mira: el Señor nos manda las desgracias cuando las merecemos ó cuando nos hacen falta, porque nos traen algún bien: ahí tienes tú, la quinta, para ti es un bien, pues como tiene que tocarte por fuerza, te vas y santas pascuas; la ausencia es medicina infalible para tu enfermedad. No había caído yo antes en esto. Nada, nada, la quinta te cura, en poco tiempo, radicalmente.

Con estas palabras terminaron los razonamientos de don Ezequiel y Tomás. Luego volvió éste con los labradores, y tomando su laya y la faena en el punto que la dejó, púsose á meditar silencioso y visiblemente entristecido.

—¿Qué sermón le habrá echado á éste el padre cura —dijo uno de los mozos—que está como si le hubieran *dao* cañazo?

—Chico—le preguntó otro—¿te ha puesto pena de excomunión, ó cómo vienes con esa cara de achicorias?

—¿Y qué le importa á *naidie* lo que me ha dicho?—exclamó Faquimo con súbito enojo.

—Vamos, muchacho, canta y no hagas caso—dijo uno más pacífico.

—¡Hola, hola, cómo se altera su merced!—repuso un burlón.

—¡Está el horno *pa* bollos!—añadió con sorna otro.

Excusamos continuar apuntando las réplicas y contrarréplicas que se cruzaron entre Faquimo y los mozos; además, nos lo vedarían algunos términos que, por demasiado castizos, no se hallan en el Diccionario, con los que aquellos buenos hablistas salpimentaron el altercado. Tuvo fin éste con la determinación mejor que pudo tomar el mozo, cual fué la de dejar en paz el campo y sus faenas y venirse á la casa.

Al poco regresaron también los labradores.

Faquimo andábase por la cuadra, de intento para no rozarse con ellos, pensando mil dislates sobre su desesperada suerte. Al cabo se echó á la espalda, como suele decirse, todos los consejos y amonestaciones del cura, y vino á dar en un pensamiento, que era como fin fatal y verdadero del negocio; el cual pensamiento tenía explicación muy del gusto de Tomás en el siguiente cantar, que soltó con todos sus pulmones, como si de este modo diera más valor á su pensamiento:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera,
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera.»

Escucháronle los mozos, lo cual dió por resultado provocar nuevas risas y burlas.

—¿Te ha dicho el cura que la olvides?

—Pues te enmiendas á pesar de la excomunión.

—¿Lo dices tan alto para que lo escuche ella?

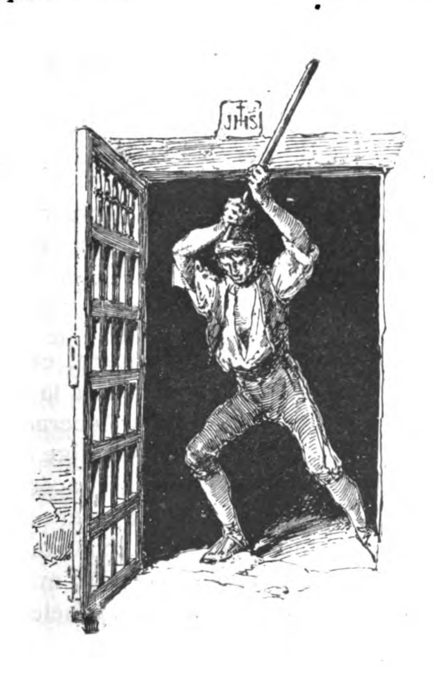
Tales bromas vinieron á parar en veras muy formales, pues Faquimo, corrido y quemado, tomó una tranca y salió con ella de la cuadra dirigiendo denuestos y amenazas; pero le contuvieron, y luego el señor Gaspar, con media docena de tacos y otra media de razones templadas, puso en orden y paz á todos.

Para colmo y remate de desgracias, cuando acabada la pendencia con los mozos entraba Tomás todo contristado por el zaguán, se topó de manos á boca con Manuelilla, y sin chistar la miró por un buen rato como queriendo decirla el pensamiento del cantar, como desafiándola, con empeño de que le entendiera con toda su alma.

Ella le entendió de sobra y se puso encendida como una amapola.

Y aquella noche, antes de dormirse, el mozo no pudo menos de considerar, lleno de despecho y de angustia, que su amor empezaba á ser el *secreto á voces;* mas como todo esto era fantasmagórico, pues bajo el prisma del amor veía la cuestión en peores términos que los naturales, plantósele en el magín el empeño de que no era sólo don Ezequiel quien sabía de pe á pa sus desdichas, sino que también los mozos lo habían adivinado, y por lo tanto, al otro día, á más tardar, todo el pueblo estaría enterado.

Además, á Manuelilla se lo había dicho él mismo con aquel estúpido modo de mirarla. La conclusión de semejante soliloquio fué, que él era un torpe, que estaba descubierto y perdido, y que sólo Dios sabría el final de aquel belén.





XI

De mal á peor

Así como en tiempo de primavera, en medio de un día claro se le arruga el ceño á la faz del cielo, y luego dora la tierra con un inesperado destello de su ojo de cíclope, y más tarde se aflige en circunstancia intempestiva, concluyendo por hacer pucheros, y torna á sonreirse después, para caer en horrible desesperación á la media hora, y echar tacos y apedrear los campos, como si las honradas mieses tuviesen la culpa de tan locas mudanzas y crueles melancolías; igual Faquimo, en aquellos días que sufría el

suplicio de Tántalo, pasaba de apacible bienestar á angustioso llanto, de alegrías extremadas á insufrible malhumor, de tristes, pero tranquilos razonamientos, á violenta desesperación y tremendas intenciones de pegar con todo y destruir todo.

Vivía inquieto, no comía, andaba ojeroso, siendo lo peor, que no cerraba los párpados en toda la noche, y si, por casualidad, le rendían el sueño ó la fatiga, era tan intranquilo y singular su sueño, que aporreaba á cualquier mozo de sus vecinos en el camastro ó despertaba de súbito pegando gritos desaforados, con lo que ponía á todos, mal de su grado, en sobresalto, robándoles el sosiego. Fué menester ponerlo á dormir solito en el pajar, cosa de que él se alegró mucho, pues la principal causa de sus desvaríos nocturnos era que, en durmiéndose, platicaba recio, lo cual sospechó él que había concluído de delatarle á los mozos, quien le embromaron con esto, aunque nada sabían.

El señor Gaspar decía que estaba aojado, empeñándose todos los días en llamar al saludador ó darle unas hierbas medicinales; mas Faquimo porfiaba que no estaba enfermo, atribuyendo todos sus males al mal suceso de la quinta.

Á todo esto él había hecho propósito firme de no abrir la puerta á su pasión, tratando de apagar el fuego á la chita callando. Cada media hora se convencía de nuevo, con repetidos discursos (como si no lo estuviera ya), de lo conveniente que este proceder le era, y tomando valor, creíase más fuerte, que Sansón; pero si la mala suerte le ponía delante á la muchacha, entonces quedaba perplejo y más débil que una oveja, pugnando por mirar á hurtadillas y disimular, cosa esta última que, según su creencia, en fuerza de la costumbre, vino á ejecutar á las mil maravillas.

Ella, como estaba atormentada por idéntica enfermedad y por esa penetración propia de su sexo, había

entendido muy á las claras cuya era la causa de los desvaríos nocturnos y melancolías diurnas del desdichado Tomás, y tan bien como él comprendía lo fatal que podía serles que se descubriera su mutua pasión, mostrábase en presencia de él con mal ceño, esquiva y disgustada. Esto sirvió para que Faquimo se convenciera más y más de que, lejos de mirarle bien, le aborrecía.

La vida de aquella casa era la de siempre: en pie al rayar el alba; durante la mañana tía y sobrina á cuidar el palomar, el gallinero y hacer la limpieza de la casa; á mediodía la comida, la siesta de una á tres, luego á hacer labor al ladito del abuelo que contaba mientras tanto cuentos, consejas y sucesos pasados, y así hasta la caída de la tarde en que tomando el fresco en el jardinillo que estaba delante de la casa, se charlaba con el tío Gaspar sobre las faenas y asuntos del día, que lo eran muy interesantes la cojera de alguna caballería, la enfermedad de Faqüimo, las últimas nuevas del pueblo, cómo se presentaba la cosecha ú otras zarandajas de menor interés; y concluída la cena, que era á las ocho corriditas, al nido cada cual como las gallinas. Tal era la vida patriarcal, llena de aquel rústico encanto de la famosa *edad de oro*, de que nos habla Cervantes por boca de Don Quijote, que en la Granjilla se hacía.

Yéndose el tiempo en éstas y las otras, pasados siete días desde la fiesta de San Antonio, el octavo, que estaba caluroso y pesado, no pudiendo Manuelilla dormir la siesta, se salió á una pieza contigua, y en cuya ventana, una gruesa cortina, velando la luz, mantenía el recinto en dulce sombra. Mucho gustó de esto la muchacha; además, el rumor de algún que otro pajarillo, el piafar de alguna caballería en la cuadra, que justamente allí debajo caía, el arrullo ó cercano vuelo de cualquier paloma y ese sonido indefinible de la

atmósfera en un día caluroso en que no se mueve un pelo, hacía tan apacible y encantadora la estancia, que Manuelilla se acomodó en un sofá de paja, no sabía bien si con deseo de dar expansión al llanto ó á la ilusión. El amor tiene estas crisis indefinibles. Mucho fué y volvió por senderos parecidos á los que con tanta frecuencia recorría Faquimo; y cuando así discurría hízola abrir los ojos, que para más atender á sus pensamientos tenía cerrados, el quedo susurro de una voz que cantaba fuera. Levantóse, fué callandito hacia la ventana, y antes de asomarse, pudo entender la canción que era así:

Tengo una pena en el alma
que no ceso de llorar;
sólo me sirve de alivio
el continuo suspirar.

La copla no podía engañarla: con mucho cuidado separó un poquito la estera, y casi debajo de la ventana, junto á la puerta de la cuadra, estaba el pobre, tendido á la larga, con la cabeza recostada sobre su brazo derecho que hacía oficio de almohada.

«¡Pobre Tomás—pensó ella—no tiene otro consuelo que inventar coplas!»

En efecto, Faquimo estaba ejercitando su ingenio en traducir á versos sus sentimientos.

Estuvieron un buen rato, Manuelilla sin respirar ni moverse, mirando al mozo por el hueco que formaba la cortina, y Faquimo murmurando sus canciones, creyéndose tan solo, cual si en un cuarto cerrado se hallara. Luego dejó de cantar y estuvo algún espacio sin moverse, entregado, sin duda, á sus acostumbrados quebraderos de cabeza; al cabo de los cuales, dando un gran suspiro, tomó el hilo de sus musicales pasatiempos con la siguiente:

«Mañana por la mañana,
antes de que salga el sol,
en el quicio de tu puerta
dejaré mi corazón.»

Cansado de la postura, se esperezó, poniéndose boca arriba, y la mala suerte le hizo advertir rumor como de roce de vestidos en la ventana y ligero movimiento en la cortina, lo cual le sorprendió. En esto oyó á la señora Victoria preguntar á la sobrina cómo no estaba echando la siesta, y contestar ésta que por causa de la *mucha calor* se había desvelado; y volver á preguntar la tía que quién cantaba hacía poco, y contestar la chica que Faquimo.

Entonces se asomó Victoria, y le dijo:

—Pero, hombre, yo no te entiendo á ti; por las noches pegas coces y mojicones, como si tuvieras el demonio en el cuerpo, y á lo mejor te da por echar coplas.

—¿Y qué quiere usted? Cuando uno está dormido, está como en otro mundo, y claro, hace uno disparates. ¿Qué le tengo yo de hacer á eso? En denantes cantaba porque... porque á la fuerza tiene uno de buscar *distraición*... Como no he podido dormir...

—Pues á la fuerza nos has hecho á todos mal de ojo, porque ésta dice que se ha desvelado y yo tampoco pude echar mi siesta enterita. Ello es que algo te sucede á ti, que no quieres decir.

—No haga usted caso, señora—dijo un mozo que en aquel momento salía de la cuadra—si éste lo que tiene es que anda enamorado. ¿No le oye usted cantar que si no pueden quererle, y que más que le digan que la olvide no la puede olvidar?

—¡Boca de Judas!—exclamó Faquimo.—¿Quién te pregunta cuántos años tienes, ni qué sabes tú de lo que me pasa? ¿No he dicho yo que es que no quiero dil á servir al rey?

—Ea! ¿Ya empezamos, muchachos?

—Pero, señora, si es tan verdad como el sol! Pues si decía la otra noche: nada, señor cura, que es tan bonica como la Virgen de los Cardos.

—Otra. ¿Pero callarás, maldito bocaza?—gritó el ofendido, levantándose de mal talante.

—Quien sus vá á hacer callar á los dos, voy á ser yo. ¡*Jinojo* con los muchachos éstos! ¡Si parecen gallos en riña!

Quien así decía, era el señor Gaspar, desde la ventana más próxima á la que ocupaban su mujer y su sobrina.

Ésta, que por disimular mejor, venía riéndose de toda la cuestión, lo hizo entonces á carcajadas por el último dicho del tío; lo cual visto por Faquimo, á la par que la incomodidad de los amos y las burlas del mozo, se desesperó tanto que, rompiendo en tremenda tempestad de palabras mal sonantes, dejóse caer otra vez en el suelo, exclamando:

—¡Todos pegan conmigo en lugar de darme consuelo! Pero ya verán cómo el mejor día me echo una soga al cuello, y se concluyó. ¡Y todo porque soy hijo del moro, y vuelta con el moro!...

—Calla, borrego, y no desbarres—dijo la Victoria.

—Pero, ¿á que le importunáis vosotras?—repuso el señor Gaspar.—Si sus lo tengo dicho: al loco y al aire darle calle; dejarle en paz y no gastar bromas con él. Vamos, vète de ahí, Anselmo.

Con esto todos se fueron, y Faquimo pudo al cabo entrarse á la cuadra, donde despechado lloró á sus anchas, consolándose con sus propias penas, que otro pañuelo de lágrimas no tenía. ¡Habíase reído de sus desdichas Manuelilla!... Este pensamiento era como un puñal que tuviera clavado en medio del corazón.

Entre tanto, en la pieza baja donde pasaban la tarde el abuelito, Victoria y la muchacha, estaban los tres: aquél en su sillón con las manos cruzadas y el rostro

tranquilo como su alma; la tía hilando; la sobrina cosiendo unos pañolitos. De pronto dijo Victoria:

—Chica; pero ¿cómo has traído tantos pañuelos para hacer dobladillos?

—Pues una docena que tenía guardados en un cofre la tía Antonia.

—Eso es: quiere que no malgastes el tiempo mientras estás fuera de casa. Ya entiendo yo á mi hermanita, ya; y ya sé también por qué no consentía en dejarte venir: su intención era que hicieras allí, á su lado, la ropa de boda. Pues esos pañuelos, ¿dices tú que los tenías en un cofre?

—Sí señora, muy guardaditos con unas sábanas y unos refajos.

—¿A ver? Déjame ver los pañuelos.

Y después de examinarlos, exclamó:

—Tate, tate, pero si son los que la regaló doña Angustias (Dios la haiga perdonado) á mi hermana cuando se casó. ¡Válgame el Señor, y qué miserable que es Homobono! todo por no gastar en nueva ropa! Claro, aunque no se han usado, está la tela pasada ya, y vieja.

—Victoria—murmuró el abuelo;—¿y dices que son de la ropa de boda?

—Pues claro. ¿Que no adivino yo las partidas del Judas ese? Le da de lo que tienen guardado.

—Pero bien. ¿De dónde sabes tú que esos pañuelos serán para cuando la boda de la chica? ¿Tan pronto quieres que se case?

—Anda, anda, que no ví yo las cirimonias con que recebieron al tal don Lucas el día de San Antonio. Ya se lo he dicho á usted, padre, y verá usted cómo no me equivoco, eso va muy depriesa; ya lo verá usted.

—Hija, no se casa tan pronto la gente; mira que esta es una chiquilla aún...

—Le digo á usted que Homobono y la Antonia están

lampaos por el Esteban; y el alcaldito... no sé, pero se me figura que les tiene mucha inclinación por aquello que yo me sé. Porque en ca Igualada, no hay que darle vueltas, no es oro todo lo que reluce; y... en fin, ya no es aquella holgura de su padre, el difunto don Blas; aquél sí tenía, pero éste ha tenido sus faltillas como aquel que dice, particularmente de poco tiempo á esta parte y por orgullo quiere hacer el papelón.

Manuelilla escuchaba todo esto sin chistar.

—Y si no vamos á ver, muchacha. ¿Á ti qué te ha dicho la Antonia? ¿Son los pañuelos para cuando te cases, sí ó no?

—Sí señora—contestó la sobrina, poniéndose como la grana;—pues aunque á mí no me dijo nada, así lo hablaron ella y el tío.

—¡Qué tal! ¿Ve usted, padre, como no me equivocaba?

—Pero el caso es...—murmuró Manuelilla.

—¿Qué, hija?

—Que la tía me encargó mucho que nada dijera de esto aquí...

—Que no dijeras nada, eh? Para luego hacernos creer que todo era recién compradito. Pero á todas estas, muchacha: ¿tú quieres al Esteban? ¿Te ha dicho él alguna cosa?

—Él no me dijo sino... así, chicoleos; pero su padre y los tíos me aseguran que me quiere mucho.

—Bueno, y dinos la verdad. ¿Tú le quieres? No creas que voy á reñirte porque me digas que sí.

Manuelilla se encontró en muy grande apuro, pues se le ocurría la idea de decir que sí, no más que porque no se descubriera su verdadero amor; por otro lado le inspiraba tan pocas simpatías el tal Esteban, que se resistía á fingir semejante afección; y además, estaba tan llena de vergüenza y de tal modo le latía el corazón, que no era dueña de meditar con calma. La

tía Victoria la estrechó tanto, que al cabo alzó la mirada, púsola con gran fijeza en el rostro de la tía, y contestó:

—No señora, no le quiero.

—¿No me engañas?

—No, tía, no.

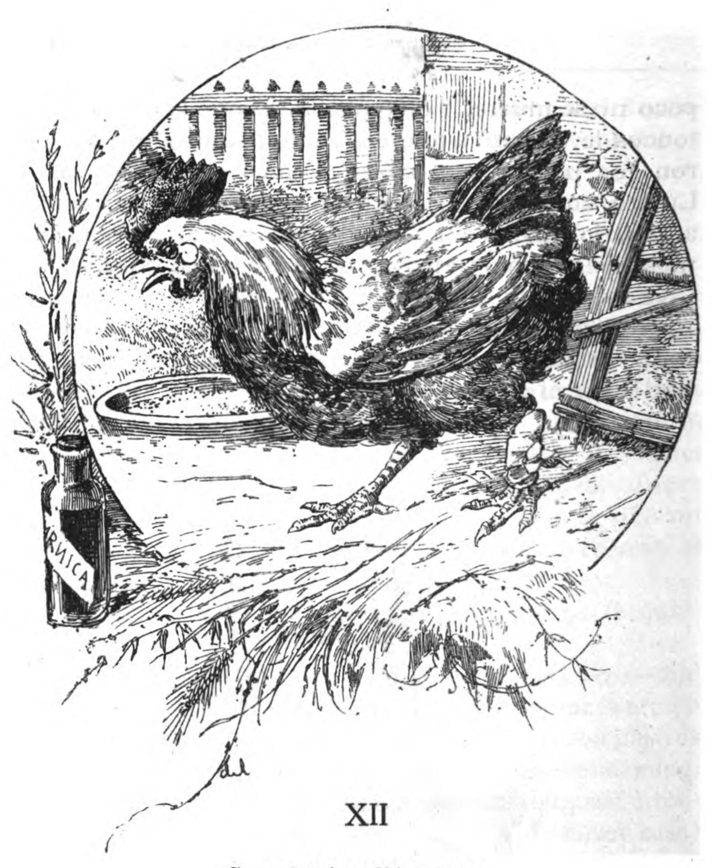
—Pues entonces, ¿cómo es que suspiras tanto, y á lo mejor estás como pensativa? Esta noche pasada, sin ir más lejos, yo te he sentido dar vueltas en la cama; tú no has dormido bien, ni has echado siesta. Di que lo quieres y no te atreves á confesarlo. Pero, hija, el chicuelo ese será como su padre: con aquel fuero y aquella cosa, como si todo el pueblo fuera suyo. Lo que es yo, si te casas con él, ni á ti, ni á mi hermana, ni al Homobono, sus vuelva á ver más el pelo: ya lo sabes. Pero tú le quieres...

—Que no, que no, le digo á usted; que no le quiero, tía.

—Esto será como lo que le pasó á la Milagro—dijo el abuelo—la madre del señor Frutos; entonces era yo mozo y tenía las piernas bien listas, y vía los pájaros que había en la torre de la iglesia desde el camino. Pues sucedió que cuando don Remigio empezó á rondarla y á decirla cosas, ella ¿qué había de hacer caso? Nada; en viéndole por un lado, ella escapaba por otro; en fin, le tomó aborrecimiento, ¡pero cómo! Venía su madre y la decía:—«Mira que te quiere mucho y es tan bueno y tan listo.» Porque él era un muchacho muy listo. Vaya, sentía crecer la hierba aquél. Y la muchacha contestaba:—«Calle usted, madre, que si no hubiera en todo el pueblo más hombre que él y por fuerza quisieran casarme, ¡no me casaba, no me casaba!» Se ponía ella así: «¡No me casaba, madre!» Y luego, ¿qué sucedió? Que él, como la veía tan así, tan enfadada... cuando él estaba delante (porque le ponía muy mal ceño), entonces se entristeció y estuvo malo, que en

poco no se muere. Y de que ella vió que la odiaba, entonces le empezó á querer. Tanto le quiso, que tuvieron los padres que hablar al chico y traerle á casa. Luego, cuando le decía su madre:—«Pero, chica, ¿cómo antes, lo mismo era verle, parecía como si vieras al mesmo Demonio y ahora le quieres tanto?» y decía ella: —«Es que para querer á los hombres de veras, es menester que alguien se ponga en frente; pero como todos estaban ustedes trayéndomele en andas, no le podía ver ni en pintura.»





XII

Consolatrix afflictorum

A la mañana siguiente entró Manuelilla en el corral produciendo terrible dispersión en gallinas y polluelos; pero no tardó la bandada en acercársela y rodearla luego que la reconocieron y vieron arrojar miguitas, agasajo que todos los días les hacía.

Como advirtiera que faltaba una gallina, á la cual tenía afición porque era de las más hermosas y que más ponían, entró en el gallinero á buscarla.

Era el gallinero una construcción, levantada al arri-

mo de la casa y la tapia del corral, con cobertizo de viejas y verdosas tejas sostenido por toscos muros de cascote. Allí halló, en el ponedero, á la descarriada y advirtió que no lo estaba por negligencia sino por impedimento, pues tenía una pata quebrada. Apenóle mucho á Manuelilla semejante infortunio ocurrido á su predilecta, no pudo explicarse cómo, y viendo que el animalito se quejaba al tocarle, fué en busca de la tía Victoria. Esta examinó el daño y luego llamó á Faquimo que era muy habilidoso en esto de componer entuertos de bichos, tanto que, según su ama, había hecho curas maravillosas y poco menos que sacado del otro mundo á algunas caballerías, perros, cabras y también no pocas gallinas. El pobre mozo, cuyos secretos devaneos estaban un poco en calma, así que recibió la orden de entablillar á la perniquebrada y oyó á Manuelilla que ella la tendría en brazos durante la operación, quedó suspenso y atortolado; pero era forzoso obedecer y disimular todo lo posible, así es que fué á cortar tablillas á propósito y tomar aguardiente y agua de sal como eficaces remedios, además de cintas y trapicos, cosas que pensó no hallar según de aturullado anduvo; y volvió al gallinero, donde, ¡oh fatalidad! le esperaba sola la dueña de su corazón... Ella se sentó en el suelo con la gallina en los brazos como si fuera niño de pecho, Faquimo arrodillóse todo lo cerca que pedía el caso. Como las medicinas eran de demasiada fuerza (que más suaves no las aplicaba nunca) y la gallina se estremecía y trataba de huir, y la moza la estrechaba y sujetaba para impedirlo, y el mozo se encontraba tan alterado, la cura se hacía con mucha torpeza y embarazo. Cirujano y enfermera se tropezaban las manos y mutuamente sentían en los rostros la tibia y anhelosa respiración.

—Lleva mucho cuidado, que el pobrecito animal no puede resistirlo—dijo la moza.

Pero Faquimo, como tenía telarañas en los ojos, hormigueo en las manos, temblor de cuartana en todo su cuerpo, ni veía la quebradura del animal, ni acertaba á ponerle las tablillas, ni era dueño de serenarse; sudábale la frente, y el corazón parecía una máquina de vapor de ochenta caballos, funcionando á toda velocidad.

—¡Por Dios, que el animalico no puede más! lleva cuidado... Pero no le pongas más vendas; ahora las tablillas... Que vas mal... espera... ¡Pobrecita! cómo se queja!...

Así decía Manuelilla, que, aunque tampoco estaba serena, á lo menos tenía fuerzas para hablar, al contrario de Faquimo.

Aumentaba el apuro, y cada vez lo hacía el albéitar peor por querer apresurarse. Comenzó á sujetar las tablillas con una cinta.

—¡Más fuerte, aprieta bien! Estás temblando, Faquimo—le dijo quedamente Manuelilla echando una mano.

Ya no pudo más el pobre mozo: incorporóse sin deshincar las rodillas, miró á la zagala con expresión tristísima de desesperación, de desconsuelo, de amargura, de amilanamiento, de vergüenza... suspiró, tendió hacia ella los brazos, y con acento tierno y muy débil exclamó así:

—¡Ay, Manuela! Despréciame, ódiame, sí; pero no puedo callar más tiempo: te quiero, preciosica Manuela, te quiero más que á todas las cosas del mundo. Yo no tengo otra voluntad que eres tú, Manuelilla. ¡Pero ay! mi maldita lengua me vende para que me odies más...

Manuelilla se puso en pie sin mirarle, y acomodando la gallina sobre el ponedero se puso á concluir la operación.

Faquimo, cubriéndose el rostro con las manos, siguió diciendo:

—Yo bien sé que no puedes quererme, y mil veces me decía: no puede ser; pero, como Mahoma cuando se le trae á dormir en la cuadra, que se desata y se va, lo mismo yo con esta terquería que me puso Lucifer en la mollera. ¡Válgame Dios, qué miserable soy! ¡cuántos palos merecería! Pero desde hoy... yo juro de olvidarme de todo, y si no tirarme al río, y eso será lo mejor.

—Calla, no grites—murmuró ella.

El mozo se le acercó de rodillas, y con acento compungido exclamó:

—Perdóname, estoy loco. Por los clavos de Cristo, Manuela, no digas nada á nadie, que yo te prometo no mentarte nunca estas cosas. ¿Manuela, me prometes callarlo?

La muchacha, que aún estaba junto al ponedero cuidando á la gallina inválida, volvió pausadamente el rostro hacia Faquimo y puso en los angustiados ojos de éste los suyos, llenos de dulzura, de pasión y de encanto. Con tal sonrisa le miró, que Tomás no recordó haber visto ni imaginado nunca más graciosa zagala: enteramente era la Virgencica de los Cardos con zagalejo de percal y pañuelo de talle rameado.

—¿Me perdonas, eh? ¡Bendita seas!—murmuró.

—¿Y de qué he de perdonarte? Si no tienes culpa, pobre Tomás.

Entonces sí que creyó éste volverse loco de júbilo y dió muestras de estarlo, según le entró por besarle el delantal y las manos, echándola cien bendiciones y haciendo estrambóticos discursos. Ella hízole levantar del suelo y se desvió pudorosamente con los párpados caídos y las mejillas muy subidas de color.

—¡Manuela—dijo él, con el rostro todo mudado de como le tenía cuando se culpaba de quererla,—no sabes cuánto te quiero! Por eso andaba tristón... claro, ¿qué había de tener? Pero ahora me parece que lo

negro es blanco y lo pajizo encarnado. Tengo el corazón más listo que conejo de soto. ¿Me quieres tú... di... me quieres?...

Y como la muchacha fuése hacia la puerta, la detuvo por una muñeca para que le contestara; pero ella sin desplegar los labios intentó desasirse. Tornó él á apurarla estrechando más la esposa que le había puesto en la muñeca, hasta que Manuelilla, soltándose bruscamente, dijo:

—Luego, mientras la siesta, aguárdame en la escalera que baja á la cuadra, que allí hablaremos.

Y se escapó, dejando á Faquimo el más feliz enamorado que se puede nadie imaginar. Un cuarto de hora, lo menos, estuvo en el gallinero hablando solo, con grandes ademanes y transportes, que no parecía sino que estaba predicando á las gallinas.

La víspera, el señor Gaspar había recetado al mozo un cocimiento de ciertas yerbecicas que se criaban junto al Cerrillo del Diablo, á donde le envió á cogerlas. Aquel día, cuando venía á comer, entró en la cuadra donde halló al mozo con una alegría tal que le reventaba por todo el rostro, cantando con gritos atronadores lo siguiente:

«Las estrellas del cielo
son ciento treinta:
con las dos de tus ojos
ciento cuarenta.»

Júzguese el asombro del señor Gaspar.

—Muchacho, ¿sanaste ya?

—Sí señor: como que me espabilé, anoche, un puchero entero del cocimiento de las yerbecicas esas. Tan listo como me he quedado. Si todo era mal cuerpo, se conoce; y así... vamos, principio de mal de ojo. Son mano de santo las tales yerbecicas.

Esto confirmó al señor Gaspar en la virtud y efica-

cia de la medicina; medicina que, dicho sea de paso, Faquimo ni aun probó siquiera.

Por supuesto que los otros mozos tuvieron motivo de nuevas burlas con lo del restablecimiento de Faquimo, pues los más estaban convencidos de que su enfermedad no se curaba con yerbas silvestres; pero, aunque todos le creían enamorado, ninguno pudo sospechar en quién había puesto los ojos. Los hijos de Adán son muy torpes para esto.

Comidos y bebidos los habitantes de la Granjilla, recogido cada cual, los de dentro de casa en su lecho y la gente de labor en la huerta, á la sombra de la casa: el sueño campeando en cuantos hacía falta que durmieran (que el sueño es excelente encubridor de amoríos); todo en callado sosiego, llegaron á la vez la hora y el cumplimiento de la cita.

Manuelilla estaba sentada en el mismo umbral de la puerta en que moría la escalera cuando apareció Faquimo, el cual puso asentaderas y pies dos escalones más abajo, recostó la espalda en la barandilla de la escalera que era de mampostería y empinó las rodillas, obligado por la estrechez del hueco. A pesar de estar tan incómodo, á él le parecía que se arrellanaba en algún diván turco sobre cojines de pluma: parecíale que aquel reducido espacio era el camarín celestial de la Virgen de los Cardos.

En tal disposición, á media luz, con oído alerta y contento sumo, comenzaron el deseado palique:

—Hermosica, sabes más que Briján. ¿Cómo adivinaste que te quería?

—¿Que lo adiviné?

—Pues claro que lo sabías tú ya: pus así que eres lerda. Y al verme cuál andaba tristón y como maniático, y oirme echar coplicas de penas y amores... lo adivinarías. A tu tío le dije que me habían puesto bueno las yerbas que él me mandó á coger ayer, pero

la melecina has sido tú: tú, Manuelilla mía, á quien quiero como quieren los tórtolos á sus hembras; mismamente como ellos las arrullan, me entran deseos de cantarte ahora á ti.

Y quiso tomar las manos de la muchacha; pero ella se las hurtó con un desvío.

—Tontón, no digas esas cosas.

—¿Pero tú me quieres, cordera?...

—Sí—contestó Manuelilla con rubor que le saltaba al rostro y le hacía hablar quedo y como si suspirara.

—Benditos sean los labios que tal cosa mientan. ¡Madre qué hermosa!—exclamó el mozo con transporte, intentando de nuevo aprisionar las manos de la Virgencica de los Cardos, y encontrándose con un manotón, pues ella no era manca.—¿Pero cómo podía pensarme yo que tú me quisieras, si estaba en todo lo contrario? Creía que me odiabas, que el verme era lo mismo que si vieras al Moro Faquimo.

—¿Pues no acabas de decir que yo bien vía lo que eran tus bobadas?

—Bien, pero á mí me daba vergüenza el quererte. Porque, vamos á ver: si tus tíos lo supieran ¿qué harían sino echarme de su casa y decirme que andaba ciego de orgullo? A ti no te pertenece un pobretón, sin pizca de entendimiento; y máxime que ni tiene padres ni los conoció jamás.

—Cállate, vamos. ¿A qué viene eso?

—Nada, ya verás tú: dentro de un mes yo estaré con el fusil y la mochila á cuestas, y tú...

—¿Qué vas á decir?

—Que serás la esposa del Esteban—exclamó Tomás con acento lúgubre.

—¿Pero á qué dices estas necedades? Eres tú Dios para saber lo que va á pasar de aquí á un mes, ni de aquí á un año, ni diez ni veinte tampoco?

—¡Ay, Manuelilla, tú quieres consolarme nada más,

porque como me viste así... claro... Pero tú al que quieres es al Esteban.

—¡Otra! ¿Al Esteban? Modregote, que tienes la cabeza más dura que la piedra del molino! Como me vuelvas á decir eso, entonces sí que te voy á tener más odio y pior voluntad que al mismo Esteban. ¿Soy yo como esas tontuelas que ¿á ese veo á ese quiero, ú que soy?

—Manuelilla, no te incomodes; pero mira, yo ando en las faenas del campo, tú en las de casa; yo cómo en el suelo, tú á manteles; yo soy un pobre mozo de labor, tú llevas la mejor herencia del pueblo; yo no tengo padres ni más arrimo que mi amo, tú eres de una familia honrada y de buen trato. Nada, no sirvo para descalzarte los chapines; y si alguien supiera que tú me quieres y yo te quiero, todos se reirían de mí y me tratarían de loco. ¡Ay! ¿por qué si Dios me crió tan pobretón y bajo, hizo que me enamorase de ti?

—Sosiégate y no digas más desatinos; que si no creeré que quien no me quiere eres tú. Pues hijo, el pecado de la lenteja es el tuyo.

—No, nunca pienses eso; mira, yo me marcharé á ser soldado; pero más que no vuelva á verte en toda mi vida, yo te querré y te querré á perder. ¿Quieres que te diga una cosa? ¿A que no sabes con quién te tengo comparada?

—¿Con quién?

—Pues con la Virgen de los Cardos.

—¡Vaya una ocurrencia! Te va á castigar Dios.

—Pues no hay más; que tus ojos, así azulicos les parecen, todos, todos á los de feguración que tiene la Madre de Dios en aquella imagen, y en fin que toda te me representas como ella.

—Tú sueñas. Pero oye, es preciso que ahora disimules bien y no hagas caso de lo que te digan los mozos.

—Es que si me vienen con chanzas, yo no les aguanto, ea!

—No hagas caso. Que nadie lo sepa, porque entonces no te querré más.

—Sólo lo sabe don Ezequiel—repuso el mozo muy pensativo.

—¿Cómo, don Ezequiel?

—Sabe que yo te quiero, sí.

—Bien, pero ¿cómo lo sabe? Cuéntamelo todo.

—¿No te acuerdas cuando estabas con la cabra junto al río, que nos viste de platicar á mí y á él?

—Sí. ¿Y qué?

—Pues que yo estaba tras de las matas sin quitarte ojo, cuidando de que no me vieras, cuando él me sorprendió, pues que me había visto de agacharme. Con que aquel día, me dijo que ya sabía él del pie que cojeaba yo y que me hablaría despacio una tarde que viniese por aquí. Yo me le temía como á un pedrisco, cuando cataté que le atisbo á tu lado el día que vinistes: me dió un dolor de tripas *deseguida*, que me marché á la labor porque no me hallase; pero nada, fué á buscarme, y bendito sea Dios, qué sermón me echó!

—Pero, ¿qué te dijo?

Aquí fué la cogida del mozo, pues no quería decirle lo que primeramente sospechara don Ezequiel: al cabo determinó pasarlo por alto y continuó:

—Pues, dijo que... con mirarte con buenos ojos ofendía á Dios, y á tus tíos y á ti; pero yo digo que eso son cosas de viejos. ¿No te quiero con buenos fines?

—Nada, no hagas caso de ninguna de esas cosas, Tomás, y ten mucho sigilo.

Y levantándose la zagala, le dijo por vía de despedida:

—Tú eres muy bueno, Tomás, sí, eres muy bueno, pero tienes la manía de estimarte poco. Y yo te digo que te quiero mucho, más de lo que te piensas, porque en tu corazón no hay engaños, ni rencores, ni malicias; y que para mí, ningún amante del mundo por remilgado que sea, vale nada á tu lado.

—¡Hermosica! ¿Qué hombre de estudios te enseña

esas sabidurías tan maravillosas? Luminarias parece que entras en mi corazón, según le has puesto de contento, cuando antes todo era luto y tinieblas en él.

—Ea, adiós... Debe ser muy tarde.

—No te vayas, Manuela—repuso Faquimo tratando nuevamente de cogerle ambas manos, lo cual le valió otro torniscón.

—¡Qué atrocidad... cuánto tiempo hemos estado hablando!—exclamó Manuela.

—Pero, chica, si no es tarde...

—Adiós...

Manuelila se escurrió cerrando la puerta con mucho tiento. Faquimo bajó la escalera de puntillas, loco de alegría, empezando á creer que aquellas sus juiciosas consideraciones eran visibles niñerías. Ella le quería, y este pensamiento era bastante interesante y hermoso para desoir por él cuantos pudieran ocurrírsele.

Amor le había cambiado todo, poniéndole venda como de costumbre. Faquimo iba á ciegas.





XIII

¡Por la cruz de Cristo!

Así las cosas, la paz de Dios de asiento y beneplácito entre aquellos sencillos moradores; llena de poesía la Granjilla, por la galanura y pompa desplegadas por la naturaleza en la feraz tierra, por los cánticos del corral, por los arrullos del palomar y por los

continuos píos y gorjeos de los juguetones pajarillos; y en medio de todo esto, los incomparables goces del amor en aquellos dos corazones cándidos y rústicos, el diablo en persona vino á poner coto á estas naturales complacencias, ó lo que es lo mismo, el señor Homobono tan feo y miserable de vestido y alma como siempre, amaneció en mal hora con el lindo capricho de llevarse á Manuelilla, pues su tía la necesitaba, y además... (aunque esto lo dijo entre dientes y no se le entendió bien) porque el hijo del señor don Lucas debía llegar aquella tarde.

La Victoria tuvo bastante con el cabo para sacar el ovillo; pero se comió muchas palabras que estaba á punto de soltar, tomando como mejor partido enmudecimiento y cara de palo. La muchacha nada dijo, ni intentó decir, que bien conocía las malas pulgas del tío; pero se apenó muchísimo.

Todo esto sucedía sobre las cuatro de la tarde, al siguiente día del de los últimos referidos sucesos, y Faquimo, *in albis* de semejante desdicha, y por lo tanto alegre, estaba solo, á la puerta de una antigua pocilga, que á la sazón servía para guardar instrumentos de labranza, ocupado en afilar hoces para la siega de la cebada que dentro de pocos día debía empezar, cuando escuchó arriba la voz de Manuelilla, diciendo:

—Deje usted, tía : Faquimo me ayudará.

Y en seguida se asomó la moza á la ventana y le dió una voz.

Salió el mozo á escape, supo de sopetón lo del viaje, de labios de su ama, y la muchacha le ordenó que le ayudase á echar una lía en su baúl, operación que se empeñó en hacer solo.

Lo peor era que seguía de testigo ocular la señora Victoria, de manera que el infeliz ardía en deseos de hablar á su novia, y ésta, que inventó lo del auxilio como añagaza, no lo deseaba menos.

Al cabo se les logró, gracias á Faquimo que tomó con extraordinaria flema y despacio la tarea, y entonces él quiso preguntar, y antes de que lo hiciese, se apresuró ella á decirle:

—El tío Homobono ha venido á por mí, y... no tengo otro remedio que dilme otra vez al pueblo... Dice que la tía no se encuentra sin mí...

Y enternecida se puso á llorar, blanda y resignadamente sin hacer ruido.

—¿Y me dejas solo, Manuelilla? ¿Y no vas á volver, hermosica? No llores, muchacha.

—No sé cuándo volveré—repuso encogiéndose de hombros.—Pero no tomes pena, que entonces la voy á tener yo mayor. En cuanto pueda volver, aquí me tienes. Yo le he dicho á la tía Victoria que me quiero venir con ella, que en ninguna parte me hallo tan bien como aquí. Con que cuidadito con ponerte otra vez melancólico y lacio como en denantes, muchacho, y dar que hablar: mira que sino, no voy á quererte. Para decirte todo esto te he llamado. No hagas locuras de dilte al pueblo por verme.

—Anda, pues no faltaba más! Sí que iré, sí... pero procurando que nadie sepa nada.

—No, no. ¿Cuándo quieres dil, que aquí no se conozca?

—Pues, por la noche...

—No, mira que me voy á incomodar si vas; y más que sienta que tiras chinitas á mi ventana, no me asomo. En fin, como vayas... dejaré de quererte.

—Pero, Manuelilla... ¿cómo quieres que pase sin verte?

—Vamos, adiós, y ten paciencia. No hagas borricadas. Anda, márchate; adiós, que van á venir. ¿No ves que es menester que nadie lo sepa?

—Adiós; pero... ¿por qué te llevan tan pronto...?

El mozo hizo tímidamente ademán de abrazar á la zagala.

—No sé.—Vamos, adiós, adiós; quita, hombre, quita.

—Pero, ¿por qué no quieres que vaya á verte?

—Porque lo van á saber hasta los gatos, hombre. Vamos, quita.

—Pues bien, si quieres que no vaya, me has de dejar algún recuerdo tuyo. Esa sortija con piedra verde.

—Bien, pero déjame...

El mozo se desvió dos pasos.

—Esta sortija no puedo dártela, que era de mi difunta madre (que en presencia de Dios se vea); pero... toma.

Y presentóle un alfiletero de madera que sacó de un bolsillo de su delantal.

—Chica—dijo Faquimo, riéndose.—¿Me le das para que tenga agujas con que remendarme los calzones?

—¿Y qué más tiene? ¿No es de mi uso?—contestó ella, con tono entre enfadado y no.

—No te incomodes, Manuela, lo dije de chanzas; pues aunque me dieras las cintas de tus zapatos las estimaría, que donde pongas mano ó pie allí diré yo á besar. Adiós, mujercica mía.

—Adiós, Tomasico...—contestó ella, acompañándole con los ojos hasta la puerta, desde donde él la dijo con los ojos la pena que llevaba en el corazón.

Sola la zagala, se sentó sobre el baúl, y rompiendo en amargos sollozos, exclamó:

—¡Pobre Tomás...! ¡Pobre de mí...!

Estuvo así mucho rato llorando sin consuelo ni tregua; mas de pronto sintió las quedas pisadas de alguien que entraba con cautela en el aposento, y puesta en gran susto, levantóse súbita, clavando los ojos en el importuno. Era Faquimo que volvía con un ramo de tomillo silvestre de muy buen olor.

—¡Ah! que eres tú: me has asustado—le dijo.

—¿Estás llorando? ¿qué tienes, cordera...?

—Nada, déjame—repuso ella con azoramiento mal reprimido; y como huyendo de él, se aproximó á una mesa que allí había, con los ojos bajos y las mejillas arreboladas.

—No, tú tienes algo que no quieres decirme...

—Vamos, no seas pesado y véte, que si nos sorprende la tía...

Faquimo se la acercó despacio, y como ella se volviera para no darle la cara, él empinó la suya por encima de su hombro, y le habló así:

—Mira, he venido á traerte este poco de tomillo; no te lo doy, si no me dices por qué lloras y estás así.

La muchacha no contestó.

—¿Por qué te llevan al pueblo...? Tú lo sabes—añadió.

Y como entonces tampoco contestara, asióla bruscamente por la cintura y un brazo para obligarla á mirarle frente á frente, y en un buen rato no la quitó los ojos. Sin hablar, le preguntaba tantas y tales cosas, que Manuelilla, que sólo levantó los párpados dos ó tres veces, dudaba si contestarle. Al cabo, como una luz que se apaga, la mirada del desdichado Tomás se puso lúgubre, el color del rostro macilento. Suspiró con profunda pena, y después con un gesto horrible en los labios, á modo de risa, y casi sin fuerzas en el habla, murmuró muy despacio:

—¡Ya lo sé, Manuela, ya lo sé...! Sí: ha venido el Esteban, y por eso te llevan allá... para que te vea... ¡Ha venido á casarse contigo, Manuela!

Y apartándose de la muchacha, gritó con un furor espantable:

—¡Malhaya sea él y la hora en que vinistes tú aquí, y malhaya también la hora en que me echó al mundo la mujer que no quiso alimentarme á sus pechos...!

—¡Calla, Tomás, no reniegues de tu madre!—exclamó la zagala con las manos cruzadas, llena de terror y amargura.

—¡ Dios me perdone !—murmuró el mozo, enternecido con las palabras de Manuelilla. Y como loco se tiró de bruces sobre la mesa, donde comenzó á llorar con tal agitación y tales sollozos, que la muchacha se temió mucho que el ruido les delatara ; y aunque intentó por distintos medios consolarle, no pudo.

—Déjame, déjame—decía él ;—con mi propia faja me tengo de ahorcar esta misma noche, y así saldré de penas.

—¿ Qué estás diciendo ?—dijo Manuelilla con mayor espanto.—Oye, Tomás, oye ; ¿ ves esta cruz ? Mira.

Y le obligó á mirar la cruz que ella hacía con los dedos pulgar é índice de la mano derecha. Pues por ésta, te juro, que aunque el Esteban me quiera y aunque se empeñen mis tíos, no me he de casar con él. Te quiero á ti solo. ¿ No eres tan bueno y tan honrado como pueda ser él ? Aunque te toque ir á ser soldado y aunque te lleven de aquí á cien mil leguas, yo te querré siempre, Tomás.

El mozo al oir á la zagala, le tomó una mano, y estrechándosela, le dijo :

—¡ Pues por la Virgen de los Cardos y por la salvación de mi alma, te juro yo, que no iré á ser soldado, que no iré, y que no iré ! ¡ Antes sería de noche á medio día ! Y te juro también que no te olvidaré nunca, Manuela...

La firmeza con que Tomás pronunció estas palabras revelaba un sentido oculto, y comprendiéndolo así ella, le preguntó :

—¿ Por qué dices que no irás ?

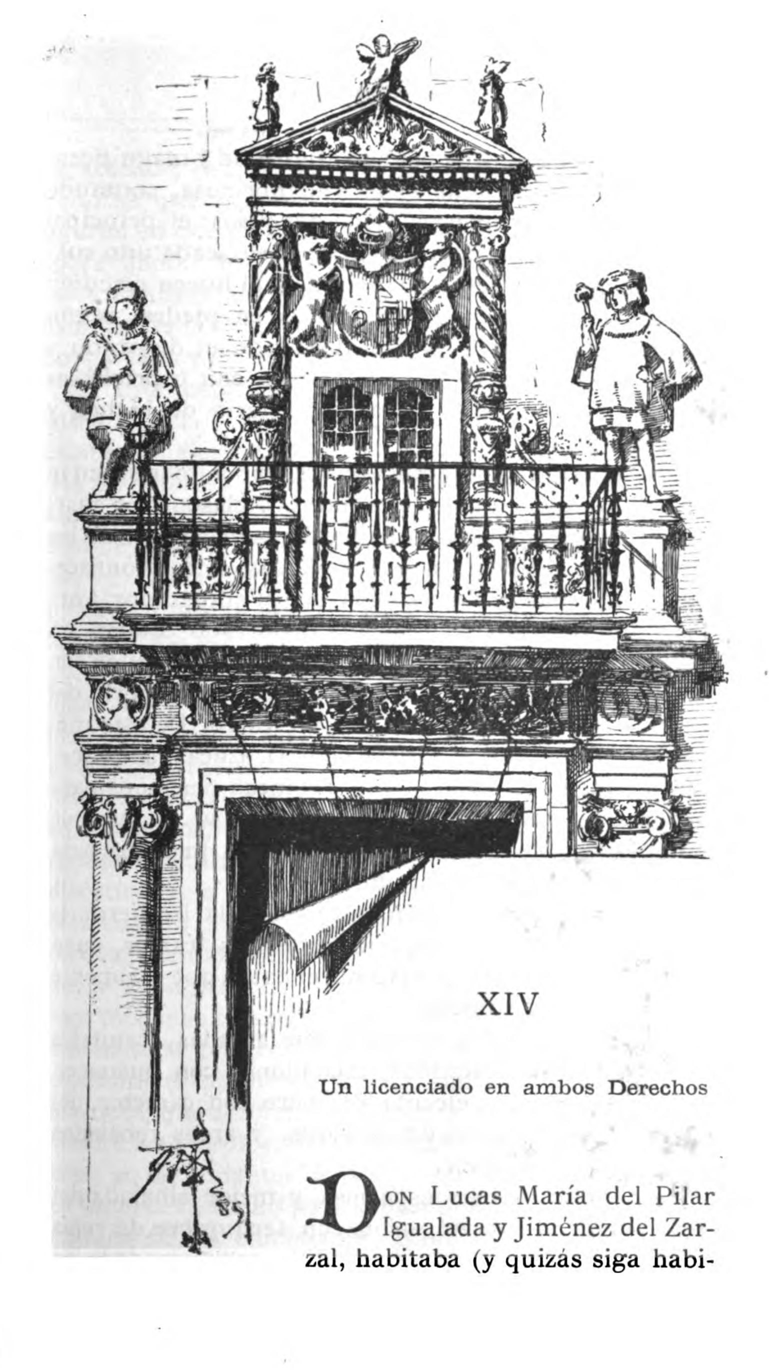
Faquimo iba á contestar, pero sintieron pasos, y hubieron de escurrirse : él hacia sus menesteres, escondiendo su rostro de la señora Victoria, que era quien venía, y ella á la habitación contigua.

La tía halló á la sobrina muy agitada y aun llorosa, preguntóle la causa, y contestó que había estado ha-

ciendo pucheros, porque le daba mucha pena marcharse de allí, donde tan bien se encontraba, é irse al pueblo donde la esperaba aquel novio á quien no quería. La tía la consoló, y prometió, por último, valerse de alguna traza para traerla á su lado, no ya de temporada sino para *in eternum*.

Luego, Tomás vió desde el tejado del palomar (adonde se encaramó con pretexto de poner una nueva jarra que sirviera de señuelo á las palomas), vió, decimos, al señor Homobono que se llevaba á la sobrina, y con ella su alma y su vida. Pero, ¿ qué remedio? No pudo otra cosa que echar cien maldiciones al viejo, saludar á Manuelilla con la mano, recibir la última mirada de ésta, y verla cómo gustaba del buen olor del tomillo silvestre; seguir luego el paso de las dos cabalgaduras con la vista, y después... guardar en su corazón como en un arca cerrada y sellada los juramentos que la había hecho él y los que le había hecho ella.





XIV

Un licenciado en ambos Derechos

Don Lucas María del Pilar Igualada y Jiménez del Zarzal, habitaba (y quizás siga habi-

tando) un palacio, que por su antigüedad y magnificencia era la segunda maravilla villembrinesa, contando como primera la iglesia. Tiene dos pisos: el principal con respetables balcones de gran vuelo, cada uno sustentado por tres eses de hierro, y el hueco circuído por .fajas de grotescos, esculpidos en piedra, según el gusto plateresco á que obedece todo el decorado y traza de aquella fábrica; y el bajo con caprichosas rejas coronadas por elegante crestería de bichos y hojarasca.

Por la parte alta del edificio corre un bonito friso, cuyo adorno componen niños desnudos y blasonados cuarteles, timbres gloriosos de un esforzado caudillo de los comuneros castellanos, á quien la casa le fué confiscada, siendo más tarde regalada por el emperador Carlos á don Rodrigo de Igualada, esforzado catalán, en premio de sus servicios á la patria, confirmados con su sangre vertida en la conquista del rico imperio del Perú, á las órdenes de Francisco Pizarro. De este momio gozaba ahora á satisfacción D. Lucas, sin haber tenido que descrismarse con los incas peruanos para apropiarse sus riquezas, como aquel su memorable antepasado, de quien no se acordaba más que para dárselas de noble y linajudo.

Entrando en el portalón, ofrécese á la izquierda la escalera, que es muy espaciosa, de dos tramos, cuyo techo es artesonado, y al frente el patio, que realmente es lo mejor del edificio.

Sus cuatro lados cerrados por arcadas, capiteles corintios en las columnas, medallones con bustos en relieve toscamente ejecutados, pero con carácter, decorando los tímpanos de los arcos, y arcos rebajados en la galería superior.

La habitación más espaciosa y mejor alhajada del piso principal era un salón con techumbre de vigas oscuras, ornamentadas con modillones figurando hojas

de acanto y muros blancos con zócalo de azulejos talaveranos que formaban cuadros de composición, con figuras en que campeaban los colores azul y amarillo sobre fondo blanco. En dichos muros destacaban unos cuadros al óleo de poco mérito representando asuntos de la Pasión, y doradas cornucopias de muy buena talla y de estilo Luís XV.

En esta habitación, mientras Manuelilla y su tío subían hacia el pueblo, entre seis y siete de la tarde, estaban el alcalde, el señor Frutos y el cura, arrellanados en sillones de cuero, anchotes, de respaldo apaisado con gruesos clavos dorados, escuchando al recién llegado vástago de Igualada y licenciado en ambos Derechos por la universidad de la corte, el cual, puesto en pié en actitud enfática frente á sus oyentes, hablaba así:

—No hay más que lo que ustedes oyen. Aquí, en el lugar, todo son rutinas; pero los grandes principios filosóficos, los modernos estudios jurídicos, la marcha progresiva de las ciencias del Derecho, no les quepa á ustedes duda, y yo, bien lo dije, por repetidas veces, en el Ateneo-Jurídico-Científico-Literario, bien lo dije cuando discutimos el divorcio y bien lo dije cuando discutíamos la libertad religiosa, y bien lo dije también cuando discutíamos el derecho de sucesión á la corona; bien lo dije y ahora lo repito, que esos grandes y sublimes (así decía yo) principios filosóficos, esos modernos é importantísimos estudios jurídicos, esa marcha progresiva de las ciencias del Derecho: esos son los luminares de este siglo, bien llamado de las luces, que arrojan su luz clara sobre las inteligencias de los filósofos, de los juristas y de todos los hombres, en fin, amantes de la ley. Porque la ley, señores, en un estado, en un país, en un pueblo, es el vínculo sagrado de los ciudadanos, como dijo en las Cortes constituyentes un eminente orador, honra y prez de la tribuna española.

El fogoso orador era un villembrinés que encubría muy mal el pelo de la dehesa con el peinado chulesco de persianas *corridas* que gastan en Madrid algunos señoritos, y vestido con traje de americana color canela y corbata verde con lunares negros y amarillos, todo lo cual daba golpe y pasaba por de última moda en Villembrines, pero era asaz vulgarote y cursilón en la corte. El rostro, aunque tosco y moreno, estaba agraciado por muy buenos ojos negros como el pelo y por escaso bigote, que sin darle todavía aspecto muy varonil, revelaba el naciente vigor de la juventud; pero en realidad Esteban no era guapo, pues había en su porte y en su expresión el empaque orgulloso propio de su casta y de su genio vivo y dominante.

—Pues hijo—le decía el dignísimo farmacéutico señor Frutos—eso será así allá en vuestros congresos y ateneos; pero yo te digo que lo que es que Juan y Pedro y Felipe todos puedan convertir á su vecino moro, ó protestante, ó chino, no paso por ello: ea, que no paso; y digo que eso en todas partes es una solemne barbaridad.

—Pero su señoría, señor don Ildefonso Ruperto Frutos, no sabe que, según los principios democráticos, el pensamiento religioso debe ser libre; y la Escuela Positivista bien lo tiene probado...

—Pero, muchacho—objetó el cura—¿qué significa eso de la *Escuela Positivista?* ¿Qué sacrilegiote es ese de que el pensamiento religioso debe ser libre?

—¡Ah! ¡Cómo se conoce que no viven ustedes en el movimiento reformador, en el gran movimiento social! Hoy día, ningún hombre de creencias y de convicciones (hablo en el concepto filosófico), puede dejar de pertenecer á éste ó al otro bando. Y así, el uno pertenece á la escuela Ultramontana (estos son los beatones y escrupulosos), otros, los que se dicen católico-liberales, pertenecen á la escuela Espiritualista, y

todos los que aspiramos ante todo á la buena organización del país en que vivimos (el país considerado como Entidad Jurídica, ya me entendéis), todos los que aspiramos á todo eso, somos de la escuela Positivista.

—El diablo que te entienda con esa carcamusa de las escuelas. Tú sabes mucho; pero vamos á ver, señor licenciado, ¿cómo puede ser aquí ni en Francia, que cada cual pueda convertir turco ó protestante á cualquier hijo de vecino? Se me figura que esos pensamientos tienen poco de santos.

—¡Ay, señor don Ezequiel de mi alma! ¡Cómo se conoce que ignora su señoría que el derecho positivo se funda en los hechos, y que los hechos dicen muy alto lo conveniente de esa libertad del pensamiento...

—Dale con la libertad del pensamiento!—interrumpió el señor Frutos.

—Pues claro, ustedes no se han penetrado de la importancia de estas cosas, y por eso se asombran. ¿Pues qué me van á decir si les hablo del hecho por todos defendido dentro del terreno jurídico, por todos digo, del derecho pleno que asiste al marido cuando comete homicidio en la persona de su consorte si ésta le fué infiel? Y aquí venimos al gran tema, al tema universalmente discutido y que tanto preocupa en la actualidad á todos los pensadores: el adulterio y el divorcio.

El cura se santiguó.

El señor Frutos repuso:

—Otra barbaridad, pues aunque mi Robustianita no me ha faltado en tanto así, y en buena hora lo diga, ni me faltará, y que de ser al contrario no sé lo qué haría con ella, eso que dices, en todas partes está muy mal, y por lo tanto no debe predicarse como ley.

—Usted mismo lo dice: no sabe lo qué haría—excla-

mó lleno de orgullosa satisfacción el jurista demagogo. —Los hechos no se desmienten, y el positivismo se funda en los hechos.

—Pero, hijo, ¿qué ciencias son esas que has aprendido tan endemoniadas, que no parece sino que el propio Lucifer sopló semejantes atrocidades en los oídos de los catedráticos. ¡Válgame Dios! ¿Tú sabes bien lo que dices, muchacho?

—Señor cura, usted no sabe lo que en el concepto jurídico es una acción punible.

—Yo no entiendo esas palabrotas, ni quiero, pero sí sé, y esto es más claro que la luz, que el quinto dice: *no matarás.*

—Bien, eso es en el Catecismo que se da en la escuela, pero en el terreno de las ciencias del Derecho es otra cosa; en el terreno de las ciencias del Derecho toda acción punible debe ser castigada; y ¿quién más propio que el ofendido para castigar al ofensor? ¿quién con más derecho ni más autoridad?

—Hijo, no lo tomes á pechos, y mira que estás discutiendo con el señor cura— dijo don Lucas, que hasta aquel punto había estado en éxtasis, suspenso y sin habla ante aquella verbosidad ciceroniana, ante aquella calabaza con birrete.

—Nada, Estebanillo—repuso el tonsurado—todo eso son doctrinas del siglo, y en el siglo todos quieren tener razón y ninguno la tiene, y todos quieren saber lo que nunca puede saber el hombre. Yo á lo mío me atengo. Todas esas carcamusas me huelen á que por ahí, por esas Universidades, anda suelto Lucifer engañando á los sencillotes como tú.

—Y lo mejor—añadió el señor Frutos—es que nos quieren engañar ellos á nosotros también. Y luego paguen ustedes contribuciones, que lo exige la Patria, y dé usted mozos para el ejército, que la Patria se está dando de estacazos con Perico ó Melchor, y por fin de

fiesta cómase usted los codos. ¡Hombre, que no comulgamos con ruedas de molino! A mí no me vengan con retóricas.

—¡Oh, señor Frutos!—exclamó el orador creciéndose con el boticario ya que con el cura no podía.—Usted no es buen ciudadano, usted no ama los santos principios de igualdad y fraternidad, usted no es capaz de sacrificarse en aras de la Patria. ¡Usted no merece el nombre de español!

—¡Otra! ¿pues he nacido yo en Francia?

—Si no es eso...

—Pero, muchacho—gritó el cura con marcado disgusto.—¿Tú también hablas de igualdad y fraternidad como el diputado aquel que nos sacó los votos por la fuerza el año pasado?

—La igualdad, la igualdad—repitió el señor Frutos; —justo: que paguemos los contribuyentes y que suban los que puedan; que triunfen ellos y al prójimo darle contra una esquina. Ya puede volver el tal candidato con que le demos votos, que lo que es yo...

—Desengáñense ustedes, que la igualdad es uno de los primeros elementos para gobernar.

—Pero ¿qué igualdad es que yo me esté tranquilo disfrutando mis bienes, y venga Juan ó Pedro y me saque contribución, obligándome así á que si este año sembré como cinco, el que viene no siembre más que tres? ¿Y que mientras yo pago y me arruino, Juan ó Pedro se coman el provecho de mis haciendas?

—Claro—dijo con irónico énfasis y posesionándose de su papel el representante de las ideas reformadoras—claro; con hombres como ustedes, refractarios al progreso, que no entienden la libertad...

—¿Que no la entiendo? Mira tú si la entiendo, que me quejo porque me quitan lo mío.

—Les digo á ustedes que no entienden ni quieren

entender la libertad. ¡Cuando todos los ciudadanos debían sacrificarse por ella! ¡y sacrificarse por la fraternidad! ¡y sacrificarse por la igualdad!

—Pues venga acá, mi licenciadito—dijo el cura con singular complacencia—que ahora sí que le voy á poner entre la espada y la pared: ¿qué me dice del servicio militar? Ahora me lo cogen y me lo tallan, y se lo llevarían á servir, si no fuera porque su papá, mi señor don Lucas, aflojará la mosca; pero el que no pueda, amigo... ese irá á cargar con el chopo. ¿Y qué igualdad es ésta, señor licenciado? Luego por defender á éste, ó á estotro que es más lindo, se me llevan un puñado de mocetones que hacen buena falta en el campo; y dígame, señor positivista..... ¿no es esto robarnos unos brazos que son el sostén de muchos hombres pacíficos? ¿Y á esto lo llama igualdad su merced?

—Pero su señoría no tiene en cuenta que esos brazos los reclama la Patria, que gime bajo la terrible desventura de una guerra fratricida?

—Tate, tate con la guerra. ¿Y por qué no va usted allá?

—¡Toma! Porque yo, un licenciado en Derecho Civil y Canónico, no sirvo para pelear, ni para eso he estado en Madrid quemándome las cejas.

—Pues entonces ahí lo tienes: tú tampoco eres español, ni amas la igualdad, ni la fraternidad. No buscas más que tu provecho. Todo eso es lengua. *¡Vanitas vanitatum et omnia vanitas!*

Y así diciendo el cura púsose en pie, arregló el manteo, tomó su teja y se marchó, dando por acabada la discusión. Los demás también se levantaron, no sólo para despedir á don Ezequiel, sino también porque en tal punto llegaron varias personas que venían á saludar al licenciado, y entre ellas los Horcajos (así llamaban en el pueblo al Homobono y su consorte, por

más que ese apellido sólo le perteneciera á ella). Manuelilla venía muy maja. El licenciado clavó los ojos en ella.





XV

—¿Cómo se llama el galán?
—Don Juan.

No es de sospechar que San Antonio estuviera en el ajo concertado entre los Horcajos y el señor Igualada. Esteban venía solo, y llegaba tarde; pero ignorante de la protección dispensada por el santo bendito al bueno de Tomás, creía tan de veras en su buena estrella, ó mejor en lo irresistible de sus finezas de Tenorio, que le parecía á él, antes de empezar el ataque, más apropiada que para el mismo César la orgullosa frase, *veni*, *vidi*, *vici*. ¡Quién podía con él!... ¡Él, harto de vencer en las lides amatorias que tan fáciles

y frecuentes son en la corte! émulo de Tenorio, traía su cartel de enamorador donde se ostentaba la frase:

«Desde la princesa altiva
á la que pesca en ruín barca,
no hay hembra á quien no suscriba.»

Y aunque las altivas princesas no habían pasado de la categoría de costureras de las que mariposean por las calles del Carmen y de la Montera, ó de la de sílfides desconocidas que brindaban los placeres del amor libre en los bailes de máscaras de la Zarzuela, ni las que pescan en la ruín barca del pecado, deslizándose por el arroyo desde el oscurecer hasta las tres de la madrugada, habían sido otras que las venus flamencas envueltas en el mantón, dispuestas á dar una de cuello vuelto á todo el que las armara bronca, Esteban se creía dueño de una experiencia tal acerca de la mujer, que le parecía estar en lo cierto juzgando *por un rasero á justas y á pecadoras*, como dice aquel rey Felipe galanteador en una famosa comedia. Además, él que había ganado reñidas partidas de carambolas mientras sobre el tablero verde de la mesa del billar se cruzaban, á la par que las bolas, las máximas y doctrinas del galanteo con que el hombre se envanece siempre de su pretendida superioridad sobre la mujer, ¿cómo no considerarse vencedor de aquella inocente lugareña, que aun antes de verle debía sentirse fascinada por la aureola formada con los oropeles de la galantería y de la oratoria académica que traía de la corte el joven licenciado?

Ilusiones juveniles; el Esteban era un buen muchacho, si orgulloso y con sus ribetes de calaverilla, al cabo, buen estudiante; es cierto que no brilló por su aplicación, ni por su saber, ni por su talento; era un adocenado; pero tenía desenvoltura y viveza que su-

plieron la falta de otras cualidades. De aquí la elocuencia universitaria de que acababa de dar muestra.

—Hola, hola, Esteban—exclamó el señor Homobono —¡Qué majo viene, cómo se le conoce que ha estado en la corte! Señor don Lucas, esto se llama un mocetón de buena ley.

—Amigo—dijo la Antonia—y qué bien que le ha pintado Madrid! ¿Cómo te ha ido?

—Está tan crecido ya—añadió Homobono—que casi, casi, da cortedad el tratarle de tú.

—Pero, bah—repuso la Antonia—como que le ha visto una de nacer... Además que como quizá dentro de poco le miraremos como á hijo...

—Pueden ustedes tratarme como gusten. Con toda confianza.

—Pero, chica, acércate á saludar á tu prometido. ¿Por qué te estás apartada como gatito criado en desván?

Manuelilla se acercó avergonzada. Venía muy compuesta con vestido azul y pañolito de talle de tela blanca con flores estampadas.

Esteban creyó conveniente hacer gala de su práctica y donaire en el oficio de galanteador y exclamó:

—¡Olé, buena moza! ¿Cuántos saleros vertió el cura en tus labios cuando te bautizó? Porque, hija, ni medio ha quedado para las madrileñas. ¡Bendita sea tu mare! como dicen por allá en la tierra de María Santísima.

Todos rieron el dicho menos la interesada.

—Mira, mira, ¿qué te parece si sabe requebrar el rapazuelo?—dijo la Antonia.

Y pellizcando á la muchacha á hurtadillas de los circunstantes, añadió entre dientes con cólera mal reprimida:

—Pavisosa... salúdale, di algo.

—¡Cómo se le conoce que viene de entre gente parlera!—dijo el señor Frutos.

Vino á suspender esta escena la aparición de la encopetada doña Trinidad, hermana de don Lucas, solterona muy atildada y pulcra en su porte y maneras, alta, desgarbada, tan severa de rostro como su hermano, muy ceremoniosa, cuya presencia, sin ser grata, tampoco causaba repulsión. Todos la saludaron con mucha cortesía y extremados cumplimientos, que ella aparentó recibir con indiferencia, aunque la ponían muy hueca, y después:

—Siéntense ustedes—murmuró pacíficamente.

—Vamos, doña Trinidad—dijo una de las visitadoras—por fin tiene usted á su lado, y ya para siempre, al sobrino. ¡Tanto que lo deseaba usted!...

—Sí, pero viene muy enloquecido con las ciencias esas que le han metido en la cabeza—murmuró el boticario.

—¿Por qué dice usted eso?—preguntó el maestro de escuela, que era un viejo pacífico y humilde, muy apreciado en el lugar.

—Porque ha estado ahí predicando libertad, y diciendo que él pertenece á la escuela positivista; y no sé qué más disparates.

—Bien—dijo doña Trinidad con sosegada voz—pero ya tendrá mucho cuidado de no disgustar á su padre ni á su tía.

—Claro—repuso la Antonia—los muchachos ya se sabe que suelen tener allá sus ideas un poquillo así, endemoniadas como yo digo; pero un joven de tanto provecho y tan bien inclinado como el Esteban, no hay miedo de que dé que sentir.

—Y que á todos cuando hemos sido de su edad—dijo don Luís—nos ha picado la mosca por algún lado. Aún me acuerdo yo cuando estudié en Salamanca, las diabluras que hacíamos. En la casa de pupilaje no había títere con cabeza: en la ciudad no había muchacha que no nos conociera de haberla enamorado y haber

recibido de ella calabazas: en la universidad todo el mundo nos conocía á mí y á otros cinco de la pandilla por los *Judas;* en fin, que aquello era lindo de veras. Y ahí tienen ustedes: mi padre me creía un bendito.

Esteban, al ver el sesgo que tomaba la conversación, creyó que era momento oportuno de divorciarse de ella para dirigir la palabra á Manuelilla, junto á la cual de intento se había sentado.

—Vaya unos ojos...—le dijo—Manuela, créeme: temía y deseaba ver tan de cerca esos ojos tan retrecheros. Deslumbran como el sol.

Manuelilla, como si aquellas frases, casi deslizadas á su oído, fueran monótono zumbido de moscas ó abejas, no contestó ni aun con los ojos, á pesar de ser ellos la causa de semejantes piropos. La tía Antonia, que no quitaba los suyos de ambos futuros, no pudo menos de morderse los labios y deplorar con toda su alma no hallarse al lado de la sobrina para haberla hecho contestar á pellizcos.

—Pues no crea usted, don Lucas—decía á todo esto el maestro de escuela—que igual que somos de grandes somos de criaturas. ¿Usted sabe la paciencia que tengo yo que tener con aquellos muchachos? El uno pinta mi retrato en alguna plana: el otro saca los algodones del tintero y los pasea sobre la mesa: aquel no se sabe la lección, y le tengo que poner de rodillas; á éste me le encuentro haciendo toritos de papel á escondidas mías dentro del pupitre; esos otros se pegan y tengo yo que vapulear á los dos...

El don Juan entre tanto redoblaba floreos y requiebros con tan fatal suerte como antes.

—Con que ¿y qué me dice de la quinta mi señor don Lucas?—preguntó el señor Homobono.

—Pues digo que eso de soltar los cuartos es un bromazo algo pesado.

—Toma, puede que no le toque al Esteban. ¿Cuántos mozos van?

—No lo decía por mí, sino por los demás. De todos modos piden seis y no hay más que siete, con que...

—¡Siete! ¿Pues cuáles son?—preguntó el dómine.

El señor Frutos los nombró:

—Esteban, Juanillico, el hijo del señor Lupercio, el de don Miguelito, Ramón el pastor, Patricio, Anselmo y el Faquimo que está en casa de la señora Victoria.

—No me alegro que venga la quinta, señores, si no es porque se lleven al haragán de Faquimo—exclamó la señora Antonia.

—Sí, es verdad—afirmó el Homobono—porque es un zopenco, que ahora ha dado en la flor de empinar el codo, pero de lo firme.

—¿Cómo?—preguntó Esteban—¿se emborracha ahora ese animal?

—¿Que si se emborracha? El día de San Antonio me mermó la bodega lo menos en seis cuartillos.

Manuelilla, comprendiendo lo que exageraba el tacaño de su tío, no pudo menos de echarle una mirada que por fortuna fué tan rápida como para pasar inadvertida, pues de otro modo hubiérase visto en los ojos de la zagala un rayo tal de ira y desprecio, que parecía una maldición.

—Y lo mejor es que la Marilela de mi hermanita—añadió la Antonia—no puede hacer nada sin aquel mastuerzo.

—¿Sí?—exclamó Esteban complaciéndose en aquel sayo que se cortaba de balde al prójimo.

—Vaya, no sabes—continuó la Antonia.—Allí se perniquiebra una caballería:—«Ay, Faquimo, cura la caballería.»—Que hay que poner artimañas, para que los vencejos no piquen las coles ó las berzas:—«Faquimo, pon las artimañas que tú solo las sabes poner bien.»—

Que hay que plantar unas patatas orilla del corral por ver si allí prenden mejor:—«Faquimo, planta las patatas.»—Y nada, todo, todo es así. Claro, por eso está él tan engreído. Y lúego, quién es? pues... un hijo del Moro.

—Pero es buen muchacho—objetó doña Trinidad.

Entre tanto el Tenorio volvió á sus finezas.

—Con que, vamos á ver, Manuelilla. ¿Es verdad, como me escribieron, que te has acordado de mí?... Y que preguntabas por mí?

Don Juan tuvo que repetir esta pregunta hasta tres veces, pues doña Inés parecía de cal y canto; y advertido que lo hubo la señora Antonia, saltó con una sonrisa más falsa que mula de gitano:

—Chica, Manuela: mira que te está hablando el Esteban, atiéndele.

Y concluyó la advertencia con una mirada furibunda.

Entonces Manuelilla midió al pretendiente de alto á bajo con una mirada en que no había el menor vislumbre de amor ni cosa que se le pareciera.

Pasó largo rato durante el cual Esteban pensó qué decirla, y afanoso por dar golpe, figurósele que allí encajaba que ni de molde el poético lenguaje y apasionado acento de los poemas y dramas románticos y caballerescos, que tantas veces le habían servido de entreactos, asaz prolongados, en las veladas pasadas á fin de curso con el Derecho Penal y la Disciplina eclesiástica. Él tenía excelente memoria y era consumado actor, de manera que contando por seguro cautivar el alma de la sencilla lugareña, no titubeó en decirle:

—Tú no sabes lo que me he acordado de ti; todo el día estaba diciéndote versos; ¿quieres que te los repita? verás. No creas, que los tenía en la memoria todo el santo día, nada más que para decirlos mientras me acordaba de ti.

Y le escopetó á continuación la consabida declaración de Tenorio: «Ah! ¿No es cierto, ángel de amor...» etc.

Pero como en los oídos de la sencilla zagala era aquello cosa nueva y fuera de propósito, se puso encendida como la grana.

Á todo esto el señor Frutos había tomado la palabra para contar la historia de cuándo le tocó la quinta, sin omitir detalles: las leguas que anduvo y el aceite que se bebió para menguar y no llegar á la talla, su pendencia con el tallador, el buen resultado de sus tretas y otras muchas cosas, que aunque todos los presentes le habían escuchado en diversas ocasiones, él creyó de extremada oportunidad repetirlo después de lo de Faquimo.

Esteban, creyendo que el sonrojo y visible alteración de Manuelilla era casto pudor de enamorada, entusiasmado y complacido de lo que él creía su triunfo, dijo así, con acento de cómico de la legua en drama de capa y espada:

—Hablando ahora con formalidad, debo decirte que mi corazón no ha hecho más que preguntar por ti durante la ausencia. Te quiero, muchacha, tanto, como tú puedas quererme.

A todo esto, la hora de cenar fué amagando en todos los estómagos, y algún que otro visitante hubo de hacerse cruces en la boca, porque indiscreta se le abría. Con esto comenzó el desfile, que no tardó en acabar.

—¡Oh, qué buen don Juan hago yo, tía Trinidad!—exclamó Esteban luego que se hallaron solos.—La cosa va muy bien.

—Pues me pareció que no te hacía mucho caso.

—Quiá! no señora. Usted no entiende la aguja de marear como yo. Quiere hacerse de rogar. En cuanto le hablé al alma, se ruborizó. Si soy yo muy bachiller

en esto de amoríos. Si usted supiera, tía Trinidad, qué conquistas hice en Madrid!...

—Ya estás bueno, ya.

—Pero no le diga usted nada á nadie.





XVI

La ronda de San Juan

Renunciamos á transcribir el sermón de la tía Antonia, así que ella y la sobrina se hallaron sin testigos. Por fortuna, achacó á demasiada cortedad y exagerado rubor el silencio y marcado desvío con que Manuela había escuchado los floreos del *don Juan*, y llamándola boba y gatita melindrosa, la dejó en paz con el propósito firme de no corresponder á tales finezas de enamorado. Á la verdad, y usando con perdón de los lectores de una frase demasiado vulgar, el licenciadito se le había sentado en la boca del estómago; y en el parangón en que forzosamente ponía á Esteban

con Tomás, resultaba éste tan sencillo, tan franco, tan enamorado y tan ingenuo, y aquél tan orgulloso, tan adulador, tan falso y tan pedante, que tanto más se inclinaba á querer al uno cuanto á odiar al otro.

Aumentó la repugnancia de Manuela con las dos ó tres veces que le viera, después del día de la llegada, y también aumentó la incomodidad de la tía, quien de temor no se enfriara el enamorador, hízole decir que la muchacha le quería mucho, sólo que como era tan jovencica, casi una niña, por eso se avergonzaba tanto; pero que debía estar contento de que tan pudorosa y recatada fuera su futura y no tan descocada y libre como eran otras, y así, que confiara y no desmayase. Todo se lo creyó muy bonitamente el vano licenciado, que aunque maldito el cariño le tenía, sin embargo, convenía con su padre en lo ventajoso de aquella boda, pues su casa no estaba muy lucida (como con harta razón sospechaba la señora Victoria, mientras su alucinada hermana creía lo contrario); y además eso de casarse pronto le halagaba mucho.

Desde la antevíspera de San Juan se dijo por el pueblo que el hijo del alcalde preparaba una gran serenata á Manuelilla y que secretamente se había arreglado con los mejores punteadores de guitarra villembrineses. Paquiloco parecía ser uno de los comprometidos.

El día de la víspera llegó; se pasó y cerró la noche. Manuelilla disgustada y triste, tuvo por obedecer á la tía que acostarse, no más que aligerada de ropa con el fin de levantarse presto, así que se sintiera la ronda.

Transportada en el benéfico paréntesis del sueño á otro lugar más grato, vió á Faquimo arrodillado delante de ella, jurándola nuevamente que la quería con el alma y que antes se dejaría destrozar que verla esposa de otro. Cuando en tales ensueños andaba, hiciéronla abrir los ojos unos fuertes ladridos que venían del corral.

Al punto comprendió la causa de alboroto semejante tan á deshora, y en efecto sintió pisadas de hombres en la calle, toses, rumor de voces que hablaban quedamente y, por último, sonidos ya broncos ya agudos, producidos en las cuerdas de las guitarras por los hábiles dedos que templaban las cuerdas.

Más por fuerza que de grado, se sentó en el lecho la soñolienta zagala, buscó á tientas los zapatos, se los puso, y buscando la entornada puerta por el resplandor de la mariposa, que, como todas las noches, ardía en el aposento intermedio entre su dormitorio y el de los tíos, fué á tocar en la puerta de éste; pues la señora Antonia no la había dado más encargo.

Vinieron al cuarto de Manuelilla ella y su tía á punto que las guitarras principiaban un fandango. Abrieron el postigo de una ventana para mirar tras de los vidrios y oir mejor, y estándose quedas escucharon una voz que rompió de pronto con esta canción:

«Manuelilla, Manuela,
flor de romero,
no le digas á nadie
que yo te quiero.»

¡Cuál no sería el asombro de la moza al conocer que aquella voz fresca, alegre, que tan bien se unía al rasgueo de las guitarras, era la de Faquimo! ¡Cómo se alborozó de oirle! ¡Qué espontáneo sentimiento de gratitud se levantó de súbito en su alma! Pero nada se atrevió á decir á su tía; disimuló, y eso que el corazón le latía y toda ella temblaba de emoción.

Empezando Faquimo solo cada verso y uniéndosele luego cuatro ó cinco voces más, repitieron la seguidilla. Entre las voces del coro advirtió Manuela una que chillaba mucho, sin duda para hacerse oir mejor, y que lo hacía muy mal; pero esta voz le dió ira: era la

del Esteban. Mirando á través de los vidrios con mucho cuidado, buscó entre las siluetas negras de los rondadores á Faquimo, y en efecto le distinguió en el más gallardo y más apuesto de todos.

Por un buen espacio de tiempo sólo se dejaron escuchar las guitarras; al cabo, otra vez la voz de Faquimo cantó con más brío y más gracia que la primera, la siguiente, que bien conoció la moza era invención de su amante:

La Virgen de los Cardos
habita ahora
en el corazoncico
de mi paloma.

—Calla. ¿No es Faquimo ese que canta?—dijo la tía Antonia.

—Sí... él es—murmuró la sobrina.

—¡Y qué bien que lo hace ese borrego! Es de lo único que sabe.

De pronto se oyó:

«Cada vez que te veo
para mí digo:
—Á mi prójimo amo
como á mí mismo.»

—Chica, no puedes quejarte, que la serenata es bien buena—repuso la tía.—Mira, Homobono cuando éramos novios, no me la dió tan lucida. Debes quererle mucho. Ya ves, si no te tuviera voluntad, no te daría esta serenata. ¡Cómo siento que no la oiga tu tío! pero, hija, á nada que le dije que se vistiera, empezó á gruñir que no estaba él para embelecos de músicas á estas horas. Como tiene ese genio tan así...

Entre tanto Manuelilla pensaba en lo bien que el

astuto de Faquimo se la estaba jugando de puño al licenciadito, pues aunque éste le habría ajustado como cantor, Faquimo cantaba por su cuenta. Y bañándose en agua de rosas inventaba mil burlas y cuchufletas al Esteban. De buen grado se las hubiera dicho.

Faquimo rompió de nuevo con voz arrogante y poderosa:

En mi memoria vive
tu juramento,
y el mío escondidico
dentro del pecho.

Á Manuela le dió un brinco el corazón y aun manifestó su júbilo con exclamaciones, risas y palmoteos, que mucho agradaron á su tía.

—¡Qué pico tiene ese Tomás! parece que se lo dicen al oído—dijo.

Y para su camisa rezaba: «¡Rabia, Esteban, rabia!»

Acabado el fandango los rondadores estuvieron un rato templando las guitarras, y al cabo rompieron con una jota. Entonces le tocaba cantar al licenciado, sin duda, pues con voz agria, como de gallina ronca, salió el muy romántico con la siguiente:

«De tres colores se viste,
señora, mi corazón:
encarnado, azul y verde,
que son tres flechas de amor.»

Manuelilla entre tanto hacía juramento de no quererle nunca, aunque se vistiera de rey de España ó emperador de las Indias.

Por fortuna sólo tuvo voz el nuevo cantor para echar tres ó cuatro coplejas más por el estilo, pues comenzó á toser, y dejó el puesto á Faquimo, quien como para

dar á entender á su zagalica la paciencia de que había menester para escuchar las canciones del Esteban, echó la siguiente:

«Un corazón de madera
tengo que mandar hacer,
que ni sienta ni padezca
ni sepa lo que es querer.»

Después para manifestarle la voluntad que le tenía, cantó aquella copleja que ya de sus labios había oído Manuelilla también, y que dice:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera,
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera.»

Acabada la jota, y mientras templaban nuevamente, tía y sobrina sintieron el roce en las tapias del que se subía á colocar en la ventana la rama de álamo que se acostumbra en tales fiestas de enamorados. Ellas se apartaron del cristal un momento para no ser advertidas.

Después, así como por vía de despedida, rompieron las voces de todos los rondadores, al mismo tiempo que las guitarras, con una rondeña:

«Mañanita de San Juan
madruga, niña, temprano
para darle el corazón
al galán que puso el ramo.»

Y con esta despedida obligada se fueron.

Manuelilla volvió á acostarse y su sueño fué más tranquilo y dulce, como no lo había sido desde la noche

de aquel día en que Faquimo le declaró su amor. Sólo ya cerca de la madrugada le pareció sentir un rumor, como de nuevos ladridos en el corral; pero ni abrió los ojos.

Apenas despuntaba el alba cuando se asomó á la ventana. El cielo estaba gris, argentado por pálidos é indecisos vislumbres de la luz del día que poco á poco atenuaba la de las estrellas ya escasas y empequeñecidas: gris también y como envuelto en indecisa niebla estaba todo el paisaje: mustio el río, sombríos los matorrales de la orilla, solitarios de luz y color los prados. Toda la naturaleza parecía adormida. El viento soplaba tenue, pero frío.

En el alféizar de la ventana halló la rama de álamo, y también un ramito de aquel tomillo silvestre de tan buen olor que se criaba en la Granjilla. Al punto acudió á su memoria el recuerdo de los últimos ladridos que confusamente advirtiera entre sueños, y luego cayó en la cuenta de quién había puesto aquel ramo y lo que significaba. Enternecióse de alegría y echó nuevas bendiciones á Faquimo desde el fondo de su alma por la prudencia é ingenio con que le había regalado y galanteado burlando los intentos del Esteban.

Por un buen rato estuvo contemplando el tomillo silvestre y gustando de su rústico perfume. Y vió insensiblemente cómo se apagaban las estrellas; y cómo la bóveda del cielo iba haciéndose más diáfana por la claridad del nuevo día; cómo empezaban á sonreir y á brillar las cristalinas aguas; cómo los arbustos se embellecían con la luz; cómo se doraban las mieses y se coloreaban las florecillas. La naturaleza despertaba. Y vió también que allá en el horizonte se dibujaban las lomas de las montañas, y por fin que un rayo, aún débil pero hermoso y puro como mensajero de Dios, inauguraba los esplendores del sol sobre el llano de la Granjilla y el Cerrillo del Diablo.

¡Imposible explicar los goces íntimos é ignotos de aquel alma cándida y enamorada ante espectáculo tan poético y admirable!





XVII

Tempestad doméstica

De una en otra, se hizo ya costumbre todas la tardes reunirse de tertulia lo mejorcito del pue blo en casa de los Horcajos, donde se charlaba con mutuo contento hasta la hora de cenar. Se eligió para este fin el patio como sitio más fresco.

Dió lugar á cosa tan nueva el noviazgo de Esteban y Manuelilla. Mientras estos tenían su palique, el alcalde, el boticario, el dómine, el bienaventurado del señor cura, doña Trinidad y otros vecinos, departían entre sí y con los de casa.

Este acontecimiento dió que decir no poco, pues salvo el memorable día de San Antonio, nadie visitaba aquella casa más que muy rara vez, por lo esquivos y despegados que eran sus moradores, los cuales parecían galápagos en la concha. Pero aún había un motivo de mayor asombro que la tertulia en sí: no sólo el señor Homobono y su consorte se presentaban aseados, ya que no elegantes, sino que como á prima tarde se obsequiaba con frutos sazonados ó roscos de boda y medias copas de leche, á los tertulianos; y al señor cura y á doña Trinidad, por achaque de la bilis, con un cangilón de chocolate por barba, acompañado de bizcochos. Bien que esto no era todos los días, pues á veces reuníanse tarde y en escaso número, y alguno solía excusarse por lo demasiado próximo de la hora de cenar; pero en fin, ello es que allí se llenaba el monago á costa del señor Homobono, y esto no tenía ejemplo ni precedente.

No faltó vecino murmurador, de los que huelen de largo, que dijera que aquel despilfarro tan inaudito, no era ni más ni menos que el cebo que ponían al alcalde para engolosinarlo, y que sin su cuenta y razón no se hacía tan rumboso el Homobonito como para dar de merendar gratis á cuantos llegaran con pretexto de la tertulia. En lo único que se equivocaba este *pájaro*, era en suponer que don Lucas se dejaba engañar, pues estaba tan al cabo de la trama como él, solamente que se hacía la cuenta consabida de: *dame pan y llámame tonto*.

En la tertulia había aquello de mucho saludo y cara de pascua por parte del señor Homobono, y más aún

de la Antonia, que era la motora de todo el belén: mucho de poner en las nubes al licenciado, y á su padre y á toda la parentela de los Igualadas, trayendo á colación con tal propósito, la bondad y honradez del difunto don Blas: mucho de *darse tono*, como se dice vulgarmente, con las haciendas propias. En fin, que la señora Antonia llevaba muy bien el negocio. Pero esto era á costa de alguna que otra trifulca con su indigesto consorte, que por mor del resentimiento del bolsillo, no le iba pareciendo tan bien como al principio lo del *gaudeamus;* como tampoco ciertas cosas que solía decir la Antonia para hacer ver el bienestar de la casa. Pero Homobono rezaba un poco y acababa por callar.

Mas no se piense por esto que Esteban fué tan afortunado que consiguiera cautivar el corazón de la zagala. Pues si desvío manifestó ésta con su silencio en un principio, no estaba ahora menos esquiva; apenas le respondía más que con monosílabos ó movimientos de cabeza, eludiendo siempre satisfacer la respuesta que más deseaba el enamorador: si le quería. Él seguía achacando el silencio, á recato é inocencia propios de una niña bien criada; y creyéndose ducho y experimentado, tomaba el galanteo con calma, y hoy se ponía de monos, y mañana mostrándose rendido, escopetaba un discurso, de antemano estudiado, cuyo éxito fiaba á tres ó cuatro frases de gran efecto. Discursos que, para mayor desesperación suya, Manuelilla escuchaba impasible.

Llegó á incomodarse formalmente el muchacho, y para darla celos, pasó casi toda una tarde junto á otra muchacha, con la que no cesó de hablar. De presumir es el jolgorio que le entró á Manuelilla de verse libre del moscardón.

Pero así que se fueron los tertuliantes, riéndose estaba de la formalidad con que Esteban había tomado

el papel de novio ofendido, cuando sintió venir á la tía, con más furia que el monstruo del Apocalipsis según hacía retemblar el pavimento con las rudas pisadas; y la vió entrar en el aposento, y acercársela, y tomarla por un brazo con tal ímpetu que la levantó de la silla en que estaba, y oprimiéndosele cruelmente decirla, en voz queda y demudada por la ira:

—¡Marmota, marmotona; chicuela y más que chicuela; orgullosota y más que orgullosota! ¿Has visto cómo se desvía de ti? ¿los desprecios que te ha hecho? ¿Te parece bien que todo el mundo se ría ahora de nosotros? ¡Que digan que eres un pedazote de carne con ojos, sin educación ni miramientos? Murmurarán de nosotros: «Está bueno el modo de enseñarla. Vaya una pepla que se va á llevar el Esteban.»

Todo esto lo decía abriendo de tal modo los ojos, poniéndolos tan amenazadores, gesticulando tan desmesuradamente con labios y dientes y acercando tanto su rostro al de Manuelilla, que no parecía sino que se la iba á devorar con ferocidad implacable. Pero nada de esto, ni lo furibundo del discurso amedrentó á la doncella, sino antes bien hiriéndola é incomodándola, murmuró desviándose bruscamente, con los ojos bajos y con gesto de enfado:

—Pues porque tontea él.

—¡Pero, chica! Oiga, oiga la melindrosa... ¡Si me dan ganas!...

La tía acompañó esta frase, dicha con los dientes apretados, á la acción de levantar el puño.—Dios me perdone; que ni sé lo que iba á decir. ¿Te parece, empecatada criatura (que no parece sino que tengas el mismo demonio drento del cuerpo), te parece que el hijo del alcalde es así, cualquier mozuelo á quien se pueden poner reparos? Un muchacho que en todo el pueblo le hay más sabido, ni de mejor sangre, ni más decente, ni más hacendado; que acaba de venir de la

corte; que es abogado ya? ¿Te parece, mostrenca, que le puedes poner reparos? ¿En qué piensas? ¿Estás enamoriscada por ahí de cualquier zopenco? ¿Quién se le puede igualar en todo el lugar? Pues sí, que hay muchos Igualadas. Hazle ascos al muy feote, que tiene sarna.

—Pues yo no le quiero, ea...—dijo Manuelilla con altanero desenfado.

La tía, llena de coraje, sacudió despiadadamente un mediano manotón en mitad del hechicero rostro de la zagala, quien más ofendida con esto balbuceó algún razonamiento con que quizá se hubiera comprometido descubriéndolo todo, á no ahogar su respuesta copioso llanto de despecho.

—Calla, deslenguada. ¿Y es éste el agradecimiento de lo que una ha hecho por ti? ¡Yo que he sido tu madre! Cuide usted de su hacienda, traiga usted tertulia para que hable con el novio... ¡Mira, Manuela... mira!...—añadió tomándola nuevamente el brazo.— ¡Mira!... Piensa lo que has dicho y ven luego á pedirme perdón. ¡Te casarás con él! ¿Entiendes, mocosa? Y cuidadito, porque á testaruda nadie ha ganado el pleito todavía á la hija de mi madre. Y mira que te lo digo ahora; óyelo bien: ó te casas con el Esteban ó te pongo á servir en Madrid ú en Salamanca ú en cualquier pueblo, como la hija de la señora Lucía ó la hermana de Paquiloco. Y nada más. ¿Pues qué, te mantenemos y te criamos para que hagas tu capricho? Los hombres: esos, son los que pueden elegir. Pero, una muchacha? y más tú que no tienes madre? Y mira...—repuso ya marchándose, con una risa, fiel pintura de su tesón y orgullo—mira que, como vuelvas á hacer lo que has hecho esta tarde, como á un chiquillo de la escuela te voy á vapular hasta levantarte verdugón; ¡que de mí no te ríes tú!

¡Pobre Manuela, cuánto lloró y con qué desconsuelo

su triste y desventurado destino! ¿Qué hacer en tan dura alternativa? ¿Seguir despreciando al Esteban? ¿Declarar que amaba á Faquimo? Entonces no había duda que paraba de sirvienta en la corte ó Dios sabía dónde; que la tía Antonia tenía tesón para cumplirlo como lo había dicho. ¿Era mejor fingir amor al uno amando secretamente al otro? ¿Y si Faquimo juzgando por las apariencias la creía infiel al juramento que le había hecho? Además, habíasele ido haciendo tan odioso Esteban, tan violento obedecer las arbitrarias conveniencias de la tía, que no hallaba medio de resignarse ni á fingir siquiera. Le parecía criminal andar con tales comedias, cuando con tantas veras amaba al desventurado mozo. Pero al cabo, qué podía hacer sino tomar este último partido? Así lo hizo; pero también levantó su alma al cielo y emplazó nuevamente á Dios como testigo de su inquebrantable resolución de no casarse con Esteban, y fuera cual fuera su suerte en lo venidero, amar siempre y con todo su corazón á Faquimo.





XVIII

El número dos

Cuando á la tarde siguiente vino el licenciado á ver á su futura, y la halló contenta y no triste, amable y no esquiva cual de ordinario estaba en días anteriores, materialmente se le esponjó el amor propio dentro del cuerpo, pues atribuyendo tal cambio, en que pretendía ver algo de sumisión, á su firmeza de voluntad en estar *de monos* toda una tarde, no podía menos de reconocerse Tenorio experimentado, con ejecutoria de maestro en el tal arte de enamorar á las hijas de Eva. ¿Quién le tosía á él para burlar añagazas, despreciar melindres y componer máculas de la débil mujer?

Aquel día la declaración estuvo nuevamente en su punto; y al cabo los labios de Manuelilla fueron perjuros. Pero solamente los labios.

A todo esto el sorteo de los mozos que entraban en quinta llegó antes de acabarse el mes que corría. Fué en domingo, y como es natural, hubo grande agitación

en el pueblo desde la noche antes. ¡Qué día más crítico aquel! ¡Qué ansiedad los mozos! ¡Qué llanto las madres! ¡Qué angustia los padres y los hermanos! Antes del sorteo, ¡cuántas deprecaciones á Dios! Después, ¡cuántas maldiciones á los hombres!

El único mozo que lo tomó despreocupadamente, con asombro de todos sus camaradas, fué Faquimo. Estuvo de burla y cuchufleta toda la mañana, y Remigio, el alguacil, le amonestó de mal modo y aun le amenazó con encerrarle en la cuadra que hacía de prevención, porque cantaba á voz en grito, en el portal mismo del Ayuntamiento, coplas como ésta:

El cuartel es una venta,
el sargento es el ventero,
los soldados son los burros,
los cabos los arrieros.

Entre tanto Manuelilla, fingiendo interés por la suerte de Esteban, aunque sabía que de todos modos se libraba, asomábase á cada momento á una ventana por ver si venía según la prometió. Y en vista de tan buen deseo, que rayaba en puerilidad, la tía estaba contentísima. Es que no sabía lo que con tanto ventaneo anhelaba ver la zagala.

Por fin lo vió, y trémula de emoción, sin saber si sentía júbilo ó duelo profundo ¡tal era su incertidumbre! corrió hacia la escalera, diciéndose calladamente con transporte: «Es él!»

Aguardóle asomada á la barandilla de la escalera, y en cuanto le vió, preguntóle con ansiedad lo que tanto deseaba:

—¿Qué número tienes?

Y Tomás, sonriendo, contestó ingenuamente:

—El número dos.

Manuelilla se echó á llorar. Acercósele el mozo, y con ternura le dijo quedamente:

—¿Por qué te afliges, corderica? ¿Pues no ves que yo me río?

—Ya no puedes librarte...

—¡Toma! eso ya lo sabía yo. ¿No ves que no somos más de siete mozos en el pueblo y piden seis? Al Esteban le hubiera librado su padre.

—Yo creía que no importaba eso para librarte tú si hubieses sacado el último número.

—¡Qué boba!

—Pero ¿él ha sacado el último número?

—Sí...

—¡Malhaya sea su suerte!—exclamó la zagala con desesperación.

—Pero no llores ni maldigas, Manuela. ¿Qué culpa tiene él de que echen quintas ni de que haya guerra?

—Pues te digo—repuso ella llena de despecho y de cólera—que ¡mal haya sea él, y el que inventó la quinta, y el que inventó la guerra!...

Después de frases tan terribles, sólo se escuchó rumor de llanto desconsolador.

—Vamos, cálmate, Manuela, y no te aflijas por Tomás—le dijo éste cogiéndole una mano con timidez.—Ya sabes lo que te juré. No te aflijas. Y desde ahora te digo, Manuela, desde ahora te digo... (el mozo acentuó estas palabras no sólo con los labios, sino con la mirada y con la acción de oprimir los dedos de la zagala que entre los suyos tenía prisioneros), desde ahora te digo... que más que te cuenten lo que te cuenten de Tomás, y aunque parezca que todo se le vuelve contrario ó enemigo, no desconfíes de volverlo á ver ni pienses que no te quiere... ¿oyes?

—¿Y qué quieres decir con todo eso?

—Nada: ya lo sabrás.

Sintieron pisadas en la escalera, lo cual les impidió hablar más, cosa de que Faquimo se alegró, pues no deseaba dar explicaciones. Entráronse á la sala del

San Antonio procurando serenarse, ella sobre todo. Pero ¡ay! las huellas del llanto son muy traidoras, y así que las hubo advertido el importuno, quien no era otro que Esteban, exclamó:

—¡Cómo! ¿has llorado, Manuela? Vaya, cualquier borricada de este papanatas.

—No señor—contestó Faquimo descubriéndose y disimulando con habilidad pasmosa el mal efecto que le produjo el insulto;—yo no la he dicho más que... que Juanillico, el hijo de don Lupercio Alpuente, ha sacado el número tres, por lo cual su madre, la pobre señora Petra, ha hecho tanto duelo y echado aquellas maldiciones tan terribles en la puerta de la Alcaldía. Bien lo habrá usted oído. Y como se lo pinté tan al vivo y ella es muy blanda de corazón, se puso á llorar.

—¡Qué me vienes á mí con cuentos! Le habrás venido diciendo que yo tenía número bajo, y si te habían dicho que mi padre no me podía librar ú otra sandez por el estilo. Como si á mí me perteneciese ir á servir al rey, y á vosotros, paletazos, quedaros en el lugar haciendo el haragán. Ó como si mi padre no tuviese ocho mil reales de sobra. Nada, envidias. Apuesto á que se lo has dicho por gusto de verla llorar.

—No, señorito; que diga ella lo que la he dicho—repuso Faquimo con fingida ingenuidad;—di, Manuela, ¿no es verdad que sólo te he hablado de lo de Juanillico?

—Oye, gaznápiro—le interrumpió con mal tono el orgulloso licenciado.—¿En qué bodegón has comido junto á la chica? ¿Quién eres tú para tutearla? ¡Bruto! ¡Zafiote! ¡Si no tenéis educación, estáis como los cafres! ¡Qué! Peor; como los cerdos!

En esto apareció en escena la señora Antonia, quien puesta en cólera con lo que del mozo la refirió Esteban, unió al sermón de éste otro más disparatado. Faquimo hubo de echar mano de la prudencia de que carecían una y otro, y aún más; que de otro modo

hubiese dicho muchas cosas. Fué mejor que callara.

Envalentonado Esteban con el ejemplo de la tía y el silencio del mozo, y queriendo aún avergonzarlo más, le dijo:

—¿Y te estás tan fresco? ¿Quién te crees tú? ¿No sabes que eres hijo del Moro? Mira, animal, véte, porque no quiero hacer una barbaridad. Señora Antonia —añadió levantando la voz—si está aquí por más tiempo... se me figura que lo tiro por la ventana.

Faquimo le miró entonces de un modo particular. Es que dudó si arrancarle la lengua ó marcharse en efecto. Por fortuna los ojos de Manuelilla le suplicaron de tal modo, que sin decir una palabra, salió de la estancia y luego se le sintió bajar á pasos desiguales, fuertes y precipitados, y al mismo tiempo murmurar no se entendió qué, entre lamentos y gritos incomprensibles. Iba desesperado. Manuelilla sintió el agudo dolor de una herida renovada traidoramente en su corazón; pero al cabo pudo disimular.

—¡Qué borricos son estos muchachotes, Virgen de los Remedios!—exclamó la señora Antonia.—Porque no creas, Esteban, que á este chico le recogió, cuando era una criatura, mi cuñado Gaspar; cuando no levantaba más que tanto así. Allá le enseñó las labores, y como él venía ya un poco espabilado de casa del señor cura, tomó las liciones muy bien; de manera que cátate á Faquimo en cá mi hermana como si le hubiera parido ella. Y como ésta vivió allí cuando era una rapazuela como él, jugaban juntos y se trataban de iguales: de tú. Pero ahora que él es un mocetón, no sé cómo no se le cae la cara de vergüenza. Bien sabe cuándo lo hace; delante de mí no recuerdo que le haya tomado tal libertad.

Después Manuelilla y Esteban tuvieron una explicación sobre las indiscretas lágrimas origen del altercado. La zagala consiguió corroborar cuanto había dicho Faquimo acerca del particular, de forma que Esteban

se conformó al cabo, sin caer en la cuenta de cuya era la verdadera causa de duelo semejante.

Al domingo siguiente fué la talla y declaración de soldados. De uno de los mozos se dijo que, para no llegar á la talla, no probó otra cosa que agua desde la víspera á medio día, y después, digno émulo del señor Frutos en su caso, salió del pueblo anochecido y no volvió hasta las cinco de la mañana, trayendo el cansancio de ocho horas de camino por sendas, vericuetos y carreteras, y una bota mediana, de aceite, que se llevó, vacía y todo el líquido en su estómago. También vinieron, tempranito, los mozos de algunos pueblecillos circunvecinos, que por ser éstos muy reducidos acudían á tallarse en Villembrines; y asimismo el tallador, sargento muy forzudo, como era menester para el caso, de peor catadura que el moro Faquimo, con bigotazos negros, y de aquellos que llevan la gorra de cuartel agachada sobre la oreja izquierda, y hablan en andaluz aun cuando no han nacido en Andalucía.

Pero de los mozos de Villembrines ninguno se salvó por la talla, cosa que ya sabían ellos de antemano, pues los mozos de Villembrines eran muy buenos mozos.



XIX

Una visita de don Lucas, y una noticia muy mala



PASÓ justa una semana sin que ocurriera suceso alguno que de mencionarse sea. Manuelilla y Esteban se vieron y hablaron todas las tardes muy contentos, al parecer; mientras los tertulios murmuraban más ó menos, y el cura jugaba al tute (juego en que tenía fama de afortunado y diestro) en compañía del alcalde, ó del señor Frutos, aunque éste prefería el chilindrón ó la pechigonga.

Llegó el domingo, y don Lucas se compuso como en los días que repicaban gordo, con la levita de alpaca, la corbata de seda azul y blanca, el pantalón de lanilla claro y el sombrero de copa. Así ataviado, con un bastón, que no era el de autoridad, bajo el brazo, viéronle los vecinos dirigirse, poniéndose los guantes, hacia casa de los Horcajos, donde se dejó caer entre tres y media y cuatro.

Fué pasado á la sala, donde se presentaron ambos

cónyuges. Le saludaron con agasajo y extremados cumplimientos, le condujeron á un sofá, hicieron que se sentara en él, y ellos se colocaron en dos sillones.

El alcalde habló primeramente de lo excesivo del calor, mientras paseaba por su cabeza y cuello un pañolón de seda de muchos colorines; después, por centésima vez, de lo mal que se recaudaba la contribución; luego, por diezmillonésima, de la cosecha; luego de otras zarandajas muy manoseadas; y por último, creyendo que todo esto era preámbulo más que suficiente, decidióse á abordar la cuestión principal.

—Pues mi señora doña Antonia, y mi señor Homobono—dijo—ha llegado el caso (creo yo que ha llegado el caso) de que hablemos de los negocios de los chicos. Ya se ve, como uno se va haciendo viejo y luego se muere y deja el fruto de sus trabajos, sus haciendas y su fortuna al que lleva su sangre juntamente con su nombre y honra, justo es dejarlo también con esposa para que se haga más hombre y más juicioso. Además de que es una satisfacción para un padre ver á su hijo ya casado y feliz.

—Es verdad, habla usted muy bien, señor don Lucas—dijeron ambos cónyuges.

— Mi Esteban no es ninguna lumbrera, ni posee tesoros escondidos... pero...

—¡Por Dios, señor don Lucas! Demasiado sabemos lo que es y lo mucho que vale el Esteban — repuso la Antonia.

—Pero, en fin, él no es tonto—continuó don Lucas—ni tampoco pobre. Además, yo le he examinado muy bien, y no me parece que ha traído malas mañas de aquel Madrid, donde tantas cosas malas abundan. En suma, yo creo que mi Esteban ha de honrar á su padre, sí señor, y á su abuelo. Él quiere bien á la muchacha, lo sé bien porque me lo ha declarado formalmente. Y la muchacha parece que le quiere á él

también. Yo ya le he dicho: tan buena podrás encontrarla; pero lo que es mejor, en ninguna parte.

—Favor que usted la hace á ella y á nosotros, señor don Lucas—dijo la Antonia.

—No señora, no. La Manuela ya sé yo que está criada con muchísimo celo, y que es muy buena, y que sabe lo que es trabajar en casa.

—Ay, eso sí señor; porque, otra cosa podrá tener, ya ve usted, al cabo, como aquel que dice, es hija de pobres; pero, camisa que ponerse no le ha de faltar á su marido, que hacendosilla lo es.

—Bueno, pues queriéndose los dos, nada más natural que les echen las bendiciones, y *pax Cristi*. De ustedes no hay que hablar, que como decía mi padre: Los Horcajos el oro del pueblo.» Ya saben que les estimo tanto ó más que mi difunto padre (que esté en gloria).

—Ay, señor don Lucas, cuánto nos honra usted!—murmuró el Homobono.—En cuanto á nosotros, bien lo sabe usted: no hemos tenido otro aquel que por los Igualadas. Siempre han sido nuestros preferidos.

—Y que no es porque don Lucas esté delante, pero ¿dónde ha habido nunca quien se les compare?—dijo la Antonia interrumpiendo á su marido.—Bien se lo he dicho yo á la chica: hija, más suerte has tenido que tu madre y tus tías, porque el que ha puesto en ti los ojos se merece una señora principal de la corte. Tan buen mozo, tan decente, con tan provechosa carrera, y además tan bien educado.

Así continuaron los piropos y alabanzas de una y otra parte, hasta que Homobono dijo á su mujer:

—Anda, Antonia, llama á la chica para que ella misma conteste á don Lucas.

Lo que pasó allá dentro entre tía y sobrina, es de presumir.

Poco tardaron ambas en presentarse. Manuela, adecentada y pulcra cual convenía, tomó asiento en el

sofá, por invitación de su futuro suegro, cortada y silenciosa.

—Manuela—le dijo el tío Homobono, con un tono melifluo, de fiesta, que pocas veces usaba—el señor don Lucas ha venido á pedirnos tu mano para su señor hijo. Nosotros, no sólo se la concedemos, sino que no acertamos á agradecerle. Pero es menester que tú digas si eres gustosa de recibirle por esposo; que aunque nosotros ya conocemos tu intención, es menester que tú misma se lo digas al señor don Lucas.

—Pero ella ¿qué ha de decir? Tan corderota y tan inocente como es, que á esta chica enjamás se la han conocido resabios—argumentaba la señora Antonia.—¿Qué ha de hacer sino querer á ese ángel que usted tiene por hijo? Bien me lo dijo á mí que le quería. ¿Verdad, muchacha? Anda, contesta al señor don Lucas.

Y la cogió la cara por la barba, manifestando un cariño á que no estaba acostumbrada la muchacha. A la pobre se la puso el rostro arrebolado y el alma tan triste, como un campo florido cuando se anubla el sol que le alumbra. ¿Qué decir? Era forzoso decidirse, y decidirse pronto, en seguida. ¿Arrancaría para siempre de su corazón aquello que tanto apreciaba? ¿Mentiría otra vez?

—Sí...—dijo al cabo, llena de rubor.

Al oir esto esponjáronse los tíos, y no poco se satisfizo el alcalde. Creían su triunfo asegurado.

Hablaron de la boda, decidiéndose que sería pronto, dando por sentado que á los futuros les esperaba la felicidad más completa á que fuera dado aspirar en los límites de lo humano.

Por último, el alcalde se levantó, y ya se despedía cuando apareció la señora Victoria, visiblemente disgustada, fatigosa y sudando.

—A casa de usted iba á llegarme, señor don Lucas—dijo.—Ay! qué cansada vengo, Dios mío! Está tan largo

mi casa y he dado tantas vueltas!... Hola, hermana.

—Pues qué le ocurre á usted, señora Victoria? Está usted desencajada.

—¡Válgame el cielo! ¡Si ustedes no saben!...

—¿Está malo Gaspar? Pero, siéntate, mujer. ¿Quieres agua?

—No, no es eso. Es que Faquimo se ha escapado de casa.

—¡Cómo! ¿Qué dice usted, señora Victoria?—dijo el alcalde con asombro.

—Lo que usted oye, señor don Lucas.

—Pero ¿ustedes saben por qué ha hecho eso, ó adónde ha ido?

—No señor. Absolutamente nada hemos podido averiguar. El caso es que si lo hubiera hecho hace poco tiempo, cuando andaba triste y como desesperado, sin saber nosotros por qué, no nos hubiera parecido extraña cualquier borricada; pero no señor: si ahora estaba más divertido que nunca!... Todo el día cantando y bromeando. Anoche se fué á acostar con los otros mozos, tan campante, y esta mañana: Pues, y Faquimo? ¿Dónde está Faquimo? En ninguna parte se le halló. Yo he subido al pueblo temprano, he preguntado, y nadie le ha visto. Unos muleteros que acaban de llegar por el camino de Zarazales no recuerdan haberle encontrado. Los carreteros y caminantes de la parte de Artal y Villatorreznos, tampoco.

—¡Válgame Dios!—dijo el alcalde visiblemente preocupado. — Pues va á ser un enredo de todos los diablos que llegue el día de Santiago, en el cual deben estar los mozos en el partido, y no se presente él. Yo haré buscar á ese pobre desdichado. Sosiéguese usted, señora Victoria, que él parecerá.

—Es cierto, según he dicho, que andaba antes á trompicones con la suerte, como él decía. A la mejor se ponía muy loco y muy atascado... Pero esto de es-

caparse... Si no sabe una qué pensar ya. Gaspar está cavilando mucho. Ya ve usted, siempre en casa desde que era una criatura, luego huérfano, y tan bueno como es... Claro, le tiene una cariño. Porque si hubiera sido otro!... ¿que se fué? pues vaya bendito de Dios ó maldito de los demonios. Esta mañana se registró el pozo por ver si es que le había dado la empecatada idea de zambullirse allí dentro.

— ¡Virgen del Carmen! — exclamó Manuelilla, que hasta entonces había estado muda.

—Porque como muchas veces hablaba de matarse...

— No piense usted eso — dijo el alcalde. — Le habrá dado, así, un pronto, un arrebato, Dios sabe por qué, y andará por ahí merodeando por unos días; pero luego, cuando menos se lo piensen ustedes, amanece por la Granjilla. Ya lo verá usted, señora Victoria. Volverá, volverá.

—Tiene razón el señor alcalde—murmuró Homobono.

— Claro, no lo tomes tan á pechos, mujer — añadió la Antonia.—Mira tú, si no vuelve, tal día hará un año. ¿Qué vale el simplón ese? Anda, que lo coma el Moro Faquimo que lo parió.

Don Lucas se fué. Victoria permaneció en el asiento en que se dejara caer, habló poco, sin dejar de enjugarse el sudor de la frente y de abanicarse, y se encajó un buen trago de agua del botijo, á pico, sin respirar.

Antonia le habló de la buena nueva, dándose mucho tono. Ella manifestó con el gesto lo poco que la agradaba, pero nada dijo.

Sólo cuando se ponía en pie para irse, murmuró:

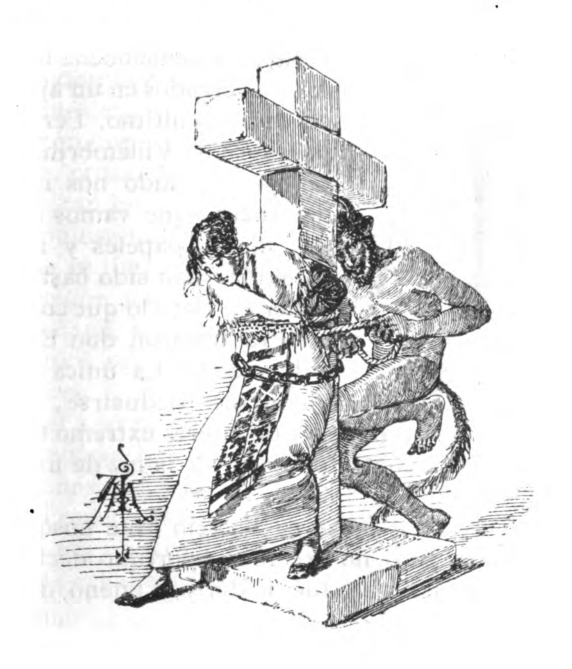
—Pues hija ¿qué quieres? cada cual tiene su manera de ver las cosas: á mí me parece que no ha escogido bien Manuela.

—Por qué?—dijo la Antonia secamente.

—Por nada, porque no me gusta ese partido. Si la chica viviera conmigo ó yo tuviese algún derecho sobre ella, lo que es con Esteban... no se casaba.

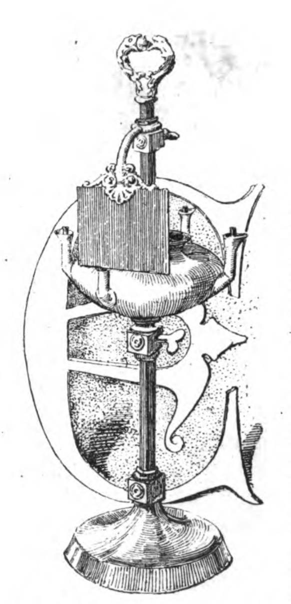
Y por evitar más réplicas, se despidió y se fué. Al acercarse á Manuela para besarla, ésta le miró de un modo que parecía decirle: «tía, sálveme usted.»

A solas después, Manuelilla lloró mucho. Las nuevas de Faquimo convenían muy bien con sus misteriosas palabras del día del sorteo; pero unido esto al último suceso, y no alcanzando qué fin podría tener semejante laberinto, parecióle su situación como la de un caminante, que en lo mejor de su ruta se viese asaltado por despiadados malhechores, los cuales, luego de robarle y maltratarle, le abandonasen amarrado á un árbol, desde donde viera alejarse á los desalmados con su fortuna. El tremendo árbol era la cruz del matrimonio, los malhechores el mismo Satanás que le amarraba con fuertes cadenas, y su preciada fortuna el fugitivo Tomás.



XX

Un viaje por los desiertos de Castilla



s fama que el cura y el alcalde pasaron aquella noche un buen rato encerrados en un aposento de casa del último. Pero ni el posadero de Villembrines, que tan por menudo nos informó del suceso que vamos narrando, ni los papeles y noticias recogidas han sido bastantes á poner en claro lo que con tanta reserva trataron don Ezequiel y don Lucas. La única verdad que parece deducirse, es que un negocio muy espinoso y de interés extremo trató de ventilarse entre cuatro paredes y á la luz de un velón de cuatro mecheros.

Pero fuera cual fuese el negocio (que nosotros lo sospechamos, pero no creemos oportuno decirlo), es lo cierto que, así como fué de día y el bueno del cura

dijo su misa, que la debió decir antes de las seis, vióse le jinete en una mula, enjaezada con albardón forrado de pelleja de oveja churra, y ataviado con sombrero de ala ancha, americana negra que solía llevar á caza, escopeta terciada y canana, salir como si á dicho ejercicio fuera, acompañado del secretario del Ayuntamiento, el cual montaba un macho muy lucido, y de un hermoso lebrel ya veterano en el oficio.

Por todo Villembrines se dijo que iban ambos en busca de Faquimo, cuya fuga era objeto de muchos y diversos comentarios y no pocas aventuradas y desatinadas suposiciones, y que sin duda el propósito del alcalde era ver si los saludables y caritativos consejos del cura y la diligencia del secretario lograban traer al descarriado mozo á su suelo y hogar, para no tener que buscarle como un facineroso por medio de la benemérita Guardia civil. Cierto era, en efecto, ese propósito, que desafiando los rigores del sol de estío y la desnudez de los campos comarcanos, ponían en práctica los dos caminantes.

Sigámosles.

Bajaron por la carretera en compañía del Guadarza, y luego, cruzándole por un sólido puente de piedra, dejaron tan buen compañero que les obsequiaba con el armonioso murmullo de su corriente y la hermosa vista de su límpido espejo, que parecía un retrato del alma, según la materializamos en el pensamiento como cosa diáfana, sosegada y cristalina, y subieron por un recuesto á cuya siniestra mano se extendían sendos barbechos.

Era el secretario de don Lucas el villembrinés de más conchas que se ha conocido. Gozaba entre sus convecinos categoría de semi-dios, pues por sus cualidades especialísimas para manejar los asuntos concejiles, era un irreemplazable *factotum* de la alcaldía. Él se las echaba de terrible, de previsor, de equitativo

y necesario, é imponía á todos el deber de creer en su honradez con fe tan ciega como la que tuviesen en Jesucristo y en la vida perdurable; y conminaba á los descreídos ó desconfiados con las iras del omnipotente don Lucas. En la doctrina del tal secretario, don Lucas era Dios y él la cabeza visible de la Iglesia.

Sin embargo: don Lucas, que para él era más que Dios, porque era tirano, omnímodo é inflexible; don Ezequiel, á quien miraba como si fuese su padre, según solía decir algunas veces; y el señor Frutos que sabía imponérsele y le miraba por encima del hombro, y á quien él llamaba su *maestro* por disimular con bromas la cordial antipatía que le profesaba, formaban la Trinidad que el amanuense adoraba en la tierra, y eran los únicos que le paraban los vuelos en sus alcaldadas y parlanchinerías.

Agapito Membrillo (tal era su nombre), tenía un físico capaz de entusiasmar á cualquier artista de los que buscan carácter y realismo, pues el rostro enjuto y pomuloso, de color cetrino, grandes ojos negros y bigote de guías levantadas y vueltas, y grave gesto de embuste y bellaquería unido al sombrerón de ala ancha, asemejábale á uno de aquellos cofrades del *Gran Tacaño* en el arte de perseguir bolsas, que Quevedo retrató con ingenio tan portentoso y agudeza tan peregrina. Sus miembros eran delgados, y todo su porte y empaque muy chistoso y singular.

Andando, andando, dieron los caminantes en el pueblecillo de Abroca, que era el primero que se hallaba siguiendo la carretera, y allí casi no faltó casa dónde indagar ni vecino á quién preguntar acerca del desaparecido en cuya busca iban. Pero nadie supo darles razón. Los carreteros y arrieros que por el camino hallaron, tampoco.

Con esperanza de encontrarle más lejos, se aprontaron á seguir su viaje con rumbo á Zarazales, donde

pensaban comer de lo que en unas alforjas muy repletas se había traído Membrillo. Y como por la novedad del caso y por su natural alegre iba el tal Membrillo muy inclinado á la broma y el dicharacho, sacó á relucir una botella de lo añejo, y poniéndola con cierta solemnidad á la distancia de su cuerpo que le permitía el brazo, exclamó guiñando los relucientes ojos con picardía:

—Padre cura, reze usted tres rosarios á San Pedro Jiménez, que si no, no se le dejo catar.

—Calla, borricote.

—Pues no hay más, que como no le reze usted, no le prueba. Mírele, mírele cómo reluce, ¿eh? Si sabrá el señor Agapito cómo se viaja por su tierra!

—¿Y de dónde la has sacado, tunante?

—Se la pedí á don Lucas. Y no crea usted, que no me la quería dar. Tiene en la bodega unas botellitas de éste, que le regaló no sé quién de la corte, sólo que no quiere que se sepa.

—Ya estás tú bueno, ya!

—Sí, que le hará usted ascos luego... ¿Pues y este otro mozo que viene aquí?—dijo sacando y presentando un frasco de aguardiente.—Cómo se transparenta, ¿verdad? Vamos, un traguete á la salud de Faquimo, señor cura.

—No, ahora no; después, cuando comamos.

—Vamos, empine el codo su paternidad, que esto abre el apetito aunque sea á un gigante de piedra.

Al fin don Ezequiel se echó un trago y luego Agapito otro, que valió por tres, y... (con perdón sea dicho) soltando un berrido formidable cuando se quitó la botella de los labios, dijo con voz enronquecida:

—Lo que es yo, si fuera cura, no había de decir misa más que con esto.

—No seas bruto, Agapito.

—¿Usted sabe, don Ezequiel, si por ventura este licor

le inventó Nuestro Señor Jesucristo?—repuso muy serio Membrillo, que le divertía ver cómo se incomodaba don Ezequiel.

—¡Pero tú estás empecatado hoy!

—Pues yo, estoy en que sí.

El cura no contestó á esto: había visto un pájaro á tiro, y tomando rápidamente su escopeta, dióle muerte con una certera perdigonada. El lebrel se apresuró á recoger la víctima.

—Buen tino, señor cura. ¿Ve usted? Antes ha desperdiciado usted lo menos ocho tiros, y en cuanto ha bebido la gracia de Dios, está usted tan listo. Si esto torna los tontos en avisados y los hipocondríacos en divertidos. Con veinte botellitas como ésta, hacía yo quebrantar los votos á cincuenta teatinos, aunque fuese Viernes Santo.

Todavía dijo más disparates Membrillo, pero don Ezequiel no quiso oirle ni contestarle, con lo cual consiguió que se callara.

Distinguieron á lo lejos, sobre un montecillo, una ermita de muros cenicientos y pobre tejado adornado por la cuidadosa naturaleza con jaramago y musgo. Sobre la puerta alzábanse dos palos unidos por un travesaño del cual pendía una campana; y encima del travesaño había una cruz de hierro. A la ardiente claridad del sol africano, que vierte poesía en los campos de nuestra España, sobre el fondo azul intenso del cielo, en aquel día de Julio, en medio de aquella llanura desnuda, sin un árbol, que tenía por límite las achatadas lomas, alla, lejos, muy lejos... la ermita estaba rodeada de una sosegada quietud, tan pobrecita, tan apartada, tan melancólica y conforme con su pobreza, que parecía uno de aquellos hombres austeros que en los primeros días de la iglesia cristiana se retiraban á vivir en el yermo.

Hacíale compañía, solamente, y eso á distancia de

dos tiros de piedra lo menos, un desenfrenado loco, de esos que azotan furiosos al viento con cuatro brazos á la par. La ermita era la imagen de la mansedumbre, el molino de la desesperación.

Algo de esto presintió, á pesar de su escaso sentimentalismo, el sencillo clérigo de Villembrines, pues dijo á su acompañante:

—Mira, mira ese cuál se mueve y gesticula como un condenado, mientras la casita de la Virgen está tan queda como un sepulcro. Anda, vamos allá. Rezaremos á la Virgen del Molino y saludaremos al hermanito Francisco.

Pusieron rumbo hacia la ermita, y así que llegaron y echaron pie á tierra, llamó don Ezequiel á la puerta. Cuando ésta se abrió, mostró á los viajeros la venerable figura de un anciano de barba luenga y crespa; rostro de facciones finas pero amarillo y arrugado, y ojos azules, cuya expresión de bondad y bienaventuranza era semejante en un todo á la de su vivienda. Vestía tosco sayal pardo, ceñido por una cuerda de nudos á la cintura, bajo el cual asomaban los pies desnudos.

—Ave María, hermano Francisco.

—La Virgen Santísima le guarde y le defienda, y también á su compañía—contestó al cura el ermitaño.

—Entren, entren á ver la señora mía—añadió.

Así lo hicieron ambos caminantes. Después que hubieron rezado ante la Virgen del Molino (pues tal era el nombre de aquella milagrosa imagen, porque decían haberse hallado en el molino cercano cuando de aquellas tierras se fueron los moros), don Ezequiel dijo al ermitaño cuyo era el objeto de su pasada á aquella hora, y le preguntó si por acaso había visto al mozo cuyas señas le dió.

Al oir todo esto el hermanito Francisco, pareció pre-

ocuparse, y después de un momento en que no desclavó los ojos del suelo, dijo:

—Pues mire usted, ese muchacho pasó aquí la noche de antes de ayer hasta que casi clareaba el día. Me pidió hospedaje por el amor de Dios, y se lo dí, como á otros caminantes otras veces.

—Tate, tate, que ya hemos hallado la liebre—dijo el cura muy sorprendido.—¿Y dice usted que se marchó antes de amanecer? ¿Pero no le dijo á usted nada de á dónde iba?

—Nada sé—contestó el ermitaño.

A don Ezequiel le dió la espina de que el hermanito Francisco sabía algo, y le apretó con muchas preguntas, pero nada pudo sacarle.

Despidiéronse, pues, de ermitaño y ermita, y tomaron rumbo á Zarazales, á buen paso, pues era ya tarde: eran las once y media.

Al cabo de una buena pieza ofreciéronseles unos inmensos prados donde Dios sabe las hanegas de trigo que habría. Segándole había muchos hombres cuyas camisas blancas y morenos rostros, con el sol que les daba de plano, lucían sobre la mies. Después de las eras veíanse las casitas del pueblo, reunidas en medio de una hondonada, en derredor de un campanario. Era éste de ladrillo, y según acusaban las ventanitas, que tenían igual forma que el ojo de una cerradura, según observó Membrillo, estaba construído por artífices moros. Con efecto, la torre y la iglesia de Zarazales eran una maravilla escondida é ignorada de arquitectura mudejar.

Llegaron por fin á Zarazales, donde tan inútiles fueron sus pesquisas como en Abroca, y eso que al acercarse á ciertos nidos donde sospechaban que podría esconderse el fugitivo, se valieron de ingeniosas protestas y sagaces rodeos para inquirir y averiguar.

Don Ezequiel creyó imprescindible visitar al cura de Zarazales; y éste tomó tal empeño porque el visitante y su camarada se quedaran á comer con él, que no hubo otro remedio sino aceptar. De esto resultó, que como ellos llevaban ya provisión y Membrillo no quiso que se desperdiciara, sobre todo el vino, el tal Membrillo se puso en un estado de buen humor, que cuando tomaron de nuevo las cabalgaduras y el camino, la alegría del mosto se le salía por todas las ventanas de la cara.

A la salida del pueblo, quiso el diablo que toparan con una zagala de buen talle y gentil hermosura, la cual estaba tomando agua en un arroyuelo. Al llegar junto á ella, ella les saludó como es costumbre en el campo, y Membrillo parando su cabalgadura y deteniendo también la de don Ezequiel, encaróse con la muchacha exclamando:

—Señor cura, diga usted si en todo Zarazales, ni en Villembrines, ni en Francia, ni en las Indias, se puede ver una cara más linda que esa, ni unos ojos con más luminarias, que fusilan con mejor tino y más pronto que una compañía de cazadores. ¡Voto á cien botellas de San Pedro Jiménez, que esos carrillos están pidiendo una docena de besos cada uno.

—Mentecato! déjame á mí de contemplaciones ni requiebros—dijo el cura desviando de súbito su caballería y adelantándose.

La muchacha, á todo esto, ruborizada y confusa, se volvió de espaldas y cara al arroyo.

Membrillo siguió al cura, diciéndole:

—¿Pero no es más verdad que el sol? ¿De qué se asusta su paternidad? Pues sí, que allá en sus juventudes habrá usted diableado con mozas más bravías que esa. Si parece las manzanas en sazón, que siempre se están ofreciendo.

—Vamos, cállate.

—Ahora se me ocurre que ha debido usted convidarla á subir á ancas de su mula, y la llevaba usted así, abrazada.

Agapito pretendió acompañar su frase con la acción de abarcar con ambos brazos la humanidad de don Ezequiel.

—Quita, zopenco y cállate.

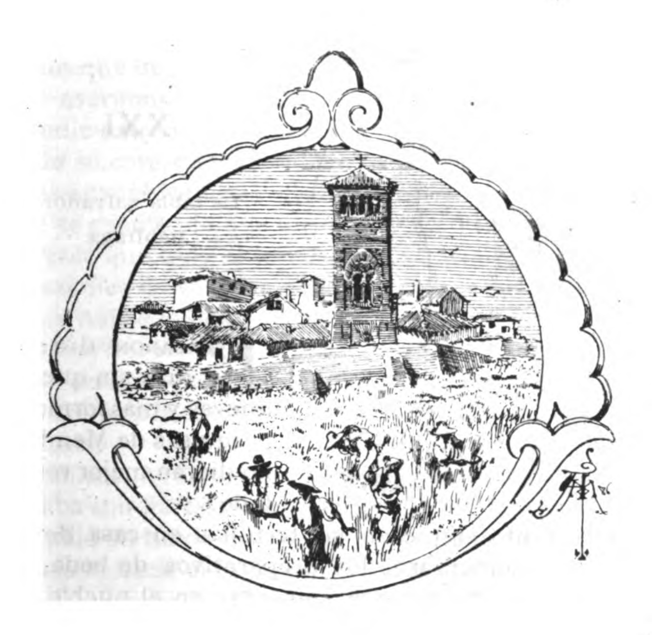
—Pero vamos á ver, señor cura: con dos botellitas del Perico Jiménez, otras dos del bendito aguardiente, una, por añadidura, del tinto que hemos bebido en Zarazales, y la niña esa... ¿no es cierto que se podía ir uno al cielo muy á gusto?

—Dale! ¿querrás callar esa bocaza que en mal hora te ha soltado el vinazo que llevas en el estómago?

Después que consiguió incomodar al pacífico don Ezequiel, Membrillo se calló. Y como don Ezequiel, por ser aquella hora la de la siesta, se sentía pesado, empezó á dar cabezadas. Además, la fuerza del sol en aquellos campos tan despoblados de árboles, adormecía, así es que fué por mucho rato sin hablar; mientras las siluetas de cabalgaduras y cabalgadores se agigantaban con extrañas proporciones sobre la arena del *desierto*.

¿Qué más diremos de este singular viaje, que tan largo se va haciendo, para evitar que imiten los lectores al cura de Villembrines? Que todavía tocaron en Artal y Villatorreznos, donde ninguna noticia consiguieron tampoco; que luego de dejar á la espalda ambos pueblecillos hallaron el Guadarza; y en fin, que en tan agradable compañía tomaron la ruta del lugar, cuando el sol alumbraba desde el borde de las lejanas montañas, y el azul del cielo era menos diáfano é intenso, y cuando los ganados volvían á sus establos, y los carros de mies, abultados como casas, con la horquilla, que sujetaba los haces, derecha en lo alto, iban también en procesión hacia el pueblo.

Y en compañía de ganados y carros entraron los dos caminantes en Villembrines, por opuesto lado á aquel por donde hicieron su salida, cansados que no sentían sus huesos y tristes que no sabían qué decir.





XXI

La tabla salvadora naufraga

Pasaron días y días sin que las nuevas y más formales pesquisas de Membrillo dieran mejor resultado.

Entre tanto siguieron las tertulias en casa de los Horcajos y comenzaron los preparativos de boda, los cuales dieron mucho que comentar en el pueblo. Se dijo que don Lucas había encargado á Madrid el vestido para la novia y otros varios regalos: alguna vecina curiosa propaló la voz de que la ropa que estaban confeccionando, tía y sobrina, era mucha y muy rica; y últimamente, todos aguardaban el fausto suceso de la unión de las casas de Igualada y Horcajo, como cosa nunca vista, que habría de llenar de asombro por lo espléndido, y hacer época en la historia de Villembrines.

Entre tanto ¿qué pensaba Manuelilla de su situación,

cuando el novio iba á obsequiarla como á princesa, llevándola á la histórica morada de sus descendientes y rodeándola de cuidados y agasajos: cuando no sólo sus tíos, sino todos los conocidos y amigos hallaban la boda tan ventajosa que más no podía serlo; y cuando, por otro lado, Faquimo había desaparecido, tal vez llevado de la desesperación porque entendía al cabo la distancia que había entre él y el objeto de su loco amor? ¿Qué pensaba pues? Lo mismo delante de Esteban que de los de casa, ella mostrábase como confusa ó avergonzada, cosa que, dado su aspecto aniñado, á nadie extrañaba. Pero ¡ay! ¿Cuándo podrían borrarse de su corazón los juramentos del enamorado Tomás y los suyos? Nunca... «Desde ahora te digo... que más que te cuenten lo que te cuenten de Tomás, y aunque parezca que todo se le vuelve contrario ó enemigo, no desconfíes de volverlo á ver, ni pienses que no te quiere...» Así se lo había dicho, y ella no podía *desconfiar de volverlo á ver* ni menos *pensar que no la quisiera.*

Lo creía en efecto, tan firmemente como en la salida del sol ó en la existencia de Dios. Tomás no podía engañarla.

Poníase, á ratos, muy pensativa y preocupada: suspiraba con harta frecuencia, y más de una vez la sorprendió su tía de pechos en la ventana de su cuarto mirando hacia el campo; por cuya holganza y abandono la reprendió. Empezó á decir que quería bajar á la Granjilla para ver al abuelo y hablarle de la boda, pero la tía no quiso dejarla. Insistió Manuelilla, se resistió la tía y después de mucho porfiar, consiguió el anhelado permiso la víspera del día en que se iban á tomar los dichos; pero la tía le dijo:

—Bajarás conmigo.

Y Manuelilla se dijo:—«La tía sospecha algo».

Con efecto, aquella tarde bajaron á la Granjilla.

La Antonia no habló de otra cosa que de la boda.

Victoria no desplegó sus labios y estuvo muy seria. El abuelo tampoco habló, porque el pobre, tan temblón como estaba, hacía bastante con oir y acariciar á su nieta. Gaspar fué el único que hizo algunas preguntillas acerca del suceso, y quien después invitó á la Antonia á pasear por la huerta y ver unos plantíos nuevos de brécoles y calabazas. La Victoria les acompañó de manera que Manuelilla quedó sola con el abuelo.

Entonces la pobre zagala, que estaba sentada á los pies del anciano, levantó el rostro y con mirar le dirigió una súplica muda, pero tiernísima.

—¡Hija! ¿Qué tienes? ¿Por qué lloras?—dijo él tomándola el rostro con ambas manos.

Ahogada por los sollozos, la desdichada, apoyó la frente sobre las rodillas del viejo y lloró, pero tanto, tan amargamente, que el pobre abuelo, enternecido sin saber de qué, lloró también.

—Agüelo—dijo al cabo—me quieren casar por fuerza... y yo no quiero...

—¡Manuelica! ¡Lloras porque eres una niña! ¡Si él te quiere tanto, y es tan rico y tan buen mozo! ¿Por qué no quieres casarte? Igual le pasó á tu madre (que en el cielo está): antes de casarse lloraba, hija mía, como tú ahora. Lloraba porque iba á dejarme...

El abuelo tornó á llorar enternecido con los recuerdos que evocaba.

—Pero no, agüelo es que yo... Yo lloro porque no le quiero. No, no le quiero.

—Sosiégate, chica. ¿Por qué no le quieres?

En esto entró la Victoria en la habitación.

—Tía, tía—exclamó Manuelilla incorporándose y volviéndose, de rodillas hacia ella:—¡Me casan por fuerza! ¡No le quiero!

—¡Alma mía! ¿qué dices?—dijo con asombro la tía abrazando á la muchacha y levantándola del suelo.—¿Pero tú se lo has dicho así á mi hermana?

—Sí señora que se lo dije—repuso la joven serenándose—y me riñó mucho. ¡Ay! yo no me voy de aquí, yo quiero quedarme con usted, yo no quiero volver al pueblo, no quiero verle más, no quiero casarme...—y otra vez hizo pucheros con amargo desconsuelo.

—Pero ¿no clama esto á los cielos? ¿No es esto una tiranía como no se ha visto enjamás?—gritó la tía retrocediendo dos pasos con ademán de ira.—¿Con que quiere obligarte?

—Sí, señora, y me ha dicho que si no me caso me envía á servir á Madrid...

—¡Cómo!—interrumpió la tía frunciendo el ceño é inclinándose de súbito hacia la sobrina como para oirla mejor.—¡Tú! ¡La hija de mi hermana sirviendo en Madrid? ¿Tú? ¡No! ¡no!—añadió luego incorporándose, con aire de triunfo.—Quédate aquí, que este negocio tengo yo que arreglarle.

Y sin decir más, la vieron salir del aposento y la sintieron alejarse pisando recia y precipitadamente.

En silencio quedaron anciano y zagala. Poco á poco fuése reponiendo él y consolándose ella. Sólo el uniforme rumor de un reloj que en un cuarto contiguo había y los suspiros bruscos y nerviosos de Manuelilla turbaban tan callada espera.

Pasó mucho rato. Al cabo sintiéronse voces ininteligibles y furibundas en lo interior de la casa: después, en el pasillo, el golpe, contra la pared, de una puerta que fué abierta con brío; y entonces, clara y distintamente, la voz de la Victoria, que decía:

—Bien, pues ya lo sabes: aquí no tenéis que aportar para nada; ni vosotros ni ella. Haz cuenta que tu hermana se ha muerto, Antonia. Y acuérdate de lo que te digo: la chica va á ser muy desgraciada por tu culpa.

—Bueno, pues eso es cuenta mía—murmuró la Antonia viniendo por el pasillo.

Y presentándose en la puerta, dijo á la sobrina con enojo:

—Muchacha, anda. Vámonos, que yo te enseñaré á decir que te obligo á casarte. ¿No le diste tu palabra al señor don Lucas? Anda, anda... Adiós, padre.

Manuelilla sintió que su corazón se sublevaba con indignación y cólera inexplicables; quiso decir algo, pero la misma fuerza de su rebeldía la hizo como jurar ó emplazar una venganza ó resolución extrema.

Acercóse al abuelo, recibió de él un beso y salió tras de su tía. Ni á Victoria ni á Gaspar encontraron en el pasillo ni fuera de la casa. Tomaron las pollinas que las habían conducido y se subieron al pueblo sin hablarse una palabra.

Cuando ya estuvieron en casa, la tía Antonia le dijo con tono duro, que hacía más tremendo lo quedo y pausado de la voz:

—Mira, Manuela; tú podrás hacer lo que quieras; pero porque estés encaprichada con cualquier zopenco del pueblo, yo no te consiento escándalos ni melindrerías. Te casas, porque así lo has dicho; y si no, ya sabes... Bueno; ya lo sabes... Y mira que conmigo no juegas.

Manuelilla no contestó.

Después, allá, donde viven esos duendes que saben de nuestras pasiones y de nuestros intentos, y de las cosas del mundo y de las que están fuera de él, hubo un debate terrible: se trató un tema trascendental y peligroso. Hubo duende que dijo, que en el mundo no había sino engaños y sólo era verdad el amor: el amor que no podía extinguirse nunca porque después de la muerte debía ser Dios mismo quien casara las almas. Otro dijo que los engaños y vilezas de las criaturas en la tierra no podían destruir el amor, y que así, á tales acciones era lo mejor corresponder con otras semejantes. Otro añadió que toda promesa que no se hiciera con el corazón á nada obligaba, porque era falsa; era como si no se hiciera. Y en fin, otro duende

afirmó que los hombres eran muy pequeños para comprender lo que valía un alma sencilla y enamorada y los intentos de una pasión noble.

Después de escucharlos aquel espíritu, ciego, ofuscado, irritado, rebelde, se propuso buscar medios rastreros y viles para alcanzar su intento como si tal acción envolviera una venganza, y con una especie de complacencia salvaje se dijo irónicamente:—«Sí, me casaré, me casaré, pero los engañaré á todos, porque mi corazón no se le llevará, no; que es de Tomás y suyo será siempre. Se lo he jurado.»

Y luego de esta monstruosa decepción á que sólo puede llegar el entendimiento humano por la ceguera que en él ponen las pasiones violentas y contrariadas, Manuelilla se manifestó muy satisfecha. Pero en su interior... su buen sentido moral estaba como paralizado, su sensibilidad como dormida, su candor como marchito. Su alma, antes hermosa, por la pureza que en ella resplandecía, ahora estaba deforme, indiferente, mustia, y sólo firme, inquebrantable y vigorosa para amar y desear inconscientemente al desventurado Tomás.



XXII

Donde San Antonio habla al corazón



Merced á los buenos oficios de don Ezequiel, los *papeles* de ambos contrayentes estuvieron despachados muy pronto. Tomáronse los dichos y corrieron las amonestaciones, mientras en casa de don Lucas se acabó de alhajar la conyugal estancia con todo el lujo que pudieron permitir el bolsillo y el orgullo de los Igualadas, que fué bastante. Cada vecino dispuso la *dádiva* con que era su voluntad obsequiar á Manuelilla el día de su boda, y las mozas casaderas tuvieron tiempo sobrado de ejercitar la lengua, vilipendiando á la novia (en cuyo pellejo todas hubieran querido hallarse) y al novio (de cuyo donaire y de cuyos cuartos todas hubieran querido llamarse poseedoras). Pero nadie finge desprecio como los envidiosos, y así es que no había que hablar á las mozas: todas daban á Esteban por dos cuartos y á Manuela por un ochavo.

Con tales ocupaciones y entretenimientos, el pueblo no hizo gran caso de la desaparición de Faquimo. Además, ya le contaba la mayoría de las gentes como perdido, suponiéndole á muchas leguas de tierra, pues Membrillo estuvo cuatro días ausente buscándole, y consiguió tanto como cuando fué con el cura. Y cuidado, que el tal secretario del Ayuntamiento de Villembrines tomó muy en serio su papel. «Ese se habrá embarcado para las Américas, donde querrá hacerse rico», decían unos de Faquimo. «Vaya, ya se mantendrá con cualquier industria». «Se habrá ido á la corte». «Puede que ande con gitanos ó gente de mal vivir», suponían otros. «Ya no se le vuelve á ver más el pelo por aquí», añadían muchos. Sólo Manuelilla sabía que volvería: Dios sabía cuándo, pero volvería. Antes faltara el sol del firmamento.

Y con estas y las otras llegó la víspera de la boda, que iba á ser un domingo poco antes de Santiago. Todo estaba ya dispuesto: la ropa de la novia acabada, el traje de boda, que era de rica seda negra, también; y Esteban tenía su capa nueva, que á pesar de correr el mes de Julio, pensaba casarse con ella sobre los hombros. Era de rito en el lugar, y faltarle hubiera sido ofender la buena memoria de las dos generaciones anteriores. Aquel último día fué ocupadísimo para todas las personas que intervenían en el negocio. Á todo el mundo se invitó menos á los de la Granjilla. Al fin llegó la noche de aquel memorable sábado y todos se acostaron, como el que después de haber hecho grandes preparativos en una experiencia cualquiera, respira al cabo y descansa esperando el éxito.

La única que tardó en acostarse fué la novia, pues movida por una corazonada que le vino á dar ánimo y resolución, escurrióse sin otra luz que la de un macilento candilejo que en la mano llevaba, al salón donde estaba la imagen de San Antonio, y puesta de hinojos,

llorando dirigió al santo una apasionada plegaria, poniéndole por intercesor para que la boda no llegara á efectuarse, bien porque cualquier acontecimiento inesperado la descompusiera, bien porque ella pudiera llevar á cabo alguna treta ó añagaza que en aquella circunstancia le parecía no sólo lícita sino necesaria. Como esto último es lo que le parecía mejor, pidió al santo, con desesperado anhelo, que iluminara su ofuscada mente, pues ningún medio se le ocurría para librarse de aquella epístola de San Pablo que al día siguiente caería sobre ella como una sentencia de muerte ó anatema nefando; peor que si el apóstol le atravesara el corazón con la tremenda espada que tenía entre las manos en la efigie que de él podía verse en un altar de la iglesia. No por Dios, San Pablo no podía consentir estas cosas, estaba segura de ello, el corazón le decía que San Antonio no le negaría su protección.

No ha sido posible averiguar si San Antonio conferenció con el Apóstol y ambos acudieron en súplica á la Virgen de los Cardos; pero la prueba evidente de que algo de esto debió acontecer, es que Manuelilla después de rezar al Santo sintió su ánimo más tranquilo y su mente más serena y pronta á discurrir con claridad. Hela ahí en paños menores sentada sobre la cama como se sientan en la iglesia las de su sexo, con los desnudos y esculturales brazos caídos y las manos cruzadas con abandono sobre las rodillas. Á la débil luz de una mariposa, que flota sobre amarillo aceite hundida en el ancho tazón que está sobre la mesa de pino que hay frente á la cama, el rostro de Manuelilla y su garganta, y la parte del seno que descubre y limita la puntilla de la camisa, tiene la palidez de la cera. Sus ojos, como sin vida, antes absortos que tristes, miran el vestido negro de seda, que extendido se halla sobre dos sillas, y los estuchitos que hay encima de la mesa, guardadores de los pendientes de oro, re-

galo de don Lucas, y la gargantilla de perlas con que aquel mismo día la obsequió el que va á ser su marido. Pero Manuela, aunque lo mira, no lo ve. . . . . .

Así estaba, sí: que mirando en otros lugares, no que en la alcoba, estaban absortos los ojos de su inteligencia, y cuando esos miran, ni ven los de la cara, ni oyen los oídos, ni siente ninguna otra parte del cuerpo, en que la sensibilidad sea facultad propia. ¿En qué pensaba?

«Faltan muy pocas horas—decía su razón—cinco nada más... Y me pondré ese rico vestido de seda, y esa corbata de encaje, y esa gargantilla de perlas, y esos pendientes de oro. É iré á la iglesia y me confesaré... ¡Ay! ¡Dios mío! ¿Qué le voy á decir á don Ezequiel cuando me pregunte si no quiero á otro, si voy de buena fe á ser la esposa del Esteban?... Y luego me casaré con él... ¡Con él á quien aborrezco!... ¡Y él será mi marido! ¡Mi dueño!... Su voluntad tendrá que ser la mía también. Viviré sujeta á su tiranía... ¡Á su tiranía, sí! Porque me preguntará si le quiero y habré de contestarle que sí; porque me dirá que le sirva y agasaje y habré de servirle y agasajarle; porque me dirá que no quiere que haga esto ú lo otro y tendré que hacer lo que él quiera. Y así hasta que venga Tomás; pero entonces... como mi palabra de casamiento no es palabra, como ese hombre no será mi marido aunque lo crea, me iré, sí; me iré con Tomás. Con Tomás que me quiere de veras, con Tomás que es mi marido. Pero ay!...» Manuelilla se estremeció porque era tan espantoso lo que iba á decir su razón, que sólo de presentirlo tenía miedo.

«Pero si hago eso—continuó su razón—dirán que soy una mujer mala, porque abandono á mi marido. ¿Y qué me ha hecho él? Nada: él es bueno, es instruído y ha recibido educación; pero yo no le quiero. Él no tiene la culpa, no, la tiene mi tía...»

«¡Ay! ¡si viniera mi madre! ¡Mi pobrecita madre! ¡No me casaría, no!... ¡Ella era muy buena!—dijeron

entonces sus labios, muy quedito. Y la razón repuso: «Y mi madre que está en el cielo me va á ver que engaño á ese hombre, y engaño á la tía, y engaño á todos; y que mañana cuando me confiese con don Ezequiel ¡engaño á Dios!... Bien, que Dios ya ve que en el fondo de mi alma está escondido este amor por Tomás: que es un amor muy puro; ¡un amor en que hay algo de Dios! ¡Sí, hay algo suyo! Y ve también que yo no tengo la culpa de nada de esto, no, porque me obligan; me llevan por fuerza... Pero Dios me dice que no engañe á nadie, que no haga mal á nadie, más que me le hagan á mí; porque todos somos hermanos y todos nos debemos querer. ¡Qué bien si así fuera! Cuando yo pienso en lo mucho que quiero á Tomás, pienso también qué hermoso sería que todos nos quisiéramos, aunque no como nos queremos Tomás y yo; pero que no hubiera hombres ni mujeres malas; que nadie usara venganzas, ni nadie tuviera secretos, sino que todos fuéramos muy buenos y que todos nos quisiéramos mucho...»

Entonces hablaron sus labios.

«¿Porqué no somos todos muy buenos, Virgen de los Cardos?—murmuraron mientras levantaba sus manos y las cruzaba con fervor sobre el pecho, y se incorporaba sobre las rodillas, y fijaba la mirada limpia y angelical en el techo, como si de allí á través viera la Divina Señora.—¿Por qué todos no nos queremos mucho? Ay, Virgen, yo quiero ser muy buena y yo quiero querer á todos. Mi tía me ha hecho mal, pero yo quiero que la perdonéis, Virgen mía. Y que me perdonéis á mí que iba á ser tan mala, que me iba á casar para engañar á ese hombre. Porque ya no me caso, no. Yo le dí palabra de casamiento; pero no importa, no me casaré. ¿Verdad, Virgen, que me mandáis que no me case? No me caso. Diré á todos que quiero á Tomás. Y si me mandan á servir á Madrid ú á otra parte, iré á servir; pero no engañaré á nadie. ¡Ay, Vir-

gen de los Cardos, qué mala iba á ser!... ¡Perdón, Dios mío, perdón!...»

Y al tiempo que esto decían los labios de Manuelilla, aquella montaña de hielo que su extraviada inteligencia acumulara sobre su tierno corazón, se deshelaba, desaparecía.

La inocente pecadora cubríase con ambas manos el rostro, é inclinándole hasta apoyar su frente sobre el lecho, lloraba...

De pronto se irguió como herida por el rayo; y en verdad, el rayo del pensamiento, rápido y luminoso, acababa de cruzar por su razón. No necesitó más: con decisión inquebrantable pasó las manos por los ojos, muy aprisa, cual si la molestara el llanto, se bajó de la cama y en dos credos se puso una enagua, y una chambra, y unas medias azules, y unas ligas encarnadas, y unos zapatos, y el zagalejo amarillo de lugareña que desde los amores con Esteban no se había puesto; después un pañuelo de talle y otro de cabeza, y sin más se dirigió hacia la puerta.

Abrióla con extraordinaria precaución, para evitar el chirrido de los goznes: de puntillas y con el silencio que cruzaría una mariposa, cruzó la habitación contigua, salió al pasillo, y á tientas tomó la escalera: abajo pasó una estancia, y después otra y luego otra, cuyas puertas sucesivas fué cerrando, y respirando con más libertad á medida que cada puerta se cerraba tras ella; al cabo halló otra puerta, cuya llave buscó palpando; desechóla con extremo cuidado de no hacer ruido y pisó el corral al tiempo que uno de los perros se lanzó sobre ella furibundo. Consiguió acallarle haciéndole caricias para que la conociese y se fuése á dormir; y temerosa de que la alarma del perro hubiese despertado y avisado á alguien de la casa, se escondió tras de unos tablones que estaban recostados en una pared.

Aguardó buen rato; pero quiso Dios que nadie viniera. El reloj de la iglesia dió las dos con tono tan

hueco y grave como siempre. La zagala salió de su escondite: latíale el corazón muy aprisa y le temblaba todo el cuerpo, cual si se hallase atacada del baile de San Vito; pero su decisión podía más que todo esto; tomó una escalera de mano que junto á los tablones había, afirmóla contra la tapia, y con presteza suma subióse por ella; despreciando las faldas, se puso á horcajadas sobre las bardas, luego de bruces, y suspendiéndose de las manos y buscando apoyos con los pies en los desconchados del muro, deslizóse hasta el suelo, donde dió un buen golpe cayendo sentada y arrastrando consigo trozos de ladrillo y yeso que se desprendieron con el roce.

¿Pero quién hacía caso de estas pequeñeces? Se levantó, y sobre las puntas de los pies corrió hacia el camino real, donde, más descuidada, corrió más aún, hasta que estuvo de la casa lo bastante lejos para que ni el mejor lince pudiera verla.

Entonces se sentó á orilla del camino para dar tregua á la agitación en que se hallaba, y suspiró con infinita complacencia. ¡Era libre!





XXIII

El problema

En la tierra bullían y serpeaban las aguas del río pasando y repasando, nunca deteniéndose: viaje sin tregua ni fin; monótono murmullo que parecía decir, como el poeta dijo de la vida humana: *siempre andar, andar*... En el cielo, brillaban las estrellas con inmutable calma, con plácida claridad, con eterna sonrisa...

Manuelilla miró al cielo y sintió que en su alma entraba y se difundía aquel sereno bienestar y sutil goce, purísimo é incomprensible, que allí se admiraba y llenaba todo. Los ángeles se comunicaban con ella entonces. Paseó después sus ojos por la tierra, y se sobrecogió con temores y sobresaltos ignotos: todo estaba oscuro, incierto y medroso.

Suspiró, y poniéndose en pie, tomó río abajo con

decisión y serenidad. Ya no meditaba, ni lloraba sus pecados, ni se condolía de las miserias del mundo. En nada pensaba: que los ojos de su razón estaban fijos en un punto; y como si aquella decisión fuera negocio por demás discutido, iba tranquila (y más tranquila cuanto más adelantaba) recreándose ora en el cielo, que siempre le parecía hermoso, ora en la tierra, con cuyo silencio y oscuridad se iba conformando.

Así caminaba, sin sentir otro ruido que el de sus propias pisadas y el susurro de la corriente, cuando le pareció que de la orilla misma venía quedo rumor de voz humana, que cantaba al parecer. Contrariada por esto, amenguó su paso y acalló sus pisadas con cautela suma; y como llegase próxima al lugar de donde partía la que parecía canción, y aunque á nadie vió en aquel sitio, temerosa de ser advertida, se amparó de las matas que había casi en el lindero del camino, agachándose y andando con tal cuidado de no hacer ruido, que ni ella misma se sentía. Llegó á escuchar la voz tan distintamente, que pudo apreciar que aunque á media voz y como al descuido, cantaba en efecto, y que cantaba así:

«Un corazón de madera
tengo que mandar hacer,
que ni sienta ni padezca
ni sepa lo que es querer.»

No había duda: ¡era él! Manuelilla se irguió sobresaltada, desviándose hacia el camino súbitamente; detúvose allí, y estuvo indecisa y confusa por algún rato: queriendo huir porque así se lo decía el rubor; queriendo ir allá, porque así se lo mandaba la fuerza misma de su situación y de sus sentimientos. Pero ¿qué hacia él allí y á aquella hora? ¿No estaba perdido? ¿No estaba lejos? Y la voz era la suya. Cantaba dis-

traídamente, pero la canción tenía un sentido muy profundo, muy trascendental. Al cabo, Manuela se decidió á acercarse. Al principio andaba con miedo; pero luego tomó resolución para revelar su presencia, y ya llegaba cerca, aunque los matorrales la escondían aún, cuando él se alzó de entre ellos y gritó con brío echándose un garrote al hombro:

—¡Quién va!

Entonces Manuela, que sobrecogida al pronto, se detuvo involuntariamente, corrió hacia él, y con una especie de júbilo salvaje, le dijo en voz queda:

—¡Soy yo! ¡soy yo!

Es decir, soy yo, que no me caso; soy yo, que cumplo lo jurado: esto significaba su exclamación.

El mozo entonces dejó caer los brazos, y como si en ellos no tuviera fuerza, dejó caer también el garrote; y con asombro tan extraordinario, que parecía hasta entorpecerle el habla, murmuró con trabajo:

—Pero... eres tú, Manuela?...

—Sí, yo soy, yo! ¿No me ves?—dijo ella con el mismo júbilo y ardor.

Él la miró de alto á bajo, como si no pudiera dar crédito á sus ojos. Después de una pausa, durante la cual fué agitándosele visiblemente la respiración, con trabajo, y cual si se aniquilase su espíritu, dijo despaciosamente, dibujando desdeñosa sonrisa:

—No: si tú te casas mañana, Manuela...

—¡No! ¡no!—exclamó ella con firmeza é indignación heroicas.—¿No sabes que te lo he jurado, Tomás?

Tomás al oir esto experimentó una sacudida nerviosa, cual si le hubiera herido la corriente de una pila de Volta. Retrocedió, y todo fué á un tiempo: arrancar de su faja, despechado, un objeto reluciente que lanzó lejos de sí, caer de rodillas, llevar sus crispados dedos á la cabeza, mesar sus cabellos con desesperación lastimosísima, y poner los ojos en el cielo, gri-

tando y balbuceando imprecaciones y blasfemias. Manuelilla, aterrorizada, vió en aquel rostro que de lleno iluminaba la luna, dando brillantes á los turbados ojos; vió, decimos, las contracciones nerviosas que preceden al llanto, y vió que entre angustiosos sollozos las lágrimas brotaron al fin, copiosísimas, ardientes, tumultuosas, con desolación amarguísima. Entonces, como poseído de vértigo demoniaco, el pobre Tomás se irguió y humilló repetidas veces, golpeó el suelo con manos y frente, lloró y gritó, aunque sin fuerza ni brío, porque su congojoso llanto le ahogaba, llamándose vil y miserable; pero todo esto de manera tan confusa, que nada pudo comprender la zagala.

No por esto faltóle decisión para coger el objeto que había arrojado Tomás y contemplarlo con espanto entre sus trémulos dedos, que repugnaban retenerlo. Era una navaja.

—¿Qué es esto?—gritó presentándosela al mozo.—¿Á quién querías matar, desdichado?

El mozo se arrastró de rodillas hacia ella, le arrebató la navaja y tiróla al río con indignación, gritando:

—¡Calla, Manuela, calla!

Y para más fuerza dar á esta frase, que repitió muchas veces entre sollozos, abrazó fuertemente la cintura de Manuelilla, y se oprimió el rostro contra su cuerpo.

Así estuvieron algún rato. Ella lloraba también.

Después, Tomás, alzando el rostro, puso una mirada tiernísima en el de ella, y murmuró:

—¡Dijiste bien, sí! ¡me lo has jurado! ¡Me quieres siempre!...

—¡Siempre, Tomás!—contestó ella.—Por eso me he escapado. ¡Me he escapado de casa!

—¡Bien hecho! ¡Eso se hace cuando se quiere de veras!

—Pero, dime, pobre Tomás: ¿querías matarme?

—¡Calla!—clamó con espanto.—Á ti no, á él! ¡Á él, esta mañana cuando salíéseis de la iglesia!

—¡Jesús mío, qué horror! ¿Pero no ves que ibas á ofender á Dios?... ¿Que te hubieran cogido?

—Me era igual—gritó con imponente brío.—¡Él no había de ser tu marido!

Transcurrió una pausa silenciosa, durante la cual se consolaron y repusieron ambos.

—Bueno—dijo ella al fin.—Hablemos despacio. Cuéntame qué ha sido de ti. Vén: sentémonos aquí.

Hiciéronlo junto al río. Tomás habló así:

—Te dije, que más que te dijeran lo que te dijeran de Tomás, no desconfiaras de volverlo á ver ni...

Ella le quitó la frase de los labios.

—«*¡Ni pienses que no te quiere!*» Y antes hubiera yo pensado que el día no era día ni la noche era noche.

—Ya lo sabía, Manuela. Pues bien: te juré que no serviría al rey, y por esto me fuí del pueblo. Llevaba mi plan. Me escapé de noche; pero como amanecía casi, cuando pasé de Abroca, pedí posada al ermitaño que cuida la Virgen del Molino, y en la ermita estuve todo el día. Pero el tal ermitaño á la cuenta adivinó que algo me pasaba, pues se empeñó en confesarme. Me confesé: díjele mi propósito, le hablé de mi situación y preguntéle qué debía hacer para que la justicia no diese conmigo. A él todo se le volvía decirme que no fuera loco, que me viniera y fuése al ejército, que él me levantaría el juramento; y que cuando volviera de ser soldado, entonces me podría casar contigo; y que si te casaban entre tanto, que tuviera paciencia para sufrir el desengaño; y que mirase bien si tú me pertenecías ó no, siendo yo un mozo de labranza y tú tan bien hacendada como yo le decía.

—¿Qué contestaste?

—¿Qué había de contestar? Que tú estabas en quererme, mas que yo me marchara á la fin del mundo y

me estuviera allá cien mil años; que el irme á ser soldado y separarme de ti, tal vez para no verte más en los días de la vida, pues me podían matar en la guerra, era igual que si me diera muerte, porque no podía vivir sin verte, tan bonica como eres y tan buena; que si me iba, de fijo me enterraban en cuatro días; que yo iba á buscar dinero para librarme, donde sabía que me lo habían de dar (esto ya te lo explicaré á ti después); y que además, aunque yo no tuviera interés por ti, no quería ir á ser soldado, ni me harían ir por Dios ni por los santos, porque eso de marchar á la guerra con un fusil á matar hombres, no era cristiano ni podía serlo nunca, más que lo mandara quien lo mandase.

—¿Y él, qué te dijo?

—Nada; que volviera y que volviera, que era lo que más cuenta me tenía: que me iban á coger sino, y sería peor. Pero yo no quise hacerle caso, y cuando anocheció, recé á la Virgen y le dije que ella bien vía mi intención y, así, que me sacara del embroque con bien y presto, y me acompañara en mi viaje por riscos, breñas y montañas hasta donde yo me encaminaba; y luego me partí, dejando al bueno del ermitaño muy angustiado. Abrazándome y soltando cada lagrimón como un garbanzo (que le corrían por aquellas barbas que tiene, que daba lástima), me dijo: — «Hijo mío, yo soy pobre y no puedo darte dinero, y mis consejos Dios no quiere que los oigas ahora; pero acuérdate de lo que te he dicho: vas muy ciego. Si los hombres no fueran tan malos, no habría guerras ni necesidad de ejércitos; ni tan solo te hallarías tú en el mundo, que tendrías padre ó madre que te librara. Pero por eso mismo de que todo es maldad y todo miseria, habemos de tener paciencia en los trabajos de la vida, pues Jesucristo padeció por nosotros ¡y eso que Él era tan bueno y nosotros tan malos!» — En fin,

Manuela, que yo también hice pucheros y abracé al ermitaño como si fuera mi padre. Me echó la bendición, y me fuí con el corazón como una avellana...

—¿Pero adónde ibas?

—Á eso voy ahora. Tú te acuerdas de un señor muy rico que estuvo aquí hace dos años y medio, por ahí, que le llamaban el Indiano de Valdemoruelos? ¿Y te acuerdas de que tenía un hijo, ya mocito, á quien quería mucho, el cual mocito corriendo por el río, en un barquichuelo, un día de tormenta, volcó con el barco y yo le saqué del agua?

—Sí, sí me acuerdo. Y que el indiano quiso darte no sé qué montón de oncitas que tú no quisiste recibir.

—Justamente: el buen hombre quiso darme no sé cuánto dinero ó tomarme de criado; pero yo no quise ni lo uno ni lo otro. Entonces me llamó aparte y me dijo: «Tomás, si alguna vez te ves apurado, no tienes amos ni qué comer, ó te sucede cualquier cosa, ven á mí y tendrás todo lo que necesites y mucho más». Y recuerdo que como aún estaba con la emoción del susto y estaba llorando, me besó con mucho cariño, y en fin, que se le conocía á él que me decía todo aquello de corazón y me había tomado simpatía. Pues bien, á buscarle fuí. Pero después del viaje, hecho á pie, sin comer, pues sólo llevaba los mendrugos duros que me dió el ermitaño, llegué á Valdemoruelos, que está á veinte leguas, que no me conocía de pálido, rendido, triste y desaseado. ¡Pero ay! ¡Qué lastimosa suerte tuve, Manuela! Cuando llegué, supe que los carlistas habían saqueado el pueblo; hacía dos días que todos estaban pereciendo y que habían robado cuanto tenía á don Melchor el indiano. ¡Cómo me lo encontré! ¡Qué angustiado estaba! ¡No parecía el mismo! Su hijo, del susto (porque en poco si no lo fusilan por querer ocultar el dinero de su padre) le había dado un accidente que le tenía como paralítico, y con el ham-

bre que sufrían estaba medio muriéndose. El padre me dijo que si nada podía hacer por mí, que me quedase, pues al menos me ocultaría, hasta que un su amigo, vecino en un pueblo inmediato, le diese un dinero que pensaba pedirle, del cual me daría para librarme y algún piquillo para cuando me casara contigo. Y como él quería ir á la corte, con unos parientes que allí tiene, quería llevarme á su servicio. Pero aquellos planes eran castillos de naipes, que se dice vulgarmente. Su amigo no pudo darle tanto dinero cuanto don Melchor le pidió. En resolución, que cuando yo con él me estaba, á pesar de todo, supe que un arriero recién llegado á la posada venía de aquí. Le pregunté por ti y me dijo que te casabas esta mañana. ¡Ya no ví más, Manuela! Me puse ciego: no tuve otra idea delante, que él! ¡Él siendo tu marido!

—¡Calla, por Dios!

—Yo confiaba en lo que me habías jurado, pero más que sabía lo inclinada que me está tu voluntad y que á él no le querrías nunca, yo me decía:—La obligarán á casarse. Otras veces me tentaba la idea de que ibas á faltar á lo jurado y entonces... Manuela, no te espantes: ¡Te odiaba! No esperé más y me vine con el tiempo para llegar hoy. ¡Qué aborrecimiento tomé por ese hombre! ¡Dios me perdone, Manuela; pero yo quería matarle! ¡Qué ideas más horribles se me ponían durante el viaje! ¡Qué cosas! Ni yo me conocía: parecía así como un animal ó como una fiera. Comenzaba á hablar solo y le insultaba á él y á ti y á mí y á mis padres, que nunca conocí, y á Dios que me dejó nacer... ¡Mira tú qué bestialidad, si estaría yo loco! ¡Dios mío qué cosas más atroces!

—¡Tomás, calla! No digas eso, que me da mucho miedo de oírtelo—murmuró la zagala con terror.

Y se echó á llorar amargamente.

Tomás sin decir nada la estuvo mirando mucho ra-

to; ella sollozaba y se limpiaba las lágrimas con el pañuelo que tenía al cuello.

—Pero, no, ahora no tengo esas ideas. Ahora no aborrezco á nadie sino á mí mismo, que soy tan pecador y tan malo. Porque Dios, como es tan bueno, ha hecho que vinieras tú á quitarme estas ideas de la cabeza; á despertarme el corazón que le tenía así como si fuera cosa muerta; á abrirme los ojos, que no vían antes sino horrores y cosas que daban miedo. ¿Si estaría yo loco, para pensar que te casarías con él? ¡Dios me perdone!

—¡Ay! es que tú no sabes lo que yo iba á hacer... Tomás: yo quería casarme con él para engañarle. Nada más que por el gusto de engañarle á él y de engañarlos á todos...

—¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Tú su mujer?—exclamó Tomás fuera de sí, colérico, demudado de voz y semblante.

—¡Sí! ¡yo también he tenido malos pensamientos! —contestó avergonzada y sollozando como Magdalena.

—¿Y cuando yo hubiese vuelto, Manuela? ¿No te aseguré que vendría?—dijo sordamente, apartándola del rostro ambas manos, con violento enojo, para mirarla cara á cara.

—Es que entonces hubiera sido tuya—repuso ella con firmeza.

Luego tornó á llorar, y él soltándole las manos estuvo sin decir nada por algún rato, confuso y preocupado.

Cuando fué dueña de sí, ella habló de esta manera:

—Yo dije que no le quería para marido; pero mi tía se incomodó conmigo como nunca. ¡No sabes qué cosas me dijo y cómo me maltrató! Hube de callar y fingir que le quería...

—Eso ya me lo figuré yo.

—La tía me dijo que con él tenía de casarme, y si no, que me enviaba á servir á Madrid. Yo me aguanté como te digo, pero con la idea de que no me casaba. Vino don Lucas á pedirme. ¡Ay, Virgen María de los Cardos! Tía Antonia me amenazó si no decía que sí, y dije que sí. Mas como tía Victoria nunca ha sido partidaria de esa boda, yo empecé con que quería venir á despedirme del agüelo, para pedirle que convenciera á mi tía. ¡Ay! en mal hora tuve tal idea. Sin duda se maliciaba algo tía Antonia porque no quiso dejarme venir sola, sino que vino ella conmigo, y aunque llorando y muerta de aflicción se lo dije al agüelo y á ella, sólo conseguí que regañasen las dos y que tía Antonia se enfureciera más conmigo. Cuando llegamos á casa me amenazó con hacer lo que ya había dicho: ponerme á servir. Mira, me entró tal coraje y tomé tal aborrecimiento á todos ellos: á la tía, al tío, al Esteban y á su padre, que nada más por gusto de engañarlos consentí en tomarme los dichos y en hacer todos los preparativos y todo. Y estaba en casarme. Como lo oyes. Pero esta noche he estado pensándolo todo, y como he visto que lo que iba á hacer es malo, es pecado... me he escapado, Tomás, para refugiarme en la Granjilla, y no casarme más que me envíen á servir.

—¡Ay, Manuela, qué desdichados somos!—murmuró Tomás con amarga tristeza.—Tú te hallas pobre siendo rica, sin libertad, llena de pena y temiendo que te envíen á servir fuera de aquí, lejos de mí... Y yo condenado á la pobreza y á la desventura, temiendo también que á la postre me lleven á ser soldado.

—Y todo porque los hombres son malos—dijo ella. —Esa es mi cuestión, Señor. ¿No somos buenos tú y yo? ¿No es verdad que á nadie queremos mal? ¿Qué mal hacemos á nadie con querernos? Mira, yo pensaba esta noche que el amor es cosa de Dios.

—No, no lo pensabas, Manuelilla. Te lo decía el mismo Dios al oído. Si tú sabes más que todos los sabios!—dijo Faquimo con inexplicable ternura, pretendiendo abrazarla, lo cual no consintió la moza.

—Pues bien: si es verdad todo eso que yo digo, ¿por qué los hombres han de mover guerras? Por fuerza Dios los maldice á todos cuando se matan. ¡Qué horror! ¿Y por qué ha de haber quintas? Dios mío! pues si los soldados no tienen otro oficio que matar, ¿cómo se confiesan y oyen misa? ¿Pues no son muy malos? Si tú me quieres: ¿por qué te llevan á ser soldado? ¿Por qué me matan el corazón? ¡Qué judíos! ¿Y por qué mi tía, ni nadie, ha de intervenir en que yo me case ú no? ¿Ves? son muy malos los hombres y nos hacen malos á nosotros: por eso hemos estado los dos tan extraviados, Tomás. Dime, ¿te has arrepentido ya de esas malas ideas?

—Sí, Manuela, ya lo estoy, y sólo de oirte las cosas que estás diciendo se me pone el corazón muy triste y me arrepiento más. Tienes razón: tú tan buena como eres y los hombres tan malos...

—Yo creo—repuso ella—que cada uno debía dejarse guiar por el corazón y nada malo le pasaría nunca, porque Dios está allí, como dice don Ezequiel.

Suspiró Manuelilla y suspiró Tomás, quedándose muy pensativos acerca de aquellas cosas que había dicho ella.

Después de aquella pausa preguntó él:

—¿Y qué vamos á hacer, Manuela?

—¿Pues qué hemos de hacer? Nada, ir tú al ejército y yo á servir á donde me envíen; y cuando volvamos, tú del ejército y yo de servir, nos casaremos...

—¿Yo al ejército? ¿Yo soldado?...

—¿Y qué quieres hacerle, Faquimo?

—¡Es que he jurado que no!

—Don Ezequiel te levantará el juramento. ¿Adónde

quieres ir, sino? Déjalo, que mientras el mundo sea mundo, yo te querré siempre... Anda, ahora vamos á la Granjilla, que pueden sorprendernos. ¿Ves? ya va á ser de día muy pronto.

Todavía hablaron algo más los dos enamorados. Faquimo porfió que no quería ir á la Granjilla; pero al cabo convinieron en que ella se presentaría antes y él al poco, sin decir nada de su encuentro.

Ella se levantó para irse, y él, deteniéndola suavemente, la dijo:

—En todo cuanto has dicho, consiento, Manuela; pero júrame que aunque te veas regalada en la corte, y seas como una señora (que yo he oído decir que entre las criadas de la corte las hay de mejor trato que las gentes principales de aquí) júrame que aunque este pobre Tomás es tan pobre y tan rústico, ¡le querrás siempre!

—¿Qué tonterías dices, Tomás? Ni eres ni pobre ni rústico. ¡Si tienes un corazón tan bueno! ¡Si me quieres tanto! ¿Cómo he de olvidarte yo? Después de Dios, tú, Tomás, tú... ¡Te lo juro!—murmuró con ingenuidad de un niño la enternecida zagala.

Entonces Faquimo se puso en pie, y abrazándola con dulzura, á lo cual ella no opuso resistencia, la besó tímidamente en párpados, labios y mejillas, estampando á la vez el beso de las lágrimas que la emoción y el reconocimiento le hacían verter, diciéndola:

—¡Hermosica! ¡Tú sí que tienes en el corazón y en esta cara á la Virgen de los Cardos! ¡Ahora sí que me arrepiento de esas malas intenciones que he tenido! Tú me has enseñado, tú. Me parece que Dios me perdona, porque me parece que me estoy confesando contigo y que me perdonas tú. ¿Verdad que me perdonas?

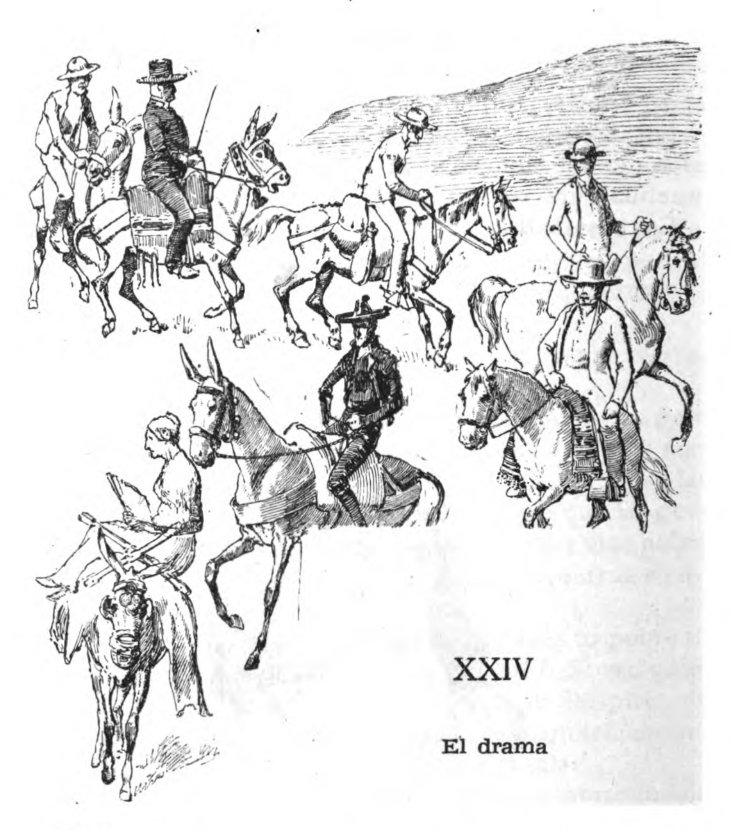
El mozo al decir esto se puso de rodillas y juntó sus manos oprimiendo las de Manuelilla.

—¿Tomás, me perdonas tú?—murmuró ella.

Las lágrimas de ambos contestaron con más precisión que los labios á su mutua demanda. Después Manuelilla tomó río abajo con dirección á la Granjilla.

Era casi de día.





XXIV

El drama

Cuando en la Granjilla vieron llegar á la muchacha agitada, pálida, llorosa, y la oyeron la decisión que había tomado y el inquebrantable propósito que tenía, contristóse el pobrecito abuelo, se apenó el tío Gaspar, comprendiendo que aquello no podía parar en bien, y la tía hiriendo el suelo con el pie, exclamó con brío de enfado y de satisfacción á la par:

—¡Has hecho bien! ¡Sí, muy bien! ¡Me alegro! Así quedan burlados los Igualadas, tan orgullosos que son. Que esperen, que esperen sentaditos.

—Pues á mí me parece que ha hecho muy mal—dijo Gaspar.

—¡Pero si no le quiere la muchacha! ¿Se va á casar nada más que porque se le antoja á la Antonia?

—Pues haberlo mirado ella cuando le tomaron el dicho.

—Dale bola! pero si mi hermana la llevó como se llevan los marranos á la matanza...! Si esta criatura no ha tenido voluntad...!

—Pues, vamos, que ha hecho muy mal digo—repuso Gaspar con el tono templado que en él era propio cuando se enfadaba.—Yo creo que lo mejor es que se vuelva al pueblo conmigo. Y una vez allí, que le diga á don Ezequiel cuál es su nueva voluntad, que él lo arreglará.

—Eso es, y que mi hermana la coja y me la dé una paliza que me la balde, como es muy capaz de hacerlo? No, no, la chica no se mueve de aquí. No hagas caso, Manuelilla.

—Mira, Victoria, que vas á tener con tu hermana una petera que ni Satanás sus va á poner en paz, y va á ser peor. Que yo sus conozgo bien y sé lo que va á pasar. Que tenéis muy mal túfo las dos cuando sus quemáis.

—Pues déjalo. Tengo yo ganas de decirla cuatro verdades á mi hermanita. La chica no sale de casa. Como el sol, que no se la llevan.

Manuelilla escuchaba todo esto sentada y silenciosa, en el estado natural de disgusto é intranquilidad, pero sin llorar. El abuelito en su sillón no estaba menos atribulado que la nieta. La Victoria habíase sentado también, y con el entrecejo fruncido miraba al suelo con insistencia y sólo alguna vez acentuaba sus frases poniendo los ojos llenos de enfado que infundía respeto, en el rostro de Gaspar. Este se paseaba tranquilamente por la estancia con las manos unidas por detrás de la cintura.

Después de las últimas palabras de Victoria, á las

que contestó su marido con una elevación de hombros muy expresiva, exclamó ella con risa irónica:

—¡Que la iba á poner á servir! ¡Que la iba á poner á servir en la corte! Justo. ¡Como que la hija de mi madre lo iba á consentir! ¿Pues hubiera consentido padre, que ahí sentado está y puede decirlo, que ninguna de sus hijas fuera á *servir*, ni siquiera á sacar el ganado como han hecho con ésta, como si fuera ahí una chicuela, una... una cualquiera? ¿Como las hijas de los pastores?

El abuelito sólo pudo contestar con lágrimas, que con el temblor que tenía siempre, los labios le balbucían, y sólo á sus plácidos ojos azules les era dado expresar sus sentimientos.

Por este tenor hizo varios discursos la Victoria en medio del silencio de todos.

De pronto sintieron la voz de un mozo que llamaba al señor Gaspar desde fuera. Se asomó éste á la ventana, y después de cambiar unas palabras con aquél, dijo á su mujer señalando por la ventana:

—¿Ves? ahí los tienes á todos; mira, mira. Ya llegan aquí la Antonia y Homobono, ahora se apean. Y más atrás don Lucas, Esteban, Membrillo, el Cura, ¿qué sé yo los que vienen? Mira. Lo menos vienen cinco ó seis. Ah, sí, viene también el señor Futos.

La Victoria, levantándose, exclamó con indignación y coraje:

—¡Pues que vengan! ¡Que vengan!

Y salió del aposento con decisión, seguida de Gaspar, el cual procuraba calmarla, y sonriéndose decía para sí:

—¡San Antonio, la que va á haber aquí ahora!

Manuelilla no se atrevió á salir del aposento, pero se asomó á la puerta y vió que en el pasillo se encontraron Victoria y Gaspar con la Antonia y el Homobono, á los cuales hicieron pasar á una habitación muy espaciosa, que á la mano derecha estaba.

Antonia tenía el rostro pálido y contraído; Homobono traía gesto más avinagrado que nunca.

La Victoria, aparentando calma, saludólos cortésmente y los hizo sentar én un estrado de humilde sillería de paja.

La Antonia tomó la palabra, diciendo con sequedad:

—La Manuela se ha fugado esta noche de casa y yo vengo á por ella aquí. Sé que está y vengo á por ella. Tiene su palabra de casamiento empeñada y tiene que casarse hoy, esta mañana.

Victoria, disponiéndose á contestar, sonrió é hizo un gesto despreciativo como dando á entender lo pueril de aquella demanda. Antonia exclamó:

—No niegues que está, porque Anselmo nos lo ha dicho, cuando hemos llegado, ahora mismo.

—No trato de negarlo—repuso Victoria sonriéndose y encogiéndose de hombros.

En esto entraron en la estancia los que más retrasados llegaron, y hubo saludos y cumplimientos como si se tratase de fiesta, no de litigios y porfías. Acomodados todos,

—Victoria—repuso la Antonia—yo no he venido á perder el tiempo, y estos señores estan esperando. Di á la chica que salga.

—No—contestó la Victoria con aparente calma.—Si estos señores no tienen prisa ninguna... no pueden tenerla...

—¿Cómo no pueden tenerla? Mira, Victoria, que tu hermana viene amistosamente á tu casa; pero que si empiezas de malas...

—Pero si la chica no se casa...

—¿Cómo que no se casa?—dijo con severo tono don Lucas, interrumpiendo á la Antonia que ya iba á echar la casa por la ventana.—Señora Victoria y señor Gaspar, les hago á ustedes saber que yo no vengo aquí como don Lucas María Igualada: aquí soy el alcalde

de Villembrines; soy la justicia. Y vengo á por una muchacha que teniendo empeñada palabra de casamiento con este joven, se ha escapado del hogar paterno durante la pasada noche. Aquí está el señor cura y los testigos de boda : el señor Frutos y el señor Membrillo que pueden decir si miento.

—Eso es, sí, muy bien dicho, muy bien dicho—exclamó un coro que vino formándose durante el discurso del alcalde.

En esto se sintió rumor de voces en el pasillo, y Gaspar se asomó á la puerta y escurrióse de la escena breves momentos, pudiéndose apreciar que altercaba en voz baja con alguna persona.

—Todo lo que usted ha dicho, será muy cierto, señor alcalde—repuso Victoria.—Pero ya sabe su merced que para sentenciar un pleito, hay que oir á las dos partes. Usted afirma que la muchacha ha dado palabra de casamiento á ese joven: ¿pero y si esa palabra se la hubiese dado (al llegar á este punto cambió de tono y expresión, y encolerizándose clavó los ojos en el rostro de su hermana y se puso de pie en medio del estrado) forzada, sí señor, forzada por la voluntad de su tía, que la tiraniza como mala madrastra, que es lo que es para ella?

La Antonia enrojeció súbitamente, y ciega de ira, sin poder hablar, porque le temblaban los dientes, lanzóse hacia su hermana gritando y agitando los brazos con loca exaltación.

Por último reventó su boca con estas palabras:

—Venga acá la chica y no me insultes. ¡Harpía! ¡Después que la caso con el mejor partido del pueblo! ¡Después que la doy educación y la considero como á hija! Venga la chica, ea. Tú tienes la culpa de todo por haberla sonsacado.

—No, de aquí no sale. ¡Por el sol que no sale!—rugió Victoria con tesón.

Entonces todo fueron gritos y denuestos entre las dos hermanas, apresuramiento de unos por apaciguarlas, incomodidad de otros tomando la causa de la Antonia, y confusión en la sala toda, donde todos estaban ya en pie.

El alcalde, con voz de trueno, y pegando con el bastón en el suelo, puso fin al disturbio diciendo:

—Ea, basta de porfiar inútilmente: ¡ó sale la muchacha, ó registro la casa hasta dar con ella.

—Pues saldrá—dijo Victoria con firmeza.—Sí señor, saldrá y la oirá usted decir igual que á mí.

Y asomándose al pasillo dió una voz á la chica.

Nadie dijo palabra hasta que Manuelilla se presentó en el umbral: entonces, Antonia corrió hacia ella más ciega que nunca exclamando:

—Pero, marmota, ¿qué has hecho de la vergüenza?

Antes que la tocase se interpuso Victoria.

—Alto aquí—dijo.—En mi casa no se maltrata á la hija de mi hermana. Ella no la puso la mano encima, ya lo sabes.

Don Ezequiel quitó de en medio, con brío, á la Antonia, cogiéndola de un brazo, y acercándose á Manuelilla le dijo reposadamente:

—Vamos á ver, muchacha. ¿Tú sabes que se ha hecho un contrato escrito de que Esteban ha de ser tu marido y tú su mujer? ¿Recuerdas que dijiste querías serlo gustosamente y por inclinación natural? ¿Recuerdas que firmaste ese contrato?

—Sí señor que lo recuerdo—dijo sin embarazo la moza.

—Y entonces ¿por qué huyes la víspera de la boda?

—Porque yo no le quiero—repuso ingenuamente.—Sólo que los tíos...

Esteban entonces se adelantó hacia ella, demudado por la cólera, y la dijo:

—¡Perjura! ¿Y por qué me engañabas? ¡No tienes corazón! ¡Vil! ¡Infame!...

Y cuando iba á asirla por una muñeca, cuál fué el asombro de todos al ver entrar precipitadamente á Faquimo, interponerse, apoyar con firmeza una mano sobre el pecho de Esteban, hacerle retroceder, y exclamar con entereza que daba más energía y solemnidad á sus palabras:

—¡No la toques, que es mía! ¡Es á mí á quien quiere! ¡Es á mí á quien entregó su corazón hace tiempo! ¡Me juró que no se casaría contigo, y lo ha cumplido; sí señor, lo ha cumplido!

El grito de sorpresa fué general.

Embargado por la estupefacción de tan inesperado suceso, Esteban perdió la serenidad; pero recobrada, y con ella su cólera é indignación, más crecida y exaltada que antes, lanzóse hacia Faquimo, quien le recibió con un tan violento empuje, que desconcertándolo, dió con él en el suelo.

Entonces fueron de oir denuestos, gritos, alarmas, y de ver ademanes, gestos, y la confusión producida por aquel conflicto. Unos separaban á los dos mozos, otros insultaban á Faquimo.

—¿De manera que usted—dijo don Lucas á la Victoria — no sólo amparaba y protegía á la fugada, sino que tenía aquí escondido al prófugo que yo he hecho buscar?

—Yo no le he visto hasta ahora, ni sé de dónde sale, ni por dónde ha entrado tampoco—contestó ella.

—Señor alcalde—dijo Gaspar —¿No advirtió usted, hace poco, que hablaban ahí fuera, y que yo salí á ver lo que era? Pues no era más sino que Faquimo acababa de llegar, y porfiaba con los otros mozos en que había de subir; pero salí yo, le enteré de lo que ocurría, y él me prometió no entrar, y se quedó junto á la puerta escuchando.

Faquimo entonces se dirigió al alcalde:

—Yo me fuí, porque no quería ser soldado, sí señor,

porque no quería; pero — añadió con ademanes descompuestos — supe que Manuela se casaba con ese menguado, y vine... ¡Bien sabe Dios cómo! ¡Vine hecho un loco!... ¡Vine para que no se casara! Que si se casa, será conmigo. ¡Sí señor, conmigo!

Entre el señor Frutos y Membrillo lograron sacar á Esteban de la estancia.

La Antonia, con furia que rayaba en delirio, y en voz ora ronca, ora atiplada, por la violencia que hacía su garganta, gritaba:

—¿Dónde se ha visto cosa semejante? Con que, es decir, Victoria, que tú te traías aquí á la chica para que ese mastuerzo se enamorara de ella? ¡Y lo habrás consentido! ¡Y se lo habrás aconsejado! ¡Nada más que por desbaratar mi plan! ¡Por dil en contra mía!

Faquimo se paseaba muy agitado, pero sin decir nada: Manuelilla, sentada en un rincón, estaba pálida y no con menos desasosiego: el cura, visiblemente preocupado, no podía tener quietos ni pies ni manos, ni rostro ni entendimiento, y de cuando en cuando ponía sus ojos en don Lucas por unos momentos: don Lucas, el rostro contraído y tembloroso, los ojos bajos, parecía víctima de profundísimo pesar: el señor Gaspar estaba perplejo: el Homobono, mohíno, y con gesto tal que ni que tuviera todos los diablos dentro del cuerpo.

Victoria había tomado el partido de no contestar á su hermana, dejándola perorar y desgañitarse como á demente. Pero no por esto callaba la encolerizada lugareña.

—Vamos á ver—rugió de pronto dirigiéndose á Faquimo. —Villano: ¿quién eres tú para acercarte á Manuela? ¿Quién eres?

Faquimo se detuvo: palideció de coraje, porque aquella pregunta le había herido como agudo puñal en mitad del corazón, y con amarga ironía respondió:

—¿Que quién soy? ¿Pues quién he de ser? ¡un hijo del Moro! ¡Una criatura á quien su madre no quiso alimentar á sus pechos!

Don Lucas salió de la estancia cabizbajo y preocupado.

—Bueno—dijo de pronto Victoria con acento de paz. —Callarsus una y otro. Que éste la quiera ó no la quiera, que se case con ella ó no se case, que nada de esto nos importa ahora, el caso es que Manuela no quiere casarse con el Esteban, de manera que esto es negocio concluído. No es menester vocear más, ni tomar más enojo, Antonia.

—Eso es: y que todo salga á tu gusto, ¿verdad?

—Pero no seas atestada, mujer. ¿Por qué te habrá hecho Dios la cabeza tan dura? Si no le quiere la muchacha, si no consiente en casarse con él...

—¿Y quién tiene la culpa? ¿Quién le ha puesto esas terquerías en el magín?

—Dale! ¿pero no acabas de oir lo que le ha jurado á éste de no casarse sino con él?

—Pero ¿quién les ha metido en esos fregados, quién?

—¡Mala sangre y peor maña! Pero ¿quién te ha metido á ti entre ceja y ceja esa mentira tan grande? ¿Qué he sabido yo nunca de si se querían ú no?

—Sí, eh? ¿Y entonces por qué te se ha atravesado en el gaznate el Esteban?

Victoria dió al traste con la prudencia, y con voces descompuestas exclamó:

—Porque la queréis casar por el dinero, y nada más que por el dinero; porque sois unos tacaños; porque queréis martirizar á la chica nada más que por vuestro interés; porque sois unos orgullosos que queréis que en todo el pueblo se diga que se ha llevado Manuelilla el mejor partido; porque no tenéis corazón, ni entrañas para con ella; porque la tratáis peor que á una criada; porque la ponéis á oficios que no la perte-

necen, y la tenéis esclava de vuestros caprichos: por eso, por eso, y por eso, he plantado la proa á la boda, y digo más...

—¡Mala hermana, mal corazón, que no respetas ni á tu sangre!—vociferaba la Antonia.—No eres mi hermana, no, ¡anda, culebrón!

—Y digo más — continuó la Victoria — y digo más: la chica no sale de esta casa, ¡no sale, no señor, no sale y no sale!...

El cura y los maridos de ambas hermanas se interpusieron á tiempo que el altercado iba á pasar de palabras á hechos. No sin trabajo consiguieron imponerlas silencio.

Mas como Antonia no podía estar callada, comenzó á decir:

—Pues estamos buenos con la madrastra esa y el hijo del Moro. Qué bien! conchavándose á la chita callando. Pues yo, cuando hago daño y voy contra uno, lo primero que hago es decírselo. Yo no me tapo la cara; yo no escondo la mano. Yo, los hechos al rostro, siempre. Y el modregote ese ¿de qué querrá mantener á la muy remilgada? ¿de heno ó de avena? Bien que con el dote que les va á dar esta otra... Ya, ya.

La Victoria, que procuraba hacerse la desentendida, á lo cual le ayudaba el cura haciéndole señas de que callase, dijo así entonces:

—Pues mira. Bien sabe Dios que nada sabía de si se querían ó no; pero nada más que por esas palabras con que me estás injuriando, te juro, Antonia, que has de ver al Faquimo casado con tu sobrina. Y nada más: les doto á ella y á él. Lo que oyes.

—¿Sí? pues está bien—respondió Antonia encogiéndose de hombros y haciendo con los labios un gesto despreciativo.

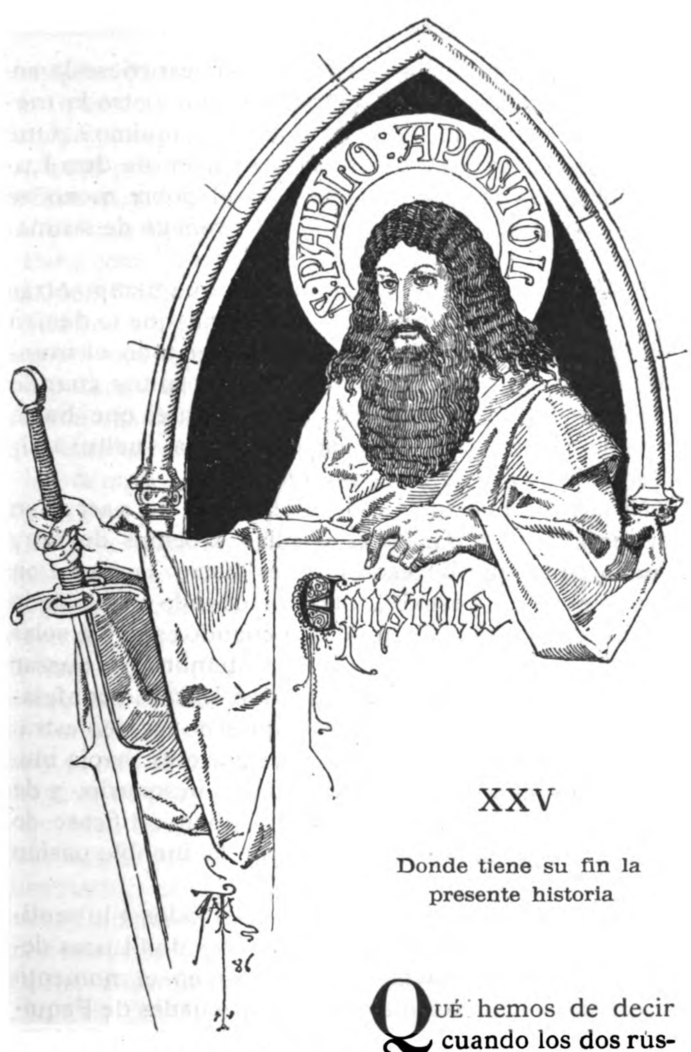
En esto entró el alcalde con su hijo, Membrillo y el señor Frutos, y dijo:

—Señores, el contrato matrimonial queda desbaratado. Ni mi hijo ni yo nos alteramos por tan poca cosa. Buenos días.

Y el alcalde con todo su séquito se fué.

Al poco se fueron también la Antonia y el Homobono sin hablar una palabra.





XXV

Donde tiene su fin la presente historia

¿Qué hemos de decir cuando los dos rústicos enamorados alcanzaron el logro de sus ansiados deseos, y los demás cesaron en sus locas porfías? Sin embargo, nos resta algo que decir.

¿Qué significaban las inquietudes mentales de don Ezequiel en el drama de la Granjilla, y por qué ponía

sus ojos en don Lucas, cual si en éste estuviese la solución del problema? ¿Qué trataron uno y otro la memorable noche que siguió á la fuga de Faquimo? ¿Qué significaba también aquella preocupación de don Lucas, parecida al bochorno, cuando el pobre mozo se llamó con despecho hijo del Moro y renegó de su madre?

Decía el posadero de Villembrines, que tiempo atrás vivió en aquellas tierras una tal María que le decían hija de bruja, por lo cual la despreciaba todo el mundo. Añadía que con ella tuvo amores ocultos cuando mozo don Lucas Igualada. Y finalmente, que hacía más de quince años que nada se había vuelto á oir acerca de ella ni de tales amores.

Nosotros, por los cabos sueltos de la narración del posadero, y por otras cosillas, sabemos de muy buena tinta que de esos amores nació Tomás. Don Ezequiel lo sospechaba, pero ni cuando á raíz de la venida de Faquimo al mundo, ni cuando estuvo á solas con el alcalde, antes de salir con Membrillo á buscar al prófugo, pudo conseguir que don Lucas lo confesase; y es de advertir que don Ezequiel no escaseó estrategia. Don Lucas, para evitar tales aprietos, hacía muchos años que no se acercaba al confesonario, y de aquí que en Villembrines hubiera quien calificase de herejía lo que don Lucas hacía por la innoble pasión de la vanidad.

Algunos de nuestros lectores, inclinados á lo sentimental y novelesco, pensarán que este don Lucas debiera haberse ablandado de corazón en el momento supremo de las exclamaciones despechadas de Faquimo, haber abrazado y reconocido el huérfano con paternal cariño de que hasta entonces no había dado muestras: nosotros pensamos que esto hubiese sido muy humano, muy moral y muy justo; pero esas *anagnorisis*, es cosa de que por desgracia sólo se ven

ejemplos frecuentes en antiguas novelas y comedias. Por nuestra parte, fieles cronistas del drama, no de mentirijillas sino verdadero, de Á ORILLAS DEL GUADARZA, nada podemos decir sino lo que pasó, sin meternos en fantasías y moralidades que contradigan el testimonio del buen posadero.

Para completar el relato de los hechos, añadiremos que don Ezequiel libró á Faquimo del servicio militar, y que con efecto el mozo y la moza se casaron al poco tiempo bajo la protección de Victoria y Gaspar, quien con paternal largueza les cedió una pequeña heredad situada más allá de la Granjilla, junto á la margen opuesta del río, donde se instalaron los novios.

Hasta aquí llegó en sus noticias el posadero de Villembrines.

Supimos recientemente que Manuelilla y Tomás vivían muy contentos, muy honrados y muy alejados del pueblo, pues sólo subían los domingos á oir misa y con ocasión de alguna fiesta ó celebración, como la de San Antonio, Navidad etc.; que Victoria y Antonia vivían tan mal reconciliadas como antes; que Esteban se vino á Madrid, donde perdiendo la pedantería escolar y el *pelo de la dehesa* que le quedaba, se ha hecho un abogado de provecho y un político de capa y espada; y que don Ezequiel sigue tan pacífico y bueno, pegándose largos paseos de caza, que don Frutos sigue tan disputador, el señor Gaspar tan imperturbable y el señor Homobono tan tacaño y mal intencionado. También supimos que hay uno á quien echar de menos y á quien encomendar á Dios: el pobrecito abuelo. . . .

. . . .

Y ahora, piadoso y benévolo lector que hasta aquí has tenido paciencia para escucharme, ya que no desdeñaste mi compañía al venir á este escondido y olvidado lugar de Castilla, únete á mí al abandonarle para siempre. Da una última ojeada á la nave ojival de la

iglesia, pero no te cuides de ese trapantojo de la hipocresía y bajeza humanas que llaman el Moro Faquimo; ven por estas calles tortuosas, despídete del palacio plateresco donde habita el orgulloso cacique del lugar, y después de la casa del señor Homobono, que está como sabes á la derecha mano, según que subimos por la carretera, y tiene cinco ventanitas arriba, cuatro debajo y el portón verde en medio. Montemos los pollinos que nos trajeron y bajemos por la carretera á la par que el risueño y sosegado Guadarza; recreémonos entre tanto con la vista de los extensos y ya segados campos, que tan lujosos de mies hallamos á nuestro arribo, y la no menos grata del Cerrillo del Diablo en medio de la hondonada donde pacen las cabrillas que apacienta Ramón, y las laderas de las cercanas colinas donde sestean las ovejas merinas y churras de dón Lucas Igualada; todo tan hermoso, porque lo ilumina este sol tan pródigo de luz y de alegría, y lo cobija este cielo azul, tan sereno y magnífico, de nuestra España.

Adelantando, dejemos á un lado el valle de la Granjilla, de la cual sólo alcanzamos á ver el tejado de la casa, cubierto de verdín, sobre el cual se alza el palomar con la jarra por señuelo, que puso Faquimo, y la tosca chimenea ennegrecida.

Antes de tomar la vuelta que hace el camino, contemplemos por vez última el pueblo, al final de la cuesta y al pie de la extensa y achatada loma que recorta al cielo en el horizonte, sobre la cual se destaca el centenar y medio de casitas ya blancas, ya de color de ladrillo, y más alto que ellas la mole de piedra oscura con su campanario cuya alta aguja desafía al firmamento. Demos un adiós á Villembrines...

Continuemos.

Esos campos, sembrados de hortaliza en su mayor parte, que están lindando con el camino, son la here-

dad de Tomás. En aquella casita blanca que se distingue tan lejos, allí vive.

Ese hombre que viste á lo lugareño y conduce el par de mulas que aran este inculto terreno, y nos da las buenas tardes con tan sencilla cortesía, parece que canta á media voz.

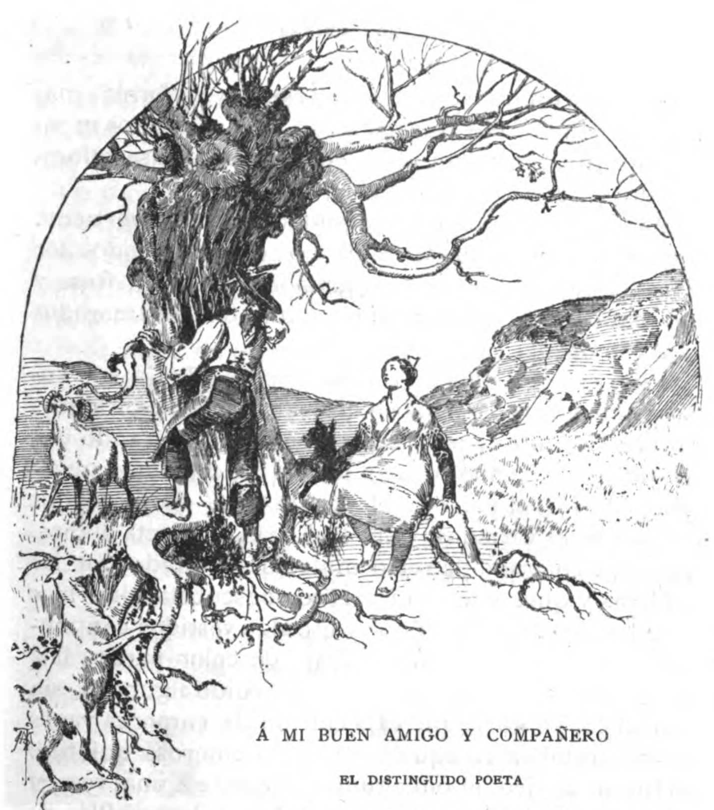
Canta una copla:

«Lo mismo es decirme á mí
que te olvide y no te quiera
que decirle al sol que pare
en medio de su carrera».

Es aquel hombre á quien la vileza humana hizo renegar de su origen, y de su miseria y de su propio sér, cuya frente anubló la tempestad de la pasión, haciéndole concebir el más abominable plan. ¡Es Faquimo que hoy vive el más bueno, más humilde y más feliz de los mortales!



IDILIOS SOÑADOS



Á MI BUEN AMIGO Y COMPAÑERO

EL DISTINGUIDO POETA

FERNANDO DÍEZ DE TEJADA

I

Sobre el diáfano y azul firmamento, limpio de nubes, sosegado como el alma del justo, el ardiente sol, á poco de haberse remontado á su triunfo diurno, derramaba pródigo luz, poesía, calor y pasión. De oro parecían las gallardas espigas, y las bermejas amapolas lujosas de color y de rústico alborozo, y las cándidas margaritas con su albo atavío nupcial, y el pobre

tomillo abrupto y selvático de vestido y de forma, mariposeaban por el extenso campo de la mies. Los montecillos que limitaban el escenario, ofrecíanse alfombrados de aterciopelada verdura.

Á la sombra de la encina, sentados sobre la vertiente del cerrillo que nos servía de cómodo sofá todos los días, en tanto que nuestros ganados pastaban, Rosa y yo platicábamos, con palabras ó miradas, enamorados y contentos.

Rosa era una niña de catorce abriles. Traía sus rubios cabellos repartidos en dos pabellones desde el medio de la frente, y por detrás trenzados figurando dos cintas, que se enlazaban en forma de cerrojo. Luego, por el busto, el pañolito blanco de talle, con bordados de colorines variados, y por lo demás, camiseta blanca, zagalejo colorado de recio muletón, abultado por las caderas y que, como era cortito, descubría algo más que los pies, estando éstos y ese algo vestidos con medias blancas. Yo con burdo traje de color pardo, faja negra y sombrero ancho. No había ruido alguno, y, sin embargo, yo no sé qué expectación de rumores vagos se concertaban en aquella dulce y nemorosa quietud: el tímido gorjeo, el pío agudo semejante á una voz, el aleteo de cualquier ave cercana, el monólogo chillón de las cigarras, las monótonas salmodias canturriadas por los voladores insectos, los quedos y tardíos pasos del ganado y los blandos repiques de sus esquilas, las caricias delicadas y silenciosas de las hojas de la encina, y en fin... un susurro continuo, pero callado, que se sentía más que se escuchaba, cual si en el aire y la luz danzasen átomos de sonidos, partículas desprendidas de los ecos repetidos por las montañas del valle...

Dije mal antes: Rosa estaba sentada, mas yo estaba tendido de bruces, con los codos hincados en la tierra y con ambas manos sosteniendo mi rostro; los ojos puestos en la cara de Rosa. Las pupilas de ésta, azules

y límpidas como la superficie del cielo, vagaban distraídas por el paisaje; y con los labios entreabiertos y casi inmóviles, murmuraba una cancioncilla vulgar.

De pronto me miró, sonrióse y me dijo:

—¿Qué me miras, tonto?

—Te estoy retratando en la memoria.

—¿Es que te acuerdas de mí cuando no nos vemos? ¡Pícaro!

—Si me sé de corrido tu fisonomía y tu figura enterita, como el *Cristus* los muchachos de la escuela. ¿Y sabes tú lo que he pensado muchas veces? Que los ángeles del cielo deben ser así, trigueñitos como tú.

—Ó morenos. ¿Tú que sabes?

—La gente morena no entra en el cielo, que morenos son los moros y moreno es el diablo, que es negro.

—Entonces entraremos allá los dos junticos de bracero.

—Justo. Y nos tocarán zampoñas y panderos.

—Toma, y bailaremos la jota. Mira tú que si yo me pongo...

—Pues mira que si cojo yo la guitarra.... Todos los Santos y los ángeles van á echar un baile magnífico. Y tú echarás coplicas. ¡Vaya!...

Rosa celebró aquellos desatinos con risotadas y palmoteos.

Permanecimos silenciosos por algunos momentos. Al cabo Rosa murmuró:

—Según eso que dices, me vas á querer toda la vida.

—Sí, Rosa. ¿Lo habías dudado?

—No—repuso Rosa exhalando un suspiro y quedándose pensativa con los ojos bajos.

Y tornó á cantar en voz queda.

Yo me acerqué al tronco de la encina, saqué mi navaja, é hiriendo con la punta de ésta la superficie del tronco, tracé allí la siguiente inscripción:

«Te juro, Rosa, que aunque tú me aborrezcas, si »esto es posible, con el cariño que te tengo me han de »enterrar, y en tu compañía me he de ir al cielo.»

Rosa y yo nos gozamos contemplándolo y lo comentamos bastante.

—Mira, Rosa—le dije—si alguna vez dudas de mi amor, ven á ver si existe todavía esta encina. Porque suponiendo que yo pueda olvidarte, el día que tal suceda pegaré fuego á la encina para que desaparezca este testimonio de mi perjurio.

No había concluído de decirlo, cuando una ráfaga de impetuoso viento nos azotó los rostros y me quitó el sombrero, llevándoselo cerro arriba.

Miramos al cielo: espesos y lúgubres nubarrones acababan de encarcelar al sol, ocultándole de nuestros ojos y asombrando y entristeciendo las doradas mieses. Huyéronse los pájaros lanzando lastimeros gritos; acallaron su salmodia los insectos.

Al susurro de paz que había en el aire sustituyeron los mugidos sordos y pavorosos del viento; las hojas de la encina trocaron sus blandas caricias en violentas sacudidas, como un sér que retuerce sus miembros en las convulsiones de la desesperación.

—Tenemos encima la tempestad. Vámonos—dijo Rosa con pavor.

En esto se sintió como si allá en el firmamento, pero muy lejos, hubiesen descargado de golpe un carro de piedras.

Rosa y yo comprendimos que la tempestad no nos iba á dar tiempo de refugiarnos en el lugar. Entonces caminamos hacia la cabaña, no lejana, que yo había construído para guarecernos de las inclemencias del cielo: saqué mi silbato, y comencé á sonarle para atraer el ganado. Las ovejas y cabras, fieles á mi llamamiento, acudieron todas.

Rosa y yo nos metimos en la cabaña.

De pronto, una serpiente de fuego se mostró rápida sobre la nube, ya compacta y de color rojizo amoratado. Seguidamente estalló un trueno horrendo y ensordecedor como una descarga de cien baterías.

Rosa se estremeció y buscó refugio sobre mi pecho, me asió del chaquetón con ambas manos, apoyó la mejilla izquierda sobre mi hombro derecho, y comenzó á rezar Credos y Avemarías.

Algunos de los asustados animalitos se refugiaron dentro de la cabaña y nos rodearon. Una cabrilla, entornando los ojos, acarició con su hocico el brazo derecho de Rosa. Rosa la atrajo hacia sí con cariño.

De pronto, otra centella hendió la nube, tajando furibunda y briosa el tronco corpulento de la encina. Y mientras el trueno pavoroso se desplomaba sobre la tierra como una maldición, entre la hojarasca de la encina tomaba cuerpo, bullía y brillaba con fulgor fatídico el incendio devastador.

Rosa y yo tuvimos el mismo fatal presentimiento. Ni aun casi á lanzar una exclamación nos atrevimos, y llenos de terror, yo la estreché por la cintura y oprimí con mi mano izquierda su diestra, cuyos dedos seguían aferrados en el borde de mi chaquetón.—¡Y así vimos cómo se consumía la encina!... ¡El cielo destruía mi juramento!...



II

La última tarde que pasé en casa de Teresa estuvimos ella y yo jugando al ajedrez. Hablamos poco. Yo perdí casi siempre. Cuando la miraba, ella escondía los ojos, recatándolos de los míos. Ya al fin de la tarde nos asomamos al balcón. Descubríase desde él espléndido y dilatado horizonte, en el cual espiraba el melancólico sol de otoño, incendiando con fulgores brillantísimos los nubarrones que manchaban el pálido firmamento.

La campana de un convento próximo elevaba al cielo el débil quejido de ascética resignación.

Aspiré con placer gratísimo el fresco ambiente de la tarde. Después miré á Teresa. Envuelto el cuerpo en un chal de punto de estambre, blanco, con los hombros

elevados porque sentía frío, Teresa me pareció muy hermosa. Su palidez habitual ofrecíase más nítida y delicada allí que dentro de la habitación; su negro pelo más aterciopelado y suave; sus ojos... miraban al horizonte con dulzura infinita, en la cual advertí no sé qué sombra de indefinible tristeza...

—¡Qué hermosa está la tarde!—murmuré.—El sol en otoño, cuando declina, parece un viejecito que espira llorando y riendo al dejar el mundo. Se despide de nosotros satisfecho y gozoso de haber alumbrado nuestra felicidad.

Teresa estuvo un buen rato sin decir una palabra; al cabo me contestó:

—El otoño... el ocaso de la vida... También el corazón tiene su otoño y el amor su ocaso...

Y los ojos de Teresa, siempre fijos en el dilatado espacio, se anublaron y dejaron resbalar una lágrima por cada mejilla.

Tomando entre ambas manos su derecha, y blanquísima, que apoyada tenía sobre la baranda del balcón, miré silencioso las angustiadas pupilas de Teresa. Ella parecía no querer pagar á mis ojos en la misma moneda. Al cabo me miró. ¡Pero con qué pena más profunda! Y balbuceó:

—¿Ves? No podemos amarnos. Tú tienes joven el corazón. Envidia me da: ¡aún sueña, aún tiene brío, entusiasmo, ardor juvenil! Ni una sombra le entristece, ni un temor le aflige. ¡Ah!... No batalla con las reflexiones del pensamiento. Sólo pide amor, amor como el suyo. Sólo padece sed de amor... Y pide amor al mío... que está mustio, taciturno, falto de fuego y lozanía, como las flores marchitas, á las que el otoño va pegando puntillones cuando se retira de los campos...; que gime bajo la tiranía de la razón, la cual le reprocha de continuo el débil amor con que paga el tuyo, tan hermoso y noble. Criminal y egoísta me pa-

rece aceptar tu valiosa pasión, pagándola tan mezquinamente. Creo que es pagar la nobleza con vil hipocresía. Tú eres más joven que yo y debes buscar otra mujer joven, en la aurora de la vida, que corresponda á tu ardoroso y sublime sentir con la poesía de sus hermosos y primeros sentimientos. Todo en el mundo sigue su curso fatal. Tú estás en la primavera de la existencia; yo en el otoño. Déjame sola, abandonada; deja que el vientecillo me arrastre sin rumbo, sin objeto... Quizá esta flor marchita encuentre otra flor marchita que guste de comunicarse con ella y contarle sus recuerdos.

—Calla, calla por Dios, Teresa del alma. No engañada por escrúpulos exagerados, te culpes tan sin razón, ni desdeñes mi pasión inquebrantable.

—¿Pero no ves que siempre manifestamos divergencia en las apreciaciones sobre las cosas, por efecto de nuestras distintas edades y modos de sentir? Tú todavía ves el mundo de color de rosa; yo estoy desengañada de él. Tú sobre cualquier cosa levantas un castillo de ilusiones; yo veo ruina próxima y fatal. Tú en seguida quieres correr en pos de la dicha, alborozado con la idea de poseerla; y yo tengo que ser quien detenga tus ímpetus, haciéndote ver que la dicha es un fantasma engañoso. ¡Y si todo esto te fuera de provecho! Pero lo peor es que yo, si intento fingir conformidad con tus ensueños, temo tus justos reproches el día en que te desengañes, y tal vez estoy matando en flor tus más hermosas ilusiones. Luego, ¿qué quieres? me da pena no poder saciar la sed de amor que tu corazón padece, aunque tú no te dés de ello cuenta.

No supe qué contestarla... Bajé los ojos... desligué despaciosamente mis manos de la suya... y al cabo de un rato, miré hacia el horizonte y suspiré con indecible pena... ¡Llegué á tiempo de ver cómo se apagaba el último reflejo del sol!...



III

La pálida y sosegada claridad de la luna esmaltaba el agreste y profuso marco de hojas de yedra y florecillas olorosas que circuían la ventana, ocultando las góticas filigranas que la decoraban. Oprimiendo con mis zapatos de cuero, blancos y escotados, el curvo peldaño de la escala de seda; con mis piernas vestidas de calzas bermejas, apoyadas sobre la misma

escala; erguido el cuerpo, engalanado con justillo negro, recamado de oro, atacado con arretes por el pecho, descubriendo por la cintura la abullonada camisa, como también por los hombros y los codos; los blondos y espesos rizos de mi cabellera, flotando á los lados de mi frente y por detrás; el birrete calado... hallábame en dulce plática con la hermosa Lucinda. Lucinda estaba asomada á la ventana. Vestía de blanco: de entre los sencillos bullones de su falda, erguíase el cuerpo, ceñido, esbelto, candoroso y noble, cuyo escote cuadrado descubría los finísimos pliegues de la camisa y joyas preciosas con esmaltes y piedras finas. Sus dorados y sedosos cabellos estaban medio ocultos entre estofas, cintas bordadas y espléndidos aderezos. Sus mangas, ajustadas con singular elegancia á los delgados brazos, acusando dulcemente el codo, cubrían hasta la mitad de las manos, cuyos blancos y afilados deditos retenía yo en mi izquierda, con el cuidado y suavidad que hubiera empleado para retener una reliquia. Con mi diestro brazo enlazaba su talle, y mis ojos no se apartaban del rostro de Lucinda. Su nítida y tranquila frente blanqueaba en la sombra, donde sus azules ojos se mostraban más diáfanos y serenos. La luz de la luna dibujaba sobre las mejillas de Lucinda los piquitos de las hojas de yedra, bañando de inefable claridad la boca angelical y la redonda barba de finísimo y aterciopelado cutis.

¡Qué dulce diálogo teníamos!

—¿Te acuerdas de mí con frecuencia, hermosa Lucinda?—le decía.

—Sí: no hay un momento solo en que tu imagen no esté presente en mi memoria. Cuando estoy conversando con otra persona que no seas tú, hablan solo mis labios, no mi mente, que te buscan entretanto en el mundo de lo que no se ve con los ojos ni se palpa con las manos; pero que suspende más á los sentidos

que todo cuanto nos rodea. Cuando salgo á pasear por el campo, las flores, al regalarme con su perfume, de ti me hablan; la mariposa que revolotea, viva y satisfecha, mensajera tuya es; los besos delicados que las suaves auras depositan en mi frente, son sus puros y amorosos besos. Tú sonríes en todo; en todo me agasajas, y siempre me adoras con el cariño más santo y hermoso. En la iglesia, desvío la atención del libro de rezo para pensar en ti: y cuando pongo los ojos en la figura de alguna miniatura del devocionario, es que he visto en ella tu imagen gallarda, tu noble apostura... ó quizás algún vestido semejante al tuyo. Si rezo, por ti ruego: si medito, tu amor me lleva como por la mano al conocimiento de la bondad y la plácida virtud. En la soledad de mi estancia, excusado es decirte si mi pensamiento entenderá de ocupación alguna de la cual no seas tú el objeto...

—¡Ah! Lucinda amada. No prosigas, no, ni encarezcas tu amor. Espejo es tu alma en la cual la mía se mira con orgullo y con gozo infinito. Que de ti me hablan las florecillas y las palomas que bajan al prado desde las almenas de ésta tu vivienda; y trae tus besos el embalsamado perfume de estos verjeles á mis labios, que cien veces aspiro con ansia desde mi morada. Y el lucero matutino, de luz dulce y tranquila, me envía tu primer sonrisa, y la pálida luna me regala la última, después de haberme apartado de ti. También yo te veo en las imágenes de la casa de Dios. Los candorosos ángeles, vestidos de talares y plegados ropajes, que están esculpidos en la portada del santuario, me parecen hermanos tuyos, y muchas veces te busco entre el pelotón que ellos forman entonando preces al Altísimo. Y cuando el grave canto de los monjes se eleva en el coro, y el órgano resuena con armonías que parecen dulces lamentos del alma aprisionada en la tierra, pero resignada, comunicándose con su Crea-

dor... y el incienso se eleva majestuoso y pausado, borrando difusamente los santos del altar... y los nervios que desde el suelo suben á cruzarse en las bóvedas, entonces mi espíritu conturbado y melancólico cae en los dulces abismos de la meditación; y tú eres el ángel inmaculado que me redime, que consuela mi entristecido espíritu infundiéndole esperanzas inefables y magníficas; quien, en fin, me une con Dios é implora de él mi perdón y mi felicidad eterna. En ti vivo, en ti pienso; tú eres la luz de mi inteligencia, el norte de mis esperanzas.

Lucinda me miró y no tuvo qué contestar; pues toda su dicha, toda su gratitud, todo su amor, se asomó á sus labios bajo la forma de una sonrisa. Yo sentí los míos incapacitados de articular palabra alguna y que también sonreían. No supe hacer más que libar su amor en su boca regalándole con el mío.

Después guardamos silencio.

Al poco advertí que su rostro se entristecía y que un suspiro se escapó de su pecho.

—¿Qué te aflige?—le pregunté con penosísima zozobra.

—Nada—contestó, rompiendo á llorar al mismo tiempo.

—¡Ah!...—exclamé yo.—No me acordaba. Tienes razón, Lucinda. Lloras porque te acuerdas de aquella balada que empieza diciendo:

«Tú eres princesa, yo pobre doncel...
¡Maldito querer!...»



IV

La fiesta en el palacio de Luís XV estaba en todo su esplendor. Todas las parejas desfilamos para comenzar un *minué*. El salón, profuso en ornatos dorados de talla primorosa, tan caprichosos como elegantes, estaba cuajado de luces; en el techo motivos mitológicos representados con valiente fantasía: en las

tribunas altas, músicos entonando melodías voluptuosas: abajo el murmullo de los galanteos, las sonrisas del júbilo que todos sentíamos, el perfume que despedían todas las hermosas... Flora venía de mi brazo, primorosamente ataviada. La recia seda de la sobrefalda blanca, franjeada de rosa encendida con flores doradas, descendía en pliegues barrocos desde el borde del escote por la espalda, formando preciosos y abultados pabellones sobre las caderas. La armada cotilla descubría el blanquísimo busto y aprisionaba el cuerpo, concluyendo en punta prolongada más abajo del talle. Las mangas hasta el codo llegaban, abriéndose allí en desmayados encajes, de entre los cuales salían los delicados y suaves antebrazos desnudos. Los empolvados cabellos iban recogidos atrás y engalanados con un gran lazo, plumas y joyas. Los afilados y pequeños deditos de su mano derecha jugueteaban con un abanico primorosamente labrado el ebúrneo pie y con pastorcillos Watteau en el país.

Yo vestía casaca larga, chupa y calzón corto de seda azul, medias blancas, charolado zapato con tacón rojo, espadín de acero con reluciente empuñadura, cuello y vuelillos de riquísimo encaje, peluca blanca con su lazo negro atrás, y el sombrero de tres candiles bajo el brazo izquierdo.

Mientras íbamos á tomar puesto para el baile, hablábamos así:

—Desecha todo temor... No seas loco... Se conoce que Cupido ha querido jugarte alguna mala pasada. Recuerda que le pintan ciego.

—Ceguera es el amor—contesté yo,—sí; ceguera dulcísima que esconde lo feo y miserable que hay en el mundo para sólo dejarnos sentir lo risueño y hermoso. Pero no es Cupido tan ciego que peque de inocente. También vive advertido para saber si le engañan.

—¡Oh!... me ofendes con esa palabra. Poco galante estás.

—Flora... pérdoname. ¿Me amas?

—¿Lo has dudado?...

Comenzó el *minué*.

Con mi mano derecha levantada cogía por las puntas de dos deditos la izquierda de Flora. Nuestros pies avanzaban cadenciosos y lentos; balanceábamos el cuerpo sobre las caderas, mirándonos de cuando en cuando sonrientes y gozosos. Luego venía el divorciar las manos, hacer yo ceremoniosa reverencia, saludar ella con supina elegancia, encogiéndose, en tanto que con sus deditos de nácar alzaba su falda con mucha monería. Otra vez á cogernos de las manos: una vuelta para cambiar de sitio; otro saludo y otra vuelta ella, pasando por debajo de mi brazo, levantado en forma de arco, sin que el alto copete de sus adornos de cabeza rozasen con mi manga, ni su mano izquierda se desuniera de mi diestra, la cual hacía de eje en esta singular evolución.

Así sucesivamente dimos todas las parejas, una tras de otra, la vuelta entera al salón, desfilando después por el centro.

Las miradas de Flora durante el *minué* fueron tan dulces, tan sonrientes, tan seductoras, que, al concluir, yo no pude menos de pedirle perdón de mis dudas. Conversamos satisfechos y animados, cual si nunca hubiésemos tenido más oficio que amarnos con toda el alma. De pronto advertí detrás de ella al odiado rival. Ella bajó la mano derecha, en la cual llevaba el abanico, y la sentí arreglar los pliegues de su falda, sin dejar por eso de hablarme más expresiva é ingeniosa que otras veces y de fascinarme con los hechizos de sus ojos. No sé qué vaga sospecha se me entró en el corazón como los reptiles se introducen sordos por las rendijas de las puertas.

Al poco, Flora me dió un pretexto para separarse de mí por unos momentos. Disimulando lo mejor que pude, la seguí con la vista. Flora entró en un gabinete. Me asomé á la puerta. Flora, de espaldas, leía un papel. Me aproximé sigiloso, recatado, pisando de puntillas: miré el papel por encima del hombro de Flora, se me nublaron los ojos, el despecho y la ira rebosaron, y mi mano derecha cayó como garra de fiera sobre el miserable papel, estrujándole con salvaje placer. Flora gritó, faltó el aplomo á su cuerpo, y hube de sostenerla para que no cayese al suelo: le había dado un síncope, y estaba pálida como la muerte. Antes de atender á ella, atendí al papel con avidez extremada. Frases de amor, referencias á juramentos de ella y la firma de mi rival: ¡esto es lo que ví!



V

HALLÁBAME dormido ó despierto? No lo sé. Pero yo languidecía en un marasmo ó sopor quizá más mental que corporal. Y en lo recóndito de mi espíritu, cual si mi mente fuese un segundo yo, aparte del yo determinado por los caracteres especiales que en mí reconozco, del yo que vive en una esfera de acción conocida y precisa, reflexionaba acerca de mis tristísimos desengaños del amor, sobre lo estéril de mi fantasear acerca del ídolo aún no hallado de mi corazón; me compadecí con profundísimo desconsuelo, y suspirando, anhelé aún el amor tantas veces soñado, con afanes

sin cuento apetecido... y siempre fantasma quimérico imposible de hallar.

De pronto, sentí que se me acercaba con suavidad de mariposa un sér invisible, el cual posó momentáneamente sus labios tibios y candorosos sobre los míos y luego me volvió la espalda como la vuelven los pensamientos al alejarse de la mente, cual palomas del palomar. Aquel beso fué chispa eléctrica que galvanizó todas las fibras de mi sentir, causando una violenta revolución, de la cual se hizo caudillo el corazón, diciéndome con inspiración de adivino: «¡Ahí la tienes, esa es!» ¡Se me escapaba!... Tendí los brazos, asi los pliegues flotantes y tenues de la vestidura blanca que velaba la casta belleza del sér invisible... Volvióse hacia mí, y así que estuvimos frente á frente, me dijo: —«¿Qué me quieres?»

Su áurea y tendida cabellera cobijaba los hombros como un manto de luz, pues un sol invisible nos circundaba de inefable claridad. Y su alba frente, serena y despejada, me ofreció el *summum* de candor beatífico y sublime; sus azules ojos, cristalinos y sosegados, el *summum* de dulzura hechicera y celeste; sus bermejos labios, plegados con gracia y perfección escultórica, el *summum* de sonrisa, plácida y amorosa; sus rosadas mejillas, el más delicado arrebol; su redonda barba, el modelado más dulce; su garganta, la nitidez más suave. Sus formas, tal cual se adivinaban por entre los pliegues de la túnica, tenían todo el encanto virginal y toda la belleza plástica que la naturaleza y la imaginación puedan crear, armonizando y fundiendo en un sér solo sus distintos ideales, sus cifras de belleza y expresión.

—Tú eres el sér que yo he presentido—le dije. —¡Tú eres mi amor, eres mi alma! Te he buscado inútilmente entre el enjambre femenil que bulle por doquiera en el mundo, sin comprender, necio de mí, que sólo po-

dría hallarte aquí, en la frontera de lo tangible. Porque tú tienes toda la hermosura de que la naturaleza puede vestir á la criatura humana; pero lejos de ser en ti esta hermosura efímera y fugaz como la hermosura de las flores, es eterna y perdurable, pues la anima y vivifica esa otra hermosura, oculta en lo recóndito de tu alma inmaculada, como la Sagrada Hostia en lo recóndito del Tabernáculo: hermosura dimanada de Dios, parte suya, esencia de su esencia misma. ¡Ah! tú me brindas con el amor perdurable, ¡bendita seas! —¿Qué he hallado hasta ahora? ¿Por qué mi alma está triste y abatida? ¡Ay! ¡Siempre luchar! ¡Y siempre los anhelos nobles y magníficos del corazón derrumbados y maltrechos!

Ama el corazón cuando por vez primera le convida risueña y hermosa la naturaleza con sus peregrinos encantos, presta juramentos que aseguran como inquebrantable su fe... y el tiempo, que todo muda, para el cual nada puede ser estable... se lleva los juramentos. Ama á la mujer pensadora y reflexiva, por ver si la razón es mejor garantía que las ilusiones... y la razón misma hiere y mata al amor con el puñal del raciocinio. Ama á un espíritu levantado, armoniza con él su sentir, desechando las pequeñeces humanas; enlázanse las dos almas con abrazo puro y delicado... y las pequeñeces humanas divorcian para siempre, con bárbara y despiadada crueldad, aquella unión santa y hermosa. Ama al ídolo femenil que se muestra hermoseado por los encantos que le presta el mundo... y entre tanto esplendor y magnificencia descubren los celos un corazón miserable y pequeño. ¿Ves cuánta ha sido mi desdicha? Alma de mi alma, déjame que te diga remedando al poeta: ¡Ven, ven tú!

Sonrióse mi interlocutora, y despaciosamente me contestó:

—¡No puedo amarte!

—¿Por qué?

—¿Qué calor podré prestar á tu pecho enardecido si mi forma, con ser la de hermosura más verdadera, no tiene nada de tangible ni de humano? ¿Cómo pagar tus suspiros con suspiros, si mi elemento vital no es el aire que tú respiras, sino las serenas auras de lo invisible? Ni en tus brazos me podrías estrechar, ni aprisionar mis manos, ni besar mi rostro. Sólo podrás rendirme culto con la imaginación.

—Entonces, si tú eres el verdadero amor, como presiento, eres el más cruel y el más egoísta... pides pasión, idolatría, culto eterno, y lo pagas con silencio, alejamiento é insensibilidad absoluta.

—Adiós—repuso la sin piedad, retrocediendo de ante mí.

—Espera, espera... Mira que dejar de amarte no puedo, pues ya has aprisionado mi alma con vínculos secretos, pero invencibles; y dejarme solo es abandonarme á la desesperación: ¡la más horrible de las muertes!...

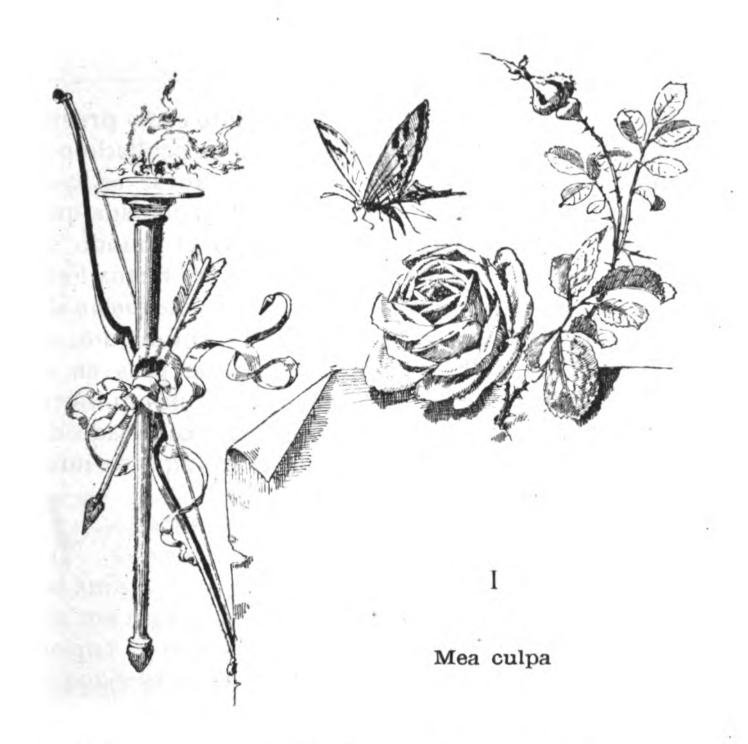
Ni una palabra contestó, inmutable y soberana, más hermosa, más cándida y más deseable que nunca, por el amor puro y magnífico con que brindaba... alejóse de mí hasta que la perdí de vista.

Después... todo quedó en sombra. Volví los ojos hacia el mundo, y suspirando repuse:

—¡Otra vez luchar!... ¡Otra vez condenado á buscar el amor en la mujer, llevando tras de mí, como sombra de mi alma, el presentimiento de la desilusión!

LAS ALAS ROTAS





I

Mea culpa

Bien me conoces, querida Fernanda: bien sabes que no soy vanidosa, sino, por el contrario, demasiado sencilla; y digo demasiado, porque esta misma virtud es mi defecto capital. Lo confieso ingenuamente, Fernanda; yo quisiera algunas veces ser menos buena, con tal de ser más lista para algunas cosas. Pensando en esto, adivino una contradicción, que me infunde pavor y profunda pena: que para prosperar en el mundo, parece necesario muchas veces dejar de ser bueno y sencillo.

Pero vamos á cuentas, querida Fernanda. Me acusas de reservada para contigo. No sé cómo, hallándonos separadas, has adivinado que me pasaba algo durante los últimos meses: que estaba enamorada. Nada te he escrito que, ni por asomo, pudiera delatar mi secreto.

¡Qué perspicacia la tuya! Todo ha sido como presumiste: he andado enamorada, y te lo he ocultado neciamente. Neciamente, sí, porque yo no sé en qué consiste; pero no hay hipocresía más redomada que la de un corazón enamorado. De todo el mundo se tapa, de todos se esconde. Perdóname, mi buena Fernanda. Aunque tarde, ahí va *mon roman. Le roman* de tu querida Manuela, y con ella su arrepentimiento, *su mea culpa.* Me pesa mucho, créeme; me pesa en el alma no habértelo contado todo antes; pues quizá tu talento, tu buen sentido, me hubiesen aconsejado de tal suerte, que hoy fuera yo dichosa en lugar de infeliz. Pero en el pecado va la penitencia.

II

Él

Ya sabes que el verano último lo pasamos en la Granja. Allí estuvimos bien y divertidos. Un señor amigo de papá, que se dedica á coleccionar mariposas, me regaló un capullito de mariposa, previniéndome que en la primavera de este año, si tenía él cuidado de poner el capullo dentro de una caja, cerrada por un cristal, podría ver salir de su capullo al hermoso insecto. Prometí hacerlo así, y me propuse conservar la mariposita atravesada en un alfiler. Asómbrate, Fernanda; antes de venir al mundo ya decretaba yo la muerte de aquel pobre animalito, cuya única culpa consistiría en nacer bello por voluntad de la Naturaleza. ¿Por qué somos tan cruelmente egoístas los racionales?

Mas todo esto no viene al caso. En el viaje de regreso nos unimos en Villalba con mi prima María, que venía también á Madrid con su papá. Traían por compañero de viaje á un joven alto, rubio, distinguido, sencillo y de buen talento, según pude apreciar desde que le oí discurrir con amenidad y singular discernimiento sobre los diversos motivos que se ofrecieron en la conversación. María me presentó á él, nombrándole Andrés Martín. María lo había conocido en San

Sebastián, de donde venían. Hallé á Andrés de semblante dulce y serio á la par, ojos azules de sereno mirar, y barba rubia muy aseada; su vestir, pulcro y elegante; sus maneras, desenvueltas, sin acusar descaro ni llaneza de mala educación. Pero lo que más me encantó de él fué su espontáneo é ingenioso lenguaje. Para todo tenía un chiste oportunísimo, observación juiciosa ú objeción precisa; á todo respondía en el tono más acomodado al caso y á la circunstancia. Con tal interlocutor, no sabes qué agradable fué la conversación sobre muchas cosas y sobre nada, con la cual entretuvimos las dos horas escasas que empleó la perezosa locomotora en traernos á la Corte.

Después supe por María que el joven Martín era un matemático de nota, que tenía veinticuatro años y que pertenecía á una excelente familia. Comenzaron las veladas en casa de María, y allí empecé á ver, con bastante frecuencia, á Andrés.

III

Yo

Y comenzaron á operarse en mí singulares é inauditos fenómenos. Me dió por leer novelas en que hubiese amores dulces y poéticos. Me hice cavilosa y pensativa, sin que hubiese cuestión alguna cuya resolución pendiera de mis meditaciones, pues sobre nada fijo pensaba, siendo el curso más frecuente de mi discurrir la casa de María, las partiditas de tresillo que allí jugábamos, ó las más divertidas de lotería, en las cuales yo solía formar *compañía* con Andrés. ¿Qué más te diré, Fernanda? ¡Ah! sí. Que aquel otoño me pareció más poético el Retiro, más melancólico el caer de la hoja, más hermoso el cielo, sobre todo cuando el sol vespertino incendiaba las nubes desde el horizonte; y que en todo mi sér fué extendiéndose, de grado en grado, cierto abandono ó laxitud, de que yo no supe darme cuenta precisa; y que inconscientemente sentí aburrimiento de muchas cosas; y que mi memoria fuése haciendo más torpe cada día; y que en mi espíritu se hizo perceptible una volubilidad, una especie de zozobra, no sé el qué, muy nuevo en mí; y que me hice excesivamente impaciente; y que mi sueño era intranquilo, pues extrañas pesadillas me robaban el reposo; y que perdí las ganas de comer; y que me

quedaba algunos ratos suspensa y como adormecida, dejando caer sobre la falda la costura, de cuyos paréntesis solía sacarme mi madre preguntándome por qué suspiraba; y, en fin, que todo cuanto me rodeaba fué quedando como olvidado, fué perdiendo atractivo y concentrándose todo mi sér en casa de María, y especialmente en Andrés. Así transcurrió el otoño, hasta que una noche...

IV

La Noche-Buena

FUÉ la misma noche del 24 de Diciembre: ¡harto impresa se halla en mi memoria! Comimos en casa de María, y Andrés Martín también comió allí. No sabes qué decidor, qué ingenioso estuvo durante la velada. Él animó á todos, él brindó por que cuantos había presentes celebraran la Noche-Buena del año próximo y las sucesivas durante dilatados tiempos de felicidad.

—¡Qué contento está usted esta noche, Andrés!—le dije.—Oyéndole á usted, bien podemos decir que celebramos la *Noche-Buena*.

—Pues ahí tiene usted lo que son las cosas—contestó;—para mí no sería *noche buena*, si no me encontrara con ustedes.

—Sí, usted es el alegre y quien nos divierte—le repliqué.

—Es que yo me asemejo en este momento á los planetas, cuya luz no es propia, sino reflejada del sol. ¿Me entiende usted?—repuso sonriéndose y mirándome con fijeza.

—Sí—murmuré, ocultando cierta emoción que comenzaba á embargar mi espíritu. Y añadí:—¿Y puede saberse qué sol irradia sobre usted tanta alegría?

—Unos ojos—contestó en voz callada.

—De mujer—afirmé yo riendo.

—De ángel—me contestó con misterio, y se apartó de mí.

Nada más hablamos de particular durante la noche. Pero busqué sus ojos, y había en él tal movilidad, tal emoción, charlaba y gesticulaba con tal alboroto, que apenas si me miró. Dirigióse á todo el mundo, y muy especialmente á María, por ser con quien él tenía más confianza.

Y aquella noche, cuando volví á casa, cuando estuve sola en mi cuarto... ¡Ah, cómo lo recuerdo; qué grabado está en mi memoria! Estaba sentada sobre la cama, inmóvil, repasando cuanto había ocurrido durante la noche; y como si todo aquello fuera un sueño, del cual despertara, se alzaron dos voces consecutivas del fondo de mi corazón: «¡Le amo! ¡Me ama!» ¡Cuánto tiempo estuve abstraída en aquella revelación íntima, dulce y hermosa! ¡Hermosa como nada de cuanto en la vida me había parecido hermoso! ¡Qué emoción más suave, más grata, experimentó mi alma! ¡Ay, querida Fernanda, entonces sí que me acordé de ti, y deseé que me hubieras abrazado, y sobre tu seno haber vertido aquellas lágrimas de gozo que vertí sobre la almohada de mi lecho!...

Me acosté, después de dar gracias, por tanta ventura como sentía, á una Virgencita del Pilar que tengo en mi cuarto. Pero yo no sé si lo de aquella noché fué dormir. Aquella elocuencia muda de la imaginación ¿fantaseaba por sugestiones del sueño, ó estaba yo despierta, escuchándola, en un dulce paréntesis de toda sensación corpórea? No lo sé. Sólo sé que la Noche-Buena fué muy feliz para mí.

V

Mi espejo

Al día siguiente procuré estar sola, encerrada en mi cuarto, el mayor tiempo posible. Recordé cien veces lo pasado; lo bendije; con toda mi alma deseé ver á Andrés, y me aventuré por el campo de lo porvenir. ¡Qué feliz porvenir! No sé qué instinto secreto me llevó á recostarme sobre la cómoda y asomarme al espejo. Tú lo sabes: no soy presumida. Me contemplé. Hallé la suave blancura de mi rostro quebrantada por cierta palidez transparente, como un velo de sombra; hallé no sé qué languidez en mis labios rojos, entreabiertos, sin yo notarlo, para dejar paso á mis frecuentes suspiros; hallé mis azules ojos circuídos de moradas ojeras, llenos de luz, de ardor, relucientes, como si los bañasen abundantes lágrimas y sus pupilas encerraran misterioso fuego. Y observé, además de todo esto, que en mis castaños cabellos había hebras doradas, que brillaban como la seda, y que mis facciones, menudas y dulces, tenían aún el candor de la infancia... Entonces me acordé de que Andrés me había llamado

ángel. Porque, indudablemente, se había dirigido á mí. Mis ojos eran los que le habían hechizado y le habían comunicado aquella alegría súbita y espontánea. Era á mí á quien amaba.

Te confesaré, Fernanda, que en el espejo me ví muy bonita. No me envanecí de ello, eso no; pero me halagó sobremanera verme enamorada y bonita.

VI

¡Cruel silencio!

Hasta la noche del día de Año Nuevo no volví á ver á Andrés, y cuidado que fuí casi todas las noches. Él, según supe, había ido por las tardes. Observé en él algún cambio. No solamente había perdido aquella alegría y expansión que tanto atractivo le prestara en la noche de Navidad; no sólo estaba serio: estaba triste y taciturno. ¿Qué le pasaba? Yo adiviné que trataba de disimular. Sus apreciaciones festivas eran forzadas, y sin él notarlo caía frecuentemente en profunda meditación. Sorprendí cierto abandono y languidez en sus posturas y maneras. En el juego estuvo distraído y torpe, contra su costumbre. Cuidaba singularmente de esconder los ojos, en los cuales vislumbré algún ardor misterioso, como el que había en los míos; de manera que en vano busqué y perseguí sus miradas, y las dos ó tres veces que nuestros ojos se encontraron, él interpuso sus párpados bruscamente.

Juzga mis torturas, Fernanda. ¿Qué debía yo pensar? ¿Podía, al ver en él fenómenos tan iguales á los que yo experimentaba, dudar de su amor? Y si era evidente que me amaba, ¿qué detenía á aquel hom-

bre? ¿Por qué no me lo declaraba? ¡Ay, tú sabrás también lo impaciente que es un corazón enamorado!

Y esto ocurrió una, y otra, y otra, y otra y yo no sé cuántas noches, durante todo el mes de Enero. ¡Siempre aquel hombre silencioso, abrumado por ocultas penas, serio, melancólico, abstraído! Sus visitas á casa de María fueron cada vez menos frecuentes. Disculpó sus ausencias y su estado moral con negocios y atenciones de momento poco divertidas, pero cuya índole calló.

Y tú—me preguntarás—¿no eres mujer? ¿no te sugería la astucia medios de romper aquel enmudecimiento?

—Sí: yo procuré sentarme á su lado en las partidas de tresillo; confabulándome con él, hacer trampas por bajo de la mesa cuando jugábamos á la perejila. Cuando lo vi solo en algún rincón, fuí á sentarme junto á él, diciéndole por broma que llevaba el fin de consolarle. Esto fué al principio; mas, al ver la persistencia de su silencio, perdí la confianza para gastarle bromas; me sentí poseída de timidez semejante á la suya, y se me antojó que entre ambos existía un misterio que nos ataba las manos, pero cuyo sentido los dos conocíamos perfectamente.

Entonces recurrí á otros medios. Por ejemplo: estando á su lado, se me caía el pañuelo ú otra cosa cualquiera; él estaba tan distraído, que algunas veces no se daba cuenta de que debía cogerlo, hasta que me veía inclinarme hacia el suelo. Yo tocaba al piano piezas que comprendía habían de gustarle; pero él no las escuchaba. Me ponía á juguetear entre los dedos las flores más lindas que yo llevara ó tomase de algún florero en casa de María; ponderaba su aroma; hasta se le hacía gustar á él porque me las pidiera, y no me las pedía. Al bajar la escalera, cuando se acababa la tertulia, fingía tropezar en los escalones, por ver si me

daba el brazo; pero á tal extremo llegaba su distracción, que no me le ofrecía. En fin, Fernanda; yo, al elegir asiento, en la conversación, al repartir las tacitas de té, en todas las coyunturas posibles le mostré preferencia y consideración: todo fué en vano.

En mi casa, durante el día, no puedo pintarte cuáles eran mis llantos, mi desesperación, mi continuo cavilar. Sospeché cien veces que aquel hombre no me amaba, y amaba á otra; alguna desconocida, ¡Dios sabría quién!, y cien veces opuse argumentos contrarios.

Yo no sabía qué pensar. Hasta me propuse olvidarle; pero... inútilmente.

Yo procuraba, al desplegar mi táctica, que nadie lo notara más que él. Aun de María me tapaba.

VII

¡Crueles suposiciones!

Sin embargo, una tarde, hablando con María, no sé de qué, recayó la conversación sobre Andrés. Las dos manifestamos extrañeza del cambio que se notaba en él. María se aventuró á compadecerle si, como era verosímil, provenían las melancolías del joven de alguna oculta pasión. Aquella nota de poesía hizo vibrar cuerdas íntimas de mi corazón; me sentí solicitada por imperioso deseo de mostrar mi oculto sentimiento, y al cabo, después de varias palabrillas de muy buen sonido para el alma, confié á María mi secreto y la pinté mis torturas horrendas. María me escuchó con grandísimo interés, y me dijo que á su entender, aquel hombre debía amar á alguien que no conocíamos ninguna de las dos. María me hizo ver indicios claros: ¿cómo aquel hombre, antes tan franco y alegre en aquella casa, se mostraba tan ceremonioso y tan triste? Además, si tenía interés, ¿por qué iba allí con menos frecuencia?

Esto acabó de convencerme.

María me desilusionó. María veía el caso con una serenidad de que yo no podía ser dueña.

Pero ¡ay! no por esto se apagó el fuego que en mi corazón ardía; no por esto cesó mi afán; no por esto menguó el atractivo, la simpatía que me inspiraba aquel hombre. Que el incentivo de los celos, y más celos de una desconocida, que quizás me superara en hermosura, me enardecía, y me empeñaba, y me hacía desear con mayor vehemencia el amor de Andrés. ¡Qué desesperación la mía!

Sin embargo, no podía convencerme de que el objeto de su amor (porque, sin duda, amor padecía Andrés) estuviese en otra parte que en casa de María. Á fuerza de observarle, vi en él ciertas emociones, cuya causa no podía menos de estar allí, cuando de tal modo y tan bruscamente le asaltaban. Pero ¿por qué tal silencio? ¿Acaso aquel hombre, tan espontáneo y chistosamente atrevido en sus bromas y ameno discurrir de antes, era tímido como una criatura cuando se trataba del amor? Sí; así debía ser, y de ello me convencí en cierta ocasión. Figúrate, Fernanda, que mi madre pidió su pañuelo, que había dejado en el bolsillo del abrigo que dejó, al llegar, en el recibimiento. María y yo nos apresuramos á ir por el pañuelo: María se me adelantó; Andrés quiso evitarnos la molestia, y no sólo nos disputó la puerta que conducía al recibimiento, sino que salió tras de María. Yo les seguí con la vista, y vi que, en el recibimiento, aquel hombre, presa de violenta emoción, trató de decir algo á María, movió los labios y accionó de un modo extraño, pero no expresó nada. María lo miró como enojada, y vino hacia la sala con el abrigo, dejando á Andrés desairado y perplejo. ¡Ah! lo confieso, sí; en aquella ocasión cruzó por mi mente, súbita como relámpago, una sospecha horrible. Pero después pensé: «Andrés busca intérprete para declararme su amor, y ni á eso se atreve. ¡Qué tímido!»

Yo me volvía loca con todo esto. ¿Qué hacer? Está

escrito ó determinado por Dios ó por la Naturaleza que la mujer no puede decir al hombre: «Te amo.» Es el hombre quien debe pretender; la mujer, conceder. Y bien: si este dichoso hombre no pretendía, aunque se moría de deseos, no sé por qué fatal rubor, impropio en su sexo, ¿qué podía yo hacer? ¿Debía, en esta ocasión, ser el mundo al revés y ser yo quien me declarase á él?

Ya comprenderás, Fernanda, que desechaba tan absurdo procedimiento. «¡Qué lástima no tener pantalones!», pensaba; y ¡lloraba tanto!

VIII

¡Crueles palabras!

A todo esto, el mes de Febrero espiraba.

Yo muchas veces había hablado á Andrés de sus melancolías. Él adoptaba el sistema de evadirse de la cuestión.

Una noche dió la coincidencia de que Andrés y yo quedamos solos en un extremo del gabinete contiguo á la sala, sentados en el mismo sofá.

—Usted siempre tan triste—le dije.—Y lo peor del caso es que hay otra persona tan triste como usted y por la misma causa.

—¿Cómo?—exclamó él, incorporándose bruscamente.

—Sí—repuse yo, mirándole con toda la diplomática elocuencia de que pude echar mano;—con una sola palabra suelen aclararse las situaciones más difíciles.

—¡Ah! ¿Ella le ha dicho á usted algo? ¿Usted viene á darme esperanza?—añadió dando expansión á todo el fuego que venía reprimiendo tanto tiempo hacía.—Dígamelo usted, sí; ¿me ama, me ama María? ¿no me desprecia, no me odia?

¿Cómo pintarte, Fernanda, lo que en mí pasó? ¡Qué

horror! ¡Qué honda herida me causó aquel hombre! Me le quedé mirando con los ojos fijos: ¡tal era mi asombro! Él no reparó en mi turbación: tal era su éxtasis, y me dijo, loco de amor:

—¡Por Dios, Manuela, dígale usted que la amo!

Estuve á punto de perder el sentido. Dudé si ponerme en pie y salir de la estancia. Nada me faltó para mostrar á aquel hombre el daño que me hacía y llamarle verdugo sin entrañas; pero mi amor propio pudo más, y refrenó mis ímpetus, y contuvo mi lengua, y me sugirió artificios para mostrarme tranquila; y, levantándome, poner término á la escena con una afirmación, indicada por un movimiento de cabeza, de que cumpliría su deseo.

¡Asómbrate, Fernanda! ¡Yo, antes de salir de casa de mi tío, aquella noche, yo le dije á María: «¡Andrés es á ti á quien ama!»

¡Ah! en su semblante leí que ya lo sabía; en su silencio, en su frialdad y en su mirar hacia el suelo, entendí que ella me había engañado cuando me dijo que Andrés amaba á una desconocida. Y adiviné más: en la complacencia de María adiviné que ¡le amaba!

Se lo pregunté, sin embargo, espontáneamente.

—Sí—me contestó;—sólo que yo quise que me lo declarase en cierta ocasión; le faltó valor, y he querido probar, desdeñándole, hasta dónde alcanzaba su afán y su pasión.

—¡Cruel!—la dije.

¡Ay! entonces, que comparé la ingenuidad con que yo le amaba á la altivez con que le amaba María, ¡cómo deploré que la fatalidad hubiese inclinado el corazón de aquel hombre hacia donde menos le amaban! Y ¡con qué odio más profundo miré á mi prima! no por verme yo despreciada de él, sino por la vil sagacidad con que me había engañado ella.

IX

La crisis

Cuando llegué á casa me acometió un violento ataque nervioso. Los días siguientes estuve muy mala. Ignoré lo que me sucedía, pues perdí el sentido. Después supe que una congestión cerebral puso en peligro mi existencia, y en penosísima ansiedad á mis padres. Mi fatal desilusión fué el 26 de Febrero; hasta el 7 de Marzo no me levanté por primera vez. Mi convalecencia fué muy lenta y trabajosa. No sabes cuánto me atormentaron los nervios, qué melancolía me abrumaba, qué inapetencia, qué hastío, qué debilidad.

Volviendo los ojos hacia lo pasado, me taché de cándida y confiada, dándome perfecta cuenta del silencio y misteriosa perplejidad de Andrés, de la fingida indiferencia de María. Me quedó un remordimiento que no puedo menos de confesarte, Fernanda: no haber hecho comprender á Andrés la superioridad de mi amor sobre el amor de mi prima; porque, de haber sido yo más sagaz y haber poseído antes la clave de aquel enigma, quizás hubiese podido triunfar. ¿He sido tan inocente en estas ilusiones tardías como en las que mantuve antes del fatal desengaño? No lo sé.

Antes de concluir, debo referirte un caso que, no sé por qué, mi espíritu le relaciona con el mío. Ha sido un dramita acaecido en mi cuarto, y en el cual yo he sido parte activa, motora de él. Sí, Fernanda, yo soy criminal.

X

La mariposa

CONVALECIENTE me hallaba todavía cuando, revolviendo un cajón de mi cómoda, tropecé con el capullito de mariposa, que olvidado tenía, con tantos y tan graves sucesos. Púsele dentro de una cajita, según me había dicho quien me le regaló; tapé la cajita con un cristal, que al intento quité de un cuadro, asegurándole con tiritas de papel pegadas con goma, y aguardé la aparición del insecto.

Todo el mes de Abril aguardé en balde. Todas las mañanas, en cuanto me levantaba, corría á mirar por el cristal; el capullito continuaba cerrado.

Ya entonces, calmado mi sistema nervioso, un poco más fortalecida, y aun algo menos melancólica, salía á paseo y poco á poco entraba en los hábitos de mi vida ordinaria. Mi razón enjugó las lágrimas de mi pobre corazoncito, dándole esperanzas de hallar quien le comprendiese en lo venidero, y le hizo que perdonara á María y disculpase á Andrés, los cuales ya entonces estaban en relaciones. Sin embargo, tenía escondida en lo más recóndito de mi alma una esperanza gratísima. Debo confesártelo, Fernanda: yo esperaba que

Andrés, desilusionado de María, llegase al fin á quererme; porque yo, en el fondo, le quería, le quería aún. Pero era de tal naturaleza este secreto, que á *mí* misma no consentía en confiármele más que como fugaz probabilidad.

Uno de los primeros días de Mayo miré la cajita consabida (hacía dos ó tres días que no lo había hecho por olvido). ¡Qué grata sorpresa! La mariposa estaba allí, pegada á una de las paredes de la caja, con las alas extendidas, quieta, simétrica, como si la hubiesen pintado. El capullo estaba en el fondo de la caja. Pero ¿cómo había podido salir un bicho tan grande de aquel capullo tan pequeño? ¡Qué cosa más rara! ¡Y qué bonita era la mariposa! Era de color pardo; las alas, con muchos dibujitos festoneados de amarillo, y guarnecidos de una especie de puntilla de picos.

XI

Mi crimen

No abrí la caja. Resolví esperar á que muriese la mariposa, para entonces atravesarla con un alfiler y ponerla luego en la pared. Pasaron ocho días, durante los cuales la mariposa varió dos ó tres veces de sitio y extendió más ó menos las alas sobre la pared de la caja.

Al entrar por la noche en mi cuarto para acostarme, así que dejaba la palmatoria sobre la mesilla de cabecera, advertí en varias ocasiones algún ruido dentro de la caja. «¡Pobre mariposita!—pensé;—ve el resplandor de la luz y quiere buscarla.»

Una noche el revoloteo azotó con bastante violencia el cristal que cubría la caja, y su eco repercutió en mi corazón, infundiéndole lástima. Por fortuna, cesó pronto.

Á la noche siguiente, el mismo ruido penoso hirió las fibras delicadas de mi sensibilidad; pero ¡ay! no cesó al poco; por el contrario, acreció de tal modo, que no pude menos de correr á mirar por el cristal. La infeliz mariposa recorría con aleteo vertiginoso su

cárcel estrecha, golpeándose rudamente contra las paredes. No veía; habíase apoderado de ella horrible desesperación; estaba, sin duda, próxima á morir, y en sus ansias postreras quería correr en pos de aquel foco luminoso, cuyo reflejo perseguía, pero cuyo fuego no podía ver. Me dió lástima, mucha lástima; pero ¡ay! lo confieso, Fernanda; la avaricia de recrearme en aquel bello animalito cuando le tuviese clavado en la pared me hizo encogerme de hombros mentalmente y separarme de la caja.

Comencé á desnudarme. Pero las sacudidas de aquel sér encarcelado aumentaron de un modo horrible. Entonces se alzó súbito del fondo de mi corazón un instinto bueno, que afeó mi crueldad y egoísmo vergonzoso, y me dijo que acudiese á salvar aquella existencia, pues aún podía llegar á tiempo. Sí; contribuir á la dicha de aquel animalito se me ofreció como un ideal bellísimo. Cogí la caja y vi que la mariposa, ya fatigada, cedía algunas veces de su empeño, arrojándose al fondo; hasta que, recobrada, agitábase con nuevo brío, aporreándose tan despiadadamente, que destrozaba sus alas contra el cristal y las paredes de la caja, á cuyo fondo caían los trocitos desprendidos. ¡Qué horror me causó aquella bárbara mutilación, de que yo tenía la culpa! Busqué, trémula, una navajita; febril desgarré como pude las tiritas de papel que cerraban imperfectamente las junturas del cristal y la caja; levanté al fin el cristal. La mariposa estaba postrada en el fondo, sin mover las alas, informes á causa de su destrozo. ¡Era tarde, y yo tenía la culpa! Abrí el balcón y aproximé á él la caja abierta. No se movió la mariposa. ¡Yo había dado muerte á aquel animalito! ¡Qué remordimiento tuve, qué pena! No sé si por el estado de mi espíritu, no sé por qué, te aseguro, Fernanda, que me impresionó seriamente este suceso. Luego encontré una secreta relación entre la suerte

de aquel sér infortunado y la mía... Me llamé cruel y egoísta. Me aborrecí.

Puse de nuevo la caja sobre la cómoda, y volví á cubrirla con el cristal.

Luego me acosté muy triste.

XII

¡Pobre mariposa! ¡Pobre de mí!

Al día siguiente supe que Andrés y María se casaban. Puedes figurarte la profunda herida que esto me causaría en el corazón. Nadie me notó nada; á solas lloré la total ruina de mis ilusiones. Y con esto me olvidé del drama de la mariposa.

Entré en mi cuarto á vestirme, después de comer, y no bien puse la luz sobre la mesa de cabecera, el mismo ruido de la noche anterior me trajo á la memoria mi víctima. ¿Qué era aquello? Había revivido, sin duda. Corrí á levantar el cristal. Con efecto, la mariposa salió de la caja y voló hacia la luz; pero ¡ay! sus alas destrozadas no la permitían más que elevarse del suelo á pequeños intervalos, en cortas voladas. ¡Qué pena! La pobrecita quería alzarse hasta la llama y no podía. La puse sobre la cama, para no pisarla mientras me vestía. Llevé la luz al tocador para arreglar mi peinado un momento delante del espejo, y la mariposa vino detrás. Pero comprendí que su muerte estaba próxima.

Al irme, dejé el balcón abierto, por si quería marcharse.

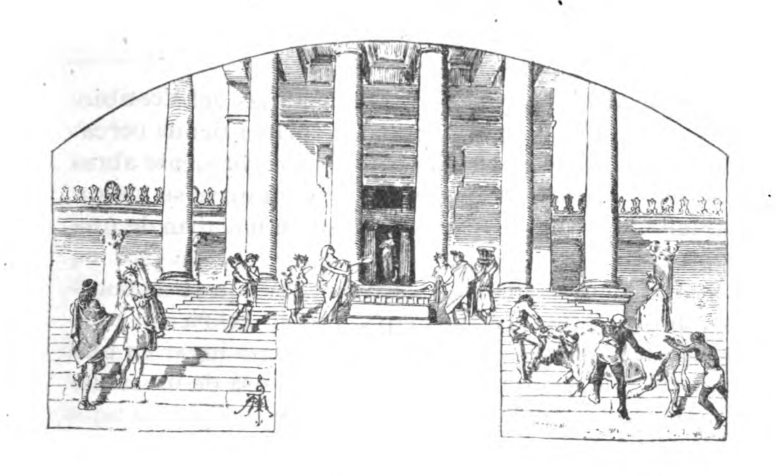
Estuvimos en casa de María, donde supimos que se tomarían los dichos el día 10 de Mayo, para casarse el día de San Antonio.

Cuando volví, no hallé en mi cuarto la mariposa. Rompí á llorar, escondiendo mi rostro sobre el lecho. La mariposa era la fiel imagen de mi amor: como él, había pretendido en vano; como él, al acercarse á la luz deseada, había hallado su desengaño. Y ahora, ¡yo también tengo las alas rotas!

Esta es, querida Fernanda, la historia tristísima del corazón de tu—*Manuela.*



UNA NOCHE EN POMPEYA



UNA NOCHE EN POMPEYA

QUIZÁ se nos tache de indiscretos, pero es vicio tan extendido serlo, que confiamos merecer disculpa del benévolo lector. Y aun á riesgo de abusar de su confianza, vamos á ponerle al tanto de un caso, por extremo curioso, que oímos referir en la tertulia de un amigo nuestro, hace pocas noches, á un distinguido y erudito arqueólogo, que tuvo la buena fortuna de asistir á la fiesta con que el mundo sabio conmemoró el décimooctavo centenario de la destrucción de Pompeya, el 23 de Setiembre de 1879.

Largamente nos habló de la desenterrada ciudad, enterándonos de la disposición de calles, casas y monumentos, y de mil detalles de la vida romana. Entre

otras cosas hizo mención de dos víctimas del Vesubio, cuyos esqueletos fueron hallados en una tienda cercana á las *thermas*, ó casa de baños, estrechamente abrazados; dos amantes que vieron extinguirse su vida y su felicidad cuando más codiciosos se hallaban de una y otra.

—Por cierto—añadió el arqueólogo—que este suceso, que yo ignoraba hasta que nos le refirieron á los visitantes el día de la fiesta, en el mismo lugar en que ocurrió, fué, según creo, principal causa de un sueño singularísimo que tuve aquella noche.

Excitados por la pícara curiosidad, rogámosle todos que nos revelase el sueño, dando por sentado que en la memoria le tendría, y él, accediendo gustoso, nos hizo el siguiente relato:

—Cuando me acosté, fatigado el cuerpo, y aun más el espíritu, por las impresiones tan diversas y nuevas que había recibido, hallábame como embriagado: danzaban en mi cabeza los monumentos y los objetos del Museo de Nápoles y las víctimas de la destrucción, é instintivamente restauraba ruinas, amueblaba abandonados aposentos, y resucitaba los pompeyanos á su feliz existencia; pero todo esto tan sin orden, que mi mente parecía una linterna mágica, en la que todo pasara confuso, atropellado y de continuo.

Con tales imaginaciones tardé en conciliar el sueño, y entonces me sucedió lo que la lógica me dice no pudo sucederme.

Helo aquí:

Aquél era el Foro de Pompeya, no había duda. Desde el extremo sur extendíase ante mis ojos, en su mayor longitud, aquella gran plaza rectangular, circuída por sólida columnata dórica, de dos filas, con un segundo cuerpo de orden jónico: grandiosos monumentos se alzaban tras de las columnas: numerosas estatuas sobre los pedestales alineados en el gran eje

y á los lados; al fondo, el pórtico corintio del templo de Júpiter se erguía majestuosamente encima de una extensa gradería. Y bajo aquella columnata, y delante de los monumentos, y al pie de las estatuas, y en la gradería del templo, pululaba la muchedumbre pompeyana, presentando esa diversidad abigarrada de elegancia, descuido, capricho y pobreza que en la calle se advierte, alumbrado todo por los rayos de un sol que realzaba el cuadro de manera portentosa, y bajo un cielo diáfano y purísimo. Por mucho rato no supe sino admirar.

Luego tomé el pórtico de la derecha con objeto de observar los monumentos.

Ofrecióseme primero un *chalcidicum*, ó porche, entre cuyas columnas de mármol blanco, numerosos mercaderes ambulantes presentaban á los transeúntes, entre los que me pareció había muchos cuya única ocupación era la holganza, bien frutas ó viandas fiambres, bien objetos de hueso y marfil, ó productos de distintas industrias. Al punto comprendí que este *chalcidicum* era el que levantó, juntamente con una cripta y unos pórticos, á la Concordia y á la Piedad augusta una sacerdotisa pública llamada Eumachia, en su nombre y en el de su hijo.

Continuando, pasé por delante del templo de Mercurio y del palacio del Senado, y después, unas tiendas, con mostradores de fábrica, tras de los cuales ejercían su oficio los *mensarii*, cambiantes de moneda autorizados por el Estado, me anunciaron el templo de Augusto. Y digo me lo anunciaron, porque yo andaba por aquellos sitios cual si me fueran habituales: conocía todo. Penetré en el templo, en cuyo patio, en medio de un bello peristilo, admiré el panteón formado por los doce dioses, puestos sobre un gran pedestal circular y bajo un cobertizo de madera. En el ala derecha de este patio ví una serie de puertecitas de

otras tantas celdas de sacerdotes, y al fondo recorrí tres habitaciones, decorados sus muros con preciosas pinturas, en una de las cuales hallé una estatua de Augusto, y en otra las de su esposa y Druso.

Como con este edificio terminaban los de aquel lado del foro, crucé á visitar los del opuesto, pasando por delante del templo de Júpiter, al pie de cuya escalinata presencié una graciosísima escena. Un mozuelo, de siete años á lo más, lloraba un crimen infantil que su madre le reprendía: había roto contra el suelo un busto de barro; sin duda un ex-voto que traerían al templo. El muchacho, como estaba desnudo y eran sus cabellos abundantes y ensortijados, se asemejaba á un Cupido, aunque era tripudo, y esto le quitaba belleza, pero no gracia. Muchos curiosos comenzaron á formar corro, y me pareció que no tenían por buen agüero la diablura.

Continué mi camino. Dejando atrás los graneros públicos, fuí derecho al templo de Venus. Parecía su peristilo un foro en pequeño: en medio alzábase el templo, y en el arranque de la escalinata que le daba acceso, había un ara donde varios sacerdotes preparábanse á la sazón á sacrificar un toro que, coronado de hiedra, conducían. Varios *camillus* bajaban del recinto sagrado cuando yo subí: venían con *páteras*, *simpulos*, *crateras* barnizados de negro con figuras rojas, llenos de vino, cestas con cuchillos y otros objetos necesarios en la ceremonia.

Uno de estos servidores me preguntó qué quería. Avergonzóme semejante pregunta, é instintivamente bajé los ojos á contemplarme: amplia *chlamys* de púrpura, con grecas azules en el borde y palmetas doradas en los ángulos, abrochada con un *clavus* de oro sobre mi hombro derecho, descendía en graciosos pliegues sobre blanca túnica corta ceñida á la cintura; sandalias de correas bordadas calzaban mis pies. De

presumir es mi asombro, que se aumentó al hallar cambiada mi figura también: parecíame estar revestido de una arrogancia digna de un mármol de Fidias. Y como el *camillus* tornara á preguntarme si era griego, me aseguré en aquella presunción, y con entusiasmo y orgullo respondíle que sí.

Díjele lüego que, en mi calidad de extranjero, deseaba visitar á la diosa Venus. Accedió á mi ruego, y con efecto, pude ver la *cella*, decorada con paisajes, casas de campo, danzas, sacrificios, escenas de las orillas del Nilo y otros asuntos, entre otros, una disputa entre Aquiles y Agamenón. En el fondo alzábase la estatua de la hermosa de las hermosas, y un ara ante ella.

El cuchillo del sacerdote hería el cuello de la víctima, y los *camillus* aprontaban las páteras para recoger la sangre, cuando abandoné el templo.

Contiguo á él, ofrecióseme un pórtico precedido de algunos escalones, que salvé, penetrando en un espacioso recinto rectangular, dividido en tres naves por hermosas columnas jónicas y con ábside al fondo, en el que advertí una plataforma. El sinnúmero de gentes que allí había conversando en grupos, discurriendo al azar, y el movimiento de mercaderes, díjome bien pronto que me hallaba en la basílica ó casa de contratación. Y me pareció que no todos habían ido á negociar: había muchos curiosos, entre los cuales quise reconocer más de un *parasitus*, cual los retratados por Plauto. Observé en paredes y columnas numerosos letreros trazados con punzón ó cuchillo: muchos eran versos de Ovidio, Virgilio, Propercio, y qué sé yo cuántos más; otros, máximas y frases de pensadores desconocidos. Entre las inscripciones de este género tropecé con una que debió poner algún desengañado de la justicia en la tierra: —*¿Quod pretium legi?*— decía.

Entregado á esta ocupación de escribir en el muro, que para los pompeyanos debía ser muy grata, hallé un mancebo cuya esbeltez y gracia hiciéronle simpático á mis ojos. Tanto despertó mi curiosidad, que me puse á mirarle oculto tras una columna. Encontrábase tan deleitado y embebido con su tarea, que para nada se cuidaba de la gente, ni hacía caso cuando al pasar le tropezaban, lo cual, por estar sentado en el suelo, era fácil y frecuente. Concluído que hubo la inscripción, se gozó contemplándola; decía así:

«*Nemo est bellus, nisi qui amavit.*»

Como si la felicidad que aquello le reportara necesitase algo para ser completa, volvió el rostro y se puso á mirar entre los grupos como buscando algo. Entonces ví que, bajo los rizados cabellos, que daban melancólica sombra á sus ojos, la dulce expresión de éstos, sus labios graciosamente acentuados y su barba redonda hubieran asemejado su rostro al de un busto de Narciso, si fuera posible que el mármol revelase el amor del alma. Por fuerza Eros ó su madre habíanle inspirado al escribir aquellas frases, porque su pasión le hermoseaba y ennoblecía notablemente; y más aún cuando halló algo, que debió ser lo que buscaba, porque entonces ojos y labios sonrieron con indefinible alegría, y levantándose, guardando el punzón y recogiendo del suelo su *alicua* ó manto pequeño, se alejó por entre la gente en dirección de la puerta.

Pronto volvió trayendo de la mano á una hermosa doncella, á la cual mostró regocijado la inscripción que se entretuvo en trazar mientras estuvo esperándola. Lo recuerdo bien: ella miraba con transporte el letrero; él, el rostro de ella con éxtasis, y ambos continuaban con las manos unidas. Era la pompeyana casi una niña, cuyos rubios cabellos caían en graciosos

rizos sobre la frente, estando lo demás de su cabeza envuelto en una tela azul salpicada de estrellitas bordadas, que sólo dejaba por detrás un mechón libre. Blanco tenía el rostro, cual Venus de mármol; azules los ojos, tan diáfanos y serenos como el cielo de Atenas; encendidos y frescos los labios, como adelfa salpicada de rocío; arreboladas las mejillas por rubor infantil, que nuevo encanto la prestaba. Vestía túnica blanca ornada por abajo con bordados de hilo purpúreo, y un manto, que, por ir en él envuelto, acusaba la cándida morbidez del cuerpo, de color rojo oscuro, con una greca negra en rededor, que resaltaba sobre él como los ornatos cerámicos.

Por un buen rato conversaron en aquel sitio los amantes. Delicadas ternezas debieron regalarse, aunque mucho más tierno y expresivo fué cuando se hablaron con ojos y ademanes. No poco me maravillé de hallar sentimientos tan puros en aquella sensual y corrompida ciudad, y por esto me interesaron doblemente, hasta el punto de que, cuando los ví dirigirse hacia la puerta, sin soltarse de la mano, maquinalmente eché á andar detrás.

Atravesaron el foro por el extremo sur, pasando por delante de las tres curias, en cuyas puertas había gran movimiento. Y por cierto que de un grupo escuché una voz que llamaba á Pansa, lo cual me dió ocasión de conocer al famoso edil, que vestía la toga, según recuerdo, y cuya cabeza de líneas típicas romanas era digna de una estatua imperial.

Tomaron la calle de los Plateros, á la que hace esquina el edificio de Eumachia, y luego no sé qué otras; y no estará de más decir aquí que las aceras eran muy altas y estrechas, pavimentadas con grandes losas ó con tierra bien apisonada; que el empedrado era de trozos de lava y desigual, y también que las calles de Pompeya tenían un aspecto triste, por efecto

de su estrechez y lo lisos que eran los muros, pues por lo común carecían de ventanas.

Pasamos por delante de varias tiendas, que me llamaron la atención. Una *thermopola*, ó despacho de bebidas calientes, vino cocido y perfumado y otros líquidos, que, envasados en numerosos *scyphus* de barro negro, estaban expuestos ordenadamente encima del mostrador, junto al cual, y dentro de la tienda, no faltaban bebedores, formando distintos conciliábulos. —Una perfumería, cuyas pomadas y esencias estaban en vasitos de oro ú otros metales, adornados con piedras finas, y también en otros de barro, con pinturas de gusto oriental. —Almacenes de comestibles, que, según pude apreciar, abundaban mucho en Pompeya, y donde vendían restos de los manjares presentados de ofrenda en los templos; platerías, donde había valiosas preciosidades importadas de Grecia, consistentes en anillos signatorios, braceletes, vasos, *torques* (gargantillas ó pulseras formadas de hilos metálicos trenzados en espiral) y otras numerosas especies de joyas; y por último, una lechería, la cual se anunciaba por la figura de barro de una cabra colocada sobre la puerta.

Por cierto que un guardacantón de poca altura que hallé delante de esta última tienda, me hizo entender el uso de no pocos que entorpecieron mi camino por aquellas estrechas vías; amarrado á él, mediante una horadación practicada horizontalmente, estaba un asno, sobre el cual habían traído cántaros con leche de algún establo de las afueras.

Embelesado con estas cosas tan nuevas, distraje mi atención de los amantes; pero, sin embargo, observé que, al pasar por delante de alguna platería y de la perfumería, ella se recreaba contemplando los géneros expuestos, tal vez con disculpable ambición. Esto me hizo entender que debían ser pobres.

Sus pasos tuvieron término en un edificio pequeño de graciosa arquitectura. Era el templo de Isis. Entonces decidí abandonarlos, y volviendo sobre mis pasos, tropecé con una lápida puesta en un muro, en la cual se anunciaba la tragedia de Eschylo, *Prometeo encadenado*, para representarse el 25 de los *idus* de Marzo.

Al punto me acordé que estaba próximo al teatro trágico, y, con efecto, marchando hacia el Sur, pronto dí en el foro triangular, á cuyo lado izquierdo se halla. En comunicación con él, al lado opuesto de la fachada que observé desde el foro, encuéntrase el Odeón ó teatro cómico, donde se ejecutaban las pantominas y concursos poéticos. Subí á la terraza del foro, desde la cual contemplé una hermosa perspectiva: el dilatado mar se juntaba con el límpido cielo allá, lejos, muy lejos; horizonte lleno de luz, que servía de aureola á algunas velas latinas. Desde allí pude ver también la *cavea summa*, ó última gradería del teatro: la localidad destinada á las mujeres y el pueblo.

Siendo mucho lo que me restaba para visitar en la parte Norte de la ciudad, volví hacia el foro civil, pues siendo lugar tan importante, era la mejor guía.

Hallé á los amantes también de regreso; y si profundo interés despertaron antes en mí, aún fué mayor ahora, porque los ojos de ella habían trocado la cándida sonrisa en amarga tristeza, y aun creo que en lágrimas, y el rostro de él, que tan jovial y dulce estaba, habíase puesto sombrío y melancólico. Caminaban cogidos de la mano; pero ya no gustaban de contemplarse como cuando iban al templo; por el contrario, parecían esconderse los ojos mutuamente, é iban tan silenciosos y caídos cuanto antes parleros y contentos. Luego comprendí su cuita: habían ido á consultar el oráculo de Isis, la diosa de los ocultos misterios en el Valle del Nilo, y la predicción de ésta era contraria á la felicidad que soñaron. No pude menos de renegar

en mi interior de aquel poder mentido, que tan despiadadamente condenaba á la desesperación á dos almas tan cándidas y enamoradas.

Cruzaron el foro civil en su mayor longitud, llegando hasta el arco de triunfo, el cual decoraban columnas corintias de mármol blanco, adosadas, con nichos cuadrados entre ellas, y coronadas por una estatua ecuestre de bronce. Detuviéronse allí: sin decirse nada, se miraron por breves momentos con mucha pena y lastimoso enternecimiento, y suave y despaciosamente desunieron las manos. Después tomaron opuesta dirección: él, la del foro otra vez; ella, la de la calle que daba comienzo en el arco. Nuevamente se detuvieron á los pocos pasos para mirarse: ambos tenían los ojos bañados en lágrimas, y ambos querían ocultarlo en vano; otra vez tomaron opuestos caminos, y yo seguí á la joven hasta que se metió en una tienda.

Muy poco me desvié con esto de la salida del foro por el Arco de Triunfo; y como en el primer edificio que se me ofreció á mano izquierda reconociese las *thermas*, penetré en él con alegría, deseoso de olvidar con sus pasatiempos la penosa impresión que acababan de dejarme los amantes.

En el vestíbulo, cuyo techo estaba cuajado de estrellas, ofrecióseme un animado concurso de pompeyanos; unos, respetables personajes vestidos con toga, y otros, jóvenes y divertidos, que eran los más, los cuales juzgué como disipadores ó parásitos, según su pelaje y sus maneras. Aquello parecía una casa de locos, porque aquí se discutían trascendentales cuestiones metafísicas, al lado se comentaban chismes cortesanos, y poco más lejos se hablaba de Homero y de Píndaro, y de la tragedia de Eschylo que había visto anunciada.

Deseando bañarme, entré en el *apodyterium*, habitación en que se desnudaban los bañistas, acomodados

en asientos de fábrica que corrían paralelos, adosados á los muros de mayor longitud. Recuerdo el decorado: cuadros de preciosos dibujos en la bóveda; grifos y liras en el friso; la lucha de los titanes en el medio punto del fondo, donde está la ventana; pavimento de mármol blanco. Salióme al encuentro el *capsarius* presentándome la hucha, en la cual deposité el precio del baño, no sé en qué moneda. Al mismo tiempo le entregué mis sortijas, que fué á depositar en un cuarto contiguo.

Inmediatamente me despojé de mis vestidos, que un esclavo se encargó de colocar en una percha de madera que había en el muro. Al verme en el ligero traje de héroe homérico, me puse á dar saltos, sin saber por qué, y á hacer pantominas como un histrión. Inviráronme varios jóvenes, tan regocijados como yo, á jugar con ellos á la pelota antes del baño, y accedí gustoso.

Salimos, pues, al patio del establecimiento, y allí perdimos todos el juicio: jugábamos á la pelota, hacíamos simulacros de luchas atléticas, bailoteos, saltos, ejercicios gimnásticos sobre las manos, cabriolas, zapatetas y mil sandeces más; todo esto coreado con gritos, y cánticos y dichos graciosos y picarescos. Recuerdo que uno de mis camaradas, que le nombraban Æmilius, advirtiendo que el cuadrante solar, al cual servía de base una columna, señalaba las dos de la tarde, dijo que tenía razón sobrada aquel parásito de Plauto cuando maldecía al inventor de los relojes, y añadía que el mejor reloj era el estómago, pues á lo menos anunciaba siempre que no había nada que comer.

Fatigados y sudando pasamos al *frigidarium*, ó baño frío, que, aunque no solían tomarle más que los enfermos, nosotros tuvimos aquel capricho. En un aposento circular, con cuatro nichos en puntos opuestos,

los cuales ocupaban los bañeros, y gran piscina de mármol blanco en el centro; los muros, amarillos con ramajes verdes; encima, la cornisa, decorada con una carrera de caballos y niños en relieve, y sobre ella asentada la bóveda por cuyo centro dejaba paso á la luz una abertura. Nos zambullimos en el agua helada seis á la vez, y estuvimos sentados en el poyo que circuye interiormente la gran pila. Los chistosos hubieron de enmudecer con la impresión del agua, ó decir sus ocurrencias tartamudeando.

De allí fuimos al *tepidarium*, habitación templada, donde nos tomaron por su cuenta varios esclavos, y tendiéndonos en unos bancos de bronce, sobre colchones forrados con ricas telas, me hicieron sufrir los tormentos más extravagantes. Creí dejar la piel entre sus manos. Uno me ungió con aceite de oliva; seguidamente el *stractor* pasóme el *strigilis*, raedera de bronce, por todo el cuerpo; y por si todo esto no fuese bastante, otro me arrancó el vello con una *volsella* ó pinzas; otro me frotó la piel, cual si quisiera pulimentarla, con *diapasma*, polvillo hecho de flores secas y hierbas olorosas. Luego vino el inundarme de perfumes conforme la moda griega; la cabeza con esencia de mejorana, y de sérpol cuello y rodillas; ungüento fenicio en las mejillas y el pecho, y egipcio en piernas y pies. Esencias y ungüentos eran de olor fuertísimo, que embriaga, y estaban en *guttus* de barro ó metales preciosos y en ungüentarios de alabastro.

Confieso que se necesitaba haber nacido en aquellos tiempos para soportar semejante operación y gozarse en ella, como los muelles pompeyanos mis camaradas; pues aunque tenían fatigosa la respiración y daban algún que otro resoplido, permanecían con los ojos cerrados, para mejor deleitarse en visiones embriagadoras que les hacían hablar de los amores de Baco y Ariadna, y de las locas danzas de faunos y bacantes,

y decir al propósito chistes que me guardaré bien de repetir; de tal modo los trastornaba aquella serie de rociadas y frotamientos, que tenían mucho más de voluptuoso que de pulcro.

Con semejante suplicio no pude fijarme mucho en la habitación; pero me pareció que nos cobijaba una bóveda de cañón seguido, pintada con ornatos blancos sobre fondo azul ó rojo, la cual sustentaba pequeños Atlantes de barro estucado, apoyados en un zócalo alto, que estaba pintado de encarnado vivo.

Condujéronnos después al *caldarium*, habitación que mantenía á temperatura elevada el aire caliente, que circulaba por una tubería hábilmente dispuesta en los muros. Allí nos bañamos segunda vez en una pila pequeña que estaba en un extremo, y en seguida nos dedicamos á la gimnástica en el centro de la pieza, para provocar la transpiración. Hicimos flexiones de brazos y piernas, elevación de pesos de hierro, y movimientos uniformes y continuados. Pero esta vez tomamos los ejercicios con gravedad, pues el cuerpo estaba débil para hacer locuras.

Concluído con esto el baño romano, nos vestimos y abandonamos las *thermas*.

Ignoro qué de calles anduvimos por el extremo Noroeste de la ciudad. Lo que sé es que aquellos truhanes iban muy divertidos y decidores, y que yo les secundaba alternando en sus bromas y riéndolas: la voluptuosa atmósfera pompeyana se me había subido á la cabeza tanto como á ellos. Uno dió en hablar por los codos de una cortesana llamada Pigmalia, que decía ser muy hermosa y que cantaba muy bien, y como hallásemos unas mujeres tomando agua de una fuente pública en grandes *calpis*, y una fuese bellisima, antojósele al adulador que se parecía á aquella, y no sé qué requiebros la regaló al pasar.

Como yo había mentido á aquellas gentes que era

griego, todas querían servirme de *cicerone;* así, designáronme varios edificios notables en nuestra caminata; el *fullonica*, ó casa de los tintoreros, cerca de las *thermas;* la vivienda del *qüestor*, la Academia de Música, la fábrica de jabón, la Aduana y las posadas, cerca de la puerta de Herculano; una botica, cuyo signo exterior era una serpiente mordiendo una manzana, pintada junto á la puerta, y una taberna, que me llamó la atención por la pintura que le servía de muestra: dos esclavos conduciendo una ánfora suspendida de un palo, cuyos extremos llevaban sobre sus hombros: dentro de la tienda veíanse numerosas ánforas, alineadas, con indicación del origen y fecha del contenido, escrito de relieve sobre las asas.

No acierto á razonarme cómo ni por qué penetramos tres ó cuatro en una casa particular. Saludóme la frase *salve*, escrita sobre una lápida que había en el umbral de la entrada, y á la vez, de palabra, el esclavo portero, que por cierto estaba atado con una cadena para evitar que abandonase su puesto. Pasamos el *atrium*, donde ví en el centro el *impluvium* ó depósito de las aguas de lluvia que por la abertura del techo penetraran; al frente de él el ara, con los dioses lares encima, y en los muros laterales las puertas de las *cubiculas* ó alcobas. Como se hallara recogida la cortina que cubría una de ellas, pude ver el interior: escasamente dejaba espacio para más que la cama, que era de madera, semejante á nuestros sofás, aunque más alta y de elevado respaldo, sobre la cual había extendido un colchón cubierto de tela listada, y á la cabecera una abultada almohada; un taburete, colocado al pie, permitía subir á reclinarse. Una antesalita nos condujo al *peristylum*, con otro *impluvium*, éste rodeado por una bella columnata; las puertas que había en los muros comunicaban con las habitaciones reservadas. Allí encontramos la familia romana, en cuyo jefe

quise reconocer á Pansa. Estaba la matrona acomodada en una silla de respaldo curvo, vestida la *stola* con mangas, amplia y bien plegada, sujeta á la cintura; con *torques* de plata en la garganta, y peinados sus negros cabellos con exquisito gusto; rodeándola había hasta dos ó tres lindas mozuelas y algunos niños.

Comenzaron á saludarme y agasajarme, y luego..... ignoro lo demás que pasó, porque todas estas imágenes se borraron de mi mente. . . . .

No se crea por esto que desperté. Mi sueño continuó profundo y tranquilo.

Y debió ser mucho después, cuando me asaltaron singulares pesadillas.

Escuché desesperados gritos, confusos clamores, ignotas alarmas, angustiosos lamentos, tumulto de gentes poseídas de extraordinario espanto, y ruidos sordos y amenazadores como de creciente, pero oculta, tempestad, junto con un mugir desolador como de cien mil cataratas desbordadas. ¡Qué horrísono concierto aquel!

Poco á poco tomó cuerpo ante los ojos de mi fantasía una escena conmovedora. Un gallardo mancebo y una hermosa doncella corrían, las manos unidas, el terror en los rostros; su desesperación llegaba á ese momento sublime en que produce el propósito inquebrantable. Pavoroso resplandor del fuego que consumía la techumbre iluminaba su camino; humeante y vertiginosa lluvia, acompañada de pedrisco abrasador, se desgajaba sobre ellos é invadía los pavimentos de mosaico sobre que pisaban. Llegaron á un aposento en el cual el incendio entorpecía la puerta. ¡Qué incertidumbre! Ella dejóse poseer del más amargo desaliento; él, con un resto de esperanza ó de locura, quiso arrastrarla temerariamente. ¡Qué lucha!

Entonces los conocí: eran los amantes; la predicción de Isis se cumplía quizá.

Hubo un momento en que se miraron; no hablaron sus labios, pero leyeron sus mutuos pensamientos en sus ojos; y en el último paroxismo de la desesperación, nació en sus almas otra idea más grande que la salvación de la vida. Nació el heroísmo de la muerte; pero de manera tan súbita y tan á la par, que, movidos de igual impulso, abrazáronse estrechamente.

Aquel cuadro le ví, sí, le ví: el muro del fondo estaba pintado de rojo, y sobre él, preciosamente dibujados, faunos y bacantes danzaban ebrios de placer, al compás de las flautas de Pan; en breve el incendio pondría fin á las locuras de la fiesta dionisiaca. Como grupo estatuario se destacaban los dos amantes; ella, medio sentada en el suelo; él, de rodillas; pero ¡qué suavidad y nobleza en sus contornos, qué ternura en su abrazo, qué dulce complacencia en sus labios, qué postrero reflejo de purísima luz el que mutuamente se regalaban sus ojos! Hasta la blanca túnica de la doncella hacía pliegues graciosos aún sobre el pavimento. La máxima del mancebo era cierta; nadie tan bello como quien ama; que esperando el último suspiro estaban más hermosos que las Niobes en aquel supremo dolor con que el artista supo representarlas.

La atmósfera rojiza, densa é irrespirable que les rodeaba adormeció sus párpados, descompuso sus facciones, doblegó sus cuerpos; y al llegar el postrer aliento de aquellas dos existencias, el último acto regulado por aquellas dos voluntades, sus labios se juntaron en un casto beso, y en aquel punto se abrazaron sus almas para no separarse jamás. . . . . .

. . . .

Cuando desperté á la mañana siguiente vinieron á mi memoria los amantes de la tienda inmediata á las *thermas*, y comprendí cuánto miente la fantasía: pretendí en mi sueño que aquel mancebo era el mismo

que trazó en la basílica la máxima que aún leen los visitantes, y que dice:

Nemo est bellus, nisi qui amavit.

Entonces acabé de entender que los oráculos de Isis eran innoble supercheria, porque morir de modo tan patético como los amantes pompeyanos de mi sueño es un heroísmo que, por cuanto hay en él de plástico y sublime, vale más que toda una existencia consagrada á las delicias del amor.

Finalmente, desde esa noche yo tengo envidia de aquellas víctimas del Vesubio.



ÍNDICE

Á ORILLAS DEL GUADARZA

LAS ALAS ROTAS

OBRAS DEL MISMO AUTOR

EL SORTILEGIO DE KARNAK (novela arqueológica, en colaboración con D. Isidoro López).—Un tomo de 354 páginas en 8.º . . . . . . 3 pesetas.

DIAMANTES AMERICANOS.—Un tomo de 182 páginas en 8.º mayor.. . . . . 2 »

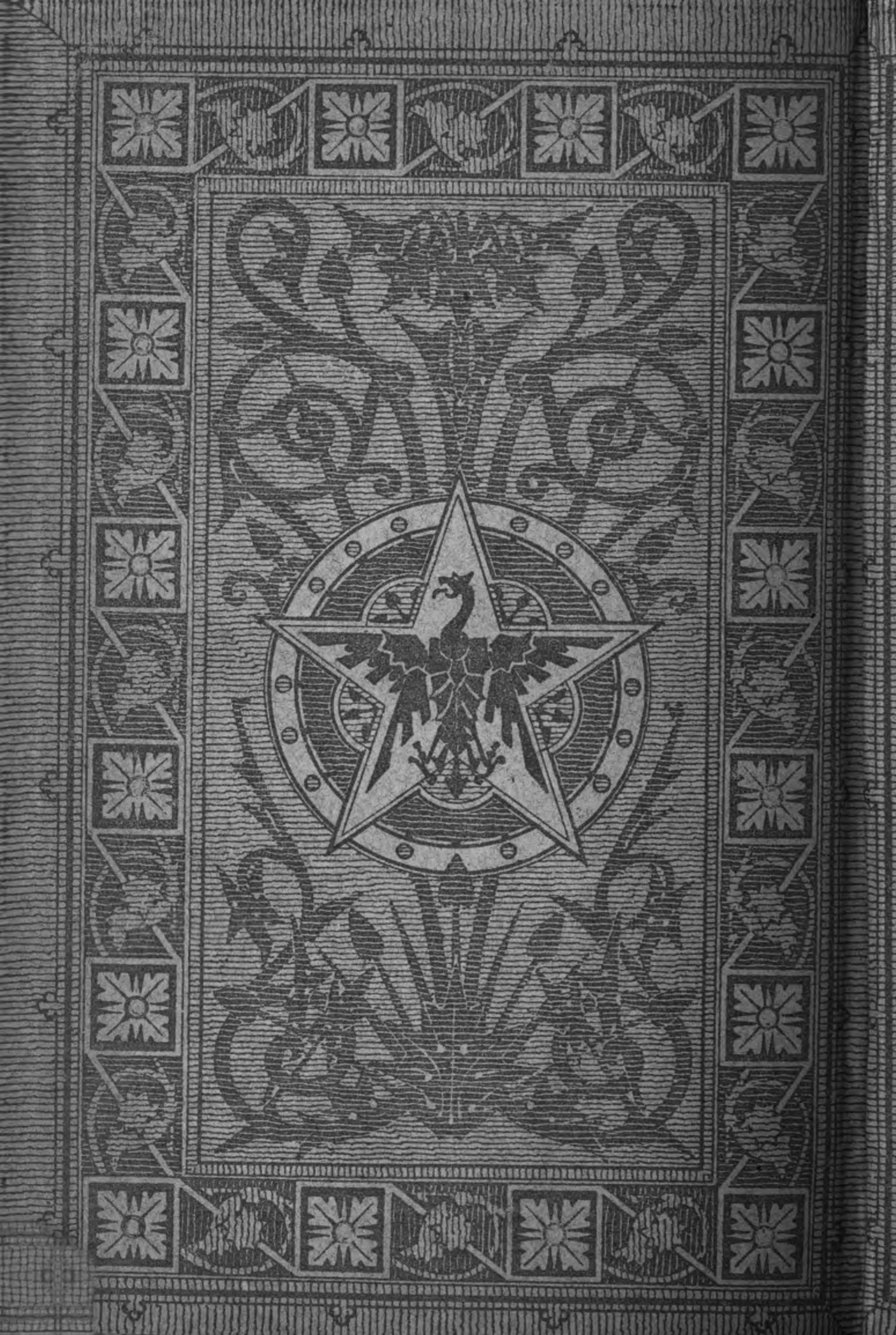
LUÍSA MINERVA.—Un tomo de 420 páginas. . . 3 »

EL DEMONIO CON FALDAS (Memorias de un gato).—Un tomito de 86 páginas en 8.º . . . . 1 »

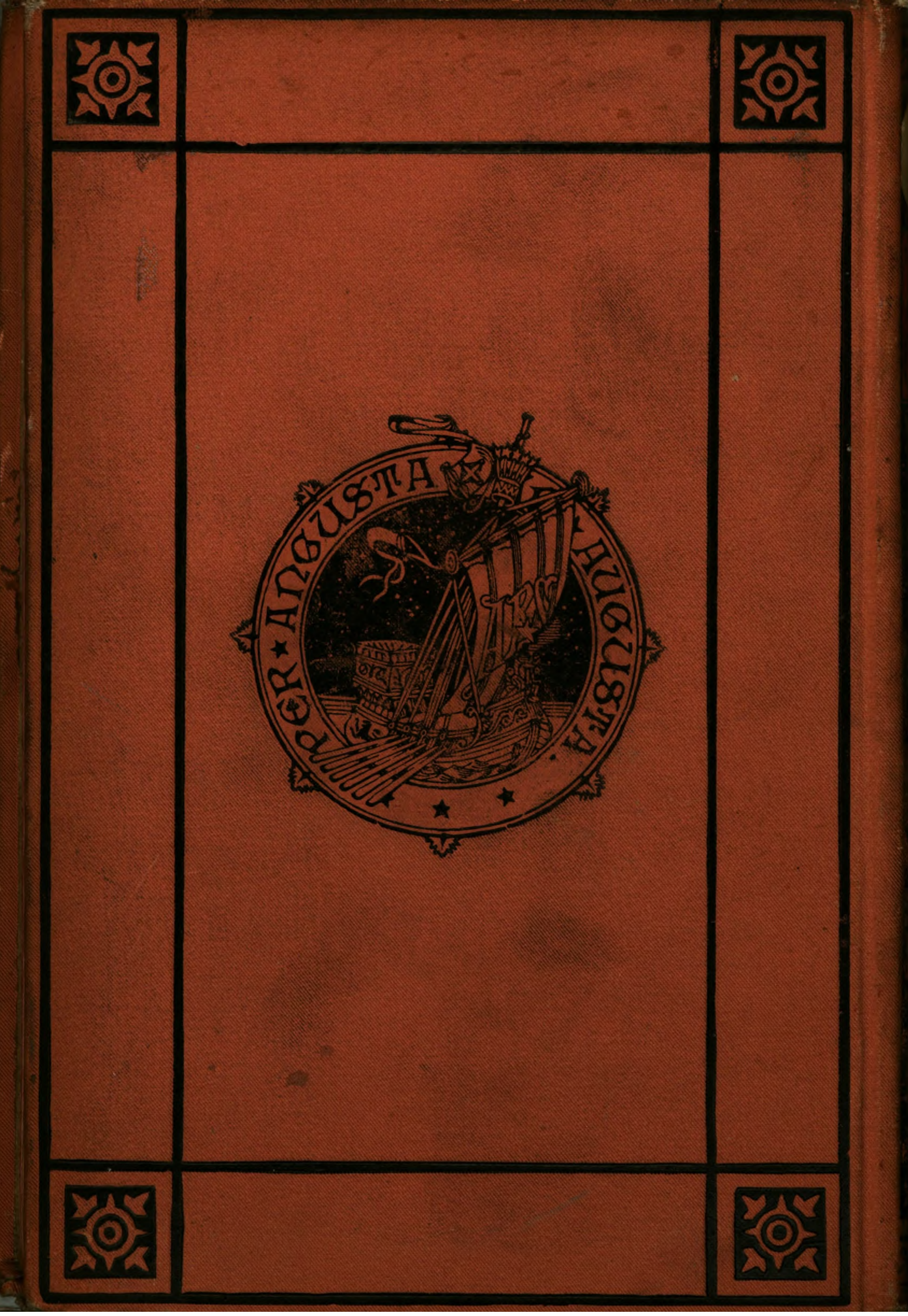
TRABAJOS ARQUEOLÓGICOS DEL MISMO AUTOR: Sobre los vasos griegos, etruscos é italo-griegos del Museo Arqueológico Nacional.—Folleto ilustrado con grabados. . . . . 1'50 »

Sobre las esculturas de barro cocido griegas, etruscas y romanas del Museo Arqueológico Nacional.—Folleto ilustrado con grabados. . 1'50 »

LA RELIGIÓN EGIPCIA.—Conferencia leída en el Ateneo científico, literario y artístico de Madrid, la noche del 6 de Mayo de 1884. . . . 1 »






PER · ANGUSTA ·
AUGUSTA ·